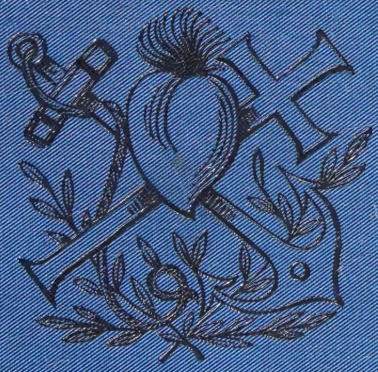
CATECISMO
EN EJEMPLOS

EL CREDO Y LA ORACIÓN



PARIS
AYR. ROGER y F. CHERNOVIZ
EDITORES

Digitized by the Internet Archive
in 2025

https://archive.org/details/catecismoenejemp0000cami

ALMA COLLEGE
LIBRARY
Alma, California

ALMA COLLEGE
FATHERS LIBRARY
LIBRARY
ST. JOSEPH'S CHURCH
Alma, California
SAN JOSE, - - CAL.

CATECISMO

EN EJEMPLOS

ALMA COLLEGE
LIBRARY
Alma, California

OBRAS QUE SE HALLAN DE VENTA

EN LA LIBRERIA DE A. Y R. ROGER Y F. CHERNOVIZ

La Mujer piadosa, por Mnr Landriot, arzobispo de Reims, 1 t. 12°. Tela con lam.
La Mujer fuerte, por el mismo. 1 t. 12°.
Los pecados de la lengua, por el mismo. 1 t. 12°.
La Mujer formada en la escuela de María, por el Abate Larfeuil, vicario general de Sens. 1 t. 12°.
La Joven formada en la escuela de María, por el mismo. 1 t. 12°. Tela.
El cuarto de hora para Dios, por el mismo. 2 t. 12°.
Domingos y fiestas, por el mismo, continuacion del *Cuarto de hora para Dios*. 1 t.
El cuarto de hora para María, por el mismo. 1 t. 12°.
El cuarto de hora para S. José.
Mayet. El Angel de la Eucaristía, o vida y espiritu de Maria Eustelle. 1 t. 12°.
La Jovén en la escuela de los Santos, por el R. P. Berthier. 1 t. 12°.
Historia de las hermanitas de los pobres, por el abate Leroy. Obra premiada por la Academia francesa. 1 t. 8° de 540 p.
Mnr Bolo. **Introduccion á la Vida Benéfica**. 1 t. 12°.
— **El Feminismo y la Iglesia**. 1 t. 12°.
— **Nuestras Comunicaciones con los muertos**. 1 t. 12°.
— **Las Maravillas del Evangelio.** Conferencias en la Magdalena de Paris. 1 t. 12°. Tela.
García Moreno, presidente de la Republica del Ecuador, vengador y martir del derecho cristiano, obra escrita en francés, por el R. P. Berthe, Redemtorista, y traducida al castellano por D. Francisco Navarro Villoslada. 2 t. 4° menor.
Letanías de la santísima Virgen, ilustradas y acompanadas de meditaciones, por Barthe, canonigo. 1 t. 8° con numerosas laminas.
La Medalla milagrosa, por el P. Aladel. 1 t. 18°, con lam. finas, a la rustica.
Vida del Beato G. Perboyre, martirizado en China en 1840, seguida de la novena. 1 t. 18°, pap. dorado.
Instruccion práctica para los confesores novéles, etc., por el R. P. Salvatori, de la C^ia de Jesus. 1 t. 18°.
La primera comunion. Lecturas con ejemplos para la primera comunion, por el Padre Ortuzar. 1 t. 18°.
Manual del cristiano, devocionario completo, por el mismo. 1 t. 18°.
Dia cristiano de las jovenes, por M^me Bourdon, con approbaciones episcopales. 1 t. 18°.
Nuestra Señora de Lourdes, por Enrique Lasserre. Obra honrada con un breve de S. S. Pio IX, traduccion hecha con autorizacion y bajo la direccion del autor, 9ª edicion espanola, aumentada con un *Apéndice* o relacion de los principales milagros que se obraron ultimamente, sacado de los *Anales de Lourdes* y la **coronacion de Lourdes**. 1 t. con 4 laminas finas.
Mes de María de Lourdes, por el mismo, con 4 laminas. 1 t. 32°.
Novena de Nuestra Señora de Lourdes. 1 t 16° de 120 p.
La Revolucion y el orden cristiano, por Augusto Nicolas, obra complemental del *Estado sin Dios*. 1 t. 8°.
El Estado sin Dios, por el mismo. 1 t. 12°.
Los Francmasones, lo que son, — lo que hacen, — lo que quieren, por Mnr de Ségur. 1 t. 18°. Rustica.
La Revolucion, por el mismo. 1 t. 18°. Rustica.
Mana del Alma. Nuevo devocionario, por un Padre Lazarista. 3ª edicion. 1 t.
El alma delante de la sagrada Eucaristía, por Pagani, director espiritual del seminario de Novara. Trad. por don Juan Antonio Maroquin. 1 t. 12°.
Manual de las hijas de María. 1 t. 32° de 710 p.
Catecismo historico y dogmatico de la religion cristiana, por el Abate Therou. 1 t. 18°. hol.
Manual de piedad de san Sulpicio para usos de los seminaristas.
Introduccion a la vida devota, por S. F. de Sales. Nueva edicion corregida. 1 t. 18°.

BEZANSON. — IMP. JACQUIN. — 1906.

ALMA COLLEGE
LIBRARY
Alma, California

CATECISMO

EN EJEMPLOS

POR EL PRESBÍTERO

CAMILO ORTÚZAR

EL CREDO Y LA ORACIÓN

QUINTA EDICIÓN

ALMA COLLEGE
254
LIBRARY
Or. 8
Alma, California

FATHERS LIBRARY
ALMA COLLEGE
ST. JOSEPH'S CHURCH
SANTA CRUZ, California

Property of
CLgA
Please return to
Graduate Theological
Union Library

PARIS

A. Y R. ROGER Y F. CHERNOVIZ

EDITORES

7, calle des Grands-Augustins, 7

Derechos reservados

0377

IMPRIMATUR

Vesontione, die 2 februarii 1906.

F. Labeuche,
Vic. gen.

A

MAYOR GLORIA

DE

JESÚS, MARÍA Y JOSÉ

PRÓLOGO

Entre todos los conocimientos con que el hombre cultiva y realza su inteligencia, ninguno es, sin duda, más importante que el de la Religión. La religión es la reina de las ciencias; se la estudia por utilidad, por deber y por sentimiento natural; se la estudia á veces aunque no se la quiera estudiar. De suyo se impone. ¡Tan estrechas y tantas son nuestras relaciones con Dios!

Nuestra alma, á pesar de las tinieblas que la envuelven, como reliquias de su degradación, conserva en sí misma tan vivos los gérmenes de toda verdad, que en presencia de las obras del Creador y de su sabia providencia constantemente se siente obligada á exclamar: *Digitus Dei est hic. El dedo de Dios está aquí;* admira la verdad, la bondad y la belleza, tiende hacia ellas, una fuerza secreta la eleva al autor de todo bien, lo reconoce, lo adora y lo aclama por esa súbita intuición que hacía decir al Apóstol amado en el acto de ver á Jesús sobre el mar de Tiberíades: *¡Él es!... ¡Dominus est!*

El aprendizaje de la religión sería, sin embargo, demasiado imperfecto y difícil si desde el feliz despertar de la razón, no encontrara ya el niño á la mano un libro de oro, el *Catecismo :* « magnífica síntesis que explica todos los enigmas, disipa todas las dudas, rebate todas las dificultades, lazo misterioso que une al hombre con Dios, el cielo con la tierra, el tiempo con la eternidad; y todo esto sin esfuerzo de palabras, sin ambajes, con suma claridad, de tal modo que basta tener oídos para escuchar y corazón dócil para creer y amar ».

*
* *

Desde que el Divino Redentor manifestó su preferencia por los niños, los mayores santos y los genios más ilustres les han consagrado decididamente su celo abnegación y solicitud.

No es, pues, de extrañarlo. La infancia « es el primer amor y la última esperanza de la Iglesia ». Por eso sus pastores, con admirable uniformidad de miras y sentimientos, han considerado que la enseñanza primordial y la predicación propiamente dicha es la del Catecismo á los niños.

Tal ha sido el pensamiento invariable desde San Agustín hasta Bossuet, y desde Orígenes hasta Fenelón y Dupanloup. Este célebre obispo de Orleans, al publicar su *Método de Catecismo*, decía : « lo confesamos con ingenuidad : esta obra tiene todas las predilecciones de nuestra alma; le hemos dedicado la mejor parte de nuestra vida; es la más importante de cuantas nos hayan ocupado; es la obra fundamental...

*
* *

Y ¿cuál ha sido el método seguido por los Santos Padres, por los Doctores y Catequistas de la Iglesia para poner al alcance de tiernas ó rudas inteligencias las verdades más necesarias, á veces abstractas, de la religión? Al razonamiento unían los ejemplos, las comparaciones, las imágenes y alegorías. De este modo no sólo hacían más comprensible y amable la verdad, sino también con poderoso estímulo impulsaban á practicar la virtud.

Con sobrada razón se ha dicho que los discursos persuaden, pero los ejemplos arrastran.

« El camino de los preceptos es largo y penoso, el de los ejemplos, corto y agradable », afirma Séneca.

Los ejemplos, lo advierte San Francisco de Sales, tienen maravillosa fuerza y dan vivo interés á los sermones; facilitan la inteligencia de las cosas mejor que las vigorosas pruebas; abrevian y aclaran las discusiones.

Los episodios históricos, en sentir de Abelly, producen encanto sorprendente y son rico arsenal para el orador.

De un pensamiento expresado secamente á otro cubierto con una imagen feliz, va la misma diferencia que la de una bala tirada con la mano á otra disparada con un fusil, en concepto de Balmes.

Si se preguntase cuál es el rasgo característico de las enseñanzas de Nuestro Señor Jesucristo; las parábolas y comparaciones, se respondería. El uso de ellas le era familiar. El Divino Maestro sabía que la verdad con-

trasta las pasiones é intereses de los hombres, que siendo amarga y enojosa es necesario suavizar su austeridad. ¿Qué hacía, entonces? Sus consejos sublimes los grababa en el corazón de los oyentes con las imágenes más sensibles, con las comparaciones más naturales. Eran éstas como un rayo de luz que inundaba las inteligencias. Y las altas verdades y la moral severa eran así escuchadas con avidez por un pueblo inmenso que á todas partes le seguía.

Los ejemplos y parábolas son una especie de pintura que hasta las personas más ilustradas miran con singular placer. Cuando se habla en público, basta insinuar la relación de un hecho para advertir la espontaneidad con que el auditorio, sin disimulo alguno, redobla la atención para escuchar.

El estudio del corazón humano y la experiencia constante demuestran que las historias son el encanto de los niños y el estilo por excelencia del pueblo.

El Evangelio refiere, casi nunca discute.

Y «¿puede acaso ofrecerse mejor paralelo? De un lado la religión enseñada; de otro la religión practicada. Aquí el Evangelio en preceptos; allí el Evangelio en acción Por una parte el Catecismo que dice: *Antes morir que ofender á Dios.* Por otra el mártir que exclama: *¡Dios mío, yo muero antes que ofenderos!* »

Así parece tomar cuerpo y hacerse casi tangible la verdad.

* * *

Basta lo expuesto para que se comprenda el propósito perseguido en la composición de este Catecismo.

Sin presumir presentarlo como un tratado teológico ni literario, he procurado enseñar la doctrina con claridad y sencillez y robustecerla con numerosos documentos que llevan la firma de los autores de cuyas obras los tomo y quienes, en cierto modo, se constituyen garantes y responsables.

Lo ofrezco con placer á las madres cristianas, en cuyo corazón arde la llama celeste del apostolado doméstico; á los niños, esperanza de la Iglesia y porvenir de la patria; á los pobres, á quienes la miseria y el dolor jamás podrán arrancarles el tesoro de la fe.

Reconozco que he echado sobre mis hombros una tarea superior á mis fuerzas. No obstante, si el presente trabajo llegara á merecer alguna aceptación, recibiría agradecido las indicaciones que se me hicieran, y muy en especial las de mis hermanos en el sacerdocio.

Declaro que los hechos, que en este Catecismo se refieren, sólo tienen una autoridad puramente humana, excepto aquellos que han sido confirmados por la Santa Sede, de la cual es mi mayor gloria ser hijo sumiso, respetuoso y fiel.

CAMILO ORTÚZAR.

CATECISMO

EN EJEMPLOS

INTRODUCCIÓN

Objeto é importancia del Catecismo.

— *¿Qué nos enseña el Catecismo de la Doctrina Cristiana?*

— *Nos enseña el camino para ir al cielo.*

— *¿Qué nos enseñan las demás ciencias: la aritmética, la geografía, la gramática, etc.?*

— *Nos enseñan los conocimientos útiles para nuestro bienestar en la tierra.*

— *¿Es, pues, el Catecismo más importante que todas las otras ciencias?*

— *Sí, es mucho más importante, porque el cielo importa mucho más que la tierra y la salvación eterna de nuestra alma más que las comodidades pasajeras de nuestro cuerpo.*

— *¿Son muy culpados los que no aprenden el Catecismo?*

— *Sí, porque dejan de conocer el camino para irse al cielo.*

— *¿Cómo nos enseña el Catecismo el camino para ir al cielo?*

— *Dándonos á conocer la verdadera religión.*

— *¿Qué es religión?*

— *Es el conocimiento de Dios y la observancia de sus preceptos.*

¿Cuál es la verdadera religión?

— *La única religión verdadera es la que enseñó Nuestro Señor Jesucristo.*

— *¿Cuántas cosas debe saber el cristiano desde que llega al uso de la razón?*

— *Estas cuatro: lo que ha de* CREER, *lo que ha de* PEDIR *lo que ha de* HACER *y lo que ha de* RECIBIR.

A todos conviene el catecismo. — En cierta ocasión en que el General Lamoricière recibió de visita á uno de sus amigos, se encontraba estudiando un mapa, que indicaba los movimientos del ejército frances en la guerra de Oriente. A uno y otro extremo del mapa, dos libros servían de sostén: el *Catecismo* y la *Imitación de Cristo*. El visitante los miró con extrañeza.

« No te sorprendas, le dijo Lamoricière: éstos son mis guías inseparables; me llenan de consuelo. Yo no quiero estar, como en el aire, entre el cielo y la tierra, el día y la noche; quiero saber adónde voy y a qué atenerme, y no tengo reparo en declarar mi fe. »

*
* *

Refiere el Ilmo Sr. Dupanloup que, visitando un hospital, encontró un hombre de alta clase y de superior inteligencia que parecía absorto en la lectura de un pequeño libro. Se acercó al enfermo, quien, al verlo, exclamó: « ¡Ah! Ilmo Sr., qué hermoso libro! es un tesoro, un pozo de ciencia! ¡en él todas las grandes cuestiones, se tratan á fondo! ¡Qué libro tan admirable!... » Y bien, ése libro era el *Catecismo*.

*
* *

Troplong, Presidente del Senado y del Tribunal Supremo, en París, visitado en su última enfermedad por el Cura de San Sulpicio, y cuando se disponía á recibir los sacramentos, pronunció estas notables palabras: « *Después de haber leido, estudiado y vivido mucho, cuando*

se acerca la hora de mi muerte, reconozco que la sola cosa verdadera es el Catecismo. » — (*Cat. en exempl.*).

*
* *

Napoleón I, en Santa Helena. — El Arzobispo de B... se encontraba en Aix-les-Bains, adonde había ido con el fin de restablecer su salud.

Un día le llamaron á la cabecera de una enferma, hija de un célebre general.

Acudió en el acto.

Era tal el fervor y dulce piedad con que se expresaba la moribunda que, al escucharla, el Arzobispo no pudo contener las lágrimas. Admirado de su extraordinaria instrucción religiosa, le preguntó dónde había sido educada. — « Ilmo Sr., le respondió ella, después de Dios, es al Emperador Napoleón á quien debo lo que sé. Yo vivía con mi familia en la isla de Santa Helena. Tenía solo diez años, cuando el Emperador me dijo: « Hija mía, tú eres joven, muchos peligros te aguardan en el mundo. ¿Qué será de tí si no te fortificas con la religión? Tu padre y tu madre no la tienen. Yo tomo á mi cargo el deber que pesa sobre ellos; ven todos los días; desde mañana comenzaré á darte mis lecciones. » Durante dos años consecutivos, asistí, varias veces por semana, al catecismo que me enseñaba el Emperador. Me daba lecciones y me las explicaba. Cuando llegué á la edad de doce á trece años, me dijo: « Al presente, hija mía, estás suficientemente instruída. Es necesario que te dispongas á hacer tu primera comunión. Voy á pedir á Francia un sacerdote á fin de que te prepare á tí para tan grande acto y á mí para la muerte. » El Emperador cumplió su palabra (*Id.*).

. . . . . .

Hallándose cercano á la muerte, el Emperador se confesó, recibió el Santo Viático y la Extramaunción. « Es-

toy muy contento por haber cumplido con mis deberes, dijo al general Montholon. Deseo, general, que al morir tenga Ud. la misma felicidad... Ocupando el trono, omití la práctica de mi religión, porque *el poder entorpece á los hombres.* Mas siempre he conservado la fe: el sonido de las campanas me causaba placer, y la vista de un sacerdote me conmovía. Yo pensaba guardar todo esto en secreto, pero sería una debilidad... Quiero glorificar á Dios... » (1).

*
* *

Diderot, Catequista. — Los impíos mismos reconocen la importancia del Catecismo. Así vemos, por ejemplo, á Diderot uno de los corifeos de la filosofía impía del siglo XVIII, que sin atreverse á confiar á nadie la educación de su hija de diez años, se encargó de enseñarle personalmente el Catecismo.

M. Beauzé, amigo suyo, lo sorprendió en cierta ocasión dando tales lecciones : « ¡Cómo! exclamó; ¿tú enseñas el Catecismo á tu hija? ¿Te estás burlando? »

Diderot que quería ser impío con sus amigos, pero no en presencia de su hija, frunció las cejas y respondió severamente : « Si yo conociese un libro mejor para hacer de María una niña respetuosa y tierna, buena mujer y digna madre se lo enseñaría; pero á la verdad, que en el mundo no conozco más que el Catecismo que le pueda enseñar todo esto; ¡ojalá que, para felicidad suya y mía, crea, ame y practique cuanto en el se indica! — (*Dict. d'éducation.*)

*
* *

Muchos hablan mal de la religión y no la conocen. — Yendo de viaje, un religioso encontró por compañeros en un coche á dos oficiales que, con ironía y desdén, se

(1) Segur, Contestaciones.

pusieron á hablar de religión. Los desatinos que decían eran sólo comparables con su impavidez. — El religioso los oía en silencio, sin alternar palabra; pero como los majaderos continuaran ensartando despropósitos, sea que al eclesiástico ya le faltara la paciencia, sea, más bien, con el fin de darles una buena lección, se introdujo en la conversación y encaminándola poco á poco al arte militar, del cual nada entendía, se soltó á hablar con tal seriedad, y á sustentar tan ridículas teorías que los oficiales no pudieron dejar de reir. El religioso, en lugar de sentirse ofendido, se unió francamente á la risa de aquellos. « Bien caballeros, les dijo, os burláis de mi ignorancia; tenéis razón.

Esto pasa por hablar de lo que no se conoce.

Hace poco que hablabais de religión, y os aseguro que vuestros razonamientos no eran mejores que los míos, sobre estrategia militar. »

Los oficiales comprendieron la lección; dieron excusas al religioso, y durante el resto del viaje tuvieron buen cuidado de ser más discretos en sus palabras. — (Lefort. *Cat. en exempl. du Frère Philippe.*)

*
* *

Ignorancia disfrazada. — Un general, tan distinguido en la carrera de las armas, como apreciable por el ilustrado convencimiento en que descanzaba su robusta fe, se encontró, en un vehículo de ferrocarril, con un viajero que se decía *liberal* é incrédulo. En el discurso de la conversación, el general le preguntó:

— ¿Conoce Ud. las *Conferencias* de Frayssinous?

— No, señor.

— ¿Ha leído Ud. los *Estudios Filosóficos* de Augusto Nicolás?

— No, señor.

— ¿Y el *Conocimiento de Dios* por Bossuet?

— Tampoco.

— Al menos ¿no le serán á Ud. desconocidas algunas obras de controversia, donde se exponen los fundamentos de la religión católica?

— No he sido aficionado á esas lecturas, señor.

La conversación continuó; el general pudo convencerse de que toda la ciencia de su compañero de viaje se reducía á la adquirida en ligeros artículos de diarios y en frívolos romances de autores no menos corrompidos que impíos.

No obstante, como aquel *espíritu fuerte* insistiese en llamarse *liberal* é *incrédulo*,

— Yo aseguro que Ud. no es incrédulo, le dijo el general.

— Pues ruego á Ud. me diga lo que soy.

— Ya que me lo pregunta, mal que le pese, le diré que, en mi concepto, Ud. es *un ignorante*.

¡Cuántos de los que declaman contra la religión merecen el mismo calificativo! No conocen la religión, ni leen libro alguno que se la dé á conocer tal como es; sin embargo la denigran, se burlan de ella y la condenan. — (*L'Enseignement catholique. — 1880.*)

* * *

Tanto más se ama la religión cuanto mejor se la conoce. — Tiempo hace que con mucha verdad dijo un filósofo: *Poca ciencia aleja de la religión, mucha ciencia conduce á ella.* Bien lo demuestra la conversión, de uno de los hombres mas célebres y de la más distinguida nobleza de Inglaterra.

El año de 1875, Lord Ripon pertenecía á la categoría superior de la *Masonería*. Las logias, que le consideraban como uno de sus más inteligentes intérpretes y de sus más poderosos auxiliares, le encomendaron se encargase de componer una obra para demostrar la falsedad del catolicismo.

¿Qué sucedió?... Lord Ripon se entregó afanoso al estudio de las bibliotecas.

El infatigable ardor de sus investigaciones dió por resultado que en vez de emprender la obra proyectada, una mañana se presentó á los religiosos Oratorianos y les dijo : « Deseo ser católico y os ruego me administréis el bautismo... » Se procedió al examen del catecúmeno, y los religiosos quedaron sorprendidos de la ciencia del Lord. Se accedió á su petición y al inscribir su nombre en los libros bautismales, la Inglaterra entera se preguntó asombrada si no era éste el enemigo declarado de la Iglesia. « Sí, contestó él, y en adelante seré su defensor. »

No ha faltado á las promesas del bautismo. Lejos de eso: la Providencia le dió el gobierno de millones de católicos, de herejes y paganos, nombrado por la Reina de Inglaterra, Virrey de las Indias.

Estudiad la religión y sabréis amarla. Si no la conocéis, respetadla al menos.—(*L'Enseignement Catholique. — 1880.*)

* * *

Las instrucciones de un Cura. — Hace algunos años, un párroco de aldea llamaba la atención por el celo admirable con que enseñaba á los fieles las verdades de la fe católica. Era de verle rodeado de multitud de niños pendientes de su palabra, siempre afable, siempre animada. Las horas trascurrían veloces.

Una tarde, para demostrar a su auditorio cuán importante es el estudio de la religión y cuánto interés deben todos tener en oir las instrucciones de sus párrocos, se expresaba en los siguientes términos:

Un viajero que venía de lejanas tierras, llegó al principiar la noche, á la entrada de un inmenso bosque. No pudiendo detenerse ni volver atrás, se resolvió á

atravesarlo, no obstante la más densa oscuridad. Mas, cuando iba á penetrar en aquellas tinieblas, se encontró con un anciano pastor á quien le suplicó que le enseñara el camino.

—¿Ah! le dijo el pastor, es muy difícil mostrarlo, porque en este bosque hay caminos que se cruzan á cada paso; todos son tortuosos, y todos menos uno, van á parar á un abismo.

— ¿A un abismo? preguntó el viajero.

— A un abismo que rodea todo el bosque, contestó el pastor. Y debo advertir á Ud. que este bosque no sólo es una guarida de salteadores, sino que también abundan en él las fieras y serpientes venenosas.

— ¿No conoce Ud. otro camino que conduzca al punto adonde me dirijo?

— No lo hay. Este es el único. Por compasión me he situado á la entrada de esta peligrosa senda para proteger á los caminantes, ayudado de mis hijos que, animados de los mismos sentimientos que yo, se hallan apostados en determinados parajes. Así, ofrezco á Ud. nuestros servicios; si gusta, le acompañaremos.

El aspecto afable y bondadoso del anciano y la franqueza y candor de sus palabras inspiraron confianza al viajero, y le indujeron á aceptar la oferta. El pastor toma una luz que pone dentro de una linterna, coge el brazo de aquél y ambos penetran en el bosque.

Después de algunas horas, el viajero siente que le van faltando las fuerzas.

— Apóyese en mí, le dice el pastor.

Con este auxilio, el viajero prosigue bien su camino; pero observa con angustia que la luz solo despide una débil claridad.

— El aceite se acaba, dice al pastor, y apagándose la luz, ¿qué será de nosotros?

— No se inquiete Ud., contesta el anciano; luego encontraremos á uno de mis hijos, que pondrá más aceite en la lámpara.

En efecto, pronto se descubre el resplandor de una antorcha que ilumina una cabaña de piedra, situada á la orilla del camino. El pastor llama; á su voz, que era allí bien conocida, la puerta se abre; el fatigado viajero encuentra un asiento y algunos sencillos alimentos con que repara sus perdidas fuerzas; y después de un rato de descanso, emprende nuevamente su camino, acompañado del anciano.

De trecho en trecho, el viajero llega á otras cabañas y recibe nuevos auxilios, y de este modo anda toda la noche.

Los primeros albores de la aurora comenzaban á iluminar el horizonte, cuando arribó sano y salvo al otro lado del bosque. Entonces comprendió toda la importancia del bien que el pastor y sus hijos le habían hecho; pues se encontró frente á frente de un abismo espantoso, dentro del cual resonaba un torrente.

— Hé ahí, le dice el guía, el abismo de que á Ud. hablaba mi padre; su profundidad nadie puede medirla, porque está cubierto siempre de espesos vapores, impenetrables á la vista.

Al decir estas palabras, exhala un gran suspiro y enjuga con su mano dos gruesas lágrimas que corren por sus mejillas.

— ¿Por qué llora Ud.? le pregunta el viajero.

— Lloro, ¡ay! porque contemplo la multitud de infelices que caen todos los días en ese abismo. A pesar de que mi padre, mis hermanos y yo les ofrecemos auxilio, pocos son los que lo aceptan, y muchos, los más, son los que, después de haber andado algunas horas con nosotros, se quejan y nos desprecian, dicien-

do que los engañamos, que les inspiramos vanos temores y nos dejan. Pero luego pierden el camino y perecen sin remedio, devorados por las fieras y serpientes, asesinados por lo salteadores ó sepultados en este abismo. Porque para atravesarlo no hay más que este puente, tan pequeño que aquí se ve, y sólo nosotros sabemos el camino que conduce á él. Páselo con confianza, añadió, volviéndose al viajero y abrazándolo con ternura. En la otro parte, ya es dia claro, allí está la patria de Ud.

El viajero, lleno de reconocimiento, dió las gracias á su caritativo conductor, y adelantándose con paso rápido, atraviesa el puente. Al cabo de algunas horas descansa deliciosamente en el seno de su familia. »

Esta anécdota (continuaba el buen cura) debe poneros en evidencia cuánta es la necesidad de escuchar con docilidad la instrucciones de los sacerdotes que os enseñan la religión. Sois viajeros que venis de un pais lejano. Este bosque de que os he hablado, es el mundo y la vida por donde debéis pasar. Los salteadores son los enemigos de vuestra salvación. Las fieras y serpientes que tantos extragos hacen son las tentaciones del demonio, el mundo y la carne. Los senderos que cruzan el bosque en todas direcciones son los caminos, por desgracia tan comunes, que llevan á la perdición eterna; y la única senda que conduce al puente es el camino del cielo.

Ese pastor caritativo que está á la entrada del bosque y que ofrece su brazo y su lámpara, ya conocéis que es Jesucristo, el Pastor Divino que bajó del cielo para socorrer y *alumbrar á todo hombre que viene á este mundo*. Los hijos que ayudan al bondadoso anciano son los sacerdotes, que, como Él, se consagran á la custodia y dirección del hombre, peregrino en la tierra. La

lámpara encendida, que llevan en la mano el pastor y sus hijos, es la fe, preciosa antorcha *que ilumina los caminos oscuros y tenebrosos.* ¿Tendré necesidad de deciros quiénes son esos hombres dóciles á los consejos del sabio pastor y los imprudentes que rechazan sus consejos y su luz?

Durante el viaje, les faltó el aceite, y la lámpara estuvo á punto de apagarse. Esta circunstancia de mi anécdota es la más importante y exige que acerca de ella os haga alguna explicación.

Cuando erais niños, vuestro padre ó el sacerdote os instruyeron en las principales verdades de la religión, os dieron á conocer á Dios, sus atributos, la espiritualidad é inmortalidad del alma, los premios y castigos eternos; os hicieron amar al Salvador del mundo y recibisteis algunas nociones acerca de los sacramentos de la Iglesia.

Pero, bien lo veis, esto, con ser muy poca cosa, difícilmente se alcanza á comprender en la niñez. La ligereza de la edad, el tiempo y la disipación hacen también que esas verdades se olviden. Y aun cuando las recordáseis, ¿no hay mucho más que conocer en la religión? Hay en ella verdades muy importantes que ignoráis completamente. Y con tan escasos conocimientos, en la más necesaria de todas las ciencias, ¿os atreveríais á caminar tranquilos por el desierto de la vida?...

Necesitáis, pues, para conservar encendida vuestra lámpara, asistir á las instrucciones de vuestros párrocos, frecuentar los sacramentos, elevar vuestro corazón á Dios, particularmente al pie del altar. Así nunca os faltará la luz indispensable en el camino de la vida. — *(Mensajero del pueblo. I. 36.)*

VERDADES

QUE ES NECESARIO CREER

EL CREDO

— *¿Cómo sabrá el cristiano lo que ha de creer?*

— *Sabiendo y entendiendo el* Credo *que también se llama Símbolo de los Apóstoles.*

— *¿Qué cosa es el Credo?*

— *Es el compendio de las principales verdades que Dios nos ha revelado.*

— *¿Por qué se llama* Símbolo *de los Apóstoles?*

— *Porque ellos lo compusieron, antes de separarse para predicar el Evangelio.*

PRIMER ARTÍCULO DEL SÍMBOLO

Creo en Dios Padre, todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra.

DIOS

— *¿Quién es Dios?*
— *Dios es el Creador y Señor de todas las cosas.*

Existencia de Dios. — Un ilustrado viajero fué arrojado por un naufragio á una isla desierta. Cuando desolado la recorría en distintas direcciones, indecible fué su asombro al encontrar un palacio magníficamente amúeblado, adornado con preciosos cuadros y provisto de una escogida biblioteca. No obstante, ni en el palacio ni en toda la isla pudo descubrir persona alguna. Sin poderse explicar este fenómeno, se preguntó lleno de extrañeza : ¿acaso este admirable edificio con sus muebles, cuadros y libros será obra de una combinación puramente fortuita? No, esto es imposible, dijo; aquí se revela la inteligencia y el trabajo del hombre (1).

Del mismo modo « el cielo cuenta la gloria de Dios y el firmamento publica la excelencia de sus obras ».

* * *

Las criaturas no pueden ser obra de la casualidad. — Fenelón, este grande y apreciable Arzobispo de Cambrai,

(1) Paráb. de Fenelón.

cuyo nombre es respetado hasta por los mismos impíos, se paseaba una tarde con un niño confiado á sus cuidados. La luz centelleaba en el cielo. El horizonte estaba aún dorado por los últimos reflejos del sol poniente. Todo en la naturaleza respiraba calma, grandeza y majestad... El niño pregunta á Fenelón qué hora es. Saca éste su reloj y ve la hora que marca. ¡Oh, que hermoso reloj, Ilmo Sr.! le dice el joven discípulo; ¿me permitiría Usía mirarlo? El buen Arzobispo se lo entrega, y se propone instruir al muchacho con una chanza. — ¡Cosa singular! le dice friamente Fenelón; este reloj, mi querido Luis, se ha hecho á sí mismo. — ¡Cómo! ¿á sí mismo? repitió el niño mirando á su maestro con cierta sonrisa. — No lo dudes; á sí mismo. Un viajero lo halló en un desierto; y es indudable que se ha hecho á sí mismo. — ¡Imposible! repuso el joven Luis; Usía se burla de mí — No hijo mío, no creas trate de burlarme de tí. ¿Qué hay de imposible en lo que te he dicho? — Pero, Ilmo Sr., jamás un reloj puede construirse á sí mismo. — Quisiera me dijeses por qué. — Porque es tanta la precisión con que están arregladas las pequeñas ruedas que componen el movimiento y que hacen funcionar los índices, que no solamente se necesita de gran inteligencia para ordenar tan complicado mecanismo, sino que pocos hombres serán capaces de ello. Es imposible que esto se haga á sí mismo; jamás podré creerlo. Usía Ilustrísima puede estar seguro de que le han engañado.

Fenelón abrazó al muchado y mostrándole el hermoso cielo que brillaba encima de sus cabezas, exclamó : Pues ¿qué diremos, mi querido Luis, de aquellos que pretenden que tanta multitud de maravillas se han hecho y se conservan por sí solas, y que Dios no existe? — ¡Qué! ¿habrá hombres tan estúpidos y malos que

digan eso? — Sí, querido, sí: hay hombres que esto dicen; pero yo no puedo afirmar que haya hombres que así lo crean. — (*Vida de Fenelón.*)

— *¿Cómo hizo Dios todas las cosas?*
— *Dios las creó de la nada.*

Un carpintero puede hacer una mesa de madera y un sastre un vestido de tela; pero jamás podrá hacer un carpintero una mesa de madera sin madera, ni un sastre un vestido de tela sin tela. Sólo Dios puede hacer cosas sin cosas, hacer que sea lo que no es, crear cosas de la nada.

*
* *

Historia de la creación. — Hé aquí cómo la refiere la Santa Escritura: En el principio de los tiempos creó Dios el Cielo y la tierra. La tierra estaba desnuda y vacía, las tinieblas cubrían el abismo y el espíritu de Dios estaba sobre las aguas. — Y Dios dijo: Hágase la luz, y la luz fué hecha... Y llamó á la luz día y á las tinieblas noche; y la tarde y la mañana formaron un día. — Y Dios dijo: Hágase el firmamento en medio de las aguas y sepárense las aguas de las aguas... Y llamó Dios al firmamento Cielo. Y fué la tarde y la mañana el día segundo. Y Dios dijo: Júntense las aguas que están debajo del Cielo en un lugar y aparezca lo árido. Y así se hizo. Y Dios á lo árido llamó Tierra y á las aguas reunidas llamó Mares. — Y dijo: Produzca la tierra hierba verde que dé simiente y árbol de fruta que dé fruto según su género, la simiente del cual esté en él mismo sobre la tierra. Y así se hizo... Y fué la tarde y la mañana el día tercero. — Y Dios dijo: Sean hechas lumbreras en el firmamento del Cielo y separen el día de la noche, y sean para señales, y tiempos, y

días y años, para que luzcan en el firmamento del Cielo, y alumbren la tierra. Y así se hizo... Y fué la tarde y la mañana el día cuarto. — Y Dios dijo : Produzcan las aguas reptiles vivientes y aves que vuelen sobre la tierra debajo del firmamento del Cielo. Y creó Dios las grandes ballenas y todos los animales que viven y se mueven en las aguas según su especie, y toda ave que vuela, según su genero... Y los bendijo diciendo : Creced y multiplicaos y henchid las aguas del mar, y las aves multipliquense sobre la tierra. Y fué la tarde y la mañana el día quinto. — Y Dios dijo : Produzca la tierra animales vivientes según su género, bestias, y reptiles y animales salvajes según su especie. Y así se hizo... Y viendo Dios que todo era bueno, dijo : Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza; y tenga dominio sobre los peces del mar, y sobre las aves del Cielo, y sobre las bestias, y sobre toda la tierra y sobre todo reptil que se mueve en la tierra. Y creó Dios al hombre, del barro de la tierra y le inspiró en su rostro soplo de vida y fué hecho el hombre en ánima viviente a imagen y semejanza de Dios. (*Génesis.*) Nada más sencillo y á la vez más sublime que esta relación.

— *¿Quién conserva y gobierna el cielo, la tierra, al hombre y todas las cosas?*

— *Dios.*

— *¿A qué llamamos Providencia?*

— *Al cuidado con que Dios conserva y gobierna el cielo, la tierra, al hombre y todas las cosas.*

— *Y ¿ cómo si Dios gobierna hay tantos males en la tierra?*

— *Todo lo que Dios hace es bueno y cuando permite el mal es para nuestro bien.*

Divina Providencia — Si un ignorante, que no sabe

leer, abriese un volumen de las obras de Homero ó Cicerón y viendo tantas letras para él desconocidas, colocadas de mil modos diferentes, preguntara : ¿Por qué estas letras, estas páginas, estas líneas están colocadas en este lugar con preferencia á este otro? ¿por qué lo que está en el principio no está en el medio ó en el fin? ¿por qué la vigésima página no es la quinta? etc., se le contestaría : Un gran ingenio es el que ha arreglado así todo esto, para expresar sus pensamientos, y si se colocase una página en lugar de otra, si se cambiaran las letras, palabras ó líneas, tan bella obra quedaría desordenada y destruída.

Y si tal ignorante, queriendo hacerse el entendido, dijese : Creo que hubiera sido mejor reunir todas las letras que se parecen : las mayúsculas con las mayúsculas; las minúsculas con las minúsculas; hubiera resultado un orden más bello haciendo las palabras de una misma longitud y con el mismo número de letras. Aquí no hay orden. El que ha compuesto esta obra no entiende en ello. — ¿Qué le contestaríamos? — Tú eres el ignorante, le diríamos; tú el que nada entiendes de esto. Una inteligencia mayor que la tuya supo disponerlo, y si tú no lo comprendes, no culpes más que á tu propia ignorancia.

De un modo parecido al de tal ignorante procedemos cuando criticamos las obras de Dios. Su *gran libro* es el que miramos cuando fijamos la vista en el mundo. Si algo asombra y no se comprende, puede decirse : una inteligencia infinita, una sabiduría, una justicia y bondad infinitas han arreglado las cosas de esta suerte y todo está en perfecto orden aun cuando parezca lo contrario. — (*Segur.*)

— *¿Dios lo puede todo?*

— *Sí, Dios todo le puede.*

— *¿Puede crear mil mundos?*

— *Sí, puede crear cuantos mundos quiera, más grandes y hermosos que la tierra, en un instante y sin que nada le cueste.*

— *¿Podría Dios destruirlo todo si quisiera?*

— *Sí, Dios podría destruirlo todo en un momento.*

— *¿Dios es infinitamente bueno?*

— *Sí, Dios es infinitamente bueno y es infinita su misericordia.*

Como se manifesta la bóndad de Dios.— Una tierna niña decía un día á su madre : Mamá, Ud. me repite todos los días que Dios es muy bueno; sin embargo, Él no me da nunca nada. — ¡Cómo! respondió la madre, ¿no es Dios el que hace crecer los granos, las flores y los frutos? ¿no es Él el que ha creado los animales, los peces y las aves? ¿no es Dios el que ha dado su hijo único por salvarnos? ¿no es Dios quien da el cielo á los que le sirven? ¡Ah! Sin Dios el mundo quedaría huérfano. « *Los hombres se agitan y Dios los conduce.* »

— *¿Dios es infinitamente justo?*

— *Sí, Dios es infinitamente justo y premia ó castiga á cada uno según sus obras.*

Justicia de Dios.— Estando un día el Patriarca Abraham sentado á la puerta de su tienda, á eso del mediodía, alzó los ojos y vió cerca de sí á tres varones que le parecieron peregrinos. Como era muy caritativo corrió á ellos, y les suplicó que no pasasen adelante sin tomar algún alivio en su tienda. Ellos aceptaron y el Santo Patriarca les presentó una mesa abundante, que sirvió por sí mismo, aunque tenía multitud de cria-

dos. Acabada la comida, se levantaron, tomaron el camino de la ciudad de Sodoma, y Abraham salió con ellos para despedirlos. Eran los peregrinos tres ángeles, que iban á reducir á cenizas las cinco ciudades del valle de Pentápolis: Sodoma, Gomorra, Adama, Seboim y Segor: porque el clamor de las maldades de éstas había subido hasta el cielo, pidiendo justicia, y el Señor había determinado hacerla ejemplar y ruidosa. Dos de los ángeles se adelantaron, y el tercero, que representaba al Señor, siguió con Abraham y le manifestó el castigo que iba á ejecutar con aquellas ciudades corrompidas. Abraham se estremeció al oirlo, y entre el temor y el respeto se determinó á decirle: Pues qué, Señor! ¿perdereis al justo con el impío? Esto no es propio de Vos que juzgáis con rectitud á toda la tierra. Si hubiese cincuenta justos en Sodoma, ¿no la perdonareis por amor á estos cincuenta? Y el Señor le respondió: Si hallare cincuenta justos en Sodoma por ellos perdonaré á toda la ciudad. Ya que he principiado, dijo Abraham, aunque soy polvo y ceniza, hablaré otra vez á mi Señor. Y si hallareis cinco menos de cincuenta ¿la destruiréis? Y dijo el Señor: No la destruiré si hallare cuarenta y cinco. Alentado con esta bondad, Abraham prosiguió diciendo: ¿Y si hallareis cuarenta, treinta, veinte ó solo diez justos? No la destruiré contestó el Señor, por amor á esos diez justos..... Desgraciadamente no se hallaron sino cuatro justos y el Señor llevó á efecto su castigo.

Aquellos campos fértiles, aquellos bosques, huertos y jardines tan deliciosos que la *Escritura* llama *Paraíso del Señor*, todo murió. Silencio profundo reina en los alrededores. Allí está estampada la maldición.

— *¿Dios tiene todas las perfecciones?*

— *Sí. Dios tiene todas las perfecciones, en grado infinito.*

— *¿Puede verse y tocarse á Dios?*

— *No, porque es un espíritu.*

— *¿Qué es un espíritu?*

— *Un espíritu es un ser que no tiene cuerpo y que no puede verse con los ojos ni tocarse con las manos.*

El gas que infla un globo lo eleva en los aires; al gas que sale por un tubo, si se le allega un fósforo, se enciende. Ese gas no lo veo; pero creo en él por los efectos.

« Dios con sus obras se ha revelado suficientemente á los hombres y en particular en sus almas (1). »

— *¿Dios ocupa algún lugar?*

— *No, porque es un espíritu y los espíritus no ocupan lugar.*

— *¿Dios tuvo principio?*

— *No, Dios no tuvo principio.*

— *¿Dios tendrá fin?*

— *No, Dios no tendrá fin.*

— *¿Por qué Dios no tuvo principio ni tendrá fin?*

— *Porque es eterno, es decir, que siempre ha existido y existirá siempre.*

— *¿Comprendes esto?*

— *No, porque es un misterio.*

— *¿Qué es un misterio?*

— *Un misterio es una verdad que no podemos comprender.*

Los dos ciegos. — Dos ciegos de nacimiento discurrían juntos un día: el uno era ignorante e impío, el

(1) Rousseau.

otro instruído y piadoso. El *impío* dijo: Yo desearía saber en que se ocupaba Dios antes de crear el mundo. — El *piadoso* contestó: Dios se gozaba en sí mismo y pensaba en crear un infierno para los que no creyeran en Él y rehusaran servirle. — ¿Cómo puede haber tres personas en Dios? esto es una locura, no se comprende. — Yo creo que realmente no hay sino un solo Dios en tres personas distintas y no me considero un insensato. — Pruébalo, y si consigues demostrarlo te regalo mi baston que es bien bueno y segun me han asegurado, bastante hermoso. — ¿Cómo sabes que tu bastón es hermoso? ¿Sabe un ciego lo que es hermosura? Nosotros, ciegos, no comprendemos lo que son los colores. ¿Y quien podría darnos idea clara de ello, de la diferencia que hay entre el rojo y el verde, el azul y el amarillo? Y ¿podríamos por esto negar que hay colores y que existen con infinita variedad? — No, porque tenemos razón en creer á todos los que no son ciegos que así lo dicen. — Son hombres los que hablan y les creemos; Dios ha revelado los misterios y ¿dejaremos de creerle? La religión cristiana, que los enseña, está probado que es divina: creamos, pues, y vivamos cristianamente. Después de la muerte ya no seremos ciegos y veremos á Dios cara á cara y tal como es. — (*Cat. en exempl.*)

* * *

Si se debe creer lo que no puede comprenderse. — Cierto dia se hallaba el Padre Lacordaire con otros muchos viajeros á mesa redonda. Nadie ignora que el P. Lacordaire era un eminente predicador, renombrado en toda Francia por su talento. En la mesa hallábase confundida toda clase de gente. No lejos del religioso que silenciosamente tomaba su alimento, comía ó mejor peroraba un sujeto muy envanecido de sí mismo y falto de la circunspección que la buena crianza enseña.

Era esto en, día de abstinencia. El parlanchín después de soltar algunas chanzas más ó menos agudas contra la comida de vigilia, contra los devotos, los milagros, los misterios, etc., concluyó por impacientarse del poco efecto que sus palabras producían en el religioso, y le dirigió directamente la palabra á la vez que le presentaba parte de una tortilla de la cual acababa de servirse.

— Caballero, le dijo con aire socarrón, yo tengo por principio no creer sino lo que comprendo... ¿No es esto razonable?

— Señor, repondió el P. Lacordaire, aceptando la tortilla que su interlocutor le había pasado, ¿comprende Ud. cómo el fuego, que derrite el hierro y el plomo, ha hecho endurecer estos huevos?

— Por vida mía, que no lo comprendo, respondió aquel *despreocupado*, sorprendido con tan singular cuestión.

— Ni yo más que Ud., dijo con finura el religioso; pero veo con placer que esto no le impide á Ud. creer en la tortilla.

Nada más ridículo que la pretensión de los ignorantes que sostienen que no deben creer sino lo que se comprende. — (*Segur. — Veladas Rel.*)

— *¿Por qué hay hombres que dicen que no creen en Dios?*

— *Porque hay hombres que no quieren obedecerle y no pueden esperar de Él más que castigo.*

¿Sabéis lo que significa en buen castellano esta grosera expresión: *Dios no existe!*

Héla aquí fielmente traducida: Yo soy bastante malo, y tengo gran miedo de que allá arriba haya alguien que me castigue.

*
* *

Lo que es un ateo. — El famoso incrédulo Volney hacía la travesía del Havre á Nueva York; el tiempo estaba sereno y soplaba suave brisa. Sobre cubierta, en medio de numerosos pasajeros, aquel impío afectaba el más insolente ateísmo. De repente el viento se desencadena, el mar hincha sus olas y se desata una tormenta. El peligro es inminente; todos creen que les ha llegado su última hora. En este momento supremo, Volney, en un rincón del buque, se había apoderado del rosario de un religioso, compañero de peligro, y rezaba... Apaciguada la tempestad, los viajeros se pusieron á reir y preguntaron á Volney en qué había venido á parar su ateísmo. Él respondió ingénuamente: uno es ateo cuando se calienta á la orilla del fuego; pero deja de serlo cuando el rayo estalla ó el mar entreabre sus abismos. — *(Cat. en exempl.)*

— *¿Dios lo vé todo?*

— *Sí, Dios todo lo vé en el Cielo y en la tierra: ve mi alma también como mi cuerpo y lo que se hace á la luz del día como lo que sucede en la mayor oscuridad.*

— *¿Dios está en todas partes?*

— *Sí, Dios está en el Cielo, en la tierra y en todo lugar.*

— *Antes que existiesen el Cielo y la tierra ¿dónde estaba Dios?*

— *En sí mismo.*

— *¿Podemos alguna vez escondernos de la vista de Dios?*

— *No, Dios nos vé y nos oye en todas partes.*

— *¿Dios vé nuestras maldades?*

— *Sí, Dios vé todas nuestras maldades y hasta nuestros más ocultos pensamientos.*

— *¿Qué, Dios tiene ojos y oídos?*

— *No, Dios no tiene ojos, ni oídos, ni brazos, ni manos, ni boca, y no los necesita porque es un espíritu.*

— ¿Qué se quiere decir cuando se habla de los ojos de Dios?

— Que Dios lo sabe todo y que nada se esconde á su vista.

— ¿Qué se quiere decir cuando se habla de los oídos de Dios?

— Que Dios oye todo cuanto se dice.

— ¿Y cuando se habla de sus pies?

— Que todas las cosas están bajo su dominio.

— ¿Debemos amar á Dios?

— Sí, de todo corazón porque es infinitamente bueno y de Él hemos recibido todo lo que tenemos.

Amar á Dios. — Los desiertos de Tebaida fueron testigos de un notable espectáculo. Un anacoreta que había envejecido en la penitencia, solitario entre las profundas cavernas, se determinó un dia á salir y, con paso incierto, se dirigió á la ciudad de Alejandría. No iba, como viejo maestro, á enseñar la sabiduría de Dios sino á conocer hasta dónde alcanzaba la de los hombres. Luego que se hubo sentado en los bancos de la famosa academia alejandrina, un arrogante doctor subió á la tribuna científica y con gran solemnidad comenzó de este modo : « ¿Debemos amar á Dios sobre todas las cosas? » A estas palabras el semblante del anciano anacoreta se inflamó de indignación. ¡Cómo! exclamó, todavía están los hombres en eso! ¿hay quien ponga en cuestión si se debe amar á Dios? Se levanta airado y, deplorando su vana curiosidad y la ceguedad de los hombres, vuelve al desierto. — (*Sibillat.*)

— ¿Debemos temer ofender á Dios?

— Sí, porque detesta el pecado y castiga á los que lo cometen.

Castigo ejemplar. — El cura de una parroquia, cerca

de Paris, refiere el caso siguiente, de que fué testigo ocular : Preparaba, dice, yo mismo, algunos niños para hacer su primera comunión. Había dos entre ellos que, mal inclinados, sin instrucción y sin piedad, disipaban á sus compañeros. Reconvenidos muchas veces me vi en la necesidad de despedirlos de la iglesia. Salieron del templo corriendo y murmurando. Se dirigieron al cementerio y se quedaron junto á sus murallas para jugar y ofender á Dios. Un hombre que pasaba por allí al oirles palabras demasiado descompuestas se detuvo á reprenderlos. Pero en vano, pues se burlaron de el y de sus consejos. Apenas este hombre había andado unos quince pasos cuando sintió un gran ruido seguido de gritos y lamentos. Se vuelve y ve con asombro que derribándose una de las murallas del cementerio ha sepultado bajo sus escombros á aquellos desgraciados niños, ahora cadáveres y horriblemente mutilados. — (*Cat. en exemples*).

— *¿Debemos obedecer á Dios?*
— *Sí, debemos siempre obedecerle y servirle.*
— *¿Cómo se llama á una persona que sirve bien á Dios?*
— *Se le llama buen cristiano.*

El título de cristiano. — Uno de los principales ministros de Napoleon I, habiendo caido enfermo y viéndose próximo á comparecer delante de Dios, quiso arreglar su conciencia. Hizo llamar un sacerdote, se confesó y se dispuso á recibir el sagrado viático. El sacerdote, cuando se presentó á darle la comunión, principió su exhortación diciéndole : « Señor Conde. » El enfermo le interrumpió y le dijo : « Mi querido Cura, de nada me sirven en este momento los títulos; ya no conservo ni aprecio otro que el de *cristiano*. »

— Napoleón el Grande, al confiar la educación de su hijo á la Señora de Montesquieu, cuyas raras virtudes y eminente piedad apreciaba, le dijo: « Señora, sírvase cuidar Ud. de mi hijo, en quien descansan los destinos de la Francia y tal vez de la Europa entera: haga Ud. de él un buen cristiano. » Como uno de los cortesanos se sonriera, Napoleón se volvió indignado hácia él y le apostrofó de esta manera: « Sí, señor, sé muy bien lo que digo, es necesario que mi hijo sea buen *cristiano*, porque no siéndolo no sería tampoco buen ciudadano (1). »

Seremos cristianos si imitamos á Jesucristo.

La grandeza del cristiano consiste, no en pasar por tal, sino en serlo realmente.

El soldado debe seguir á su rey, y el rey del cristiano está en los cielos... Para vencer es necesario el combate. Pelead con valor y herid sin cuidado. Considerad el juramento que hicísteis á Jesucristo, la condición que habéis aceptado como hijos de Dios y herederos de su reino, la milicia sagrada en cuyas filas os alistasteis (2).

— *¿Cuál es la señal del cristiano?*

— *La santa cruz.*

— *¿Por qué?*

— *Porque representa la cruz en que Nuestro Señor Jesucristo murió por salvarnos.*

Aparición de la santa cruz. — La cruz es la cátedra de la bondad divina. ¡Qué ciencia tan alta nos enseña! Es el libro de la sabiduría donde hasta el más ignorante puede ver el amor infinito de Jesucristo, la enormidad del pecado mortal, el rigor del infierno, cuánto vale el alma y cuán grande será la dicha de los elegidos.

(1) Gridel.
(2) San Juan Crisóstomo.

Para que no olvidemos esas enseñanzas, Dios hace resplandecer la santa cruz con grandes milagros.

« El 17 de diciembre de 1826, tuvo lugar en Migné un acontecimiento extraordinario. Al terminarse una misión apostólica, se dejó ver en un cielo puro y azul una cruz luminosa de enormes dimensiones. Así permaneció por lo menos cuarenta minutos, con sus contornos bien delineados, su color vivo y persistente, y con su tranquilo esplendor, á la vista de dos mil quinientas á tres mil personas que presenciaron el hecho. La información mandada formalizar por la autoridad principió en el mismo mes del suceso, cuando los numerosos testigos declaraban con claridad y precision hasta los más pequeños detalles (1). »

*
* *

Triunfo de la cruz. — Dios reina por su cruz; la cruz es su cetro real. En la cruz Nuestro Señor Jesucristo fué declarado Rey.

La cruz brilla en la cúspide de los templos cristianos para anunciar la casa de Dios; domina en las plazas públicas, para que los hombres aprendan á respetarla en todas partes; se levanta en las encrucijadas de los caminos, para que el viajero piense en encomendarse á Dios; está colgada del cuello de la mujer, para recordarle que debe observar la modestia; se halla en nuestras casas y en medio de nuestros campos, á fin de preservarlos de todo accidente; está colocada sobre la tumba de los muertos, como señal de resurrección... y aparece diáfana y radiante en los cielos como señal de triunfo.

Entre las muchas apariciones que nos refiere la historia eclesiástica una de las más notables es la que

(1) Saavedra, Divinidad de la Religión.

ocurrió en tiempo de Constantino. En efecto, estando el Emperador á punto de entrar en batalla con Majencio, y rogando fervorosamente al Señor para que le protegiese, mereció ser oído. A la hora de mediodía, cuando marchaba á la cabeza de sus tropas, con tiempo tranquilo y muy sereno, atisbó en el cielo una cruz brillante, en cuyo centro estaban trazadas con caracteres de luz estas palabras : « *Con este signo vencerás.* » Todas las legiones vieron este prodigio; pero nadie quedó tan admirado de él como el Emperador, que siendo pagano se convirtió al cristianismo. A la noche siguiente se le apareció Nuestro Señor Jesucristo con la misma señal y le mandó que llevara un estandarte con la imagen de ella en los combates. Alentado el Emperador con este milagro, mandó hacer el estandarte y lo confió á cincuenta hombres de los más piadosos y valientes de sus guardias para llevarlo uno después de otro en las batallas. Constantino obtuvo así la victoria y el imperio. — (*Postel.*)

* * *

Un cristo mutilado. — Un eclesiástico, que visitaba una ambulancia, fué conducido cerca de un soldado cuya vida parecía un prodigio. Su cuerpo estaba horrorosamente mutilado. El sacerdote se acerca al lecho y ve un hombre en cuya fisonomía se manifiesta apacible calma.

— Se me ha dicho, amigo mío, que Ud. está gravemente herido, y que sufre mucho, dijo el sacerdote al enfermo.

— Sírvase levantar la frazada que me abriga, señor capellán, contestó sonriendo el enfermo.

El sacerdote la levanta y se estremece de impresión al ver un robusto pecho al cual faltan los brazos.

— ¡Ah! continuó el enfermo, no se asuste Ud. tenga á bien levantar la frazada á los piés.

El sacerdote, con mano temblorosa, la levanta y ve que al enfermo, desde las rodillas abajo, le faltan ambas piernas.

— ¡Ah! pobrecito, yo lo compadezco, exclama el capellán.

— No me compadezca Ud. señor; felicíteme más bien. Al mismo estado en que me ve ahora reducido por la guerra, pocos dias antes del combate, y con mis propias manos, reduje yo una imagen sagrada de Nuestro Salvador. Marchaba con mis camaradas á la batalla cuando al extremo de un camino encontramos un crucifijo. Cada uno de mis compañeros quiso hacer de espíritu fuerte, pronunciando palabras sarcásticas y blasfemias. Yo quise aventajarlos en impiedad y sacando mi sable eché por tierra los brazos del crucifijo; pero como todavía no se desprendiera de la cruz, en la cual estaba sostenido por los clavos de los pies, le corté las piernas y cayó... Nos alejamos y no volví á pensar más en aquel cristo hasta el momento en que una metralla, que silbó á mi alrededor, me recordó la iglesia de la ciudad en que nací, el anciano párroco que me enseñaba el catecismo y el cementerio en que cuando niño iba á orar por mi madre.

Entonces, conociendo toda la enormidad de mi crimen, tuve miedo de la muerte y rogué á Dios con toda mi alma que me castigase sin piedad en esta vida con tal que me concediese misericordia en la otra.

He sido escuchado: como había tratado á la imagen de Nuestro Salvador he sido tratado, y mientras mayores sean mis padecimientos mayor será mi consuelo, porque el Señor no me escuchará á medias; si rudamente me castiga es porque quiere perdonarme (1).

(1) Lefort.

— *¿Cuándo conviene usar de la señal de la cruz?*

— *Al comenzar cualquiera obra y particularmente en las tentaciones y peligros.*

Falsa vergüenza. — Cierto cristiano se avergonzaba de hacer la señal de la cruz en presencia de un forastero. Lo vió un amigo que, más firme en la fe, le dijo: « ¡Cómo! Jesucristo no se avergonzó de morir en una cruz para redimirte ¿y tú te avergüenzas de hacer la señal de nuestra redención (1)?

El buen cristiano se honra y siente noble orgullo en tributar públicamente el culto que debe á su Dios. Jamás abandona su religión.

Si la Magdalena, el publicano, el pródigo y el buen ladrón se hubiesen avergonzado del Hombre Dios no habrían salido del camino de perdición.

Misterio de la Santísima Trinidad.

— *¿Cuántos dioses hay?*

— *Un solo Dios no más.*

— *¿Cuántas personas hay en Dios?*

— *En Dios hay tres personas distintas.*

— *¿Cómo se llaman?*

— *Padre, Hijo, Espíritu Santo.*

— *¿El Padre es más grande y poderoso que el Hijo y que el Espíritu Santo?*

— *No, las tres personas son iguales en todas las cosas.*

— *¿El Padre es primero que el Hijo?*

— *No, el Hijo es eterno como el Padre y como el Espíritu Santo.*

— *¿El Padre es Dios?*

(1) Mach, Tesoro del Catequista.

— *Sí, el Padre es Dios.*
— *¿El Hijo es Dios?*
— *Sí, el Hijo es Dios.*
— *¿El Espíritu Santo es Dios?*
— *Sí, el Espíritu Santo es Dios.*
— *¿Las tres personas son tres dioses?*
— *No, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son un solo Dios.*
— *¿Puedes comprender esto?*
— *No, porque es un misterio.*

El misterio de la Santísima Trinidad. — San Agustín, uno de los mas sabios doctores de la Iglesia, este grande hombre, consultor del mismo Papa, se paseaba un día á la orilla del mar. Meditaba en el misterio de la Santísima Trinidad y deseaba profundizarlo. De repente vió un niño de corta edad que se ocupaba en sacar agua del mar, con el fin de llenar un hoyito qué habia hecho en la playa. San Agustín le preguntó que hacía allí. El niño respondió que quería vaciar toda el agua del mar en aquel pequeño hueco. Eso nunca lo conseguirás, le dijo San Agustín, porque el hoyito no tiene capacidad para contener toda el agua del inmenso mar. « Sin duda alguna, replicó el niño, tienes razón; pero, con todo, es más fácil para mí trasladar toda el agua del mar á este hoyito, que para tí comprender el misterio de la Santísima Trinidad y hacer entrar en tu limitada inteligencia esta verdad infinita. » Y el niño desapareció. San Agustín comprendió la lección que Dios le daba. — (*Lefort.*)

*
* *

Creed lo que la Iglesia enseña. – Un abogado y un niño iban de viaje, en un coche público. Al pasar frente á una iglesia el niño se quitó el sombrero.

— Sin duda, amigo, que eres muy devoto, le dijo el abogado.

— Sí, señor, contestó el niño, y me preparo para hacer mi primera comunión

— ¿Qué te enseña tu párroco?

— Ahora me explica los misterios.

— Dime ¿cuáles son éstos? Yo he olvidado tales cosas, como te sucederá á tí dentro de pocos años.

— No, señor, jamás olvidaré los misterios de la Santísima Trinidad, de la Encarnación y de la Redención.

— ¿Qué es la Trinidad?

— Un solo Dios en tres personas

— ¿Por ventura comprendes eso, amiguito?

— Tres cosas hay que considerar respecto á los misterios : *saber*, *creer* y *comprender*. Yo se y creo, pero no comprendo; lo cual solo se conseguirá en el cielo.

— Todo lo que dices son cuentos; yo sólo creo lo que comprendo.

— ¡Oh, caballero! Ya que Ud. sólo cree lo que comprende, sírvase decirme ¿por qué su dedo se mueve á su antojo, cuando Ud. habla?

— Porque mi voluntad imprime movimiento al nervio que corresponde al dedo.

— Pero ¿cómo sé hace eso que su voluntad corresponda al nervio?

— Eso se hace... eso se hace...

— ¿Ud. lo comprende?

— ¡Oh! sí, lo comprendo.

— Pues, si Ud. lo comprende tenga la bondad de explicarme ¿por qué puede mover Ud. el dedo y no puede mover una oreja?

El abogado se vió corrido y contestó :

— Eres demasiado pequeño para darme una lección. — (*Gridel.*)

— ¿La Santísima Trinidad y Dios son lo mismo?

— Sí, son una misma cosa.

— ¿Cómo sabemos que hay tres personas en Dios?

— Lo sabemos porque Dios mismo lo ha enseñado á los hombres.

— ¿Hay algunas imágenes de este misterio?

— Sí, el sol, que es fuego, luz y calor: los tres ángulos de un triángulo: el alma humana con memoria, entendimiento y voluntad; tres luces que alumbran una misma pieza, etc.

ÁNGELES Y DEMONIOS

— ¿Cuáles son las criaturas más perfectas creadas por Dios?

— Los ángeles y los hombres.

— ¿Qué es un ángel?

— Un ángel es un espíritu siempre feliz en el cielo.

Hermosura de los ángeles. — Si un ángel, dice San Anselmo, apareciese en el firmamento y estuviese rodeado de tantos soles brillantes como hay estrellas en el cielo, todos esos soles parecerían opacos delante del esplendor del ángel.

— ¿Hay ángeles malos?

— Sí, que se llaman demonios ó diablos.

Creación de los Ángeles. — Los ángeles fueron creados en el cielo con entera libertad para obrar el bien ó el mal. Apenas habían salido de las manos del Creador, cuando un gran número, que se cree fué la tercera parte, pecó y quedó reprobado para siempre. El capitán de esta muchedumbre de réprobos fué un querubín, Luzbel, que se llamó después Lucifer. Ensoberbecido con su hermo-

sura: « Subiré hasta el cielo, dijo en su corazón; pondré mi trono sobre los astros de Dios; seré semejante al Altísimo. » Pero este rebelde fué precipitado, en aquel mismo momento, de la altura del cielo á la profundidad del abismo, y en su espantosa caída arrastró consigo á una multitud de ángeles, que habiéndole imitado en la soberbia le acompañaron también en el castigo. Los demás, en premio de su fidelidad, fueron confirmados en gracia de que ya no pudieran pecar y merecieron la posesión eterna de la gloria. (*Mazo.*)

— *¿En dónde están los ángeles buenos?*
— *En el cielo, siempre gozando.*
— *¿Y los malos?*
— *En el infierno, siempre padeciendo.*
— *¿Qué hacen los ángeles buenos?*
— *Los ángeles buenos nos ayudan á servir á Dios y nos protegen contra los demonios.*

Loth salvado por los ángeles. — Una tarde llegaron dos ángeles á Sodoma. Loth se hallaba sentado á la puerta de la ciudad. Así que los divisó se levantó, les salió al encuentro, los saludó, inclinándose hasta tocar la tierra, y les dijo: « Ruégoos, señores, que os dignéis entrar en casa de vuestro siervo y pasar en ella la noche; mañana temprano podréis continuar vuestro camino. » Ellos respondieron: « No, nos quedaremos en la plaza. » Pero él les hizo tantas instancias, que al fin entraron en su casa, donde les preparó un banquete. Antes que se hubieran acostado, los habitantes de Sodoma rodearon la casa y pidieron á grandes gritos que Loth les entregara á estos dos hombres. Loth salió con el objeto de calmarlos, pero ellos se irritaron más aún y se arrojaron sobre él. Los ángeles se adelantaron, hi-

cieron que Loth volviese á entrar en la casa y cerraron la puerta. Al mismo tiempo quedaron ciegos todos los que estaban allí fuera, de modo que se cansaron de buscar la puerta y no pudieron encontrarla.

Los ángeles dijeron á Loth : « ¿Tienes aquí algunos parientes : yernos, hijos e hijas? A todos los tuyos sácalos de esta ciudad, porque vamos á destruirla. El clamor de sus crímenes ha llegado hasta el trono de Dios; el Señor nos ha enviado para perderla. » Habiendo salido Loth, habló á sus yernos que habían de casarse con sus hijas, y les dijo : « Levantaos, salid de aquí, porque el Señor va á destruir esta ciudad. » Pero ellos no quisieron darle oídos y lo tuvieron por loco.

Al día siguiente, al amanecer, los ángeles apuraban á Loth, diciendole : « Levántate, toma á tu mujer y a las dos hijas que tienes; no sea que tú tambien perezcas con los habitantes de esta ciudad. » Y como no se diese mucha prisa, lo tomaron de la mano á el, y á su mujer y á sus hijas, los sacaron y los pusieron fuera de la ciudad. Entonces uno de los ángeles les dijo : « Poneos en salvo, no volváis la vista atrás, ni os paréis en toda esta comarca; antes bien, dirigíos al monte. » Loth les pidió permiso para retirarse á la pequeña ciudad de Segor : ellos se lo concedieron, y perdonaron á esa ciudad por consideración á el. Al día siguiente, el Señor hizo caer sobre Sodoma y Gomorra una lluvia de azufre y fuego, que destruyó estas ciudades, todo el territorio que las rodeaba, todos los habitantes de las ciudades y todas las plantas de la tierra. Habiendo mirado atrás, la mujer de Loth fué convertida en estatua de sal.

El lugar en que se elevaban esas ciudades lo ocupa hoy un lago, al cual se da el nombre de Mar Muerto. Tiene más de cincuenta leguas de circunferencia. Sus

aguas son excesivamente saladas, acres y amargas. Allí no hay olas, ni crece una planta marina ni viven peces. Las playas están cubiertas de sal pegajosa. En ninguna parte presenta la naturaleza un aspecto más triste y salvaje. Como á sesenta metros de la orilla hay un islote. La tradición lo señala como el lugar de la estatua de sal en que se convirtió la mujer de Loth....

*
* *

San Pedro libertado por un ángel. — Herodes, rey pagano y cruel, hizo prender á Pedro, príncipe de los apóstoles; lo puso en la cárcel y lo mandó custodiar por cuatro piquetes de soldados, cada uno compuesto de cuatro guardias, con el fin de hacerlo matar después de la Pascua. Mientras que Pedro era así guardado en la cárcel, la Iglesia hacía sin cesar oración á Dios por él. Mas, la noche anterior al día en que Herodes había resuelto hacerlo matar, cuando Pedro atado con cadenas dormía entre dos soldados, y mientras estaban en su puesto los guardias que custodiaban la puerta de la cárcel, apareció un ángel del Señor y se llenó de luz aquel lugar. El ángel despertó á Pedro y le dijo : « Levántate pronto. » Y en el mismo instante cayeron las cadenas que aprisionaban las manos de aquél. Y el ángel añadió : « Cíñete y cálzate tus sandalias. » Hízolo así y el ángel agregó : « Échate encima tu ropa y sígueme. » Pedro salió, y le iba siguendo, pensando si era verdad ó era un sueño lo que hacía el ángel. Cuando hubieron pasado junto á la primera y segunda guardia, llegaron á la puerta de hierro, por donde se va á la ciudad, la cual se abrió por sí misma. Habiendo salido por ella anduvieron toda una calle y allí el ángel desapareció de repente. Entonces Pedro reconoció que Dios lo había libertado por medio de un ángel, y fué á casa de María, madre de Juan, que tenía por sobre-

nombre Marcos, en donde muchas personas se hallaban orando en común. Golpea á la puerta del patio, y una muchacha llamada Rhode salió á ver quien era, y como conociese la voz de Pedro, tanto fué el gusto que tuvo, que, en vez de abrir la puerta, corrió á avisar á los que se hallaban dentro que Pedro estaba á la puerta. Ellos le contestaron : « Tú estás loca. » Pero ella afirmaba que era él. Replicaron diciendo : « Su ángel es. » Entretanto Pedro continuaba golpeando, y cuando le hubieron abierto, quedaron pasmados al verlo. Pero Pedro les contó luego de qué manera el Señor lo había sacado de la cárcel.

— *¿Quién es el Ángel de Guarda?*

— *Es un buen ángel que Dios da á cada uno de nosotros para librarnos del mal y ayudarnos á ser buenos cristianos.*

— *¿Puede uno ver á su Ángel de Guarda?*

— *No, porque es un espíritu.*

— *¿Nuestro Ángel de Guarda nos ve siempre?*

Sí, siempre; y por eso debemos encomendarnos á él y ser buenos.

Nuestro Ángel de Guarda se regocija de nuestras buenas obras. — Un santo anacoreta vivía solo en un triste desierto. Veíase allí obligado á hacer á menudo muy larga y penosa marcha para proporcionarse el agua. Un día cansado en el camino, dijo : ¿Para qué darme tanto trabajo? ¿no sería más sencillo venir á vivir cerca de la fuente? En este momento sintió ruido tras de él y volviéndose vió una persona que le contaba los pasos. Como le preguntara quién era, el desconocido le respondió : « Yo soy un Ángel del Señor : cuento tus pasos y cada uno de ellos te valdrá una

recompensa. » El servidor de Dios, se reanimó con estas palabras, y en vez de acercar á la fuente su vivienda, la alejó para acrecentar su mérito. (*Cat. en exemples.*)

*
* *

Una comida en el convento de San Sixto. — Cuando Santo Domingo fundó el convento de San Sixto, en Roma, la comunidad vivía solamente de las limosnas que los religiosos recogían de calle en calle. Una mañana el Procurador, Santiago Melle, advirtió á Santo Domingo que no había más que comer que dos ó tres panes para toda la comunidad. Santo Domingo, lleno de confianza en Dios, no se inmutó; ordenó que se dividieran los panes en cuarenta porciones, según el número de los religiosos, y se llamase á comer á la hora de costumbre. Al entrar al refectorio cada monje encontró en su lugar un bocado de pan. Bendecida la mesa, todos se sentaron con más contento que de ordinario. Entretanto Santo Domingo tenía su corazón puesto en el Cielo. Había apenas trascurrido un momento cuando dos jóvenes vestidos de blanco aparecieron en el refectorio y, dirigiéndose á la mesa en que estaba Santo Domingo, dejaron en ella abundancia de pan que llevaban en sus mantos. (*Vida de Santo Domingo por Lacordaire.*)

*
* *

Como los alejamos. — Así como el humo ahuyenta las abejas, dice San Basilio, y el mal olor las palomas, así el pecado, esta lepra del alma, aleja de nosotros al ángel custodio de nuestra vida.

*
* *

El ángel y el sacerdote. — Refiere San Francisco de Sales, Obispo de Ginebra, que un joven sacerdote, á quien acababa de ordenar, al retirarse después de la ceremonia, se detuvo algunos instantes á la puerta de

la iglesia, haciendo demostraciones como de una persona que quiere ceder el paso á otra de respeto y no salir sino después de ella. El Obispo, que marchaba á poca distancia del sacerdote, sorprendido de lo que veía, así que salieron de la iglesia, le llamó aparte y le preguntó la razón de tal conducta. « Dios, respondió aquél, me hace la gracia de permitirme gozar de la vista sensible de mi ángel custodio. Antes que yo fuese sacerdote, el ángel caminaba siempre delante de mí; pero hoy se ha detenido á la puerta, y ha querido, por honor á mi carácter sacerdotal, hacerme pasar primero, diciéndome que es mi servidor y el de todos los sacerdotes. (*Dep. del canónigo Gard. — M. de Caubis. — Carlos Aug. cit. en la vida del Santo.*)

— *¿Qué hacen los demonios?*

— *Nos mueren á cometer el mal y á rebelarnos como ellos contra Dios.*

El demonio y su oficio. — Santa Aldegonda, por permisión de Dios, vió un día al demonio, que con aullidos terribles maldecía la condición miserable á que está sometido. La Santa no se espantó. « Díme, le preguntó, díme malvado, enemigo de Dios y del género humano, ¿por qué tanto te afanas en que se ofenda á tu Dios y Creador? ¿Qué provecho sacas con precipitar contigo tantas almas en los infiernos? » El demonio le respondió que el más agudo dolor que padecía en sus miserias era ver á los hijos de Adán subir al Cielo, de donde él había sido arrojado para siempre con sus compañeros. (*Vida de los Santos. — Rivadeneira.*)

*
* *

Reflexión de San Juan Crisóstomo. — « Si en una mesa hay varias personas á comer y de tiempo en

tiempo una de ellas arroja un bocado á un perro, éste no pierde de vista al que se los proporciona, en tanto que se aparta de los que nada le dan. Del mismo modo se conduce el demonio con nosotros. Constantemente nos observa y espera le dejemos caer algo, sea una palabra reprensible, sea una mala obra, y tanto mayor es su atención cuanto mayores y más numerosos pecados cometemos. Al contrario, si somos cuidadosos en nuestro lenguaje y en nuestra conducta, si nada dejamos caer, nos abandona y deja de espiarnos e inquietarnos. »

« Si el demonio se mostrase con frecuencia no habría seguramente tantos impíos. El cazador se oculta lo mejor que puede para coger la presa. » (*Oxenstiern.*)

Para arrastrar al mal y perder mayor número de almas en los infiernos, el demonio procura persuadir á los hombres de que es un ser imaginario. » (*Thomas Brow.*)

*
* *

Terrible escarmiento. — El Rey Don Pedro de Aragón se propuso impedir las rebeliones de sus vasallos, movidas por los grandes del reino. Llamó á éstos mismos á consejo y les preguntó : cómo se podría fabricar una campana que se oyera en todo Aragón para aterrorizar á los rebeldes. Sorprendidos los grandes con esta pregunta, respondieron que el intento era imposible. Entonces el Rey con otro pretexto los llamó uno á uno á otra sala apartada, les hizo cortar cruelmente la cabeza y ponerlas unas sobre otras en forma de campana. Abiertas después las puertas quedaron expuestas á la vista de todo el pueblo. Y á la verdad, esparcida la voz de esta horrible campana, resonó por toda España, y retrajo á los vasallos de toda conjuración.

Otro tanto, con el mismo designio, pero con perfecta justicia, hizo Dios con los ángeles en castigo. Hizo que

desde el cielo se oyese la severa voz de sus amenazas, para que toda la tierra respete sus mandatos y designios. (*Rosignoli.* — *Verdades Eternas.*)

EL HOMBRE

— *¿Quién te creó y puso en el mundo?*

— *Dios.*

— *¿Para qué te creó Dios?*

— *Dios me creó para que le conozca, le ame y le sirva en la tierra y merezca después de mi muerte ir al Cielo.*

Salomón y su gloria. — Salomón fué el rey de Israel que recibió de Dios mayor gloria, riquezas y felicidad entre todos los reyes de la tierra. Cuarenta años de paz hicieron notable su reinado: su poder se extendía sobre todos los reyes, desde el Eufrates hasta las fronteras de Egipto. Estos le llevaban cada año valiosos presentes: vasos de oro, piedras preciosas, vestidos, armas, caballos y bestias de carga. Todo su servicio de mesa y los muebles que adornaban su palacio, eran del oro más fino. En medio de tanto esplendor Salomón creía poder gozar de todos estos bienes segun los caprichos de su corazón.

— Yo edificaba palacios, dice él mismo, y plantaba viñas; yo formaba jardines y verjeles; yo amontanaba el oro y la plata, tributo de los reyes y de las provincias; yo tenía músicos y músicas y todo lo que deseaban mis ojos se lo concedía, y no prohibía á mi corazón gustar los placeres y sus caprichos. ¿Quien, pues, podrá gozar como yo de tantas delicias y sentir su corazón desbordarse en tanta gloria?

Y, sin embargo, Salomón no encontró la verdadera dicha en cuanto poseía y gustaba:

— « Sí, concluye, estoy fastidiado de la vida, porque he visto que abunda toda suerte de males debajo del sol y que todas las cosas son vanidad y aflicción de espíritu; » todas, menos amar y servir á Dios.

*
* *

Fin del hombre. — « Nos hiciste, Señor, para tí, y está inquieto nuestro corazón, hasta que descanse en tí (1). »

Un hueso fuera de su lugar ¿qué dolores no produce? Por más remedios que se apliquen no hay modo de conseguir sosiego.

El ave nace para volar. Préndase un pajarillo, colóquese en una jaula de oro provista del mejor alimento, en un salón real, lejos de toda inclemencia del tiempo: ¿estará contento? No, por cierto. Se le verá siempre afanoso y solícito en buscar entre las rejas una salida y su libertad. Aquellas delicias no le sosiegan ni le satisfacen; porque está fuera de su fin. Nació para volar. Lo mismo sucede al corazón humano, nacido únicamente para servir á Dios y gozarle; las riquezas, los honores, los placeres, todos los bienes humanos no le dejarán satisfecho; nunca será feliz. Sólo puede saciarle el Sumo Bien. *(Verdades Eternas.)*

*
* *

Tardío pesar. — El Emperador Carlos V se encontraba un día á la cabecera de la cama de uno de sus más fieles servidores, en artículo de muerte. — « Pedidme, le dijo el Emperador, en recompensa de vuestros méritos y si es posible para disminuir vuestros padecimientos, el favor que queráis. » ¡Ah! señor, respondió el enfermo con dolorosos suspiros, todo lo que os pido es que prolonguéis mi vida por algunos días. « ¡Cuánta desgracia! replicó el Emperador, yo no lo puedo; los poderosos de

(1) San Agustín.

la tierra no disponen de un solo minuto de la vida del hombre. » A estas palabras el doliente, mirando con tristeza al cielo, ¡Qué insensato he sido! exclamó; he consagrado toda mi vida al servicio del Emperador, y su poder no alcanza á concederme un solo día de existencia. Si, en cambio, hubiese yo servido mejor á mi Dios podría esperar una recompensa eterna, una felicidad sin fin. — En el lecho de muerte es cuando mejor se conoce quien ha elegido la mejor parte. — *(Lefort.)*

— *¿Con qué puedes conocer, amar y servir á Dios?*
— *Con el alma que Dios me ha dado.*
— *¿Puedes hacerme ver tu alma.*
— *No, porque el alma es un espíritu.*
— *¿Qué color y figura tiene el alma?*
— *El alma no tiene color ni figura porque es un espíritu.*
— *¿Por qué los muertos no ven y no pueden moverse ni andar?*
— *Porque cuando el hombre muere se va el alma.*
— *¿Entonces es el alma la que dá vida al cuerpo?*
— *Sí, es el alma la que dá vida al cuerpo.*
— *¿Se muere alguna vez el alma?*
— *No, el alma nunca se muere.*

Los malos son una prueba de la inmortalidad del alma. — ¿Crees tú en la inmortalidad del alma? ¿Crees en el Infierno? preguntó á un sacerdote un juez revolucionario de Lyón. — ¡Ah! ¿y cómo no creerlo, viendo lo que pasa?, respondió él. Si hubiera sido incrédulo me habría hecho creyente. — Nada, en efecto, prueba mejor la existencia de la otra vida que la opresión con que en esta se atormenta á los justos y la impunidad de que gozan los malvados. — *(Migne. — Dictionnaire anecdotique.)*

— *¿Cómo sabes que tienes alma?*

— *Porque pienso y amo, y mi cuerpo no puede pensar ni amar.*

— *¿Es muy hermosa el alma?*

— *Sí, el alma, sin pecado, es más hermosa que el sol y las estrellas.*

Salvación. — Estando á la muerte uno de los principales generales de Luis XIV, el Rey que le distinguía con particular aprecio, en reconocimiento de sus gloriosos servicios, le hizo llevar el bastón de mariscal de Francia. El general, tomando con mano temblorosa la insignia que se le ofrecía, exclamó : Muy hermosa es, pero me será inútil en el país adonde voy. En seguida la dejó y tomó un crucifijo que cubrió de besos. En el transe del tiempo á la eternidad las riquezas y honores apenas si sirven más que de inquietud. — (*Sibillat.*)

*
* *

Cuanto vale un alma. — Habiendo el filósofo Séneca invitado á su mesa al emperador y á las personas más notables de aquél tiempo, condenó á muerte á un esclavo por haber quebrado casualmente un vaso de cristal. « Hombre cruel, exclamó César — desdeñando todos los vasos preciosos — advierte que la vida de un hombre vale más que todo el cristal del mundo. »

Obsérvese la conducta de Dios con nosotros : Ve que preferimos la riqueza, la salud, los placeres, la vida del cuerpo á la vida de nuestra alma. Nuestro Señor Jesucristo viene á la tierra y, desdeñando todos los bienes temporales, nos dice : Sabed que la salvación de vuestra alma vale más que toda la tierra ; ha costado la sangre de un Dios.

Vuestra alma ha sido rescatada á gran precio; no á precio de oro ni plata, dice San Pablo, sino con la sangre de Nuestro Señor Jesucristo. — (*Sibillat.*)

El pecado original.

— *¿Cuál fué el primer hombre que creó Dios?*
— *Adán.*
— *¿Cuál fué la primera mujer que creó Dios?*
— *Eva.*
— *¿De qué formó Dios el cuerpo de Adán?*
— *De barro.*
— *¿Y el cuerpo de Eva?*
— *De una costilla de Adán.*
— *¿De qué formó el alma de Adán y de Eva?*
— *Dios las sacó de la nada.*

Creación del hombre. — Dios creó al hombre á su imagen y semejanza, le dió el dominio de todas las cosas de la tierra y lo estableció como rey de la creación.

Había plantado el Señor un paraíso de delicias, y en él toda clase de árboles hermosos á la vista y cargados de flores y de frutos, los más delicados para el gusto. También había plantado en medio de este paraíso el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal. En este delicioso jardín colocó Dios á Adán, para que se recrease en cultivarlo, se alimentase con sus frutos y fuese allí tan feliz cuanto podía serlo sobre la tierra y después de reinar temporalmente en ella, fuese á reinar eternamente en el cielo. Pero quiso probar antes su fidelidad y premiar su obediencia. Para esto le puso un precepto. De todo árbol del paraíso comerás, le dijo, pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás, porque, en cualquier día que comieres de él, irremisiblemente morirás.

El Señor sumergió después á Adán en un profundo sueño, y mientras dormía, le tomó una de sus costillas

y formó de ella una mujer. Vuelto Adán de su misterioso sueño, se la presentó el Señor, y Adán al verla, dijo: Esta es hueso de mis huesos y carne de mi carne, y la llamó *Eva*, porque había de ser la primera madre de todos los hombres. Eva recibió las mismas gracias y dones sobrenaturales que Adán, y también el mismo precepto de no comer del árbol prohibido. Ambos eran como dos ángeles. Los apetitos obedecían á la razón y la carne servía dócilmente al espíritu. El entendimiento era claro y la voluntad recta y llena de bondad. Los animales les obedecían y nada había en la naturaleza que les turbase. No estaban sujetos al frío, el hambre, la sed, las enfermedades ni á la muerte y sabían que su felicidad pasaría á sus descendientes.

— *¿Todos los hombres descienden de Adán y Eva?*

— *Sí, todos los hombres descienden de Adán y Eva.*

— *¿En qué condición creó Dios á nuestros primeros padres?*

— *Muy buenos y felicísimos.*

— *¿En dónde los colocó?*

— *En un jardín admirable llamado el Paraíso Terrenal.*

— *¿Debían vivir allí para siempre?*

— *No, Dios después de algún tiempo los iba á llevar vivos al Cielo y á todos sus hijos y descendientes.*

— *¿Dios les impuso algún precepto?*

— *Sí, que no comiesen del fruto de un solo árbol, llamado* ÁRBOL DE LA CIENCIA DEL BIEN Y DEL MAL.

— *¿Adán y Eva obedecierón á Dios?*

— *No, el demonio les aconsejó que desobedecieran á Dios y le escucharon.*

Caída de Adán y Eva. — El demonio, en figura de serpiente, se apareció un día en el Paraíso y dijo á la mu-

jer: — ¿Por qué os ha mandado Dios que no comáis del árbol del Paraíso? — Comemos del fruto de los árboles del Paraíso, contestó Eva; pero del fruto del árbol que está en medio del Paraíso nos mandó Dios que no comiésemos, y que no le tocásemos para que no muriésemos. — No, dijo entonces la serpiente, de ninguna manera moriréis. Sabe Dios que, en cualquier día en que comiereis de tal fruto, se abrirán vuestros ojos y seréis como Dioses, sabiendo el bien y el mal. — Viendo, pues, la mujer que la fruta de aquel árbol era buena, hermosa y agradable á la vista, tomó de ella y comió y fué y dió á su marido que también comió. En el mismo instante se abrieron los ojos de ambos, no para ser como Dioses, sabedores del bien y del mal, según les había prometido el tentador, sino para ver el abismo de males en que les había sumergido su desobediencia. De hombres angelicales pasaron de repente á ser hombres carnales. Se vieron desnudos y se avergonzaron. Sintieron la rebelión de la carne. Perdieron la justicia original. Acudieron á una higuera, cortaron hojas y se cubrieron con ellas. Adán y Eva oyeron la voz de Dios y asustados huyeron y se escondieron en lo más espeso del Paraíso. — ¿Dónde estas, Adán? le dijo el Señor: y Adán confuso y turbado, respondió: — Oí, Señor, tu voz, temí porque estaba desnudo y me escondí. — Y ¿quién te ha advertido que estabas desnudo, díjole el Señor, sino el haber comido del árbol del cual te mandé que no comieras? — La mujer que me diste por compañera, respondió Adán, me dió fruta de ese árbol y comí. — Y dijo Dios á la mujer: ¿Por qué has hecho esto? — La serpiente me engañó, respondió ella, y comí. — Entonces dijo Dios á la serpiente: Por cuanto has hecho esto, maldita eres entre todos los animales y bestias de la tierra; te arrastrarás sobre tu vientre y comerás

tierra todos los días de tu vida. Pondré enemistades entre tí y la mujer y entre su descendencia y la tuya. Ella quebrantará tu cabeza y tu acecharás á su calcañar. Dirigiéndose después el Señor á la mujer: Multiplicaré, le dijo, tus dolores y alumbramientos; darás á luz tus hijos con dolor; estarás bajo la potestad de tu marido y él te dominará. En seguida dijo á Adán: Por cuanto oiste la voz de tu mujer y comiste la fruta que te había mandado que no comieras, maldita será la tierra por tu causa; con afanes sacarás de ella tu sustento todos los días de tu vida. Te producirá espinas y abrojos, y comerás la hierba de la tierra. Comerás el pan con el sudor de tu rostro, hasta que vuelvas á la tierra de que has sido formado. — Después de estas terribles sentencias, el Señor, llevado de su amor á la pureza, dió á Adan y Eva unas túnicas de pieles para que se vistiesen, y los arrojó del Paraíso.

— *¿Cómo los castigó Dios?*

— *Los privó de las gracias que les había concedido, los arrojó del Paraíso, los condenó á padecer, á morir y al infierno.*

Explicación. — El entendimiento de Adán y Eva se puso torpe y rudo y se oscureció como perla que cae en el barro. Su voluntad se inclinó al mal, la carne se rebeló contra el espíritu y la naturaleza se trastornó contra ellos.

— *Y ¿qué les sucedió á sus hijos y descendientes?*

— *Sus hijos y descendientes heredaron su pecado y fueron condenados como ellos á los dolores, á la muerte y al infierno*

Reflexión. — La sangre de Adán y Eva se corrompió

por su crimen, y como todos los hombres proceden de aquella sangre todos nacen manchados con aquel pecado, así como un tronco viciado comunica el vicio á sus ramas y como una fuente envenenada á las aguas que de ella manan.

— *¿Cómo se llama ese pecado?*
— *Pecado original.*
— *¿Todos nacemos con ese pecado?*
— *Sí, todos nacemos con él.*

— **Reflexión.** — Los hijos siguen la condición de sus padres. Si el padre es libre, el hijo nace libre; pero si es esclavo, el hijo nace esclavo. Un hijo de padre rico no hereda más que pobreza cuando el padre antes de morir juega y pierde todos sus bienes.

— *Naciendo todos con el pecado original ¿no ha habido alguna excepción?*
— *Sí, una sola. La Santísima Virgen María, Madre de Dios. Sólo ella fué concebida sin pecado original.*

A MARÍA SANTÍSIMA.

Bendita sea tu pureza
Y eternamente lo sea,
Pues todo un Dios se recrea
En tan amable belleza.
A tí, celestial princesa,
Virgen sagrada María,
Yo te ofrezco en este día
Alma, vida y corazón;
Mírame con compasión,
No me dejes, Madre mía.

SEGUNDO ARTÍCULO DEL SÍMBOLO

Creo en Jesucristo, su único Hijo, Nuestro Señor.

— *¿Dios castigó al hombre del mismo modo que á los ángeles malos?*

— *No, Dios pudo tratarlo del mismo modo; pero usó de infinita misericordia y le concedió un Redentor.*

— *¿Quién es este Redentor?*

— *Nuestro Señor Jesucristo.*

— *¿Quién es Nuestro Señor Jesucristo?*

— *Nuestro Señor Jesucristo es Dios que se hizo hombre.*

— *¿Cuándo se hizo hombre?*

— *Cerca de cuatro mil años después del pecado de Adán?*

— *¿Cuál de las tres personas de la Santísima Trinidad se hizo hombre por nosotros?*

— *La segunda, es decir el Hijo de Dios.*

— *¿Qué quiere decir que el Hijo de Dios se hizo hombre?*

— *Quiere decir que tomó un cuerpo y un alma como nosotros.*

— *¿Para qué llamamos Nuestro Señor á Jesucristo?*

— *Para probarle nuestra sumisión y dependencia.*

— *¿Por qué?*

— *Porque es nuestro Dios y Redentor.*

— *¿Cómo se llama el misterio del Hijo de Dios hecho hombre?*

— *Se llama Misterio de la Encarnación.*

Imagen de la bondad de Dios respecto de los hombres. — Alfredo el Grande, Rey de Inglaterra, acompañado de numerosa comitiva, se ocupaba un día en cazar en los bosques de una montaña. De repente oyó los gemidos de un niño que parecía estar oculto en las altas ramas de un árbol. Ordenó al punto hacer un reconocimiento y encontraron, entre el espeso ramaje, un nido de águila y en él recostado un tierno niño que tendía sus brazos y que con sus lágrimas parecía implorar asistencia. Sus desnaturalizados padres lo habían expuesto allí, á fin de que fuera muerto y devorado por las águilas cuando estas volviesen á alimentar sus polluelos. El Rey Alfredo adoptó al niño y lo educó con solicitud paternal como á propio hijo. — En este niño, abandonado y salvado, descubrimos nuestra propia imagen. El pecado de nuestros primeros padres arrojó á la humanidad en el nido funesto del demonio, donde cada uno de nosotros se hallaba expuesto á ser arrebatado por el espíritu maligno, el águila voraz del infierno, y á ser arrastrado á la muerte eterna. Pero Nuestro Señor Jesucristo, el rey de los reyes, nos ha visto expuestos en este horrible peligro, ha oído nuestras lágrimas y en su ternura ha tenido piedad de nosotros. Nos ha adoptado por hijos, nos ha enseñado su santa doctrina y nos ha hecho coherederos de su reino. *(Bede Weber.)*

TERCER ARTÍCULO DEL SÍMBOLO

Creo que fué concebido por obra y gracia del Espíritu Santo y nació de Santa María Virgen.

— *¿El Hijo de Dios dónde se hizo hombre?*
— *En las entrañas purísimas de la Virgen María.*

La Anunciación según San Lucas.—« En aquel tiempo envió Dios al Ángel Gabriel á Nazaret, ciudad de Galilea, á una virgen desposada con cierto varón de la casa de David, llamado José, y el nombre de la virgen era María. Y habiendo llegado el ángel adonde ella estaba le dijo: Dios te salve, ¡oh llena de gracia! el Señor es contigo; bendita eres entre todas las mujeres. Al oir estas palabras, la Virgen se turbó y se puso á considerar qué significaba tal salutación. Mas el ángel le dijo: No temas, María, porque has hallado gracia á los ojos de Dios. Sábete que has de concebir en tu seno, y te nacerá un hijo, á quien pondrás por nombre Jesús Este será grande y será llamado Hijo del Altísimo; el Señor Dios le dará el trono de su padre David, y reinará en la casa de Jacob eternamente y su reino no tendrá fin. Entonces María dijo al ángel: ¿Cómo ha de ser eso? pues yo no conozco varón alguno. El ángel le respondió: El Espíritu Santo descenderá sobre tí, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, por cuya causa el fruto santo que nacerá de tí, será llamado Hijo de

Dios... Entonces dijo María: Hé aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra. »

Después de esta respuesta el Espíritu Santo formó en el seno de la Virgen María y de su purísima sangre un cuerpo semejante al nuestro; en seguida sacó de la nada un alma que unió á ese cuerpo y en el mismo instante el Hijo de Dios, la segunda persona de la Santísima Trinidad, se unió para siempre á ese cuerpo y á esa alma.

* * *

Un milagro permanente. La casa de la Santísima Virgen. — La ciudad de Nazaret, á las faldas de una hermosa colina, cerca del monte Tabor, era, diez y nueve siglos hace, uno de los centros más importantes de Galilea. Sus habitantes vivían con frugalidad y sencillez, y la pureza de sus costumbres retrataba fielmente la de los antiguos patriarcas, cuyas tradiciones eran conservadas con religioso respeto.

El comercio florecía entre ellos y á menudo llegaban de las comarcas vecinas y de las fértiles regiones de Arabia, numerosas caravanas de camellos cargados con variados productos y exquisitas esencias que eran la riqueza del país.

Fué ésta la patria de la Virgen María. Aquí tenía su modesta casa y aquí vivió con su casto esposo José y el Niño Dios. Este humilde asilo fué, pues, testigo de la concepción é infancia de Jesús, de sus virtudes, de las bondades y divinas sonrisas con que colmaba de gozo los corazones de sus padres, José y María.

Júzguese del amor filial y de la veneración profunda que los apóstoles y los primeros cristianos tendrían á este santuario incomparable...

Bajo el imperio del gran Constantino, la Emperatriz Elena, su madre, sin intimidarse por las penosas fati-

gas de peregrinación tan lejana, se dirigió á los santos lugares de Palestina. Visitó el Pesebre, en Belén, el Calvario y Santo Sepulcro, en Jerusalén, y después llegó á Nazaret, al sagrado recinto donde se inició nuestra redención. La piadosa Emperatriz halló la casa de la Santísima Virgen, que todavía se elevaba entre montones de informes ruinas. Su extremada pobreza y los humildes muebles que en ella quedaban le inspiraron vivos sentimientos de ternura y respeto á la Reina Soberana del universo, que con ser tan grande había escogido tan estrecha y modesta habitación.

Resolvió, sin embargo, no hacer el menor cambio. Mandó restaurar solamente el altar, en el cual los apóstoles habían ofrecido el Santo Sacrificio, y dió terminantes órdenes á los ministros imperiales para que hicieran construir, al rededor de la Santa Casa, un augusto templo, en cuya fachada se leyera grabada en mármol, la siguiente inscripción: *Aquí fueron puestos los fundamentos de la redención del género humano.*

Cuando el magnífico edificio estuvo concluído, una procesión no interrumpida de peregrinos acudió desde los confines de Oriente y Occidente para venerar la cuna de la fe católica. Los reyes, los príncipes, los más ilustres personajes marcharon reverentes, á veces con sus pies descalzos, á visitar aquel cielo terrestre.

Por desgracia, con el trascurso de los años, los sarracenos se hicieron dueños de Palestina. Nazaret quedó en sus manos. Los bárbaros musulmanes nada respetaron, y un día que se ocupaban en demoler la majestuosa basílica, vieron desaparecer ante sus ojos la Santa Casa.

El Señor Omnipotente, admirable é incomprensible en sus designios, hizo el más inaudito de los milagros,

arrancando de sus cimientos la casa de su divina madre, para salvarla de la cólera salvaje.

. . . . . .

Era el 10 de mayo de 1291. Algunos habitantes de las márgenes del Adriático, en Dalmacia, volvían muy de madrugada á sus faenas de campo.

No lejos del mar, entre Fiume y Tersate, miran asombrados un edificio solitario, colocado en un sitio donde jamás han divisado casa ni cabaña alguna. Dominados por inexplicable emoción, corren presurosos á anunciar lo que han visto.

Al ruido de tal prodigio, una inmensa multitud acude de todas partes, rodea la misteriosa casa y la examina con prolija curiosidad. Apenas mide diez metros de largo por unos seis de ancho y siete de alto.

Todos se sorprenden de verla colocada, sin cimientos y sin apoyo, sobre un terreno desigual; extrañan la la singularidad de su estructura y su aspecto de remota antigüedad. Hecha de piedras semejantes á ladrillos, material no usado entre ellos, muestra evidentemente no haber sido construída en el país.

Su sorpresa se aumenta cuando penetrando en el interior, por la única puerta que presenta á un costado, lo encuentran cuidadosamente adornado. El techo, pintado de azul y sembrado de estrellas doradas, está coronado de un pequeño campanario. Los muros, de cerca de medio metro de espesor, hechos sin regla y sin nivel, están dibujados con líneas semicirculares y con vasos de diversas formas. A mano derecha de la puerta hay una pequeña ventana. Al frente se eleva un altar de piedra y sobre él una antigua cruz de madera en la cual está pintada la imagen de Nuestro Señor Crucificado.

A la derecha del altar hay una estátua de la Santísima Virgen, de pie, con el niño Jesús en los brazos. El color

ligeramente plateado de sus rostros, se ve algo oscurecido por el tiempo y por el humo de los cirios que han debido de arder delante de esas santas imágenes. La cabeza de María está adornada con una corona de perlas y sus cabellos flotan al rededor de su cuello. Sus vestidos, color de oro, están ceñidos con un cinturón, que en dos largas bandas toca sus virginales piés. Un manto celeste, cayéndole sobre las espaldas, realza su figura.

El niño Jesús tiene un porte lleno de majestad. Sus cabellos están partidos á la nazarena. Su vestido es una larga túnica cruzada por un cinturón. Levanta los primeros dedos de la mano derecha en actitud de bendecir, y en la izquierda sostiene un globo, símbolo de su poder supremo sobre el universo.

A la izquierda del altar, llaman la atención un pequeño armario hecho en el muro — y que parece destinado á guardar los útiles de un pobre menage — y cerca de él, una especie de chimenea antigua, terminada por un nicho y sostenida por dos columnas.

Tal es la disposición del misterioso santuario.

¿De dónde ha venido? ¿Qué significa esta habitación desconocida? ¿Cómo se encuentra aquí? ¿Qué manos la sostienen, sin cimiento alguno? ¿Qué poder invisible la ha trasportado durante la noche?

Hé ahí las preguntas que todos se hacen y á las cuales nadie puede dar satisfactoria respuesta.

El estupor es general.

A poco ven al Obispo Alejandro, que con paso firme y seguro, retratándose la alegría en su rostro, se adelanta hacia ellos... Nuevo objeto de admiración. Todo el mundo sabe que tres años hace, postrado por una hidropesía que los médicos han declarado incurable, no puede dar un paso y esperan de día en día verle descender á la tumba lleno de méritos y virtudes.

En medio del silencio solemne que sucede á su inesperada presentación, Alejandro refiere en estos términos lo que acaba de experimentar : — « Recostado en mi lecho, y ya moribundo, me anunciaron la aparición de esta maravillosa casa. Invoqué con fervor á la Santísima Virgen para que me obtuviera la salud, á fin de venir á visitarla é implorar con vosotros su omnipotente socorro... La Santísima Virgen, compadecida de mí y atendiendo mi piadoso deseo, se me apareció resplandeciente de gloria y me dijo : — Alejandro, pues que me habéis invocado, heme aquí en vuestra ayuda. Sabed que la casa que acaba de aparecer en este país es la misma en que nací en Nazaret, donde recibí la visita del Ángel Gabriel, donde el Verbo se encarnó en mi seno. Vos debéis ser, para todo el pueblo, la prueba incontestable de la verdad de mis palabras. Recobrad vuestra salud. La Santísima Virgen desapareció y yo estoy bueno. »

Gozoso el pueblo eleva al cielo un himno de gratitud, y el Santo Obispo, cayendo de rodillas, hace resonar su voz en el augusto santuario, para bendicir á su piadosa bienhechora.

Entre tanto la nueva del prodigioso acontecimiento llega á los oídos del gobernador de Dalmacia, quien á su vez visita aquel lugar, toma las más minuciosas informaciones, y para asegurarse de la verdad del suceso, por una prueba material y sin replica, dispone que cuatro comisarios partan inmediatamente á Palestina, con planos y dimensiones exactas, de la casa aparecida en Tersate. Les manda que lo examinen todo por sí mismos, pues deben declarar bajo juramento : 1° Si la casa de la Santísima Virgen, en Nazaret, ha desaparecido y de qué modo; 2° Si han quedado los cimientos; 3° Si su forma y dimensiones corresponden con las de la casa que acaba de aparecer; 4° Si los materiales del edificio

son iguales; 5° Si es idéntica su construcción, de suerte que sea imposible negar que los cimientos que queden en Nazaret y la casa que examinan sean un mismo edificio en dos partes.

Los cuatro delegados, igualmente distinguidos por su ciencia y rectitud, llegan á Palestina, se dirigen á los cristianos de Nazaret y les preguntan dónde está situada la casa de la Santísima Virgen. Ellos les responden, con lágrimas en los ojos, que hace poco, ha desaparecido; que pueden mostrarles todavía los cimientos, pero nada más; que no aciertan á comprender si ha sido el poder de Dios ó turba sacrílega quien les ha arrebatado su más preciado tesoro.

Conducidos al sitio que ocupaba la casa, dan cumplimiento á su comisión. Miden el largo, el ancho, el espesor de los cimientos; estudian la naturaleza de la construcción, se fijan en el tiempo que ha corrido entre la desaparición de la casa y su existencia en Dalmacia. Todo lo comprueban con exactitud perfecta. Escriben el resultado de sus investigaciones, lo llevan al gobernador, lo confirman con juramento solemne, y cien veces lo repiten delante de todo el pueblo.

El hecho es innegable. Tersate es dueña de un relicario sagrado; tiene la dicha de poseer la Santa Casa de Nazaret.

. . . . . .

Tres años y siete meses habían corrido desde tan extraordinario suceso. Las ofrendas de los fieles embellecían primorosamente la cima agreste y el perfume de frescas flores subía con el aroma de fervientes plegarias hasta el trono de la Madre de Dios. Un numeroso gentío la saludaba repitiendo las salutaciones del ángel y ella derramaba, como suave roció, copiosas gracias sobre los que allí se arrodillaban para honrarla.

¿Cuál no sería el asombro del piadoso pueblo al ver desaparecer ante sus ojos el santuario de su singular predilección? ¿Cómo describir las diversas emociones de dolor y admiración de aquellas gentes?

Corría el año de 1294. El 10 de diciembre, al caer el sol, los aldeanos y labradores se recogieron á sus hogares. La calma y el silencio de las primeras horas de la noche eran sólo interrumpidos por la brisa que agitaba las copas de los árboles y por el susurro de las aguas que descendían de la verde colina. El cielo se engalanaba con todos sus esplendores. Algunos cirios encendidos alumbraban el religioso santuario. Los fieles, antes de cerrar los ojos para buscar el descanso de las fatigas del día, invocaban á su buena madre é imploraban su bendición.

De repente la naturaleza misma parece conmoverse. Un singular espectáculo deja atónitos á cuántos lo presencian. La Santa Casa, la cuna adorable de la Augusta Reina, suspendida en manos de los ángeles, se eleva en los aires, y atravesando el espacio, cruza el mar Adriático y va á posarse en Italia, en medio de un bosque de laureles, á dos leguas de la ciudad de Recanati.

Allí los pastores son, como en Belén, los primeros favorecidos por el Señor. Acostumbrados á apacentar sus rebaños, al abrigo del follaje que les ofrecen robustos árboles, ven brillar á la distancia una luz extraordinaria, que no aciertan á explicarse, y sienten al mismo tiempo el más vivo deseo de acercarse á descubrir la causa. Mucho se admiran al cerciorarse de que aquel esplendor, semejante al de rayos solares, parte de una vieja casa que ven por primera vez en ese apartado lugar, donde jamás se ha construído habitación alguna.

Miéntras labriegos de todas partes acuden á la novedad del prodigio y razonan, cambiándose mil conjetu-

ras, uno asegura haber visto desde lejos este desconocido asilo cuando, conducido por los aires, avanzaba hacia la ribera del mar. Se animan mútuamente á penetrar en el interior, pues, imaginan, con razón, que encontrarán en él algo de sorprendente. Y convencidos del prodigio, llenos de veneración profunda, pasan la noche entera en ese lugar sagrado.

Al rayar el alba se encaminan á la ciudad, impacientes de dar á conocer á sus señores una nueva tan extraordinaria. Éstos al oir la simplicidad de semejante relación, y visto el asombro que los pastores muestran en sus uniformes aseveraciones, acompañan á aquellos aldeanos, sin poder convencerse de la verdad de un hecho que parece increible. Se internan en el bosque y luego que llegan al sitio indicado, todo lo examinan con extrema atención.

Admiración igual, igual asombro al que tuvieron los habitantes de Tersate.

La consideración atenta de este singular edificio, la novedad de su aparición, su antigüedad, su estructura, su ornamentación, su estabilidad en un suelo irregular, sin apoyo ni fundamento, el pequeño altar, la cruz de madera, la estatua de la Santísima Virgen, todo les sorprende de modo que, mirándose unos á otros, trasportados de gozo, acompañado de temor, suspiros y lágrimas, exclaman en alta voz : « La mano de Dios está aquí! ¿esta pequeña habitación debe tener algo de grande, de sobrenatural, de divino! »

No les es posible, sin embargo, comprender de qué manera y con qué fin ha sido trasportada allí.

La Santísima Virgen no tarda largo tiempo en manifestárselos. Del mismo modo que se había dignado instruír al Obispo Alejandro, se aparece á San Nicolás de Tolentino, uno de los más grandes santos de la Orden

de San Agustín, y al hermano Pablo, solitario que vive en una rústica ermita, fabricada por la naturaleza entre las escarpas de un monte, y les dá á conocer que aquella casa es la misma de Nazaret llevada por ministerio de los ángeles.

El ruido del milagro se extiende con gran rapidez. En todas partes se habla del bosque de laureles y de la Santa Casa de Nazaret. Día y noche, á todas horas, los caminos están llenos de gente. Nacionales y extranjeros de todos sexos, edades y condiciones acuden á contemplar el prodigio y á ofrecer á María fervoroso homaje de veneración y de amor.

Entretanto el enemigo del género humano, rugiendo de cólera al ver obrarse tan inmenso bien, hace grandes esfuerzos para destruir la devoción de los fieles.

El santuario está en medio del bosque, como á media legua del mar. Para llegar á él, sólo hay caminos tortuosos, estrechos y difíciles. Algunos hombres impíos y desalmados, excitados por la codicia del dinero y seducidos por el demonio, se ocultan en los alrededores y tienden constantes lazos á los piadosos peregrinos.

El temor á los asesinos y bandidos retrae á los fieles de hacer sus visitas y día á día se disminuye el concurso á aquel asilo sagrado... Mas, este desgraciado accidente parece ser una disposición del cielo para hacer nuevos prodigios. En efecto, ocho meses después de encontrarse allí, la Santa Casa desaparece del bosque y va á colocarse sobre una colina de Recanati, distante una milla del sitio que ocupaba.

. . . . . .

Dos hermanos, dueños de esta colina, son los que más celebran el suceso. Pero al cabo de poco tiempo, viendo el altar y los muros del santuario cubiertos de ricos presentes y de exvotos que la piedad de los cris-

tianos deposita sin cesar, se despierta en sus corazones sacrílega codicia. En su criminal intento, poco faltó para que mancharan ese suelo con sangre fratricida.

Mas Dios, que tanto detesta los robos, los sacrilegios y la disención fraternal, como los asesinatos cometidos en el bosque, trasporta la casa de su Divina Madre fuera de aquella propiedad y la coloca en una colina más hermosa, a tiro de fusil de la primera, en Loreto, donde existe al presente.

Parece que, por las diferentes traslaciones, Dios hubiera querido dar tal evidencia á este acontecimiento que fuera imposible ponerlo en duda. En efecto, recayendo la atención pública en tan inaudito prodigio, se originaron nuevas y prolijas investigaciones. Por disposición pontificia, una célebre diputación, compuesta de diez y séis delegados, visita á Dalmacia y Palestina para poner en claro la verdad de los hechos.

El resultado es el mismo que cinco años antes. La identidad es perfecta, el testimonio juramentado de la diputación es unánime.

A las demostraciones de la ciencia, el cielo añade otras más visibles y palpables. A más del prodigio perpetuo de la aparición y traslación del santuario, á más de la curación del Obispo Alejandro y de las revelaciónes á San Nicolás de Tolentino y al humilde ermitaño, milagros patentes, públicos y repetidos confirman el hecho maravilloso. El espíritu de Dios se manifiesta visiblemente, y las multitudes, en grandes procesiones, llegan allí entonando cánticos y desplegados al aire numerosos estandartes.

La fe de los cristianos ha tomado inmenso vuelo. La Europa entera se ha conmovido. Pueblos y reyes, emperadores y pontífices han ido al santuario de María Inmaculada á depositar valiosas ofrendas. La corriente

no interrumpida de devotos peregrinos, que del Oriente y del Occidente se dirigían á Nazaret, ha cambiado de rumbo y llega ahora á cantar himnos de gloria á la santa colina de Loreto.

El 8 de setiembre de 1875, llenos de júbilo, hemos allí celebrado la Natividad de María.

Dios ha hecho su obra, el tiempo la ha respetado, los hombres no han podido destruirla.

Una monumental basílica, en forma de cruz latina, ostenta hoy en su centro el santuario más venerable del mundo. Bajos relieves de mármol de Carrara, cincelados por los más hábiles artistas, cubren sus paredes exteriores y la esbelta cúpula del templo le sirve de majestuosa coronación.

— Nuestro Señor Jesucristo ¿haciéndose hombre dejó de ser Dios?

— No. Nuestro Señor Jesucristo es á la vez verdadero Dios y verdadero hombre.

— ¿Dejó el Cielo para venir á la tierra?

— No, está á la vez en el Cielo y en la Tierra.

— Nuestro Señor Jesucristo ¿fué concebido y nació como los demás hombres?

— No. Nuestro Señor Jesucristo fué concebido y nació sobrenatural y milagrosamente.

— ¿Cómo fué concebido?

— Por obra y gracia del Espíritu Santo.

— La Santísima Virgen ¿es Madre de Dios?

— Sí, porque es Madre de Jesucristo que es Dios.

— ¿Y fué siempre virgen?

— María Santísima fué siempre virgen, antes del parto, en el parto y después del parto.

— San José ¿fué verdadero padre de Jesús?

— No, pero le sirvió como padre.

— *Entonces Nuestro Señor Jesucristo ¿no tuvo padre?*

— *Nuestro Señor Jesucristo, en cuanto hombre, no tuvo padre.*

— *¿No tienen todos los hombres padre y madre?*

— *Sí, todos tienen padre y madre; pero el Niño Dios no tuvo padre por un milagro que hizo el Espíritu Santo.*

— *María Santísima ¿era casada con San José?*

— *Sí, María Santísima era casada con San José; pero no vivían como casados sino como hermanos.*

— *¿Por qué quiso Dios que María Santísima fuese siempre virgen?*

— *Porque á Dios le agrada mucho la virginidad.*

Dios habita en las almas puras. — Los mahometanos habían hecho cautivo á un niño cristiano y le amenazaban con la muerte si no apostataba de su religión. — No, jamás, respondió él; yo no renegaré de mi Dios. — ¿Dónde está tu Dios? le preguntaron los soldados del bajá de Egipto. — En el cielo y en mi corazón, respondió el joven cristiano. — Los bárbaros le dieron la muerte y le abrieron el corazón; y de este corazón angélico, dice la leyenda, se vió salir una paloma blanca. Dios tiene su morada en las almas puras. — (*Sibillat.*)

— *La Santísima Virgen ¿es también nuestra madre?*

— *Sí, porque nos ha aceptado por hijos.*

— *¿Debemos entonces amarla?*

— *Debemos amarla tiernamente porque es la mejor de todas las madres.*

— *¿Qué día nació Nuestro Señor Jesucristo?*

— *El 25 de Diciembre, día de Pascua de Navidad.*

— *¿Dónde nació?*

— *En un pesebre, en Belén.*

Nacimiento del Niño Dios, según San Lucas. — En

aquél tiempo, se promulgó un edicto de César Augusto que mandaba hacer el censo de todos los súbditos de sus dominios; y todos iban á inscribirse, cada cual á la ciudad de su estirpe. José, siendo de la casa y familia de David, vino por esto de Nazaret á Belén para hacerse anotar con María, su esposa, la cual estaba encinta. Sucedió, pues, que hallándose allí le llegó la hora del parto, le nació su hijo, le envolvió en pañales, y le recostó en un pesebre, por no haber lugar para ellos en las hospederías.

Estaban velando en aquellos contornos unos pastores y haciendo centinela de noche sobre su rebaño, cuando de repente un ángel del Señor apareció junto á ellos y los inundó con su resplandor una luz divina; lo cual los llenó de sumo temor. Díjoles entonces el ángel: « No temáis; pues vengo á daros una nueva de grandísimo gozo para todo el pueblo y es que hoy os ha nacido, en la ciudad de David, el Salvador, que es el Cristo, el Señor Nuestro. Y sírvaos de seña que hallaréis al niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre. » Al punto mismo se dejó ver con el ángel un coro numeroso de la milicia celestial que alababa á Dios y decía: « *Gloria á Dios en los cielos y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.* »

La gruta de Belén existe todavía. Es una caverna natural, en las faldas de una montaña y transformada en santuario. Hemos tenido indecible satisfacción de celebrar allí el santo sacrificio de la misa. Numerosas lámparas de plata, obsequiadas por piadosos reyes y emperadores, arden noche y día.

En el piso hay una cruz de plata, en la cual se leen estas sencillas y elocuentes palabras: « *Aquí mismo nació Jesucristo de la Virgen María.* »

Cuidemos de que no suceda, para desdicha nuestra, lo

que ocurrió en Belén y que como Jesucristo no encontró lugra para nacer en las hospederías deje de encontrarlo en nuestros corazones, donde desea siempre permanecer con su gracia.

*
* *

Adoración de los Magos, según San Mateo. — Habiendo nacido Jesús, en Belén de Judá, durante el reinado de Herodes, hé aquí que unos magos vinieron del Oriente á Jerusalén y preguntaban: ¿dónde está el nacido Rey de los Judíos? porque nosotros vimos en Oriente su estrella y hemos venido con el fin de adorarle. Al oír esto el Rey Herodes se turbó y con él todo Jerusalén. Y convocando á los príncipes de los sacerdotes y á los escribas del pueblo les preguntó en donde había de nacer el Cristo ó Mesías. A lo cual ellos respondieron: En Belén de Judá, que así está escrito en el Profeta: « Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres ciertamente la menor entre las principales ciudades de Judá; porque de tí es de donde ha de salir el caudillo que rija mi pueblo de Israel. » Entonces Herodes, llamando en secreto á los magos, averiguó cuidadosamente de ellos el tiempo en que les apareció la estrella, y encaminándolos á Belén, les dijo: « Id, é informaos puntualmente de lo que hay de ese niño, y en habiéndole hallado dadme aviso para ir yo también á adorarle. » Luego que los magos oyeron esto al Rey partieron; y hé aquí que la estrella que habían visto en Oriente iba delante de ellos, hasta que llegando sobre el sitio en que estaba el niño se paró. A la vista de la estrella se regocijaron en extremo. Y entrando en la casa, hallaron al niño con María, su madre, y postrándose le adoraron. Abiertos sus cofres, le ofrecieron presentes de oro, incienso y mirra. Y, habiendo recibido en sueños un aviso del Cielo para que no volviesen á Herodes, regresaron á su país por otro camino.

Un apóstol de caridad. — La historia nos habla de un pecador, que semejante á San Agustín en los extravíos, lo fué también en su edificante conversión : un héroe cuyo nombre es San Cristóbal. Para expiar sus faltas se albergó en una pobre cabaña á las márgenes de un torrente y se consagró á la ruda tarea de conducir de una ribera á otra, sobre sus espaldas, á todos los viajeros que solicitaran su socorro. De grande estatura y robusta complexión, era humilde, caritativo y se ejercitaba, como el último de todos, en servir á los más indigentes y desgraciados. Cierta noche sombría y borrascosa oyó Cristóbal que un caminante golpeaba á sus puertas. Abre sin demora, y se encuentra con un niño casi desnudo y que transido de frío le pide su ayuda para pasar el torrente. Amigo mío, le dice Cristóbal, la noche es oscura, arrecia la tempestad y ruge caudaloso el torrente. Sería peligroso pasar ; me darás un placer si quieres hospedarte esta noche en mi cabaña. — El niño insiste. Quiere pasar. — Cristóbal, fiel á su promesa, lo toma sobre sus hombros, y en nombre de Dios, se lanza al torrente bullicioso por las olas y las piedras. Pero á medida que avanza se hace más y más pesada su carga. Casi no puede soportarla. Cristóbal se detiene y dice al niño : — ¿Sabes que pesas como un mundo? — No lo extrañes, contesta el niño ; llevas en tus hombros al que ha creado al mundo.

Nosotros también tenemos que atravesar el torrente de los escándalos, de la crítica, de las humillaciones y sacrificios en el mundo. Pero llevamos en nuestras almas á Aquél que nos lleva, y todo lo podemos con su ayuda. — *(Sibillat.)*

*
* *

El Jesús de Santa Teresa. — Santa Teresa, andando en su monasterio, encontró un día á un niño á su paso.

Extrañada le preguntó como había podido entrar en el convento; y como nada le respondiese quiso saber su nombre. — El niño contestó: Decidme primero el vuestro y después yo os diré el mío. — Sea, replicó la Santa, yo me llamo Teresa de Jesús. — Y él, sonriendo afectuosamente, al mismo tiempo que lucía una gran claridad, le dijo: Yo soy el Jesús de Teresa.

— *¿Por qué Jesucristo nació en un pesebre?*

— *Por consolar á los pobres y enseñarnos á no poner nuestra afición en las riquezas y placeres.*

— *¿Qué significa la palabra Jesús?*

— *Salvador.*

— *¿Qué significa la palabra Cristo?*

— *Ungido o consagrado.*

Imposición del Santo nombre de Jesús.— En aquél tiempo, dice San Lucas, llegado el día octavo en que debía ser circuncidado el Niño, le fué puesto por nombre Jesús, nombre que le dió el ángel antes que fuese concebido.

En efecto, este nombre divino fué revelado por el Ángel Gabriel á la Santísima Virgen cuando le anunció el misterio de la Encarnación. « Concebiréis, le dijo, y daréis á luz un niño al cual pondréis por nombre Jesús. »

El Ángel del Señor tambien lo reveló á San José cuando le dijo: « María, vuestra esposa, dará á luz un hijo al que pondréis por nombre Jesús; porque él es quien ha de librar de sus pecados á todos los pueblos. »

*
* *

Poder del nombre de Jesús.— Al nombre de Jesús, doblan las rodillas los cielos y la tierra y tiemblan los infiernos.

Por la prodigiosa virtud de este nombre hizo San Pedro uno de los más sorprendentes milagros. Un día, á eso de las tres de la tarde, acompañado de San Juan subía al templo á orar. En una de las puertas del templo había un hombre, cojo desde su nacimiento, que pedía limosna. Este hombre viendo á Pedro y Juan solicitó su caridad. Y Pedro fijando en él los ojos juntamente con Juan, le dijo: « Míranos. » Y él los miraba, esperando recibir de ellos alguna cosa. Pedro añadió entonces: « No tengo oro ni plata, pero lo que tengo, esto te doy: En el nombre de Jesucristo Nazareno levántate y anda. » Y tomándole la mano derecha le levantó y en el mismo instante se le robustecieron los pies y las plantas. Y dando un salto se puso en pie, y echó á andar y entró con ellos en el templo andando y saltando y alabando á Dios. Y le vió todo el pueblo. Y conociendo que él era el mismo que se sentaba á las puertas del templo para implorar limosna se llenaron de espanto y admiración por lo sucedido. San Pedro pronunció entonces un discurso con el cual convirtió cinco mil hombres.

— *¿Cuántas personas hay en Jesucristo?*

— *Una sola persona divina.*

— *¿Cuántas naturalezas, entendimientos y voluntades hay en Jesucristo?*

— *Dos naturalezas, dos entendimientos y dos voluntades, divinos en cuanto Dios y humanos en cuanto hombre.*

— *¿Para qué el Hijo de Dios se hizo hombre?*

— *Para padecer y morir por nosotros.*

Presentación al Templo. — En aquél tiempo, cumplidos los días de la purificación de María, según la ley de Moisés, llevaron al niño á Jerusalén, para presentarlo al Señor, como está escrito: « Todo varón primo-

génito será consagrado al Señor » y para ofrecer un par de tórtolas, ó dos palomas, ofrenda que debían hacer los pobres, á diferencia de los ricos que debían presentar un cordero. Como pobre, la Santísima Virgen no ofreció cordero; pero presentó á su Divino Hijo el Cordero sin mancha que venía á quitar los pecados del mundo.

¡Sublime espectáculo! Entraba por primera vez en el Templo el Dios del Templo, hecho Dios Niño. Una Virgen, Madre Inmaculada le colocaba sobre el ara del altar, como víctima voluntaria ofrecida al Eterno Padre, por los pecados del mundo.

Había entonces en Jerusalén un hombre justo y temeroso de Dios, llamado Simeón, el cual esperaba de día en día la venida del Retentor. El Espíritu Santo le había revelado que no había de morir antes de ver al Cristo ó ungido del Señor. Así inspirado vino al templo. Y al entrar José y María con el Niño Jesús, para cumplir lo prescrito por la ley, Simeón tomándo á Jesús en brazos, con lágrimas de gozo, bendijo á Dios, diciendo: Ahora, Señor, ahora si que sacas en paz de este mundo á tu siervo según tu promesa. Porque ya mis ojos han visto al Salvador que nos has dado, al cual tienes destinado para que, expuesto á la vista de todas las naciones, sea luz brillante que ilumine á los gentiles, y gloria de tu pueblo de Israel. Cuando así el venerable anciano, bendecía á Dios y estrechaba en su pecho al Divino Niño, llegó Ana profetisa. Era ésta una piadosa anciana de ochenta y cuatro años y viuda desde el séptimo de su matrimonio. Vivía dedicada enteramente á la virtud, y no se apartaba del templo, sirviendo á Dios día y noche en ayunos y oraciones. Trasportada de gozo, al ver con sus ojos al Salvador del mundo, principió á alternar con Simeón en las divinas alabanzas y glorificaba

á Dios con toda la efusión de su corazón. Cumplido que hubo la Santa familia con la ley volvió á Nazaret.

* * *

Huida á Egipto. — Poco después de la presentación de Jesús en el templo el Ángel del Señor se apareció á José, mientras dormía, y le dijo : « Levántate, toma al Niño y á su madre, huye á Egipto y permanece allí hasta que yo te lo advierta; porque Herodes buscará al Niño para hacerlo matar. » José se levantó y en la misma noche tomó al Niño y à su madre y se retiró á Egipto, donde permaneció hasta la muerte de Herodes, á fin de que las palabras que había dicho Dios por el profeta fuesen cumplidas : « Yo he llamado á mi Hijo de Egipto. »

Herodes, viendo que había sido burlado por los magos, se encolerizó en gran manera y mandó dar muerte á todos los niños de Belen y sus contornos que fuesen menores de dos años, según el tiempo que había sido informado por los magos. Y miéntras la Santa Familia emprendía aspera y peligrosa marcha por un vasto desierto, el criminal degüello de cerca de catorce mil niños, llamados los Santos Inocentes, inundaba de sangre las calles de Belén.

La Santa Familia después de refugiarse y establecerse por siete años en Egipto volvió á Nazaret.

— *¿Qué hizo Jesucristo en Nazaret hasta la edad de treinta años?*

— *Oró y trabajó con sus padres a los cuales era muy obediente.*

— *¿Por qué quizo trabajar y orar de tal suerte?*

— *Porque quería darnos el ejemplo.*

Pérdida del Niño Dios. — Es hallado en el Templo. —

Los padres de Jesús iban todos los años á Jerusalén para celebrar la fiesta de la Pascua, y cuando llegó á los doce años lo llevaron consigo.

Pasados los días de la fiesta, cuando todos se volvían á su casa, el Niño se quedó en Jerusalén, sin que sus padres lo advirtiesen. Creyendo ellos que iba con los demás de la comitiva, anduvieron todo el día buscándolo entre los parientes y conocidos; pero no habiéndolo encontrado, afligidos en extremo, se volvieron presurosos á Jerusalén. Después de tres días halláronle allí en el templo en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándoles y teniendo a todos asombrados con su respuestas. Maravilláronse al verlo y su madre le dijo : ¡Hijo, ¿por qué has hecho esto? mira que tu padre y yo angustiados te buscábamos. Y él le respondió : ¿Para qué me buscabais? ¿No sabíais que debo ocuparme en las cosas que son de mi padre?...

*
* *

Bautismo de Jesucristo. — Cuando Jesús hubo llegado á los treinta años, antes de cuya edad era costumbre que nadie predicase en Israel, partió de Nazaret de Galilea y fué á buscar á Juan para ser bautizado por él en el Jordán. Reconociendo Juan á Jusucristo y confesándose indigno de siquiera desatarle las correas de sus zapatos, no quería bautizarlo y le decía : Yo, Señor, debo ser bautizado por vos y ¿queréis que yo os bautice? Pero Jesús le contestó : Déjame hacer lo que deseo, porque así nos conviene cumplir toda justicia. Entonces Juan precisado á obedecer lo bautizó.

Apenas fué bautizado, cuando se abrieron los cielos y bajó el Espíritu Santo sobre Jesús en figura de paloma, y al mismo tiempo se oyó la voz del Padre que decía : Este es mi Hijo muy amado en quien tengo todas mis complacencias. »

El Jordán. — La tradición señala hasta ahora el sitio del bautismo de Jesús, y asegura que allí fué el paso de los israelitas á pie enjuto, guiados por Josué á la tierra prometida; que también allí abrió Elías camino seco al tocar las aguas con su manto, y que en ese mismo lugar se bañó Naamán, lugar-teniente del Rey de Siria, por orden del profeta Eliseo, y quedó limpio de la lepra. El baño en ese punto ha llegado á ser como un acto de devoción para los peregrinos.

A las riberas del río la vegetación es frondosa y ameno el paisaje. El valle del Jordán es el jardín de la Palestina. *Aquí siempre se encuentran*, dicen los árabes en su pintoresco lenguaje, *las tres bendiciones de Alá : día blanco, sombra negra y agua fresca.* — *(Cuesta.)*

*
* *

Tentación de Jesús en el desierto.— Jesucristo, después de haber sido bautizado, se retiró a un desierto donde ayunó cuarenta días y cuarenta noches.

En memoria de este ayuno, y para prepararnos á la fiesta de Pascua de Resurrección, la Iglesia ha establecido la Cuaresma, que son cuarenta días destinados con especialidad á la oración y penitencia.

Concluído ese tiempo se le apareció el demonio y para tentarle, le dijo : Si eres el Hijo de Dios, manda que estas piedras se conviertan en pan. — Jesús le respondió : — No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios. — Entonces el diablo lo llevó á Jerusalén, lo puso sobre las almenas del templo, y le dijo : Si eres el Hijo de Dios, échate de aquí abajo; porque escrito está que mandó á sus ángeles que te guardasen y te sostuviesen en sus manos para que tu pie no tropezase en alguna piedra. — Jesús le respondió : También está escrito : No tentarás al Señor tu Dios. — Llevóle después el diablo á un monte

elevado, le mostró en un instante todos los reinos de a tierra y le dijo : Te daré todos estos reinos con su gloria y su poder si postrándote me adoras. — Jesús le respondió : Retírate, Satanás, porque está escrito : Adorarás al Señor tu Dios y á él solo servirás. Entonces el diablo le dejó y en el mismo instante los ángeles, bajando del cielo, se acercaron á él y le sirvieron.

La tentación no es un pecado y Dios premia á los que la resisten; pero sí es pecado consentir en la tentación.

— *¿Qué hizo Jesucristo después de la edad de treinta años?*

— *Predicó su doctrina y dió ejemplo de todas las virtudes.*

— *¿Qué más hizo?*

— *Hizo grandes milagros, para demostrar que era Dios hecho hombre.*

— *¿Qué es un milagro?*

— *Es una cosa extraordinaria que solo Dios puede hacer.*

Jesús convierte el agua en vino. — En aquel tiempo se celebraron unas bodas, en Caná de Galilea, a las cuales asistió la Madre de Jesús.

También Jesús fué convidado con sus discípulos. Y llegando á faltar vino, la Madre de Jesús le dijo : « No tienen vino. » — Jesús le contestó : « Mujer, ¿qué nos va á mí y á tí? aun no es llegada mi hora. » — Advirtió la Madre de Jesús á los que servían : « Haced cuanto él os dijere. » — Había allí seis cántaros de piedra, en cada uno de los cuales cabían dos ó tres arrobas. — Jesús dijo á los sirvientes : « Llenad los cántaros de agua. » — Y los llenaron hasta arriba. — Jesús añadió : « Sacad ahora y llevad al dueño de la casa. » —

Y le llevaron de aquella agua. Y luego el dueño de la casa gustó del agua hecha vino y no sabía de donde era, aunque los que le servían lo sabían... Este fué el primer milagro que hizo Jesús, en Caná de Galilea.

*
* *

Jesús resucita al hijo de la viuda de Naim. — Aconteció después que Jesús fué a una ciudad llamada Naim, é iban con él sus discípulos y una gran muchedumbre de pueblo. Y cuando llegó cerca de la puerta de la ciudad, hé aquí que sacaban fuera un difunto, hijo único de una pobre viuda; y casi todo el pueblo venía acompañando el cadáver.

Luego que Jesús vió á la madre desolada, movido á compasión por ella, le dijo : « No llores; » y se acercó, y tocó el féretro, y los que lo llevaban se pararon. — Según la costumbre de los judiós, el cadáver tenía el rostro descubierto. Jesús dijo á éste : « Mancebo, levántate; yo te lo mando. » Levantóse en seguida el que había estado muerto y comenzó á hablar. Y Jesús le volvió á su madre. Y tuvieron todos gran miedo, y decían : « El gran Profeta ha aparecido entre nosotros, y Dios ha visitado á su pueblo. » — Y la fama de este milagro corrió por toda la Judea y por toda la comarca.

*
* *

Los demonios lanzados y los cerdos precipitados en el mar. — Un día que Jesús, acompañado de sus apóstoles, pasó el lago de Genezaret llegó á la tierra de los Gerasenos, que está situada á la orilla opuesta de Galilea. — Apenas Jesús hubo desembarcado, dos hombres poseídos del demonio corrieron á su encuentro. Estaban tan furiosos que nadie se atrevía á pasar por allí. Uno de ellos se hallaba poseído de un espíritu impuro hacía ya mucho tiempo; iba desnudo, y no habitaba en las casas sino en los sepulcros. Muchas veces el demonio se

apoderaba de él con violencia, y entonces en vano trataban de sujetarlo. Cargado de cadenas y con grillos á los pies, rompía las cadenas y los grillos y nadie podía contenerle. El demonio lo llevaba á los desiertos, y permanecía día y noche en las montañas, ó entre las tumbas, dando gritos y atormentándose con piedras. — Pero luego que vió á Jesús, desde lejos, corrió á él, y arrodillándose á sus pies le adoró; y después, dando un gran grito, le dijo con voz fuerte : « Jesús, Hijo del Dios Altísimo, ¿qué tienes que ver conmigo? Ruégote que no me atormentes. » — Pero Jesús mandaba al espíritu malo y le decía : « Espíritu inmundo, sal de este hombre. ¿Cuál es tu nombre? » — Y respondió : « Me llamo Legión, porque somos numerosos. » — Y en efecto, muchos demonios habían entrado en tal hombre. — Suplicaban que no les echase de aquel país, ni les mandase ir al abismo y le rogaron que les permitiese entrar en una gran piara de cerdos que andaba allí cerca, paciendo en el monte. — Y se lo permitió. — Salieron, pues, del hombre los demonios, y entraron en los cerdos; y luego los cerdos se arrojaron por un despeñadero impetuosamente en el lago y se ahogaron. — Cuando esto vieron los pastores huyeron, y lo dijeron en la ciudad y en las granjas. Salieron todos á ver lo que había ocurrido, y vinieron á Jesús, y hallaron sentado al hombre, de quien habían salido los demonios, que estaba ya vestido y en su cabal juicio, postrado á los pies del Salvador...

*
* *

La piscina de Bethsaida y el paralítico de treinta y ocho años. — En aquellos días acaeció la fiesta de Pascua y subió Jesús á Jerusalén. — En Jerusalén estaba la piscina Probática, que en hebreo se llama Bethsaida, la cual tenía cinco pórticos. En éstos yacía gran muchedumbre de enfermos, ciegos, cojos, paralíticos, espe-

rando el movimiento del agua. Porque un ángel del Señor descendía en cierto tiempo á la piscina, movía el agua y el que primero entraba en ella, después del movimiento, quedaba sano de cualquiera enfermedad que tuviese. Había allí un hombre que hacía treinta y ocho años que estaba enfermo. Jesús lo vió; conoció que estaba ya de mucho tiempo y le dijo: « ¿Quieres sanar? » — El enfermo le respondió: — « Señor, no tengo hombre que me meta en la piscina cuando el agua se mueve; y mientras yo me arrastro hacia ella, otro entra antes que yo. » — Jesús le dijo: « Levántate, toma tu lecho y anda. » — Y en el mismo instante quedó sano aquel pobre hombre, y tomó su camilla y echó á andar. Era sábado aquel día (día santo en Israel) y los judíos dijeron al hombre que había sido sanado: « Sábado es hoy, y no te es lícito llevar tu camilla. » Pero él les respondió: — « Aquel que me sanó me dijo: Toma tu camilla y anda. »

*
* *

Multiplicación de panes y peces. — El día de la Pascua, que es la gran fiesta de los judíos, estaba cerca. Jesús, viendo gran pueblo que le seguía, sintió compasión de ellos, porque estaban allí como ovejas sin pastor. Los recibió con bondad y se puso á enseñarles muchas cosas del reino de Dios. Después sanó á los enfermos y prodigó sus cuidados á todos los que los necesitaban. Venida la tarde, próxima la hora de oscurecer, los discípulos de Jesús se le acercaron y le dijeron: « Señor, el día toca á su término, este paraje está enteramente inhabitado; despide á esa gente para que se vaya á las aldeas y hospederías de los alrededores á buscar que comer y donde puedan pasar la noche; estamos aquí en un verdadero desierto. » — Jesús les respondió: « No necesitan irse de aquí; dadles vosotros mismos lo que les haga

falta. » — Jesús, mirando de nuevo á aquella muchedumbre, dijo á Felipe (uno de sus apóstoles) : « ¿Dónde podríamos comprar bastante pan para dar que comer á toda esta gente? » — Jesús decía esto para probarle; porque bien sabía lo que debía hacer. — Felipe le respondió : « Aun cuando tuviéramos doscientos denarios de pan, no sería bastante para dar un pequeño pedazo á cada uno. » — Jesús preguntó entónces : « ¿Cuántos panes tenéis? Id á verlo. » — Habiendo visto lo que allí tenían, le respondieron : « Aquí no hay más que cinco panes y dos pescados. » — Y le dijo Andrés, hermano de Simón Pedro : « Un muchado es quien tiene esos cinco panes de cebada y esos dos pescados; pero ¿qué es eso para tanta gente? No habiendo más, tendremos necesidad de ir muy lejos á comprar víveres para todos. » — Y allí se hallaban cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños. — Entonces Jesús dijo á sus discípulos : « Traedme aquí los panes; y haced sentar á toda esa gente sobre la hierba, en grupos de á cincuenta. » — En aquel paraje había mucha hierba todavía verde. Los discípulos ejecutaron la orden del Señor, y á todos les hicieron sentar sobre el césped, por grupos de ciento y de cincuenta... Jesús tomó entonces los cinco panes y los dos peces, y alzando los ojos al cielo, dió gracias á Dios, bendijo los panes, los partió y los dió á sus discípulos, para que los sirviesen al pueblo. Y los discípulos los fueron repartiendo de grupo en grupo. De la misma manera fueron repartidos, entre todos, los dos peces, y cada cual tomó lo que quiso y comió hasta saciarse. Después de esto, Jesús dijo á sus discípulos : « Recoged los restos que quedan, para que nada se pierda. » — Los amontonaron, cuando todos habían acabado de comer, y llenaron doce cestas de pedazos de pan y pescados. Y todo el pueblo, testigo ocular de aquel

milagro, decía : « Verdaderamente, éste es el profeta anunciado al mundo. »

*
* *

Jesús y Pedro sobre las olas. — Sabiendo Jesús que las turbas querían hacerlo rey, huyó y se retiró solo á una montaña á orar.

Después ordenó á sus discípulos que subiesen en una barca y fuesen á esperarle en Cafarnaún. Muy pronto se levantó un viento furioso, de manera que, á la alborada del día siguiente, á pesar de grandes esfuerzos, apenas habían andado unas tres leguas. Entonces Jesús, á eso de la cuarta vigilia de la noche, andando sobre las aguas, se dirigió á ellos. Al verle los discípulos, cuando ya estaba cerca de la barca, que andaba así sobre el mar, creyeron que era un fantasma, y llenos de turbación y miedo, lanzaron gritos de espanto; y sobrecogidos de temor, todos gritaban : « ¡Es un fantasma! » — Pero Jesús al punto les habló, y les dijo : « Tranquilizaos, soy yo, no temáis. » — Pedro le contestó : « Señor, si eres tú, mándame ir á tí sobre las aguas. » — Jesús le dijo : « Ven. » — Y Pedro, descendiendo de la barca, echó á andar sobre las aguas en dirección á Jesús; pero, a causa de la impetuosidad del viento, tuvo miedo; y como comenzara á hundirse en las aguas, gritó : « Señor, sálvame! » — Y al punto Jesús, estendiendo la mano, le sostuvo y le dijo : « Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado? » — Entonces los discípulos pidieron á Jesús que subiese á la barca; él accedió á la súplica, y luego que estuvo dentro, el viento cesó y la nave se vió empujada por una brisa suave hacia la orilla.

*
* *

Resurrección de Lázaro. — Lázaro era un hombre distinguido, muy amado de Jesús y hermano de Marta

y María Magdalena. Habitaba en Betania, más allá de Jerusalén, y con frecuencia daba hospitalidad al Salvador y a sus apóstoles.

Lázaro cayó gravemente enfermo y como sus hermanas le viesen en peligro, enviaron á decir á Jesús: « Señor, el que amas está enfermo. » — Cuando Jesús oyó esto, dijo á los mensajeros : « Esa enfermedad no es mortal sino para gloria de Dios, á fin de que sea ensalzado el Hijo de Dios por ella. » — Y á pesar de que Jesús amaba á Lázaro y á sus hermanas, se detuvo aun dos días en el lugar donde estaba; pasados los cuales dijo á sus discípulos: « Ahora vamos à Judea. Lázaro, nuestro amigo, duerme y voy á despertarle. » — Sus discípulos le respondieron : « Señor, si duerme, sanará. » — Jesús quiso hablar de la muerte de aquél; pero ellos creían que les hablaba del letargo de un sueño ordinario. Entonces Jesús les dijo con claridad : « Lázaro ha muerto; y por vosotros me alegro de no haber estado entonces allí, porque lo que voy á hacer fortificará vuestra fe. Vamos, pues, adonde está Lázaro. » — Cuando llegó Jesús, halló que Lázaro hacía cuatro días que estaba enterrado en el sepulcro. Y como la aldea de Betania distaba de Jerusalén como cuatro leguas, gran número de judíos habían venido á ver á Marta y á María para consolarlas por la muerte de su hermano. Marta, cuando oyó que venía Jesus, le salió al encuentro y le dijo: « Señor, si hubieras estado aquí mi hermano no hubiera muerto. » — Jesús le respondió: « Tu hermano resucitará. » — Bien sé, dijo Marta, que resucitará en la resurrección del último día. » — Jesús le replicó : « Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá; y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees esto? » — Ella le respondió: « Sí, Señor, yo creo que

tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo, que has venido á este mundo. » Y dicho esto, fué á llamar á su hermana María, la que se dirigió presurosa á postrarse á los pies de Jesús, diciéndole del mismo modo: « Señor, si hubieras estado aquí mi hermano no habría muerto. » Jesús, viendo que María y los judíos que habían venido con ella lloraban, se enterneció y conmovido les dijo: « ¿Dónde lo habéis puesto? » — Respondiéronle: « Señor, ven y lo verás. » — Entonces lloró Jesús, y los judíos, hablando unos con otros, dijeron: « ¡Ved cuánto le amaba! » Y algunos de ellos añadieron: « Este que abrió los ojos á un ciego de nacimiento ¿no podría hacer que Lázaro no muriese? » — Mas Jesús, gimiendo otra vez profundamente, fué al sepulcro. Era este una gruta sobre la cual habían puesto una losa. — Dijo Jesús: « Quitad la la losa. » — Marta, la hermana del muerto, respondió: « Señor, ya despide mal olor, porque hace cuatro días que está sepultado. » Jesús replicó: « ¿No te he dicho, que si creyeres, verás la gloria de Dios? » — Quitaron, pues, la losa, y Jesús, alzando los ojos al cielo, dijo estas palabras: « Padre mío, gracias te doy porque me has oído. Yo bien sabía que siempre me oyes, mas digo esto por el pueblo que me rodea, para que crea que tú me has enviado. » Y habiendo dicho estas palabras, exclamó en alta voz: « Lázaro, sal fuera. » — Y en aquel mismo instante, el muerto se levantó y apareció con los pies y las manos ligadas, y el rostro envuelto en un sudario. — Jesús les dijo: « Desatadle y dejadle andar. » — La fama de la resurrección de Lázaro se esparció bien pronto por toda la Judea y muchos creyeron en Jesucristo.

*
* *

Jesús y los niños. — Jesucristo era el amigo y el refugio de los niños. La dulce mirada del Salvador, la

amable sonrisa de sus labios y las afectuosas palabras con que los acogía llenaban de gozo á los niños. Nuestro Señor ejercía sobre ellos un encanto irresistible. Por esto le seguían á todas partes. La dicha de verle, de oírle y de estar junto á sus rodillas les hacía olvidarse hasta de sus inocentes diversiones. Le rodeaban, poniéndose lo más cerca posible de él; penetraban por medio de la muchedumbre y sus pequeños rostros se veían asomar siempre en primera fila. Se sentían amados y venían con la plena confianza del que sabe que es preferido.

Y las madres, con ese instinto infalible del corazón que adivina donde está el amor, venían también á Jesucristo, llenas de confianza, y le llevaban sus pequeñuelos. Unas los conducían en su regazo, otras en sus brazos, otras de la mano y todas le suplicaban que los tocase, que los bendijese, que les impusiese las manos y orase por ellos.

Nuestro Señor los miraba con inefable amor, los llamaba, los bendecía, les hacía dulces caricias, los abrazaba, ponía sus manos sobre aquellas cabecitas inocentes, y oraba por ellos como sus madres se lo pedían.

Mas, los discípulos de Jesús, al verlos acercarse, les rechazaban con duras palabras y también á los que los presentaban, no comprendiendo todavía aquel amor celestial al candor de la infancia.

Pero Jesús los llamó y les dijo: «Dejad que los niños se acerquen á mí, y no los rechacéis, porque el reino de Dios es para los que se asemejen á ellos. En verdad os digo que el que no recibiere el reino de Dios como niño, no entrará en él.»

CUARTO ARTÍCULO DEL SÍMBOLO

Creo que padeció bajo el poder de Poncio Pilatos, fué crucificado, muerto y sepultado.

— *¿Todos los hombres que vieron á Jesucristo creyeron en él?*

— *No, hubo algunos muy malos que en lugar de amarle le hicieron morir en una cruz.*

— *¿Qué día murió?*

— *El Viernes Santo.*

— *¿En qué lugar?*

— *En Jerusalén, en el monte Calvario.*

— *¿Jesucristo hubiera podido librarse de los que le hicieron morir?*

— *Sí, porque es Dios.*

— *¿Para qué se dejó entonces clavar en una cruz?*

— *Para mostrarnos su amor y pagar nuestros pecados.*

— *¿Murió en cuanto Dios?*

— *No, porque Dios no puede morir.*

— *¿En cuanto quién murió?*

— *En cuanto hombre.*

— *¿Cuáles fueron los principales padecimiento de Nuestro Señor Jesucristo?*

Sudar sangre en el huerto de los Olivos, ser escupido, abofeteado, azotado, coronado de espinas y crucificado.

— *¿Qué cosa causó mayor dolor al corazón de Jesucristo?*

— Más que la crucificación misma, nuestras ingratitudes y pecados.

— ¿Cómo se llaman los últimos padecimientos y la muerte de Nuestro Señor Jesucristo?

— Se llama Pasión.

Preparación de la Pasión. — Institución de la Santa Eucaristía. — El día de Pascua, Jesús, seguido de los doce apóstoles, se dirigió al Cenáculo, y ya puesto el sol, se sentó con ellos á la mesa. Y les dijo : « Con grande anhelo he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de mi pasión. » En efecto comió con los apóstoles el cordero pascual, les predijo cual de ellos le había de entregar y, para darles ejemplo de humildad y de caridad, á todos, con sus propias manos les lavó los pies.

Miéntras cenaban, después de celebrar la Pascua, Jesus tomó el pan, y después de haber dado gracias, lo bendijo, lo partió y lo dió á sus discípulos, diciendo : « Tomad y comed. *Este es mi cuerpo,* que es dado por vosotros : Haced esto en memoria mía. » Acabada la cena, tomó el cáliz, y después de haber dado gracias, lo dió á sus discípulos, diciendo : « Bebed de esto todos porque *ésta es mi sangre*, la sangre de la nueva alianza que será derramada por vosotros y por muchos en remisión de los pecados. » Y todos bebieron...

Después de estas palabras, Jesús se turbó en su espíritu, y agregó : « En verdad, en verdad os digo : uno de vosotros me entregará. Y os lo digo antes que suceda, á fin de que conozcáis quien soy, cuando esto ocurra. » Y uno de sus discípulos, (Juan) el que amaba Jesús, estaba á la mesa, reclinado en el seno de Jesús. A éste, pues, hizo una seña Simon Pedro y le dijo : ¿De quién habla? Juan entonces, recostándose sobre el pecho de Jesús, le preguntó : Señor, ¿quién es? Jesús

le respondió : « Es aquel á quien yo diere el pan mojado. » Y mojando el pan se lo dió á Judas, hijo de Simón Iscariote; y luego que Judas le hubo comido, Satanás se apoderó de él. Y Jesús le dijo : « Lo que haces hazlo pronto. » Mas ninguno de los que estaban á la mesa comprendió por qué Jesús le había dicho esto, y como Judas era el que llevaba la bolsa, algunos pensaron que Jesús le decía : « Compra lo que necesitamos para la fiesta, » ó que le mandaba dar alguna cosa á los pobres. — Judas luego que tomó el pan mojado salió del Cenáculo.

*
* *

El huerto de Gethsemaní. — El sudor de sangre. — Luego que Jesús hubo anunciado su muerte se fué con sus discípulos al otro lado del torrente de Cedrón, para pasar la noche, según su costumbre, en el monte de los Olivos. Había en aquella montaña una casa de campo, llamada Gethsemaní, la cual tenía un huerto, y en él entró Jesús con los apóstoles. Y estando con ellos Jesús les dijo : « Sentaos en este lugar mientras voy allí y hago oración. Y vosotros orad también para que no caigáis en tentación. » Y acompañado de Pedro, Santiago y Juan, exclamó : « Mi alma está triste hasta la muerte. » Y apartándose después de ellos entró en la gruta que hoy se llama de la Agonía y se puso de rodillas á orar, diciendo : « Padre mío, si te place aleja de mí este cáliz. Pero que no se haga mi voluntad sino la tuya. » Y entonces se apareció un ángel del Cielo que le confortaba. Y hallándose en agonía con el rostro en tierra, oraba con más vehemencia, y decía : « Padre mío, si es posible, aparta de mí este cáliz. Pero que se cumpla tu voluntad y no la mía. » Y en seguida le vino un sudor de gotas de sangre que corrían hasta la tierra.

El huerto de Gethsemaní pertenece ahora á los Pa-

dres Franciscanos de Tierra Santa. Hemos visto allí ocho olivos de un grueso extraordinario. Están llenos de cavidades y grietas y son muy antiguos. Se cree han renacido de las cepas de los mismos que existían en tiempo de Nuestro Señor. Bien sabido es que los olivos viven muchos siglos. A corta distancia está la gruta de la Agonía. Es una cueva natural donde caben unas cien personas. Está en la falda del monte de los Olivos, junto al torrente de Cedrón. La sostienen tres pilares, nativos de la misma piedra y está cerrada por una puerta de fierro. En el interior hay tres altares de construcción modesta y severa. La luz entra por una ventana abierta en el techo. En el altar del medio hay un cuadro que representa la oración de Jesús y en el piso del mismo altar leímos esta inscripción : « *Aquí el Señor sudó gotas de sangre que caían hasta la tierra.* »

*
* *

Traición de Judas. — Jesús volvió á sus discípulos y hablaba con ellos, cuando Judas apareció de repente, á la cabeza de una tropa de gente armada de palos, espadas y otras armas, y con linternas y antorchas encendidas. El traidor les había dado una señal : « El que yo besare, les había dicho, ese es; prendedle.» —Y se llegó luego á Jesús y le dijo : « Dios te guarde, maestro, » y lo besó. — Jesús le dijo : « ¿Amigo, á qué has venido? Judas, con un beso haces traición al Hijo del Hombre! »

Entonces Jesús, que sabía todo lo que le iba á suceder, se adelantó hacia aquella tropa y les dijo :

— « ¿A quién buscáis? »

— « A Jesús Nazareno. »

— « Yo soy. »

Luego que Jesús hubo dicho esto retrocedieron y cayeron en tierra.

Jesús volvió á preguntar : « ¿A quién buscáis? »

— « A Jesús Nazareno, » le dijeron.

— « Os he dicho que yo soy; pues, si me buscáis á mí, dejad ir á éstos » (los apóstoles).

Entonces se acercaron, pusieron las manos sobre Jesús y se apoderaron de él.

Sus discípulos, viendo lo que iba á suceder, le dijeron : « Señor, ¿es necesario sacar la espada? » Y al punto Pedro, que tenía una espada, la sacó é hirió á un servidor del Pontífice, llamado Marco, á quien cortó la oreja derecha.

Jesús dijo entonces á Pedro y sus discípulos : « Deteneos. Meted vuestra espada en la vaina.... ¿Creéis que no puedo rogar á mi Padre, y me enviaría ahora mismo más de doce legiones de ángeles?... » Después tocó la oreja á Marco y lo sanó...

Los soldados, pues, y el tribunal de la corte de los ministros enviados por los judíos, prendieron á Jesús y lo ataron y lo llevaron á casa de Anás y luego á la del Pontífice Caifás.

Entretanto todos sus discípulos le abandonaron y huyeron.

*
* *

Negación de Pedro. — Simón Pedro, acompañado de otro discípulo, había seguido á Jesús desde lejos. Y este discípulo, conocido del Pontífice, entró con Jesús en el atrio de la casa de Caifás. Después entró Pedro. Los que allí estaban encendieron fuego en medio del atrio y se sentaron al rededor; y Pedro se sentó también á calentarse, deseando ver cómo terminaba todo aquello.

Entonces la criada portera se acercó á Pedro, y después de mirarle á la luz de la llama, exclamó : « Hé aquí uno que también estaba con ese hombre. » Y dirigiéndose al mismo Pedro, le dijo : « ¿No eres tú también

de los discípulos de ese hombre? Sí, tú estabas con Jesús en Galilea.» Pedro lo negó, delante de toda aquella gente, y respondio : — « No, no lo soy. Mujer, yo no conozco á ese hombre; no sé lo que quieres decir. »

Los criados y los guardias continuaban calentándose, y habiendo hecho un gran brasero á causa del frío, estaban de pie, en contorno; y Pedro se había quedado con ellos.

Luego salió fuera, al vestíbulo, y cantó el gallo. Y como, al salir del atrio para entrar en el vestíbulo, le viese otra criada, dijo ésta á los que allí había : « Éste también estaba con Jesús de Nazaret.» Un poco después viéndole otro, dijo : « Pero tú también eres de esas gentes. » Como continuase de pie cerca del fuego, algunos le dijeron de nuevo : « Pero tú ¿no eres también discípulo del Galileo?» Por segunda vez lo negó, y con juramento exclamó : « No, no soy de ellos; no conozco á ese hombre. »

Por último, poco tiempo después, como pasada una hora, otro que era de los criados del Pontífice y pariente de aquel á quien Pedro había cortado la oreja, aseguraba lo mismo y decía : « Éste estaba ciertamente con él; porque también es galileo. » Y dirigiéndose á Pedro, le dijo : « ¿No te he visto yo en el huerto con ese hombre? » Y todos los que allí estaban, aproximándose á Pedro, le decían : «Verdaderamente, tú de ellos eres, porque tu lenguaje te da á conocer; eres de Galilea. » Pedro lo negó otra vez y repitió con juramento é imprecaciones : « No conozco al hombre de quien me habláis, no sé lo que queréis decir. » Apenas había dicho estas palabras, y aun no había acabado de pronunciarlas, cuando cantó el gallo segunda vez. Y volviéndose Jesús, miró á Pedro. Al punto, Pedro se acordó de que el Señor le había dicho, en la última cena : « An-

tes que el gallo cante dos veces, me habrás negado tres veces. » Y saliéndo afuera lloró amargamente.

*
* *

Muerte de Judas. — Venida la mañana, los príncipes de los sacerdotes, con los ancianos del pueblo, los doctores de la ley y toda la asamblea, celebraron consejo contra Jesús y resolvieron acusarlo como reo de muerte.

Y toda la muchedumbre de los que allí estaban se levantó; ataron á Jesús, y lo llevaron de la casa de Caifás al Pretorio, y lo entregaron al gobernador Poncio Pilatos...

Judas, el traidor, al ver que Jesús había sido condenado, se apesaró de lo que había hecho, y devolviendo las treinta monedas de plata (precio de su traición) á los príncipes de los sacerdotes y á los ancianos del pueblo, les dijo : « He pecado porque he entregado la sangre del Justo. » — Mas ellos le respondieron : « ¿Qué nos importa á nosotros? ¡Tú debieras haberlo visto antes! »

Entonces Judas arrojó las monedas de plata en el templo y fué y se ahorcó con un lazo.

Los príncipes de los sacerdotes recogieron las piezas de plata y dijeron « No nos es permitido ponerlas en el tesoro, porque son precio de sangre. » Y habiendo deliberado sobre esto, compraron con ellas el campo de un alfarero, para sepultura de los extranjeros; por lo cual aquel campo es llamado Campo de Sangre : *Haceldama.*

*
* *

Jesús y Barrabás. — Pilatos presentándose al pueblo, le dijo : « ¿Qué acusación traéis contra este hombre? »

Respondieron diciéndole : « Si este no fuera malhechor no te lo hubiéramos entregado »...

Y miéntras que los príncipes de los sacerdotes y los

ancianos del pueblo acriminaban á Jesús con toda clase de acusaciones, Jesús nada respondía.

Entonces Pilatos le dice : « Mira de cuantas cosas te acusan. ¿No respondes nada? Y Jesús no respondió palabra alguna. — Pilatos lo envió entonces á Herodes quien lo despreció, mandó le vistieran una túnica blanca, signo de escarnio, como si estuviese loco, y lo devolvió á Pilatos.

Era costumbre que el gobernador, en la solemnidad de Pascua, diese libertad á un preso y lo entregase á los judíos, á elección, cualquiera que ellos pidiesen. Había entonces, entre los presos, uno muy famoso que se llamaba Barrabás, el cual era ladrón, sedicioso y asesino.

Todos pidieron con instancia al gobernador la gracia que acostumbraba concederles. Pilatos les dijo : « No encuentro ningún crimen en este hombre... ¿Queréis que os suelte al Rey de los Judíos? ¿A cuál preferís que ponga en libertad, a Barrabás ó a Jesús, que se llama el Cristo? — Todos, á una voz, exclamaron : « Haz morir á éste y dá libertad à Barrabás. »

Pilatos les dijo : « Pero ¿qué queréis que haga con el Rey de los Judíos, que es llamado el Cristo? »

Y todos gritaron : « ¡Qué sea crucificado! ¡Crucifícale! ¡Crucifícale! »

* * *

Ecce Homo. — Pilatos, sin valor para contrariar al pueblo, entregó á Jesús y mandó que lo azotaran. Los soldados lo llevaron al atrio del pretorio, le quitaron sus vestidos, le cubrieron con un manto de púrpura, y tejiendo una corona de espinas se la hincaron en la cabeza. En la mano derecha le pusieron una caña, y arrodillándose delante de él para burlarse, le adoraban y le saludaban diciéndole : « Dios te salve, Rey de los Judíos. » Y al

mismo tiempo le daban bofetadas, le escupían el rostro, le herían con la caña en la cabeza y doblando en tierra una rodilla, le adoraban.

Presentado Jesús al pueblo, con la corona de espinas y el manto de púrpura, Pilatos les dijo : « Hé aquí al Hombre »... y más tarde : « Ved aquí á vuestro Rey. » Y todos gritaban : ¡Qué muera! ¡Crucifícale! ¡Crucifícale! »

Pilatos les dijo : « ¿Cómo he de crucificar á vuestro Rey? »

Los príncipes de los sacerdotes respondieron : « No tenemos otro rey que César. »

Pilatos que, acosado por los remordimientos, buscaba medio de salvar á Jesús, viendo que nada adelantaba y que el alboroto iba en aumento, se hizo traer agua y se lavó las manos delante de todo el pueblo, diciendo : « Soy inocente de la sangre y de la muerte de este justo; vosotros seréis los responsables. »

Y todo el pueblo gritó : « ¡Qué su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos! »

Pilatos mandó ejecutar lo que deseaban, les soltó á Barrabás y les entregó á Jesús para que hiciesen de él lo que quisiesen y le crucificaran.

*
* *

La crucifixión. — Los judíos tomaron á Jesús, y después de haberse burlado de él, le quitaron el manto de púrpura, le hicieron volver á tomar sus vestidos y le llevaron para crucificarle. — Jesús, cargando la cruz sobre sus hombros, comenzó á andar en dirección del monte llamado Calvario y en hebreo Gólgota. Al salir de la ciudad, en camino al suplicio, encontraron un hombre de Cirene, llamado Simón, le detuvieron y le obligaron á la fuerza á llevar la cruz detrás de Jesús.

Seguía á Jesús una gran muchedumbre, en especial

de mujeres que lloraban y hacían grandes demostraciones de dolor. — Jesús, volviéndose á ellas, les dijo : « Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos »...

Al mismo tiempo llevaron al suplicio dos malhechores para crucificarlos con Jesús.

Luego que llegaron al Gólgata le crucificaron. Al mismo tiempo crucificaron con él dos ladrones, uno á su derecha y otro á su izquierda, quedando Jesús en medio.

Y así se cumplió esta palabra de la Escritura : « *Y fué puesto en la condición de los malvados.* »

Pilatos mandó hacer una inscripción que puesta en lo alto de la cruz — encima de la cabeza del Salvador — decía : Jesús Nazareno, Rey de los Judíos.

*
* *

Palabras de Jesús en la Cruz. — Entretanto Jesús, enclavado en la cruz, exclamaba : « Padre mío, perdónalos, porque no saben lo que hacen. »

Los soldados, después de haber crucificado á Jesús, le tomaron sus vestiduras y las hicieron cuatro partes, una para cada soldado, echándolas á la suerte...

El pueblo estaba allí de pie mirando.

Y los que pasaban junto á Jesús le injuriaban con blasfemias, moviendo la cabeza y diciendo : « Si eres el Hijo de Dios, desciende de la cruz. » Y burlándose de él, decían : « ¡ Ha salvado á otros y no puede salvarse á sí mismo. »

« Si es el Cristo, el elegido Dios, que se salve á sí mismo ! »

Los soldados también le ultrajaban... Y uno de los ladrones que estaba crucificado con él, le dirigía los mismos improperios. Pero mientras éste blasfemaba y decía : « Si tú eres el Cristo, sálvate á tí mismo y á nosotros, » el otro, reprendiendo á su compañero, le

decía : « ¡No temes á Dios, ni aun estando condenado á morir en el mismo suplicio! Con nosotros, en verdad, se hace justicia, y sufrimos la pena que merecen nuestros crímenes; pero éste ningún mal a hecho. » Y en aquel mismo instante dijo à Jesús : « Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino. »

Jesús le contestó : « En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso. »

La Madre de Jesús y María, mujer de Cleofas y María Magdalena estaban allí de pie junto á la cruz. — Jesús, viendo allí á su Madre, y cerca de ella al discípulo que amaba, dijo á su Madre :

— « ¡Mujer, hé ahí á tu hijo. »

Después dijo al discípulo :

— « Hé ahí á tu madre. »

Y desde aquella hora el discípulo la recogió en su casa y la miró comó madre suya.

Era entonces medio día. El sol se cubrió con un denso velo y espesas tinieblas se derramaron sobre toda la faz de la tierra, hasta las tres de la tarde. Y cerca de esta hora Jesús clamó con penosa voz, diciendo : « Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? »...

Después de esto, sabiendo Jesús que todas las cosas eran ya cumplidas, dijo : « Tengo sed. »

Había ahí un vaso lleno de vinagre; uno de los soldados corrió á tomar una esponja, la empapó en vinagre y atándola al extremo de una caña, se la presentó para que bebiese...

Y luego que Jesús gustó el vinagre, dijo : « Todo está consumado. »

Después, Jesús, clamando de nuevo en voz alta, pronunció estas palabras : « Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu. »

E inclinó la cabeza y expiró.

La serpiente de bronce. — La crucifixión de Nuestro Señor había sido figurada claramente en la historia del pueblo de Dios. Como los Israelitas murmurasen en el desierto, Dios los castigó, enviando á sus campos serpientes aladas cuya mordedura acarreaba la muerte

Moisés suplicó entonces al Señor tuviese piedad de su pueblo. Dios le escuchó y mandó levantar, en medio del campo, una serpiente de bronce á la cual concedió la virtud de curar á cuantos, siendo mordidos, la miraban. Esta serpiente representaba á Nuestro Señor Jesucristo. Así lo dice él mismo en el Evangelio : « Como Moisés hizo elevar la serpiente en el desierto, así es necesario sea elevado el Hijo del Hombre ; » es decir, es necesario sea enclavado en la cruz, y por la virtud de esta cruz podremos nosotros librarnos de las mordeduras de la serpiente infernal.

SONETO.

No me mueve mi Dios para quererte,
El Cielo que me tienes prometido,
No me mueve el Infierno tan temido,
Para dejar por eso de ofenderte;

Tú me mueves, Señor; muéveme el verte
Clavado en una cruz y escarnecido;
Muéveme el ver tu cuerpo tan herido,
Muévenme tus afrentas y tu muerte;

Muéveme en fin tu amor de tal manera,
Que aunque no hubiera Cielo, yo te amara,
Y aunque no hubiera Infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
Porque si cuanto espero, no esperara,
Lo mismo que te quiero, te quisiera.

El temblor de tierra. — Jesús es sepultado. — Al expirar Jesús, en el instante mismo, el velo del templo se rasgó de arriba abajo, partiéndose en dos pedazos;

la tierra tembló; las rocas se quebraron; los sepulcros se abrieron y muchos cuerpos de santos, que estaban en el sueño de la muerte, resucitaron, y saliendo de sus sepulcros, vinieron, después de la resurrección de Jesús, á Jerusalén, y se aparecieron á gran número de personas.

El Centurión, que estaba allí presente, exclamó: «Ciertamente, este hombre era justo; era verdaderamente el Hijo de Dios.» Del mismo modo cuantos allí había se llenaron de espanto y dijeron como él: «Este hombre era verdaderamente el Hijo de Dios.» Y todo el pueblo consternado, dándose golpes de pechos, se volvía á la ciudad. Y uno de los soldados, viendo muerto á Jesús, al pasar junto á él, le traspasó el costado de una lanzada, y de la herida salió sangre y agua.

Al caer la tarde José de Arimatea y Nicodemus descendieron de la cruz el cuerpo de Jesús, lo embalsamaron con un perfume de mirra y aloe, lo envolvieron en un sudario perfumado de aromas, lo enterraron en un sepulcro nuevo y cerraron el sepulcro con una gran piedra.

* * *

El Calvario. — El Calvario es el gran altar del holocausto, del solemne sacrificio del Hombre Dios por redimirnos.

Visitando el Calvario, nos llamó la atención la abertura de una inmensa roca, acaecida en el terremoto, á la muerte de Jesús. Es una grieta profunda. Junto á ella está el hueco en que se sostuvo la cruz. Allí cerca hay una pequeña puerta por donde se desciende á una cueva bastante espaciosa debajo del Calvario. Está convertida en Capilla, y es llamada la *Capilla de Adán*. Una antigua tradición asegura que Noé al entrar en el arca, antes del diluvio, se llevó consigo los cráneos de Adán y Eva, para conservar estos venerandos

restos de los padres de toda la humanidad. Después de la catástrofe, los depositó en la mencionada gruta, por cuya razón los judíos á esta altura llaman Calvario, que quiere decir *Monte de las Calaveras.* ¡Qué tradición tan significativa! ¡La sangre que corrió para lavar los pecados del mundo debió así de empapar las cabezas de los primeros prevaricadores que nos legaron el pecado y la muerte! — *(Cuesta.)*

*
* *

Santo Sepulcro. — En el Calvario, en el mismo sitio en que nuestro Señor Jesucristo fué crucificado, se eleva la Iglesia del Santo Sepulcro, el templo más venerando y augusto de la tierra. Es inmenso y grandioso; pero de figura irregular y sin unidad de construcción (1). Santa Elena, que lo mandó fabricar, no tenía otro deseo sino el de encerrar en el mismo recinto la tumba de Jesucristo, la eminencia llamada Calvario, dónde fué elevada la cruz, y los lugares dónde fué encontrada, dónde los soldados echaron suertes sobre las vestiduras del Salvador, dónde le desnudaron y volvieron á ponerle la corona de espinas, dónde ungieron su sagrado cuerpo y dónde se apareció á Magdalena después de la resurrección. Dentro de esta iglesia, en el punto en que fué enterrado Jesús, hay un santuario, semejante á un majestuoso tabernáculo, coronado de una cúpula circular. Está dividido en dos partes, sirviendo una como de pórtico de la otra. La primera mide como tres metros cuadrados. Allí estaba la piedra sobre la cual, sentados dos ángeles, preguntaron á Magdalena : *Mujer ¿por qué lloras?* y anunciaron á las santas mujeres la resurrección de Jesucristo. La segunda es un poco más pequeña y sostiene el *Santo Sepulcro.*

(1) Mide seiscientos pasos de largo por setenta de ancho.

Una puerta, cubierta con una cortina de seda, de color rojo, establece la comunicación entre ambas.

Lámparas de oro y plata de extraordinaria riqueza arden noche y día en ese sagrado recinto ambalsamado de perfumes. Ricos tejidos de terciopolo cubren las paredes y sobre el altar de mármol blanco, en el sepulcro, un hermoso cuadro representa á Cristo vencedor de la muerte. Allí humildes se postran los peregrinos, y el silencio es sólo interrumpido por sublimes cánticos y por suspiros y sollozos comprimidos.

*
* *

Las reliquias de la Pasión. — Hé aquí una breve noticia de las más importantes reliquias de los instrumentos de la redención.

En San Juan de Letrán, la primera de las basílicas que tuvo Roma, y en la cual se han reunido cinco importantes concilios, se conserva la *mesa* que sirvió á Nuestro Señor Jesucristo en la última cena, al instituír la Santa Eucaristía. Muchas veces San Pedro celebró en ella los divinos misterios en las Catacumbas de Roma.

Cerca de esta majestuosa basílica se encuentra la *Escalera Santa,* compuesta de veintiocho gradas de mármol por donde, se sube de rodillas á la Capilla *Sancta Sanctorum*, antiguo santuario particular de los Sumos Pontífices, en su palacio de Letrán. La escalera está revestida de madera de nogal, y es la misma que en el palacio de Pilatos subió tres veces Nuestro Señor Jesucristo durante su pasión : la primera, en su interrogatorio; la segunda, al volver de casa de Herodes, y la tercera después de la flagelación. Fué trasportada á Roma por orden de Constantino.

También en Roma, en la iglesia de Santa Praxedes (hija del Senador Pudencio que dió hospitalidad á San

Pedro) en una hermosa capilla, llamada *Jardín del Paraíso*, se conserva un trozo de la columna, atado á la cual fué azotado el Salvador. Otro trozo se guarda en la iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalén.

La *corona de espinas*, el *manto de púrpura*, la *caña* y la *esponja* fueron depositados, el siglo XIII, en París, en la *Santa Capilla*, orgullo del arte, admirable por su elegancia y arquitectura, mandada construir con tal objeto por San Luis, Rey de Francia. La corona se encuentra ahora en la catedral de la misma ciudad.

En Florencia y en Babiera también se conservan algunos fragmentos de la caña.

La *cruz* ha sido dividida en muchos pedazos. Uno de los mayores, como también la inscripción *Inri* de la cruz, y un *clavo* de los que atravesaron los pies y manos del Redentor, se veneran en la iglesia *Santa Cruz de Jerusalén*, en Roma. Otros fragmentos importantes, recubiertos de oro y pedrería, se conservan en la *Iglesia de San Pedro* en Roma, en la iglesia de Veletri en Italia y en la Catedral de París.

En la iglesia colegiata de Aix la Chapelle se expone el lienzo que cubrió á Nuestro Señor en la Cruz; en Argenteuil, cerca de París, la *túnica*, hecha por la Santísima Virgen; en Treves, en Alemania, la toga santa de Nuestro Señor Jesucristo, y en San Juan de Seinegarde la venda que le cubrió los ojos, cuando los judíos que le abofeteaban, le decían: *Adivina quién te dió.*

La *lanza* que abrió el costado de Jesús y el *velo de la Verónica* que enjugó el rostro del Salvador se exhiben en *San Pedro*, en Roma.

El *Santo Sudario* se honra en Turín, y la sábana que envolvió el cuerpo de Nuestro Señor se venera en Besançon.

Un *clavo* de la cruz que, como salvaguardia en los

combates, usó Constantino en el freno de su caballo, lo posee la Catedral de Milán.

Santa Elena, durante una gran tempestad, que sufrió atravesando el Adriático, arrojó en el mar otro de los clavos, y el mar se calmó.

La *piedra* que cubrió el sepulcro del Salvador sirve de altar mayor en una capilla armenia, en Jerusalén. — (*C. Ozouf.* — *Guillois.* — *Cuesta.* — *Riraux.*)

*
* *

Descubrimiento de la verdadera cruz. — La Emperatriz Santa Elena, la piadosa madre de Constantino, animada de gran piedad se dirigió á Jerusalén.

Allí tuvo el ferviente deseo de hallar la cruz en que el Hijo de Dios murió por nosotros; pero ningún indicio designaba el paraje donde podía encontrarse. Los gentiles habían tratado de ocultar completamente el sitio en donde había sido sepultado el cuerpo del Salvador. No contentos con haber amontonado allí gran cantidad de piedras y escombros, habían edificado, en el mismo punto, un templo á Venus, le habían erigido una estatua y otra á Júpiter.

Elena, sin omitir medio alguno, consultó á cuantos podían darle noticias para conseguir su designio. Le respondieron que, si llegaba á descubrir el Sepulcro del Salvador, hallaría los instrumentos de la pasión; pues era costumbre entre los judíos enterrar el cadáver de los condenados á muerte con los objetos que habían servido para la ejecución.

La piadosa Emperatriz, siguiendo sus investigaciones, mandó demoler el templo y derribar las estatuas de Venus y Júpiter. Apartados los escombros, se hizo una gran escavación y se halló por fin el Santo Sepulcro. Había allí un verdadero tesoro : la inscripción, los clavos y demás instrumentos del divino sacrificio y tres

cruces. Mas no se sabía cómo distinguir la Cruz del Redentor, por estar la inscripción separada de aquélla. En esta dificultad se consultó á San Macario, Obispo de Jerusalén, á quien Dios inspiró el medio de resolverla. El Santo Obispo hizo llevar las tres cruces á la casa de una distinguida señora, conocida de todo el pueblo, y que, después de una larga enfermedad, estaba á la muerte. Se aplicaron separadamente las cruces sobre la enferma. La Emperatriz y una muchedumbre inmensa presenciaban el acto. Las dos primeras cruces tocaron á la enferma sin resultado alguno; pero al contacto de la tercera se sintió instantánea y radicalmente curada. Se renovó esta prueba con un muerto que resucitó en el acto. En presencia de estos hechos desapareció toda duda. Estaba ya comprobado de una manera pública é irrefutable cuál era el leño sagrado que se buscaba. — (*Rivaux*).

*
* *

Amor á la pasión. — Nuestro Señor se apareció un día á Santa Catalina de Siena y le dió á escoger entre dos coronas que le presentó, una de oro y otra de espinas. « Señor, dijo ella, quiero imitaros en vuestras pasión y encontrar mis delicias en las penas y sufrimientos. »

— A San Juan de la Cruz, después de sufrir en Sevilla grandes persecuciones y dolores, le preguntó el Señor qué premio deseaba por tantos trabajos. « Padecer y ser despreciadio por Vos », contestó él.

— Santa Gertrudis preguntó á Jesús, en una revelación, qué podría ofrecerle de más agradable, y él le respondió : « Hija mía, sufrir con paciencia todas las tribulaciones que se os presenten. »

— Jesús manifestó á Santa Teresa que el alma más agradable al Eterno Padre era la que más tenía que

sufrir. Con esto la Santa concibió tantos deseos de padecer que sin cesar repetía: « Señor, sufrir ó morir. »

— Santa María Magdalena de Pazzi, que sabía bien apreciar la virtud del sacrificio, exclamaba: « Sufrir, Señor, no morir. »

El P. Juan de Avila, decía: « Más vale un *Dios sea bendito* en la adversidad, que mil acciones de gracias en la prosperidad. »

*
* *

Virtud de la cruz. — Nuestro Señor reveló á Santa Gertrudis que cuantas veces una persona dirigiera una mirada afectuosa á un crucifijo, otras tantas se atraería sobre sí las miradas de la divina misericordia.

— Preguntó un día Santo Tomás á San Buenaventura dónde había bebido tan grande y precioso caudal de ciencia. « Hé ahí, exclamó San Buenaventura, mostrándole un Crucifijo, hé ahí el libro en que aprendo todo lo que escribo y que me enseña todo lo que sé. »

*
* *

Imagen de Jesús. — Un señor noble del Tirol se hallaba á la muerte. Los parientes y amigos le acompañaban. Se le ofrecía una amarga medicina y le alentaban á beberla, en nombre de la persona que más amara en la tierra. El enfermo dirigió su vista á una imagen suspendida frente á su cama : representaba á *Jesús en el Huerto de los Olivos.* « Por Vos, Señor, exclamó; por Vos la bebo, que tan amargo cáliz bebisteis por mí. »

*
* *

Valor que inspira la cruz. — Una piadosa joven quería entrar en la religión Carmelitana. La superiora le representó con negros colores las grandes austeridades del claustro. La soledad, la completa abnegación, las duras penitencias era lo que podía ofrecerle la comunidad. — Ella quedó silenciosa. — ¿No contestáis? le dijo

la superiora. — Madre mía, le respondió, una sola cosa deseo saber: ¿Hay crucifijos en el convento? ¿en las celdas, dónde tan mal se aloja y tan corto sueño, en duro lecho, se duerme? ¿en el refectorio, dónde la comida es tan pobre? ¿en la capilla, dónde tantas horas se pasan en oración? ¿en el capítulo, dónde tan ásperas son las correcciones? — Sí, hija, los hay en todas partes. — ¡Ah! madre mía, me basta; nada espero encontrar difícil teniendo á la vista la imagen de mi Salvador.

* * *

La cruz desarma. — Un poderoso Señor llamado Hildebrando recibió, de otro caballero, un grave ultraje. En su furor juró tomar ruidosa venganza. Llegó el día en que, según el mundo, esperaba lavar la afrenta con la propia sangre de su enemigo. Se dirigió al campo de la cita para el duelo. Para esperar la hora del combate entró en una capilla cercana y se puso á mirar los cuadros suspendidos en las murallas. Tres de ellos simbolizaban la pasión del Señor. En el primero, se representaba el *Ecce Homo* y abajo tenía una inscripción, que decía: *Él no volvía injuria por injuria*. En el segundo, se manifestaba *La Flagelación*, con este letrero: *Él no amenazaba cuando sufría*. En el tercero, se pintaba *La Crucifixión*, con esta divisa: *Padre mío, perdónalos porque no saben lo que hacen*. La vista de estos cuadros conmovió profundamente el corazón de Hildebrando. Se echó de rodillas y se puso en oración. Dios le calmó su ánimo y le cambió sus designios. Partiendo de allí, fué inmediatamente á reconciliarse con su enemigo.

* * *

Signo en que se reconoce la casa de un cristiano. — Un oficio, una profesión se reconocen, dice el P. Milleriat, por los instrumentos que usan los trabajadores.

Entráis en un taller; veis martillos, sierras y cepillos y decís: hé aquí una carpintería; veis barras de fierro ardientes al fogón y otras encendidas dónde se redoblan los golpes de martillo y decís: hé ahí una herrería. Es necesario que los cristianos también muestren su santa profesión, que se encuentre en su casa un objeto que les sea peculiar. Entro en una casa y me pregunto: ¿dónde estoy? Si veo un crucifijo, una sagrada imagen, un libro piadoso, me digo, aunque esté muy lejos de mi patria: « estoy bien acompañado, es la casa de un cristiano. »

— *¿Nuestro Señor Jesucristo salva con su muerte á todos los hombres?*

— *Nuestro Señor Jesucristo quiere salvar á todos los hombres: pero muchos hombres no quieren dejarse salvar.*

— *¿Y qué es preciso hacer para dejarse salvar por Jesus?*

— *Es preciso arrepentirse de los pecados y obedecerle.*

— *¿Cómo se llama el misterio de la pasión y muerte del Hijo de Dios por salvarnos?*

— *Se llama* Misterio de la Redención.

QUINTO ARTÍCULO DEL SÍMBOLO

Creo que descendió á los infiernos y al tercero día resucitó de entre los muertos

— *Mientras el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo estaba en el sepulcro, ¿su alma adónde fué?*

— *Unida á la divinidad, fué á la parte del infierno llamada* Seno de Abraham.

— *¿Para qué?*

— *Para llevar en su ascención al Cielo á todos los que estaban allí.*

— *¿Por qué no habían ido antes al Cielo?*

— *Porque por el pecado de Adán nadie podía entrar en el Cielo hasta después de la muerte de N. S. Jesucristo.*

— *¿Cuántos infiernos hay?*

— *Cuatro.*

— *¿Cuáles son?*

— El Infierno de los condenados, *para los que mueren en pecado mortal:* el Purgatorio, *para los que mueren en gracia, sin haber enteramente satisfecho la pena temporal por sus pecados;* el Limbo, *para los que mueren sin bautismo y sin haber merecido la condenación; y* el Seno de Abraham, *donde estaban los justos que morían antes de la Redención de N. S. Jesucristo.*

Día de gloria en el Seno de Abraham. — Cuatro mil años hacía que Abel, la primera víctima de la malicia

de los hombres, se encontraba en el SENO DE ABRAHAM. Fué allí el primer habitante. Después llegaron Adán y Eva á esperar se cumpliera la promesa hecha por Dios, al maldecir á la serpiente infernal, en el Paraíso. Más tarde, Noé y muchos otros con el patriarca Abraham, Isaac, Moisés, José, padre adoptivo de Jesús, y San Juan Bautista que lo anunció en el desierto. ¡Con qué reconocimiento, alegría y trasportes de júbilo no verían llegar al divino libertador!

— *¿Cuándo resucitó Nuestro Señor Jesucristo?*
— *El tercer día después de su muerte.*
— *¿Cómo se llama ese día?*
— *Pascua de Resurrección.*

La Resurrección. — Luego que murió Jesús, los príncipes de los sacerdotes y los fariseos se presentaron á Pilatos y le dijeron : « Señor, recordamos que aquel impostor dijo cuando todavía estaba en vida : *Resucitaré tres días después de mi muerte:* manda que el sepulcro, donde está su cuerpo, quede bien custodiado hasta el tercer día, no sea que los discípulos del Galileo vengan á robárselo y digan al pueblo : *Resucitó entre los muertos...* »

Pilatos les respondió : « Vosotros tenéis guardias; id, hacedlo guardar como sabéis. »

Ellos, pues, fueron, y para asegurar el sepulcro, sellaron la piedra que cerraba la entrada y pusieron guardias.

Jesús había muerto el día Viernes. El Lunes, al despuntar el alba, María Magdalena, María, Madre de Santiago, Salomé y otras mujeres compraron aromas para perfumar el cuerpo de Jesús y partieron al sepulcro. Cuando iban caminando se preguntaban entre sí : « ¿Quién

nos quitará la piedra que cierra la entrada del sepulcro?... » Cuando hé aquí que, de repente, se oyó un gran temblor de tierra : un ángel del Señor descendió del cielo, revolvió la piedra y apareció sentado sobre ella. Su rostro brillaba como relámpagos y sus vestidos eran blancos como la nieve. Los guardias se sobrecogieron de espanto y cayeron medio muertos al suelo.

Cuando llegaron las piadosas mujeres vieron que la enorme piedra había sido rodada y que el sepulcro estaba abierto. Y entrando en él, no hallaron el cuerpo del Señor. Inmediatamente María Magdalena, sin detenerse allí más tiempo, corrió á ver á Simón Pedro y á Juan y les dijo : « Han quitado al Señor del sepulcro, y no sabemos dónde lo han puesto. » — Pedro y Juan salieron al punto. Ambos corrían, pero Juan llegó primero al sepulcro, é inclinándose, vió los lienzos esparcidos en el suelo. Simón Pedro llegó después, entró en el sepulcro y solo vió los lienzos en tierra y el sudario que había sido puesto en la cabeza de Jesús. Luego también entró Juan ; vió que Jesús no estaba allí y creyó que lo habían llevado, como había dicho Magdalena; porque todavía no habían comprendido bien las Escrituras, las cuales anunciaban que el Cristo había de resucitar entre los muertos. — Los dos discípulos se volvieron á su casa sorprendidos de lo que había pasado.

*
* *

Aparición de Nuestro Señor á Magdalena. — Después que los discípulos se fueron, las piadosas mujeres permanecían allí inconsolables. María Magdalena, derramando lágrimas, se inclinó en el sepulcro y entonces vió dos ángeles, vestidos de blanco, sentados en el sitio donde había estado puesto el cuerpo de Jesús, el uno á la cabacera y el otro á los pies. — Y le dijeron : « Mu-

jer, ¿por qué lloras?» — Ella contestó: «Porque se han llevado de aquí á mi Señor y no sé dónde lo han puesto.» — Y cuando esto hubo dicho, se volvió á mirar atrás y vió á Jesús que estaba allí de pie detrás de ella; mas ella no sabía que fuese él.

Jesús le dice: «Mujer, ¿por qué lloras? ¿a quién buscas?» — María Magdalena, creyendo que era un hortelano, yendo a él, le contestó: «Señor, si tú lo has quitado de aquí, díme en dónde lo has puesto y yo lo sacaré.»

Jesús le dice: «¡María!»

Al punto, reconociéndolo ella, le dijo: «¡Maestro mío!» y al mismo tiempo se arrojó á sus pies para abrazarlos. Pero Jesús le respondió: «No me toques; todavía no ha llegado el momento de subir á mi Padre. Ve á buscar á mis hermanos, y díles de mi parte estas palabras: «*Subo á mi Padre que es también Vuestro Padre, á mi Dios que es también Vuestro Dios.*»

María fué á anunciar la nueva, pero ellos no creyeron.

*
* *

Aparición á las santas mujeres. — Mientras pasaba todo esto, las otras mujeres, llenas de espanto, estaban con los ojos bajos, fijos en tierra. Entonces el ángel que en figura de un joven resplandeciente, se hallaba sentado á la derecha del sepulcro, les dijo: «No os asustéis: ¿Buscáis á Jesús de Nazaret, el que fué crucificado? pero¿ por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, pues que como lo había dicho, ha resucitado. Acordaos de lo que os habló cuando estaba en Galilea. Es menester, decía, que el Hijo del Hombre sea entregado en manos de los pecadores, que sea crucificado y que resucite al tercer día.

Venid y ved: éste es el sitio donde lo pusieron. Apresuraos a ir á sus discípulos y á Pedro, y decidles que ha

resucitado entre los muertos. Os anuncio que va delante de vosotras á Galilea : y como os lo ha prometido, allí lo veréis. »

Ellas se acordaron entonces de las palabras de Jesús, y saliendo luego del sepulcro, sobrecogidas de temor y arrebatadas de alegría, echaron á correr con la velocidad que les fué posible, para llevar la noticia á los discípulos; y como iban temblorosas y agitadas no hablaron con nadie en su camino.

Y hé aquí que Jesús les salió al encuentro y les dijo : « Yo os saludo. »

Y ellas se llegaron á él, abrazáronle los pies y le adoraron.

Entonces les dijo Jesús : « No temáis : id y decid á mis hermanos que vayan á Galilea, que allí me verán. » Las piadosas mujeres, habiendo así vuelto del sepulcro, contaron todas estas cosas á los once apóstoles y a los demás discípulos. Y las que anunciaron todo esto eran María Magdalena, Juana, María, madre de Santiago y cuantas estaban con ellas. Pero á los apóstoles pareció todo esto un desvarío y no les creyeron.

* * *

Mentira de los guardias. — A la hora misma en que aquellas mujeres habían ido á anunciar la resurrección á los apóstoles, algunos de los guardias vinieron á la ciudad y refirieron á los príncipes de los sacerdotes todo lo que había pasado. Se reunieron éstos en consejo con los senadores, y habiendo deliberado juntos, dieron una gran suma de dinero á los soldados, diciéndoles : « Publicad que los discípulos de Jesús vinieron durante la noche y robaron el cuerpo mientras estabais dormidos. Y si esto llegare a saberlo el Gobernador 'nosotros lo aplacaremos y os pondremos á cubierto de todo castigo. »

Ellos, tomando el dinero, cumplieron lo que se les había mandado. Y este rumor que divulgaron entonces, dura todavía entre los judíos.

* *
* *

Aparición á los once apóstoles. — El Señor se había mostrado á San Pedro, á Santiago, á otros dos discípulos que iban a Emaús y por último á los apóstoles reunidos, mientras comían.

Hé aquí cómo tuvo lugar este acontecimiento : Era la tarde de aquel mismo día, lúnes de pascua. Los apóstoles estaban á la mesa con algunos discípulos y conversaban juntos sobre todo lo que acababa de pasar, cuando, sin que se abrieran las puertas de la sala, que las tenían cerradas por temor á los judíos, Jesús se apareció en medio de ellos y les dijo : « La paz sea con vosotros; yo soy, no temáis. » En seguida les reprendió su incredulidad y la dureza de sus corazones que les había impedido dar fe á los que le habían visto resucitado. Pero ellos conturbados y llenos de espanto, pensaban que veían un fantasma ó un espíritu.

Jesús les dijo : « ¿Por qué estáis turbados y de qué proceden esos pensamientos que se levantan en vuestros corazones? Ved mis manos y mis pies. Soy yo mismo. Palpadme y considerad que un fantasma no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo. » Y dicho esto les mostró sus manos, sus pies y su costado.

Entonces los discípulos, viendo al Señor, sintieron muy grande alegría. Y sin embargo como todavía les quedaba alguna duda — tan asombrados y gozosos estaban — Jesús les preguntó : « ¿Tenéis aquí algo que comer?» Y ellos le presentaron parte de un pez asado y un panal de miel. Y habiendo comido delante de ellos, tomó las sobras y se las dió. Y les dijo por segunda vez : « La paz sea con vosotros. Como mi Padre me en-

vió, así yo también os envío. » Y dichas estas palabras sopló sobre ellos, y añadió : « Recibid al Espíritu Santo. A los que perdonareis los pecados, perdonados les serán, y á los que se los retuviereis, les serán retenidos. »

*
* *

Nueva aparición á los mismos y á Tomás. — Tómas, uno de los apóstoles, no estaba con ellos cuando Jesús se les apareció. Los otros discípulos le dijeron : « Hemos visto al Señor. » El les contestó : « Si no viere en sus manos las hendiduras de los clavos, y metiere mi dedo en el agujero de los clavos, y mi mano en la herida de su costado, no lo creeré. »

Ocho días después se hallaban los discípulos reunidos en el mismo lugar, y Tomás con ellos, cerradas las puertas. Y apareciéndose Jesús allí, les dijo : « La paz sea con vosotros. »

Después dijo á Tomás : « Mete aquí tu dedo, y mira mis manos; y dá acá tu mano, métela en mi costado y no seas incrédulo sino fiel. »

Tomás exclamó : « ¡Señor mío, y Dios mío! »

Jesús le dijo : « Porque me has visto, Tomás, has creído : Bienaventurados los que creyeron sin haber visto. »

Otros muchos milagros que no están escritos hizo también Jesús en presencia de sus discípulos. Y se apareció todavía otras veces á ellos.

*
* *

La Montaña de Galilea. — Los once discípulos habían ido á Galilea y hallándose en la montaña donde Jesús les había indicado que se reunieran, se les mostró de nuevo, y al verle le adoraron.

Jesús les dijo : « Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra. Id, pues, y enseñad á todas las naciónes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del

Hijo y del Espíritu Santo y enseñándolas á observar todas las cosas que yo os he mandado. Id por todo el mundo. Predicad el Evangelio á toda criatura. El que creyere y fuere bautizado se salvará : el que no creyere se condenará.

Y yo mismo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos. »

Por último, un día en que sus discípulos, de vuelta en Jerusalén, comían con él, Jesús les mandó que no saliesen de la ciudad sino que esperasen allí la venida del Espíritu Santo.

SEXTO ARTÍCULO DEL SÍMBOLO

Creo que subió á los cielos y está sentado á la diestra de Dios Padre todopoderoso.

— Nuestro Señor Jesucristo ¿se apareció á sus discípulos después de su muerte?

— Sí, se apareció muchas veces durante cuarenta días.

— ¿Qué hizo en el cuadragésimo día?

— Subió visiblemente al Cielo en donde está sentado á la diestra de Dios Padre.

Ascension de Cristo al cielo. — El día cuarenta después de su resurrección, Jesús, acompañado de sus apóstoles y de su Santísima Madre, se dirigió al monte de los Olivos. Llegando á la cima y hallándose reunidos más de quinientos discípulos, levantó las manos al cielo, dió a todos su bendición y comenzó á elevarse en los aires.

Subía sosegada y majestuosamente como para darles tiempo de disfrutar de tan glorioso triunfo.

Insensiblemente se fué alejando y mientras que ellos le seguían con la vista y le bendecían, una luminosa nube poniéndose bajo de los divinos pies lo ocultó á las miradas de todos. — La Virgen María, los apostóles y discípulos continuaban con los ojos clavados en el cielo, cuando de súbito aparecen dos ángeles y les dicen : « Hombres de Galilea, ¿por qué estáis aquí de

pie mirando al cielo? Este Jesús, que al separarse de vosotros se ha elevado al cielo, volverá un día (al fin del mundo) de la misma suerte que le habéis visto subir. »

Con esto descendieron del monte y se volvieron á Jerusalén colmados de gozo, y pasaban los días enteros en el templo alabando y bendiciendo á Dios y esperando la venida del Espíritu Santo.

*
* *

Huellas de los pies del Salvador. — Entre las ruinas de un antiguo templo, en el sitio donde Nuestro Señor subió al cielo, se elevan las viejas paredes de una pobre mezquita (templo mahometano). En el centro y sobre la roca desnuda del monte hemos visto — en 1876 — perfectamente impresa la huella del pie izquierdo del Salvador, quien al subir á los cielos estampó allí sus plantas. Los mahometanos cortaron la mitad de la piedra, en que estaba grabado el pie derecho, para colocarla en la mezquita de Omar en Jerusalén. Por la dirección de este vestigio se infiere que Jesús subió al cielo vuelto hacia el Norte.

— *¿Qué quiere decir, está sentado á la derecha de Dios Padre?*

— *Quiere decir que Jesucristo, que es Dios como el Padre, es el primero en el cielo, antes de la Santísima Virgen y de todos los ángeles y santos.*

— *Nuestro Señor Jesucristo ¿dejó para siempre la tierra?*

— *No, Nuestro Señor Jesucristo subió al cielo y quedó también en la tierra.*

— *¿Donde está en la tierra?*

— *En el Santísimo Sacramento del Altar.*

Jesús nos alienta. — El año 1144 el Condado de Bra-

bante reconocía por duque á Godofredo III, príncipe heredero que apenas si tenía un año de vida. — Esta circunstancia alentó las pretensiones de Bertuciano, enemigo del Brabante. Los habitantes de Lovaina, especialmente comprometidos en esta guerra, pensaron ante todo en colocar al nuevo príncipe, tierno niño como era, sobre el trono de su padre é hicieron que allí en su presencia todo el pueblo le jurase fidelidad Después de esto se prepararon al combate. Alistadas las armas, eligieron por jefe al mismo niño. — Un benemérito ciudadano sugirió la idea de hacerlo llevar al campo de batalla, á fin de que con su vista se esforzaran los combatientes, y dentro de una cuna fué colocado en las ramas de un elevado sauce. — La vista de esta cuna, el pensamiento en el ilustre niño y en el juramento empeñado, alentaban los corazones. Si los soldados desfallecían, los gemidos del pequeño duque les retemplaban el coraje. — Nadie pensó en la fuga. — Esa cuna suspendida producía mayor efecto que las arengas de un Napoleón. Por fin, los Bertucianos fueron completamente derrotodos y el Brabante cantó victoria y desfiló las armas triunfantes con la cuna del niño.

Mirad en el sagrario del altar la santa cuna del Divino Niño, jefe de nuestra milicia. Todo hombre viene á la tierra á pelear, y el que rehusa el combate no quiere la gloria. Nuestros enemigos son : el mundo, el demonio y la carne. Nadie retroceda ni desfallezca. Nuestro príncipe con facciones de niño derriba á gigantes; llora en el pesebre, pero truena en los cielos; duerme en los brazos de María, pero vela por todos nosotros. — *(Lefort. — Cat. en exemples.)*

SÉPTIMO ARTÍCULO DEL SÍMBOLO

Creo que desde allí ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos.

Nuestro Señor Jesucristo ¿vendrá otra vez visiblemente á la tierra?

— *Sí, al fin del mundo.*

— *¿A qué ha de venir?*

— *A tomarnos cuentas á todos.*

— *¿Cómo se llama ese día?*

— *Día del juicio universal.*

— *¿Cuándo será?*

— *Nadie lo sabe, porque Dios no ha querido revelarlo.*

— *¿No juzga Dios á cada uno después que se muere?*

— *Sí, y ese juicio se llama juicio particular.*

Fin del mundo. — Al fin de los tiempos habrá gran perturbación en el universo. Se levantarán gentes contra gentes y reinos contra reinos. Sucederán espantosos terremotos por todas partes. Hambres, pestes y guerras desolarán el universo. Bramarán los mares de un modo horroroso y sus embravecidas olas querrán tragarse el mundo. Aparecerán terribles señales en el cielo. Se oscurecerán el sol, la luna y las estrellas. Se conmoverá todo el orbe y se estremecerá como edificio desquiciado. Tras de todo vendrá un diluvio de fuego que lo

envolverá en llamas. Los pueblos y los reinos, los hombres y los animales, todo será abrasado, consumido y reducido á pavesas. — (*Mazo.*)

* * *

Día del juicio. — Al sonido de una trompeta que tocará un ángel, resucitarán todos los muertos. El Omnipotente, que con una palabra sacó todas las cosas de la nada, hará que nuestros cuerpos vuelvan á formarse del polvo á que fueron reducidos, y nuestras almas, bajando unas del cielo, viniendo otras del purgatorio y del limbo, subiendo otras del infierno se unirán á los cuerpos que tenían.

Jesucristo descenderá visiblemente del cielo con gran gloria y majestad, rodeado de ángeles y santos, y fijando su trono sobre todos los hombres del mundo principiará el juicio. Se abrirán los libros, esto es, las conciencias de todos. Los buenos estarán á lo mano derecha y los malos á la izquierda del Soberano Juez.

* * *

Sentencia de gloria. — Jesús dirá entonces á los que están á su derecha : Venid, benditos de mi Padre, á tomar posesión del reino que os está preparado desde el principio del mundo. Porque yo tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era peregrino y me hospedasteis; estando desnudo me vestisteis; enfermo me visitasteis; encarcelado, me vinisteis á ver.

A lo cual responderán los justos, diciendo : ¿Cuándo, Señor, te vimos nosotros hambriento, y te dimos de comer? ¿sediento y te dimos de beber? ¿cuándo te hallamos peregrino y te hospedamos? ¿desnudo y te vestimos? ó ¿cuando te vimos enfermo, ó en la cárcel, y fuimos á visitarte?

Y Jesús les declarará : En verdad os digo, que cuanto

hicisteis por alguno de estos mis más pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis.

*
* *

Sentencia de condenación. — Al mismo tiempo volviéndose á los malos, con semblante airado les dirá: Apartaos de mí, malditos; id al fuego eterno que fué destinado para el diablo y sus ángeles; porque tuve hambre y no me disteis de comer; tuve sed y no me disteis de beber; era peregrino y no me recogisteis; estuve desnudo y no me vestisteis, enfermo y encarcelado y no me visitasteis.

A lo que tambien responderán los malos: ¡Señor! ¿cuándo te vimos hambriento, ó sediento, ó peregrino, ó desnudo, ó enfermo, ó encarcelado y dejamos de asistirte?

Jesús replicará: En verdad os digo, siempre que dejasteis de hacerlo con alguno de los míos, dejasteis de hacerlo conmigo. É irán al eterno suplicio, y los justos á la vida eterna. — *(S. Mateo,* c. xxv.*)*

*
* *

Revelaciones del juicio. — En el desierto, cerca de las riberas del Nilo, vivía un solitario al que una persona muy piadosa acostumbraba visitar. No lejos había una ciudad donde se encontraba un rico opulento y de relajadas costumbres. El rico murió. Todos los habitantes del pueblo acompañaron al cementerio su cadáver. El piadoso bienhechor del solitario pasaba por allí. Iba con algunos panes al desierto para darlos al buen anacoreta. Llegó á la pobre cabaña de éste y no le encontró. En vano le buscó muchos días. Una bestia feroz le había devorado. Lleno de espanto y angustia se postró en tierra y dijo al Señor: ¡Cómo permitís, Señor, que un impío tenga pomposos funerales y tenga tan triste fin uno de vuestros santos servidores! Un

ángel apareciόle á la sazón y le dijo : « Espera el día del juicio y reconocerás entonces la justicia y sabiduría de Dios. » Ese impío había hecho pequeñas buenas obras y por ellas ha sido recompensado en la tierra; pero su impiedad será severamente castigada por toda la eternidad. El solitario que enriquecido de virtudes había contraído una ligera deuda la ha pagado con su muerte imprevista; pero Dios recompensará sus méritos en el cielo. — *(Lefort.)*

OCTAVO ARTÍCULO DEL SÍMBOLO

Creo en el Espíritu Santo.

— *¿Quién es el Espíritu Santo?*
— *Es la tercera persona de la Santísima Trinidad.*
— *¿El Espíritu Santo es Dios?*
— *Sí, el Espíritu Santo es Dios como el Padre y el Hijo.*
— *¿Ha descendido alguna vez visiblemente á la tierra?*
— *Sí, en figura de una paloma, en el bautismo de Nuestro Señor Jesucristo: en figura de una nube, en la transfiguración de Jesús sobre el monte Tabor: y en figura de lenguas de fuego, el día de Pentecostés, diez días después de la ascensión.*

Venida del Espíritu Santo. — Los apóstoles, conforme á la promesa de Nuestro Señor, esperaban en Jerusalén la venida del Espíritu Santo. Un día domingo, á eso de las nueve de la mañana, estaban reunidos en el Cenáculo, cuando, de repente, sobrevino del cielo un ruido, como de viento impetuoso que soplaba, y llenó toda la casa. Al mismo tiempo vieron aparecer unas como lenguas de fuego, que se repartieron y se asentaron sobre la cabeza de cada uno de ellos.

Entonces fueron llenados todos del Espíritu Santo, y comenzaron á hablar en diversas lenguas las palabras que el Espíritu Santo ponía en su boca.

Había en aquel tiempo en Jerusalén judíos piadosos

y temerosos de Dios, habitantes de diversas naciones del mundo. Divulgado, pues, este suceso, acudió una gran multitud, y quedaron asombrados al ver que cada uno, en su propia lengua, oía hablar á los apóstoles, las maravillas de Dios.

*
* *

Simón el Mago. — Vivía en Samaria un hereje célebre por sus diabólicos prestigios. Se llamaba *Simón el Mago*, pero á causa de ellos le decían *Virtud de Dios*. Un día conmovido con los milagros y predicaciones de San Felipe pidió y recibió el bautismo. Poco después llegaron allí los apóstoles San Pedro y San Juan para dar la confirmación á los Samaritanos, y al imponérseles las manos vió *Simón* con grande asombro que el Espíritu Santo descendía visiblemente sobre los fieles y se manifestaba de una manera sensible por el don de lenguas y por otros milagros. Este maravilloso espectáculo excitó su envidia y ofreció dinero á los apóstoles para conseguir el poder de hacer iguales prodigios. San Pedro, lleno de santa indignación, le dijo: « ¡Qué tus bienes perezcan contigo, pues que crees que se compra con dinero el don de Dios! » y le exhortó á hacer penitencia. — *Simón,* en lugar de aprovechar esta reconvención y lejos de hacer penitencia se entregó de nuevo á la magia y se hizo enemigo de los apóstoles.

Este *hijo predilecto de Satanás* se fué á Roma, sedujo á muchos con sus encantos y alcanzó gran reputación.

Declaró que él era Dios y los impíos le elevaron una estatua con esta inscripción: « *A Simón Dios Santo.* »

El emperador Nerón era su protector. Lo que más admiraba en su magia era verlo volar en los aires.

Un día *Simón* prometió al Emperador que no sólo se elevaría en los aires sino que penetraría en los cielos. Pretendía imitar la ascensión de Jesucristo.

San Pedro y San Pablo estaban en Roma. Exhortaron á los fieles á hacer oración y ordenaron ayunar el sábado. El domingo debía tener lugar el espectáculo. Un pueblo inmenso estaba reunido. Llegó el Emperador, llegó Simón, y en efecto principiaba éste á subir en los aires. Los apóstoles, de rodillas, invocaban á Jesús para que encadenara el poder del demonio. La oración de los santos fué como una flecha que hirió á Simón en el espacio. El mago cayó al suelo y se quebró las piernas. Con su sangre quedó salpicado Nerón. Le llevaron á una casa vecina; pero arrebatado por su despecho se arrojó desde lo alto y murió.

* * *

San Gregorio el Grande. — Este ilustre pontífice y doctor de la Iglesia mereció por sus heroicas virtudes y trabajos ser llamado el Grande. No obstante, en su profunda humildad, fué el primero que acostumbró llamarse en sus cartas, *servidor de los servidores de Dios*. Hijo de un esclarecido senador heredó ingentes riquezas; pero de todas se desprendió por hacer buenas obras.

Cada día invitaba á la mesa á doce pobres.

« Un día se le aparecieron á ella su ángel de guarda y Nuestro Señor Jesucristo en traje de peregrinos. — Escribió numerosas y admirables obras.

San Pedro Damiano atestigua haberse visto muchas veces que cuando San Gregorio dictaba sus escritos una paloma (símbolo del Espíritu Santo) se le posaba sobre la cabeza. » — (*Breviario Romano*).

* * *

Quienes reciben al Espíritu Santo. — Así como las imágenes no pueden ser recibidas ni vistas en un espejo empañado, dice San Basilio, así también el hombre es incapaz de recibir la luz del Espíritu Santo, si no rechaza el pecado.

Bellos pensamientos del Cura de Ars. — « Enviándo Dios al Espíritu Santo, ha hecho respecto á nosotros, lo que un gran rey que encargase á su primer ministro que guiase á uno de sus súbditos, diciéndole: — Acompañad á ese hombre adonde quiera que vaya, en la inteligencia de que me lo habéis de devolver sano y salvo. — ¡Qué fortuna tan grande ser conducido por el Espíritu Santo!... Y, sin embargo, hay quienes no quieren seguirle!...

El Espíritu Santo nos conduce de la mano, como una madre al hijo de dos años, como una persona de buena vista, conduce á un ciego.

El Espíritu Santo reposa en las almas puras, como la paloma en su nido. Alienta y protege los buenos deseos del alma pura, como la paloma alienta y protege á sus pequeñuelos.

Para el hombre que se deja conducir por el Espíritu Santo parece que no hay mundo; para el mundo parece que no hay Dios...

Hay quienes encuentran que la Religión es enojosa; ¿sabéis por qué? Porque no tienen al Espíritu Santo. — (*Monnin. — Vida del Cura de Ars.*)

*
* *

Quienes resisten al Espíritu Santo. — Dice el historiador Suetonio que el cuerpo del padre del emperador Calígula, según antigua costumbre de los paganos, fué arrojado en una hoguera. Reducido el cadáver á cenizas se observó que el corazón había quedado entero y que las llamas no podían penetrarlo.

Se llamó á los médicos para que estudiaran aquel fenómeno, y ellos descubrieron que tenía cierta dosis de veneno que neutralizaba la acción del fuego. Luego que hubieron extraído aquel veneno, el corazón fué consumido al calor del fuego. Las llamas eran, pues, bas-

tante activas; pero la resistencia dependía del estado del corazón. Desgraciados nosotros si el fuego del Espíritu Santo y las llamas de su amor no penetran en nuestro corazón; porque sólo el veneno del pecado puede paralizar y destruír aquella poderosa y divina influencia. — (*Lefort.*)

*
* *

Dones y frutos del Espíritu Santo. — Hé aquí los siete dones del Espíritu Santo:

El 1°. *Don de sabiduría* — hace que contemplemos las cosas divinas y eternas...

El 2°. *Don de entendimiento* — hace que comprendamos las cosas difíciles y oscuras, y sobre todo las que se hallan en la Santa Escritura...

El 3°. *Don de consejo* — dirige nuestros pasos y nuestras acciones...

El 4°. *Don de fortaleza* — nos hace vencer todos los obstáculos que se oponen á nuestra salvación, y hasta la muerte...

El 5°. *Don de ciencia* — nos hace conocer lo que conduce á la salvación, y el modo de emplear bien los medios que para esto se nos conceden...

El 6°. *Don de piedad* — hace que respetemos y amemos á Dios y al prójimo...

El 7°. *Don de temor de Dios* — encierra en sí todos los demás dones; este temor nos preserva del pecado, y nos hace practicar la virtud.

Los frutos del Espíritu Santo son: caridad, gozo espiritual, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia y castidad.

¡Qué inefables beneficios nos atraemos por medio de la oración al Espíritu Santo!

Tal oración es como un rocío embalsamado; pero

para percibir su perfume es necesario dirigirse á Él con el corazón puro. — Acostumbrémonos á decir, como San Agustín: *Divino Espíritu, inspiradme siempre acciones santas, á fin de que sólo en ellas me ocupe; alentadme á hacerlas; persuadidme á que os ame; confirmadme para que os posea, y guardadme para que jamás pueda perderos.*

« ¿Por qué, á pesar de ser el hombre tan terrestre y animal, los santos viven tan despegados de la tierra? Porque se dejan conducir por el Espíritu Santo, con cuya luz y fuerza se transforman; así como los anteojos amplifican y ayudan á ver á gran distancia los objetos, así ven, en extraordinarias dimensiones, la diferencia entre lo verdadero y lo falso, entre el bien y el mal y su mirada penetra hasta el fondo de la eternidad; siéntense atraídos al cielo, como el desterrado que suspira por la patria. Sin la ayuda del Espíritu Santo los mártires mismos habrían caído como las hojas de los árboles. »

NOVENO ARTÍCULO DEL SÍMBOLO

Creo en la santa Iglesia católica y en la comunión de los Santos.

— *¿Qué quiere decir Iglesia?*

— *Iglesia quiere decir* Sociedad.

— *¿Quién estableció la Iglesia?*

— *Nuestro Señor Jesucristo.*

— *¿Por qué la Iglesia se llama* Católica?

— *Porque* Católica *quiere decir* Universal *y la Iglesia de Jesucristo es para todo el universo.*

— *¿Quiénes enseñaron primero la doctrina de la Iglesia?*

— *Los apóstoles, y por eso se dice que la Iglesia es* Apostólica.

— *¿Quién es el Jefe de la Iglesia?*

— *El Papa, que es el Obispo de Roma, por lo que á la Iglesia se le llama también* Romana.

— *¿Quiénes eran los apóstoles?*

— *Eran doce pescadores que eligió Nuestro Señor Jesucristo para que predicaran por todo el mundo la divina doctrina y administraran los sacramentos.*

— *¿A quién Nuestro Señor Jesucristo nombró jefe de los apóstoles?*

— *A San Pedro.*

— *¿Cómo se llamaba á los hombres que los apóstoles convertían y bautizaban?*

— *Se les llamaba cristianos.*

Nave de la Iglesia. — La Iglesia es como una nave. Ha sido construída por Nuestro Señor Jesucristo mismo, quien designó por pilotos á los apóstoles y por jefe á San Pedro. Los fieles son los soldados, los sacramentos sus armas; las virtudes sus flechas; la cruz su insignia. El viento favorable que la lleva al puerto es el Espíritu Santo. — *(Besse.)*

*
* *

Iglesia Católica. — Dios es su fundador; el Hijo de Dios su salvador; el Espíritu Santo su santificador.

La Santísima Virgen es la reina; los ángeles los protectores; los santos los intercesores.

Los patriarcas son sus figuras; los profetas sus oráculos; los apóstoles su fundamento.

Los mártires son los testigos; los doctores la luz.

Los confesores la fortifican; las órdenes religiosas la sostienen; las vírgenes son su ornamnato, y los fieles sus hijos.

El bautismo es la cuna; la confirmación la fuerza; la Santa Eucaristía el alimento; la penitencia y la extremaunción los remedios; el orden la jurisdicción, y el matrimonio el plantel.

El cuerpo adorable de Nuestro Señor Jesucristo es el tesoro.

La infalibilidad su signo distintivo; el Evangelio su fiador; la unidad el centro; la universalidad el sello; las Santas Escrituras su demostración; la tradición la estabilidad.

Los concilios son su dignidad.

Su guía es la verdad.

Su espíritu la dulzura.

Su arma la oración y su triunfo la paciencia.

La fe es la puerta; la esperanza el camino; la caridad el fin.

La gracia de Dios es la riqueza; la castidad la flor; la justicia su esplendor; la prudencia su ojo; la fortaleza su brazo; la templanza su cuerpo...

Jesucristo es su esposo y su honor.

Sus luchas en la tierra; sus sufrimientos en el Purgatorio; su triunfo en el Cielo.

El día del juicio será el de su coronación. — *(Hohenauer.)*

— *¿Cómo se prueba la divinidad de la Iglesia Católica?*
— *Por los milagros.*

Los apóstoles librados de la cárcel. — Al ruido de los milagros que hacían los apóstoles acudían á Jerusalen de todas las ciudades inmediatas llevando á los enfermos. La sombra de San Pedro bastaba á curarlos. Los judíos se inquietaron al ver los progresos del Evangelio. Se reunió la Sinagoga y el príncipe de los sacerdotes mandó encerrar á los apóstoles en una cárcel; pero un ángel se les apareció y les puso en libertad. Como volviesen con más valor á predicar la palabra de Dios, los prendieron nuevamente y los llevaron al Consejo de la nación. — Os hemos prohibido, les dijo el Sumo Pontífice, que enseñéis en nombre de ese hombre, y llenéis á Jerusalén con su doctrina. — Sin intimidarse, Pedro y Juan respondieron: « *Non possumus:* no podemos callar lo que hemos visto y oído. Es menester obedecer á Dios antes que á los hombres. » Esta digna respuesta irritó á los inicuos jueces; pero un miembro del Consejo, llamado Gamaliel, dijo sabiamente á sus colegas: « Cesad de inquietar á estas gentes; si su proyecto es obra de los hombres perecerá, y si es obra de Dios en vano tratareis de contener sus progresos. » Se adoptó el consejo de Gamaliel; y ved, dice San Juan Crisóstomo,

el mayor de los milagros, un mundo entero que corre atraído por doce hombres pobres é ignorantes. La Iglesia es la *obra de Dios.*

*
* *

Curación de Eneas el paralítico. — Visitando San Pedro á los cristianos de diversas comarcas llegó á Lidia, donde había un paralítico llamado Eneas, que hacía ocho años que no podía moverse de la cama. San Pedro lo supo, fué á verlo y le dijo : « Eneas, el Señor Jesucristo te sana : levántate. » Y al instante mismo el enfermo se levantó. Todos los moradores de la campaña de Sarón vieron al paralítico que había sanado y se convirtieron al Señor. — (*Actas de los Apóstoles.*)

*
* *

Resurrección de Tabita. — Había en Jope una viuda cristiana, llamada Tabita, que hacía muchas limosnas y buenas obras. Sucedió que habiendo caído enferma, murió y colocaron el cadáver en una sala que estaba en la parte superior de la casa. San Pedro estaba entonces en Lidia, cerca de Jope. Sabiéndolo sus discípulos le enviaron dos emisarios para rogarle que fuese á verlos. Vino San Pedro, y luego que llegó á Jope fué á casa de Tabita. Allí le cercaron todas las viudas y llorando le mostraban las túnicas que ella les hacía. Pedro les mandó salir, se puso de rodillas, hizo oración y volviéndose hacia el cadáver, dijo : « Tabita, levántate. » Y ella abrió los ojos, y viendo á Pedro se sentó. El apóstol le dió entonces la mano, la levantó, llamó en seguida á los santos varones y á las viudas y se la entregó viva. Este milagro se publicó por toda la ciudad y muchos creyeron en el Señor. — (*Actas de los apóstoles.*)

*
* *

Conversión de San Pablo. — Herodes Agripa, rey de los judíos, y el gran sacerdote de los mismos no perdían

ocasión alguna de perseguir á los apóstoles y á los que creían en la palabra de éstos.

Instrumento fiel del odio à los cristianos, un joven de Tarso, llamado Saulo, había cuidado los vestidos de los que apedrearon al primer mártir de la Iglesia, San Esteban, y había obtenido amplios poderes para perseguir á los discípulos de Jesucristo. En Jerusalén penetraba en todas las casas que le parecían sospechosas de cristianismo, hacía prender á los hombres y á las mujeres que confesaban á Jesucristo, les hacía cruelmente atormentar y dictaba contra ellos órdenes de muerte cuya ejecución se esforzaba en apresurar.

Un día que se encontraba completamente ocupado en sus proyectos contra los discípulos de Jesús crucificado, recibió la noticia de que en Damasco un buen número de israelitas se había hecho cristiano. Fué inmediatamente al gran sacerdote y le pidió cartas y poderes para las Sinagogas de aquella ciudad, á fin de que se le dejase en libertad de mandar prender á esos cristianos y conducirlos maniatados á Jerusalén. Acogida su proposición, partió para Dámasco acompañado de algunos oficiales puestos á sus órdenes.

Como el tigre sediento de sangre que corre á un aprisco, así precipitaba Saulo su marcha, respirando ira y matanza, cuando se sintió súbitamente detenido en mitad del camino.

«A mediodía, dice él mismo, refiriendo al rey Agripa su conversión, quedé deslumbrado por una luz que descendida del cielo me rodeó enteramente, lo mismo que á la tropa que iba conmigo. Heridos como de un rayo, caímos todos de espaldas. Al mismo tiempo oí una voz que me dijo :

— Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?

— Quién sois, Señor? respondí.

— Yo soy Jesús de Nazaret á quién tú persigues. No te obstines por más tiempo...

Confuso y tembloroso, no tuve fuerzas más que para decir estas palabras:

— Señor, ¿qué queréis que haga?

— Levántate, me dijo el Señor, entra en Damasco, y allí se te dirá lo que te conviene hacer.

Me levanté, pero me había quedado ciego. Los que me acompañaban me condujeron de la mano hasta Damasco, donde permanecí tres días sin beber ni comer.»

Había entonces en Damasco un discípulo de Jesús llamado Ananías. Apareciósele el Señor y le dijo:

— Vé á la calle, que se llama Calle Derecha, y busca en casa de Judas á un hombre de Tarso llamado Saulo.

— Señor, respondió Ananías, he oído hablar de los males que ese hombre ha causado á vuestros santos en Jerusalén; y sé que ha venido á Damasco para prender á todos los que invocan vuestro nombre.

— Vé, Ananías, replicó el Señor, y no temas; yo he hecho de Saulo un vaso de elección que destino para llevar mi nombre delante de los gentiles, de los reyes y de los hijos de Israel.

Convencido Ananías, obedeció al punto. Y habiendo entrado en la casa indicada, puso sus manos sobre los ojos de Saulo, y le dijo:

— Saulo, hermano mío, el Señor Jesús, que se te apareció en tu camino me ha enviado á tí á fin de que recobres la vista y recibas al Espíritu Santo.

Hablaba aún Ananías cuando cayeron de los ojos de Saulo unas como escamas, y recobró la vista, y recibió el bautismo y fué en adelante uno de los más intrépidos apóstoles de Jesucristo. — (Segur, *Veladas Religiosas.*)

*
* *

Prisión Mamertina. — En 1875 visité en Roma una

prisión negra, húmeda, horrible. Son dos calabozos que todavía causan espanto, después de haber sido durante doce siglos, regados con lágrimas y sangre; traen su origen de los reyes Anco Marcio y Servio Tulio y llevan el nombre de prisión Mamertina y Tuliana. Se sube á ella por una escalera llamada *Gemoniana* (de los gemidos). Por una abertura circular, en la bóveda, eran sumidos allí los que habían de ser decapitados y arrojados al Tíber. En ella sucumbieron Jugurta, rey de Numidia, al tormento del hambre, Léntulo, Cetego y los cómplices de Catilina, Simón, jefe de los judíos, y otros mil. En aquella cárcel, por orden de Nerón, sufrieron dura cautividad, durante nueve meses, San Pedro y San Pablo que pasaron después al martirio. En aquellos subterráneos, semejantes á sepulcros, hay una fuente de agua cristalina. San Pedro la hizo brotar milagrosamente para bautizar á cuarenta y cinco soldados y á los carceleros Proceso y Martiniano después de convertirlos. Todos, á su turno, recibieron la palma del martirio. Condenado San Pedro á morir crucificado, pidió, por humildad, le colocaran con el cuerpo invertido. El mismo día cortáronle á San Pablo la cabeza. Ésta dió tres saltos al caer en tierra, y luego, respectivamente, brotaron tres fuentes que todavía se conservan. Las reliquias de ambos apóstoles se guardan preciosamente en la gran basílica de San Pedro construida por Constantino.

* * *

La legión fulminante. — En el año 174, bajo el imperio de Marco Aurelio, las ciudades y los campos estaban poblados de cristianos. Aun en los ejércitos no era reducido su número. Dios se servía de soldados romanos como de misioneros para extender la verdadera religión en comarcas apartadas, donde debían acampar,

y de tiempo en tiempo hacía milagros en favor de la fe.

Hé aquí uno de los más sorprendentes : El Emperador hacía la guerra á los sármatas y á otros pueblos de Germania. El ejército romano se internó en las áridas montañas de Bohemia donde quedó rodeado por pueblos bárbaros, muy superiores en número. Sucedía esto en lo más riguroso del verano, durante un calor excesivo y no se encontraba agua ni fuente alguna en los alrededores. Los romanos corrían riesgo de morir de sed. En tan grande apuro, los que eran cristianos se pusieron de rodillas y dirigieron á Dios fervientes súplicas á vista del enemigo que se burlaba de ellos; pero, de repente, el cielo se cubrió de nubes y una lluvia abundante cayó sobre el campo de los romanos. Éstos por lo pronto levantaron la cabeza para recibir el agua en la boca, tanto era lo que la sed los atormentaba; pero luego llenaron sus cascos y bebieron abundantemente y también sus caballos. Los bárbaros creyeron era este el momento favorable para atacarlos, y mientras les veían satisfacer una sed ardiente, se preparaban á arrojarse sobre ellos. Pero el cielo, armándose en favor de los ramanos, hizo caer sobre sus enemigos un pedrisco espantoso acompañado de rayos, que destruían los batallones germanos mientras que las tropas de Marco Aurelio recibían una lluvia suave y bienhechora.

Este prodigio hizo vencedores á los romanos. Los bárbaros tiraron las armas y para ponerse al abrigo de los rayos que desolaban el campamento fueron á buscar asilo en medio de sus propios enemigos.

Todo el mundo reconoció el milagro. Las tropas cristianas que habían obtenido del cielo este favor, fueron llamadas la *legion fulminante*. El mismo Emperador escribió al Senado este suceso, y para perpetuarlo se

levantó en Roma un monumento, la Columna Antonina, en la que aun hoy día se vé, en bajos relieves, la representación de tan extraordinario acontecimiento. — (POSTEL, *Hist. de la Iglesia.* — DON BOSCO, *Id.*)

* * *

Santa María la Mayor. — Este es el nombre que hoy se dá á la más importante de las iglesias que en Roma existen dedicadas á la Reina de los Cielos. También se le ha llamado *Santa María del Pesebre* por guardarse en ella la cuna, de cinco tablas, hecha por San José y que sirvió al Niño Dios en su huída á Egipto. Se conserva en un esplendido relicario de dos metros de alto, en la suntuosa cripta construída á expensas del inmortal pontífice Pío IX.

Santa María la Mayor debe su origen á un insigne milagro. A principios del siglo cuarto vivía en Roma un ilustre patricio, noble vástago de las antiguas familias consulares. Sin familia, resolvió con su esposa consagrar su hacienda á Dios que se la había dado.

Preocupados estaban ambos con tal proyecto cuando la Santísima Virgen les manifestó que ella misma pedía ser la heredera. « Quiero, les dijo, me edifiquéis una basílica, en la colina de Roma que mañana veréis cubierta de nieve. »

Era la noche del 4 al 5 de Agosto del año 352, época de excesivos calores en Italia. Sin embargo, al siguiente día, entre las colinas de Roma abrasadas por los rayos del sol, apareció coronado de nieve el Esquilino. La ciudad entera acudió al lugar del milagro. El patricio Juan y el Papa Liberio con inmenso séquito llegan allí. Se manifiesta la causa del prodigio, y sin demora se edifica la soberbia basílica. Al año siguiente el mismo Pontífice solemnemente la dedicaba *á Santa María de las Nieves.*

De como los rusos fueron convertidos al cristianismo. — « Imposible, dice César Cantú, es darse cuenta de la barbarie que oscurecía á Rusia en el siglo nono. Tinajas fijas en tierra é imitando en la parte superior figuras humanas, eran sus dioses á quienes ofrecían cebollas, carne, leche y licores espirituosos. Si durante la noche los perros se comían la carne inferían que los dioses habían aceptado y consumido la ofrenda. La falta de pudor y de moral excedía toda ponderación. Al que caía enfermo le levantaban una tienda apartada y le dejaban en ella provisión de pan y agua sin prestarle ningún otro auxilio. Si sanaba volvía á los suyos, pero si moría le quemaban con la tienda. Cuando moría un magnate, una esclava debía inmolarse voluntariamente entre las ceremonias más crueles, y ser degollada por una vieja á quien se daba el nombre de *ángel de la muerte.* »

En tiempo del emperador Rurick, llegaron allí algunos sacerdotes y un obispo de la iglesia de Oriente. Rurick se conmovió al conocer la nueva doctrina, interrogó al obispo sobre los misterios del cristianismo y reunió el consejo de la nación á fin de deliberar sobre si debía abandonar el culto de sus abuelos para adoptar la religión de Jesucristo.

El obispo abrió el Antiguo Testamento y los Santos Evangelios, refirió los milagros de Jesucristo y la misericordia y amor de Dios hecho hombre. Después de esta exposición, Rurick consultó al consejo. Este respondió: Si no vemos alguna maravilla, semejante á las que se nos acaban de contar, no creeremos en las palabras de este extranjero; que nos muestre un milagro como el de los tres niños en la hoguera y nos haremos cristianos. — Aunque no se puede tentar á Dios y exigirle un prodigio, sin embargo, dijo el obispo, si estáis sincera-

mente resueltos á convertiros, pedid lo que queráis y yo no dudo de que el Señor os lo conceda. — Bien, replicaron ellos, arrojad en el fuego el libro que tenéis en la mano, y si no se quema, creeremos en Jesucristo. El obispo hizo la señal de la cruz y elevando al cielo sus manos suplicantes, exclamó : « Glorificad, Señor, vuestro santo nombre, á fin de que este pueblo crea en Vos. » Arrojó en seguida el libro á las llamas, y quedó intacto. Lo sacaron despues de una hora y los rusos, proclamado el milagro, á grandes voces pidieron el bautismo y se convirtieron. — *(Hist. Ecl.)*

*
* *

Otros milagros. — Las vidas de San Vicente de Paul, de San Francisco Javier, de San Antonio de Padua y de todos los santos están llenas de milagros que en todos los tiempos prueban la divinidad de la Iglesia Católica.

Un protestante inglés se encontraba en Roma durante el pontificado de Benedicto XIV; sostenía una discusión con un cardenal acerca de la religión católica, á la que atacaba con viveza, rechazando muy particularmente como falsos los milagros obrados por la intercesión de los santos.

Poco tiempo después el cardenal tuvo encargo de examinar un proceso relativo á la beatificación de un siervo de Dios, y lo remitió al protestante, suplicándole lo examinase cuidadosamente y le dijese su parecer sobre la fé que le mereciese.

Después de algunos días el inglés lo devolvió.

— Ahora bien, dijo el cardenal, ¿qué opina Ud?

— Francamente, Eminencia, confieso que nada tengo que decir acerca de esas piezas, y si todos los milagros de los santos que vuestra Iglesia canoniza fuesen tan ciertos como éstos, mucho me darían que pensar.

— ¿De veras? le replicó sonriendo el cardenal; pues

nosotros, aquí en Roma, somos mas exigentes que vosotros, puesto que estas piezas no nos han parecido convincentes, y *la causa ha sido rechazada.*

El inglés quedó tan sorprendido que se instruyó á fondo en la fe católica y antes de salir de Roma abiuró el protestantismo. (Segur, *Contestaciones.*)

— ¿Qué ahora no hay milagros?
— Sí, los hay en gran número.

Conversión de Alfonso de Ratisbonne. — Corría el año de 1842 cuando el joven Ratisbonne, israelita de Estrasburgo, se hallaba en Roma. Fanático judío, odiaba de muerte al catolicismo. Su cultivada inteligencia, su arrogante figura, sus finos modales y más que todo su inmenso caudal, le dieron entrada en la sociedad de la aristocracia romana. Visitó los monumentos de la gran capital, y si despreciaba la idea religiosa que expresan, admiraba, como inteligente, las bellezas del arte cristiano. Pasaba horas enteras en los museos del Vaticano, en la Basílica de san Pedro y en los demás templos donde abundan objetos primorosos.

El Conde de Bussiere, apreciando la nobleza de alma de su amigo Ratisbonne, se empeñaba en hacerle conocer las verdades del cristianismo y los goces que se experimentan en su seno. No pudiendo convencerle con razones, consiguió que como un recuerdo incertara en sus apuntes de viaje la oración *Memorare* de San Bernardo y aceptara una medalla de la Inmaculada Concepción, con la condición de llevarla consigo.

Ratisbonne le dijo: « Acepto sólo por dar á usted gusto; pero estoy muy lejos de creer en la eficacia de semejante talismán. »

« Había yo copiado maquinalmente la oración de

San Bernardo — escribe él mismo — y sin embargo, al dia siguiente, sin cesar y á pesar mío, la repetia donde quiera que fuese. ¿Cómo, ¡oh Dios mío! aquellas palabras dominaron de tal modo mi espíritu?... En vano procuraba olvidarlas; me venían siempre á la memoria y á los labios, á la manera que suele ocurrir con ciertas composiciones musicales que parece nos persiguen, que al fin nos impacientan y que todavía mal de nuestro grado tarareamos. »

Un día salió Bussiere en compañía de Ratisbonne y suplicó á éste le esperase en la puerta de la iglesia de San Andrés de los Hermanos Mínimos, mientras él entraba en el claustro á arreglar un urgente asunto.

El Conde tardó pocos instantes y volvió en busca de su amigo. Grande fué su asombro cuando le encontró en el templo, en la capilla de San Miguel, arrodillado y anegado en lágrimas. Bussiere se aproxima á él y le mueve varias veces sin que advierta su presencia. Al fin Ratisbonne, lleno de emoción y con palabras entrecortadas, le dice: «La he visto! ¡la he visto! — sacando su medalla y cubriéndola de besos y de lágrimas. Una fuerte impresión le dominaba y apenas podía explicarse. Se le había aparecido la Santísima Virgen... Estaba convertido.

Fuera del templo, y luego que se hubo calmado su espíritu, dice: « Hacía un instante que estaba en la iglesia cuando una conmoción inexplicable se apodera de mí. Levanté los ojos, y todo el edificio había desaparecido á mis miradas; una sola capilla quedaba, en la cual se concentraba toda la luz; y en medio de este resplandor apareció de pie sobre el altar, grande, brillante, llena de majestad y dulzura, la Virgen María, tal como está grabada en la medalla. Una fuerza irresistible me impele hacia ella. La Virgen me hace seña

con la mano para que me arrodille, y parece que me dice: *¡muy bien!* ¡Ella no me ha hablado pero todo lo he comprendido! »

Ratisbonne al hacer este corto relato lo interrumpió muchas veces como para respirar y moderar la impresión que le oprimía.

Le escuchábamos con santo temor, mezclado de gozo y de reconocimiento, admirando los impenetrables juicios del Altísimo y los tesoros inefables de su misericordia.

Una palabra sobre todo nos había impresionado por su misteriosa profundidad:

Ella no me ha hablado, pero ¡todo lo he comprendido!

No era fácil que Ratisbonne pudiera dar amplios detalles sobre cuanto había visto.

No obstante, dice el señor de Bussiere, « nos refirío que en la noche precedente no había podido dormir; que había tenido constantemente presente una gran cruz, de una forma particular y sin Cristo.

Hice, añadió, increíbles esfuerzos para separar de mí esta imagen, sin poderlo jamás conseguir.

Algunas horas después, viendo casualmente el reverso de la *medalla milagrosa,* reconoció la cruz que, allí grabada, corona la letra inicial del nombre de María. »

Interrogado de nuevo en una última conversación, contó ingenuamente que cuando la Reina del cielo se presentó ante sus ojos, en todo el esplendor de su gloria y de su pureza inmaculada, se sintió al punto imposibilitado para volver á contemplar los encantos deslumbradores de la belleza de María; que, impulsado por el deseo, tres veces había tratado de levantar los ojos, y otras tantas sus inútiles esfuerzos apenas le habían permitido ver las manos benditas, de donde manaba un torrente de gracias.

Ratisbonne había vivido hasta entonces en las más completa ignorancia.

No conocía la religión católica ni tampoco la israelita.

El mismo confiesa que no había querido leer nunca una obra que pudiera instruírlo en las divinas enseñanzas.

Blasfemaba sin profundizar, juzgaba sin oír, despreciaba sin examinar...

Y ¡cosa admirable! aquel que estaba en las tinieblas de la ignorancia, después de la celestial visión, queda instruído de repente en la ciencia religiosa; posee la fe y las nociones de los católicos.

El Padre Villefort, de la Compañía de Jesús, fué escogido para preparar al nuevo neófito.

Cuando quiso comenzar las instrucciones, quedó estupefacto.

— ¿Quién le ha enseñado á Ud.? exclamó.

« *Ella no me ha hablado, pero todo lo he comprendido* », había dicho el joven israelita. ¡Ah! sí, *todo lo ha comprendido.* Ha visto á la Madre de la divina gracia, el trono de sabiduría y ha comprendido el don de Dios... Alumbrado con la ciencia infusa conoce la unidad de la Iglesia... su infalibilidad... la santidad de su moral la sublimidad de sus misterios, la grandeza y elevación de sus esperanzas. La Santísima Virgen le había traído la antorcha de la verdad y de la fe.

Ratisbonne ha conocido el error de toda su vida.

Ha comprendido cuanto vale el cielo y ya no es el mismo hombre.

Deseos, proyectos, pensamientos, afecciones de la tierra ¿qué os habéis hecho?...

La Inmaculada Madre de Jesús ha roto la venda que ocultaba la verdad al pobre ciego; las tinieblas se han

disipado y ha aparecido la luz clara, brillante y eterna!

Esta conversión hizo en Roma ruido extraordinario, y á poco se vió en la iglesia de Jesús un joven, vestido con la blanca túnica de los catecúmenos, en medio de gran concurso conducido por el Conde de Bussiere. Gregorio XVI envió al cardenal Pratrizzi para el solemne bautismo. ¿Qué nombre queréis llevar? le preguntó el bautizante. — Alfonso *María,* contestó con indecible gratitud.

La gente lloraba de ternura.

Ese judío, á quien convirtió la Madre de Dios, fué después el Padre Ratisbonne. Su aspecto era majestuoso: de barba larga, frente abultada, ojos negros y cabellos blancos; parecía el modelo de un antiguo patriarca.

Fundador de las casas de las *Hijas de Sión,* en Jerusalén y en San Juan de las Montañas, vivió allí consagrado á recoger niños judíos y convertirlos al catolicismo.

El 7 de Noviembre de 1875 tuve el gusto de conocerle y de admirar su importante obra. Con este motivo recibí de él un encargo. ¿Por qué no hacerlo público? Lo acepté con placer y quizas alguna mano caritativa me ayude á cumplirlo mejor. « Sed en Chile, me dijo, el apóstol de mi asilo. »

Ese asilo necesita ahora, más que nunca, la protección de la caridad. El Padre Ratisbonne murió el 5 de Mayo de 1884 á los setenta años de vida, cumpliéndose así sus deseos y presentimiento.

Al aproximarse su última hora, se puso aún más de relieve el acendrado amor con que se interesaba por sus pobres huérfanos. Los recomendó encarecidamente á los sacerdotes que habían de continuar su obra, los

bendijo y después de un éxtasis, dulce presagio de la eterna felicidad que le aguardaba, su alma voló á la mansión del Señor.

*
* *

Enrique Lasserre. – Enrique Lasserre vivía en París, y tenía excelente vista. Pasaba noche y día largas horas en estudio sin la menor fatiga. Grande fué su extrañeza cuando la sintió debilitarse gradualmente hasta el punto de no poder leer ni escribir. Los remedios de los médicos más ilustres fueron inútiles.

Un amigo suyo y ¡cosa singular! protestante, el Ministro Freycinet, le dijo : « Hace pocos días pasé por Lurdes, visité la celebre Gruta y supe cosas tan maravillosas, en cuanto á curaciones producidas por sus aguas, sobre todo en enfermedades de los ojos, que te pido muy sinceramente hagas tú la prueba. Si yo fuere católico y creyente como tú, no vacilaría un momento en tentar ese arbitrio. ¿Qué arriesgas con probar?

Laserre, sin embargo, resolvió no seguir el consejo.

Como en distintas ocasiones se repitiesen las instancias de su amigo, unidas á las de la esposa de éste contestó : « Voy á confesaros toda la verdad y á abriros el fondo de mi corazón. No me falta fé, pero tengo defectos, debilidades, innumerables miserias y por desgracia se hallan arraigados en las fibras más vivas y sensibles de mi pobre naturaleza. Ahora bien, una curación milagrosa me impondría la obligación de sacrificarlo todo y de ser un santo : sería terrible mi responsabilidad; soy cobarde y tengo miedo... » Ellos insistieron y al fin el agua se encargó... Oigamos las palabras mismas de Lasserre :

« En mi enfermedad no había variación : absoluta imposibilidad para leer y escribir.

El viernes 10 de Octubre de 1862 como, á las cuatro

de la tarde, entraba en casa más enfermo que de costumbre. Cuando iba á subir la escalera, me llamó el portero.

— Han traido á Ud. una encomienda del ferrocarril, me dijo.

Volé á su pieza, donde encontré en efecto, un cajoncito de madera blanca; tenía en un lado mi nombre y dirección, y en otro estas palabras: *Agua natural.*

Era el agua de Lurdes.

Sentí en el fondo de mi alma violenta emoción; pero me reprimí.

— Está bien, dije al portero. Dentro de un momento lo tomaré; salgo para volver en el acto.

Me fuí pensativo y me paseé un rato por la calle.

— El asunto me pone serio, decía para mí. Debo prepararme. Sin haberme purificado no puedo pedir á Dios un milagro en mi favor; no puedo implorar gracia tan grande con mi corazón lleno todavía de voluntarias miserias. ¡Ea! procura sanar tu alma, antes de suplicarle mejore tu cuerpo.

Y reflexionando en tan graves consideraciones, me dirigí á casa de un sacerdote, el señor Ferrand de Missol, que vive en la vecindad.

Estaba muy ocupado, me dijo su sirviente, y me aconsejó que volviera después de la comida.

Me resigné á hacerlo así y me volví á casa. Recibí del portero la cajita, á la cual iba unida una relación de las apariciones de Lurdes, y subí con rapidez la escalera.

Apenas llegué á mi aposento, me arrodillé junto á mi cama y oré, por más indigno que me sintiera de dirigir al cielo los ojos y de hablar á Dios.

Después me levanté. Al entrar había colocado sobre la chimenea el cajoncito y el folleto. Miraba á cada

momento esa caja que contenía el agua misteriosa y me parecía se realizaba algo muy grande en mi solitaria habitación. Titubeaba entre abrir luego la caja ó aguardar á la confesión. La lucha duró unos momentos y terminó con una plegaria. Sí, Dios mío, exclamé... confesaré hoy mismo mis culpas á vuestro ministro; pero mi fe no puede aguardar. Perdonadme, Señor, y curadme. Y vos, ¡oh Madre de misericordia! ¡venid en auxilio de vuestro hijo desgraciado!

Y después de haberme confortado así con la oración, tuve ánimo para abrir la cajita: contenía una botella llena de agua. La destapé, eché agua en una taza y saqué de mi cómoda una servilleta. Estos vulgares preparativos, en que yo ponía minucioso cuidado, estaban llenos de cierta solemnidad secreta, de lo cual yo mismo me admiraba. No me encontraba solo: claramente se hallaba Dios ahí y su Santísima Madre.

Sentía el alma abrasada por la fe, por una fe viva y ardiente.

Cuando concluí todos los preparativos, me arrodillé de nuevo y dije en alta voz: ¡Oh Santa Virgen María, tened piedad de mí y sanadme de mi ceguedad física y moral! — Y diciendo esas palabras, lleno de confianza el corazón, me froté sucesivamente los ojos y la frente con la servilleta empapada en agua de Lurdes.

La operación no duraría medio minuto.

¡Cuál sería mi sorpresa! ¡estoy por decir mi terror! Apenas hube tocado los ojos y la frente con el agua milagrosa, cuando me sentí curado repentina, prontamente, sin transición y de una manera tan instantánea que, en mi imperfecto lenguaje, sólo al rayo puedo compararla...

— ¡He sanado! exclamé.

Y corrí para tomar un libro cualquiera y leer. De

repente me detuve. — ¡ No, no! dije entre mí; en este momento no debo tomar un libro cualquiera. Y fuí á buscar sobre mi chimenea la relación de las apariciones. Era eso justicia. Leí ciento cuarenta páginas sin interrupción y sin sentir la más mínima fatiga. Veinte minutos antes no habría podido leer ni tres líneas.

Me confesé en la noche y conté al señor Ferrand la señalada merced que la Santísima Virgen acababa de hacerme. »

Catorce años habían pasado desde aquella curación milagrosa, cuando tuve la satisfacción de conocer al señor Enrique Lasserre. El año 1876 lo ví por última vez. — Su vista, era excelente. No la fatigaban ni la lectura ni el asiduo trabajo, ni largas veladas. Reconocido por aquel insigne beneficio ha escrito una bellísima y muy notable historia sobre las apariciones de la Virgen María y los acontecimientos extraordinarios ocurridos en Lurdes.

* * *

Liquidación de la sangre de San Jenaro en Nápoles. — El año 305, bajo el imperio de Diocleciano, Jenaro, Obispo de Nápoles, fué conducido á la presencia del prefecto Timoteo, quien le intimó adorara á los ídolos.

El santo Obispo contestó : « Antes morir mil veces que renegar de mi Dios. »

Enfurecido el tirano hizo preparar una inmensa hoguera y ordenó arrojaran al Obispo al medio de las llamas. — Jenaro se signó con la cruz y alzando las manos al cielo, con ferviente plegaria, pidió al Señor gracia para soportar el martirio.

El holocausto estaba ya preparado.

El Santo fué empujado á la hoguera; pero las llamas lo respetaron y Jenaro bendijo allí á Dios como si se hallase en medio de un jardín.

El Prefecto no por esto se conmovió. Repetidas en vano las amenazas, le hizo atormentar desapiadadamente en el ecúleo y en seguida lo mandó arrojar al anfiteatro de las fieras. Mas éstas le recibieron como mansos corderos y reverentes le acariciaron. No obstante este nuevo prodigio, ordenó que Jenaro fuera llevado á la plaza pública para ser degollado. Cuando el Santo era allí conducido y en el momento en que pasaba junto al tirano éste, de improviso, quedó ciego. Afligido entonces Timoteo suspendió la sentencia y rogó á Jenaro que le perdonase y alcanzara de Dios que le restituyese la vista. Obtenida tal gracia, cinco mil personas se convirtieron. Mas, á poco, el Prefecto, á pesar del favor recibido, temiendo caer en desgracia del Emperador si dejaba en libertad á Jenaro, de nuevo ordenó le cortaran la cabeza.

Dios aceptó el sacrificio y el alma del Santo voló al cielo.

Consternados los fieles recogieron cuidadosamente la sangre del mártir con la cual se han obrado milagros sin número.

Esta sangre aun hoy día llama vivamente la atención de cuantos visitan la catedral de Nápoles; pues, es sabido que se liquida tres veces al año : el primer domingo de Mayo, el 19 de Setiembre y el 16 de Diciembre. En las dos primeras épocas la liquidación dura ocho días.

El Ilmo Sr. Arzobispo Don Mariano Casanova, encontrándose en Nápoles el año de 1865, con varios compatriotas suyos, dice (1) : « Quisimos ser testigos de un hecho tan notable... Lo observamos varias veces. Ni uno solo de los que lo ven dejará de reconocer allí la mano de Dios.

(1) *El Independiente,* 3 de Agosto de 1865.

Todos se arrodillan experimentando la impresión del más sorprendente milagro. »

El distinguido escritor presbítero Don José Ignacio Víctor Eyzaguirre lo refiere del modo siguiente (1) : « A las siete de la mañana me dirigí á la famosa catedral de San Jenaro, y aunque con gran trabajo, pude colocarme pegado al altar en que debía hacerse la liquidación. Los canónigos condujeron hasta éste, en procesión, una caja pequeña de plata, que fué abierta con tres llaves, de las cuales una tenía el deán, y las restantes dos personas, una de gobierno y otra de la nobleza. Abierta la caja en presencia de todos, el deán sacó de ella una ampolleta de cristal, engastados en oro sus cantos, y después de haber dejado ver durante una hora la sangre del santo coagulada y seca enteramente, la puso sobre la mesa del altar, donde estaba colocada la cabeza de San Jenaro, en una rica estatua de oro y de plata que representa al mismo santo. Los clérigos rezaron los salmos penitenciales, las letanías y otras preces de la iglesia, mientras que la multitud de extranjeros de todas las naciones, agolpados sobre el altar, no quitaba la vista de la ampolleta. Media hora pasó en esta expectativa... ; pero la perplejidad cesó al fin, y la sangre comenzó á liquidarse con ligereza, hasta quedar como la que vierte un hombre cuando recibe en su cuerpo alguna lastimadura. Yo veía esto con mis ojos, lo veían todos del mismo modo que yo, y no podía presumirse ninguna superchería desde que el proceder estaba sujeto á la inspección universal. *El milagro está hecho,* dijo el oficiante, y tomando en sus manos la ampolleta, la dió de nuevo á besar á cuantos quisieron ó pudieron acercarse.

(1) *El Catolicismo en presencia de sus disidentes.*

La impresión que esto produjo en los extranjeros que observaban no se cuál sería; á un inglés, que se encontraba á mi lado, oí que decía á su compañero: *Yo he visto el hecho y no admite duda alguna.* »

El día de San Jenaro, el 19 de Setiembre de 1875, tambien á mí me cupo la suerte de presenciar este hecho extraordinario. Lo ví de cerca y besé con veneración aquella santa reliquia. La espaciosa basílica desbordaba de gente. Su Eminencia el Cardenal Arzobispo Ilmo Sr. Riario Sforza, el Ilustre Cabildo Metropolitano y numeroso clero presenciaban el milagro.

La sangre está seca, dijo el oficiante al exponer la ampolleta dentro de la cual se contienen dos pequeños frascos con la sangre del mártir. Recitadas las letanías de la Santísima Virgen y otras preces comenzó la liquidación. La sangre de color café parduzco junto con liquidarse, poco á poco se enrojecía hasta presentar el color de sangre fresca.

La emoción fué general. En cada uno de los semblantes se pintaba la impresión producida por aquel patente milagro. Las campanas se echaron á vuelo. Cien voces entonaron el *Tedéum*, al cual se siguió una misa solemne. Y miéntras resonaba el aire con las más dulces armonías, una lluvia de flores caía sobre las reliquias del Santo. Aquella piadosa fiesta avivaba la fé en el alma mas fría y enardecía el corazón menos sensible.

El 27 de Julio de 1875, estando yo en Madrid, ocurría un milagro semejante con la sangre de San Pantaleón de Nicomedia, que todos los años se liquida, el día de su fiesta.

El 29 de Octubre de 1887 también ví en Ars un frasco de sangre del venerable siervo de Dios Juan Bautista Vianney, muerto en 1859. Se conserva siempre líquida,

lo mismo que la del que de él se guarda en la iglesia de San Gervasio en París.

— *¿De qué otro modo se prueba la divinidad de la Iglesia Católica?*

— *Por sus mártires.*

Martirio de San Ignacio, obispo de Antioquía. — Un día en que los apóstoles viajaban con Nuestro Señor, se les ocurrió el deseo de saber cuál de ellos era el primero y se pusieron á disputar.

Jesús vió los pensamientos de sus corazones... llamó á un niño, lo tomó de la mano, lo puso en medio de ellos y después de haberlo abrazado, les dijo : « Si no os hacéis semejantes á este pequeño niño, no entraréis en el reino de los cielos. »

Según San Justino y San Jerónimo ese niño era Ignacio, más tarde obispo de Antioquía. — (Rivaux, *Hist. Eccl.*)

Trajano mandó, bajo pena de muerte, que todos sus súbditos adoraran á los dioses paganos. Ignacio fué el primero en resistirse al cumplimiento de esta ley impía. Fué conducido á la presencia del Emperador. Después de un largo y memorable interrogatorio, Trajano incomodado de la vivas y sabias réplicas de San Ignacio, pronunció la sentencia : « Mandamos que Ignacio, que se gloría de llevar consigo al Crucificado, sea encadenado y conducido en buena guarda á Roma, para ser expuesto á las fieras y servir de espectáculo al pueblo. » El Santo, al oír este decreto, con grandes transportes de alegría, dió gracias á Dios, y se entregó en manos de los soldados. Luego, temiendo que los Romanos intercediesen por él, les escribió una carta, verdadero monumento de fe, humildad y fervor... « Espero, les dice

que al llegar á Roma encontraré las fieras prontas á devorarme. ¡Ojalá que no retarden el momento de mi sacrificio! Empezaré por acariciarlas para que me despedacen; si esto no produce buen resultado las irritaré para que me quiten la vida. Perdonadme estos sentimientos; yo se lo que me conviene; ahora empiezo á ser un verdadero discípulo de Jesucristo. Nada me conmueve; todo me es indiferente, excepto la esperanza de poseer á mi Dios. Que el fuego me reduzca á cenizas, que una cruz me haga morir lentamente, que se arrojen sobre mí tigres furiosos y leones hambrientos, que mis huesos sean quebrantados, mis miembros magullados, todo mi cuerpo pulverizado; que todos los demonios agoten su rabia sobre mí. Lo sufriré todo con alegría con tal que yo goce de Jesucristo. La posesión de todos los reinos de la tierra no podría hacerme feliz; y me es infinitamente más glorioso morir por el Salvador que reinar sobre todo el mundo... »

Fué conducido por los soldados al anfiteatro Flavio. Era éste un circo gigantesco, *Coliseo*, donde cabían cien mil espectadores. Toda la ciudad se afanaba en estar allí presente. El Santo Mártir, al entrar oyó el bramido de los leones; la vista del suplicio nada le quitó su firmeza ni su ardor; su semblante y continente anunciaban más bien serenidad y una alegría modesta y apacible. No tuvo que aguardar mucho tiempo la muerte; en un momento dos leones le devoraron, dejando sólo de su cuerpo algunos huesos que fueron recogidos con respeto por los fieles y que guardados como tesoro de valor inestimable se veneran ahora en la iglesia de San Clemente en Roma.

Los cristianos que escribieron la historia de su martirio la terminan así : « Nosotros mismos fuimos testigos de esta muerte gloriosa, que nos hizo derramar un

torrente de lágrimas, y pasamos la noche en vela y en oración suplicando de rodillas al Señor que sostuviese nuestra debilidad. El Santo Mártir se nos apareció como un atleta que acaba de salir de un glorioso combate; estaba en pie delante del Señor y rodeado de inefable resplandor. Llenos de gozo dimos gracias al Autor de todo bien y le ensalzamos por el beneficio otorgado á su siervo. — (Don Bosco, *Hist. Ecl. — Postel.)*

*
* *

San Policarpo. — En tiempo de Marco Aurelio, la persecución á los cristianos se hizo más encarnizada. Había sed de sangre y se eligió por víctima á San Policarpo, discípulo de San Juan Evangelista y Obispo de Esmirna. Un piquete, armado como si hubiese ido á apoderarse de un ladrón, llegó á prenderle al anochecer. Cuando San Policarpo lo supo, dijo: *Hágase la voluntad de Dios.* Salió al encuentro de los soldados, quienes al ver su avanzada edad se manifestaron visiblemente disgustados y dijeron: *¿Y era necesario apresurarse tanto para prender á este buen anciano?* San Policarpo les hizo dar una generosa cena, y obtenido algún tiempo para orar, rogó por toda la Iglesia y por sus perseguidores mismos; lo hizo con tanto fervor que aun sus enemigos estaban llenos de admiración. Le colocaron sobre un asno y le condujeron á la presencia del Procónsul. « Compadécete de tu ancianidad, le dijo este magistrado. ¿Crees tú poder sufrir los tormentos, cuya vista sóla hace temblar á la juventud más esforzada? » El Santo se manifestó insensible á las amenazas como á tan falsa piedad.

El Procónsul insistió diciéndole: *Maldice á Cristo y te dejaré en libertad.* Policarpo le respondió: Hace ochenta y seis años que le sirvo y nunca me ha hecho mal alguno; ¿cómo podría, pues, blasfemar contra él? — El

Procónsul continuó : Jura por la fortuna de los Césares. — Os molestáis inútilmente, le observó el Santo Obispo, os declaro bien alto que soy cristiano. — El magistrado le amenazó con exponerle á las fieras. — Me es muy ventajoso, dijo el Santo, llegar por medio de los sufrimientos á la perfecta Justicia. — Puesto que no temes á las fieras, añadió el Procónsul, te haré quemar vivo. — Vos me amenazáis con un fuego que pronto se apaga porque no conoceis el fuego eterno que está reservado á los impíos. Haced de mí lo que queráis...

Entonces el pueblo furioso empezó á gritar : « ¡Qué se le eche á las fieras! ¡qué se le arroje á la hoguera! este es el padre de los cristianos, el enemigo de nuestros dioses.

Se pronunció la sentencia. Se condenó al Obispo á ser quemado vivo. — Todo el pueblo corrió en tropel á buscar leña y ramaje para levantar la hoguera... — Policarpo subió á ella como á un altar para ser allí inmolado. Le ataron las manos á las espaldas; y el Santo levantando los ojos al cielo hizo una fervorosa oración.

Arrojado en la hoguera, se levantó una horrorosa llama; pero, por un milagro palpable, le rodeó en forma de bóveda, sin que tocase en lo más mínimo el cuerpo del Santo Mártir. Estaba en medio de la hoguera como el oro en el crisol, y exhalaba un olor tan suave como el de los más deliciosos perfumes.

Los paganos, viendo que el cuerpo del Santo no se consumía, le hicieron atravesar de una estocada, y la sangre salió con tanta abundancia que apagó el fuego. — *(Postel.)*

*
* *

Santa Perpetua y otros santos de Cartago. — « La sangre de los mártires era semilla de cristianos; corrían

éstos con más ardor al suplicio que los paganos a sus espectáculos. »

El año 205 Séptimo Severo los persiguió sin piedad. Por orden suya fueron arrestados, en Cartago, cuatro jovenes llamados Saturnino, Revocato, Secúndulo y Saturio y con ellos dos mujeres jóvenes llamadas Felícitas y Perpetua hermana de Saturio. Nada hay más interesante que la historia de su combate, escrita por la misma Santa Perpetua. Se expresa en estos términos : « Después que nos arrestaron nos tuvieron en guarda algún tiempo antes de llevarnos á la prisión. Mi padre — único de mi familia que no era cristiano — acudió en seguida y se esforzó cuanto pudo para hacernos cambiar de resolución. Como mucho me apuraba para que no me confesase cristiana, le enseñé un vaso que por casualidad había allí. Padre mío, le dije, ¿puede darse á este vaso otro nombre que el que le conviene? — No, respondió él. — Pues bien, yo tampoco puedo darme otro que el de cristiana, que me pertenece. — A estas palabras se arrojó sobre mí como para arrancarme los ojos; mas después se retiró confuso de su arrebato; pasó varios días sin volver, y yo disfruté de algún reposo. Durante este intervalo fuimos bautizados; y el Espíritu Santo me inspiró entonces no pedir otra cosa que la constancia en los tormentos. Poco tiempo después fuimos conducidos á la prisión. Al entrar quedé sobrecogida, porque yo nunca había visto esta clase de sitios. ¡Qué día tan penoso! ¡qué calor! nos ahogábamos; ¡tanto era lo que estábamos oprimidos! Añadid á esto la brutulidad de los soldados que nos guardaban. Pero lo que más me inquietaba era el no tener yo allí á mi niño. En fin, me lo trajeron, y dos diáconos, Festino y Pomponio, lograron, á fuerza de dinero, que se nos pusiese por algunas horas en otro sitio menos incómodo.

Cada uno tenía el pensamiento ocupado en lo que más le interesaba; en cuanto á mí no tenía entonces cosa que más me inquietase que mi hijo, que se moría de hambre. Lo recomendé con instancia á mi madre que había venido á verme. Me afligía en extremo ver á mi familia sumida en amargo dolor por causa mía, y esta pena me duró muchos días; pero se disipó en seguida, y aun la cárcel se me convirtió en una mansión agradable. Un día mi hermano me dijo: « Tú tienes bastante crédito con Dios; pídele que te haga conocer si sufrirás la muerte, ó si te devolverán la libertad. » Como yo había ya experimentado la bondad de mi Dios, prometí á mi hermano que le instruiría de mi suerte al día siguiente. En efecto, despues de mi oración ví una escalera de oro que se elevaba hasta al cielo, tan estrecha que no podía subir por ella sino una persona en pos de otra, y de los dos lados erizada de espadas, puñales y lanzas; de manera que sin grande atención y sin mirar á lo alto el que subiese no podía dejar de recibir muchas heridas en todo el cuerpo. Al pie de la escalera estaba un dragón terrible, pronto á lanzarse sobre el que subiese en élla. Mi hermano Saturio la había salvado ya, y desde lo alto me decía: « Perpetua, te aguardo; pero ten cuidado con el dragón. » Yo le respondí: « Espero en Nuestro Señor Todopoderoso que no me hará ningún mal. » Me acerqué en efecto, y en seguida el dragón se volvió dulcemente como si me hubiese tenido miedo; puse entonces un pie sobre su cabeza que me sirvió de primer escalón. Llegado á lo alto de la escalera, descubrí un jardin inmenso, y en medio de él á un hombre venerable, en figura de pastor, rodeado de una multitud de personas vestidas de blanco. Al verme me dijo afablemente: « Bienvenida seas, hija mía »; y me puso en la boca un delicioso alimento, que recibí juntas las manos. Toda su

comitiva respondió *Amen;* lo que me hizo como volver de un éxtasis, y advertí que mascaba aún cierta cosa de una dulzura maravillosa. Al otro día todo lo conté á mi hermano, y dedujimos de esto que debíamos bien pronto sufrir ambos el martirio. Empezamos á desprendernos enteramente de las cosas de la tierra, para dirigir todos nuestros pensamientos á la eternidad.

Pocos días después se esparció el rumor de que íbamos á ser interrogados. Mi padre vino de nuevo á la prisión, y lleno de tristeza me dijo : « Hija mía, ten piedad de mis canas; ten compasión de tu padre. Si yo te he educado con tanto esmero, si te he profesado más cariño y mirado con más ternura que á mis demás hijos, no cubras de oprobio mi vejez. Mira también á tu madre; piensa en tu hijo, que no puede vivir sin tí, y desecha esta obstinación que á todos nos perderá. » Sus instancias me partían el corazón, y lo compadecía porque sólo él de mi familia se afligía por mi martirio. Cuando me hablaba de aquel modo me tomaba las manos, me las besaba y las regaba con sus lágrimas. Con todo, sin dejarme vencer le dije : « Sucederá en el interrogatorio lo que sea del agrado de Dios; porque nosotros, padre mío, no estamos en nuestro poder, sino en el suyo »; y con esto se retiró. Al día siguiente, mientras comíamos, vinieron de repente á prendernos para conducirnos ante el juez. Toda la ciudad lo supo. Encontramos la plaza llena de un gentío inmenso. Se nos hizo subir al tablado, y primero interrogaron á mis compañeros, quienes confesaron valerosamente á Jesucristo. Llegó por último mi vez y al instante mi padre, apareciendo con mi niño en brazos, me arrancó de mi puesto, y con más instancia que nunca me rogó que negase; el juez se unió á él. « Conserva, me dijo, conserva la vejez de tu padre y la infancia de tu hijo,

sacrificando por la salud de los emperadores ». — Yo no sacrifico, le respondí. — ¿Eres, pues, cristiana? — Sí, lo soy.

Como mi padre se esforzaba en sacarme del tablado, el juez ordenó que lo quitasen de allí, y hasta llegaron á pegarle para hacerle obedecer. Sentí el golpe que le dieron lo mismo que si yo lo hubiese recibido, y mi corazón estaba despedazado viendó á mi padre maltratado en su vejez. Entonces el juez pronunció nuestra sentencia, y nos condenó á todos á ser expuestos á las fieras. Nos volvimos llenos de alegría á la prisión...

Pocos días antes de los espectáculos ví entrar á mi padre que venía á darme un último asalto. Se hallaba tan decaído y en un estado de abatimiento tan grande, que no podía expresarse; se arrancaba la barba, se revolcaba por el suelo, y permanecía en él vuelto el rostro hacia el polvo, dando gritos y maldiciendo su vejez. Viéndole así desesperarse, yo moría de dolor; pero Dios me sostuvo una vez más contra la violencia de este ataque ».

Aquí termina la relación de la Santa. La que sigue fué escrita por un testigo de vista, el sabio apologista de la Iglesia Tertuliano. — (*Rwaux.*)

Cuando hubo llegado el día de los espectáculos sacaron á los Santos Mártires de la prisión para conducirlos al anfiteatro. La alegría estaba pintada en sus semblantes, brillaba en sus ojos, aparecía en sus gestos y se dejaba conocer en sus palabras...

Dios concedió á cada uno el genero de suplicio que había deseado; porque mientras, reunidos en la prisión, se entretenían en hablar de los diversos tormentos que hacían sufrir á los cristianos, Saturnino manifestó el deseo de morir combatiendo contra todas las bestias del anfiteatro. Y en efecto, después de haber sido ata-

cado, lo mismo que Revocato, por un furioso leopardo, fueron uno y otro arrastrados por un oso.

Saturio, al contrario, no temiendo nada tanto como al oso, deseaba que un leopardo le quitase la vida á la primera dentellada. Lanzado contra él un jabalí, el animal se volvió contra el carcelero y lo hirió de muerte. Lo expusieron en seguida á un oso que no quiso salir de la jaula. Perpetua entretanto lo exhortaba á la constancia en la fe. Habiendo sido expuesto por tercera vez, un leopardo se lanzó sobre él, y al punto le hizo tan grande herida que quedó bañado en sangre.. Entonces Saturio dirigiendo la vista al carcelero Pudente, que estaba allí, y se había convertido, le dijo : « Adíos, querido amigo : acuérdate de mi fe é imítala : que no te turbe mi muerte sino que al contrario te dé valor para sufrir ». Después pidiéndole un anillo que llevaba al dedo, lo empapó en sangre y se lo devolvió como prenda de su fé y amistad, y cayó muerto. Así Saturio murió el primero según la visión de Perpetua.

Las dos santas, Perpetua y Felícitas, fueron expuestas á una vaca furiosa metidas en una red. El animal acometió de pronto á Perpetua, la arrojó al aire con violencia, y dejóla caer de espaldas. Perpetua al levantarse ató sus cabellos y advirtiendo que Felícitas á quien la vaca había atacado también, estaba tendida en el suelo, muy magullada y herida, fué á darle la mano y le ayudó á levantarse. Ambas fueron en seguida degolladas.

Revocato y Saturnino, atrozmente estropeados, y también Secúndulo y Saturio fueron traspasados con agudos puñales. Los mismos paganos asombrados exclamaban : « ¡El Dios de los cristianos es grande ! ¡Cuán grande es el Dios de los cristianos ! » — (*Postel.*)

San Lorenzo. — Lorenzo nació en Huesca, en España. Hijo de padres honrados y de gran virtud, fué educado con esmero. Su amor á la religión lo llevó á Roma, donde fué ordenado diácono por el Papa San Sixto.

Bajo el imperio de Valeriano estalló una persecución general contra los cristianos y el año 257 San Sixto, cargado de cadenas, fué encarcelado en la prison Mamertina y conducido después al suplicio.

Lorenzo le seguía, y derramando abundantes lágrimas le dijo : « ¿ Adónde vais, padre mío, sin vuestro hijo? — San Sixto le respondió : « Hijo mío, á tí te está reservado un combate mayor; tú me seguirás dentro de tres días ». — El Santo Diácono, consolado con estas palabras, se preparó al martirio y se apresuró á distribuir entre los pobres todo el dinero que tenía en su poder; porque los diáconos entonces eran los que cuidaban de la administración de los bienes de la Iglesia.

El Prefecto de Roma, instruído de que la Iglesia poseía bastantes riquezas, hizo llamar al Santo Diácono, depositario de ellas y le dijo : « Vosotros los cristianos os quejáis de que se os oprime con excesivo rigor; pero ahora no se trata entre nosotros de tormentos. Yo os pido amistosamente lo que podéis darme. Se que tenéis vasos de oro y de plata para vuestros sacrificios; entrégame esos tesoros; el príncipe los necesita para mantener las tropas ». San Lorenzo le respondió : « Os confieso que es muy rica nuestra Iglesia, y estoy seguro de que el Emperador no tiene tesoros tan preciosos; os enseñaré una buena parte de ellos; concededme solamente breve tiempo para ponerlo todo en orden ». El Prefecto no comprendió de qué riquezas le hablaba el Santo Mártir, y le concedió tres días de término. Durante este intervalo Lorenzo

recorrió la ciudad para reunir á todos los pobres que la Iglesia mantenía, y en seguida fué á decir al Prefecto que todo estaba ya arreglado. Éste le siguió y al encontrarse con la muchedumbre de ciegos, cojos, estropeados, « ved aquí las riquezas de la Iglesia », le dijo el Santo. — « ¿Así es como tú me burlas? exclamó el Prefecto enfurecido. Yo sé que los cristianos os preciáis de tener en poco la muerte, y que no la teméis; pues bien, no esperes morir con prontitud : yo mandaré prolongar en tí las torturas, y hacerte morir por grados ». En efecto, se empezó el martirio destrozando á azotes el cuerpo de Lorenzo ; después se prepararon unas parrillas de hierro sobre carbones encendidos, y se colocó al Santo sobre ellas; pero de modo que el fuego no penetrase su carne sino muy despacio. Mas el fuego de la caridad que le abrazaba el corazón era mucho más activo que el que quemaba su cuerpo, y le hacía como insensible al tormento. Allí oraba al Señor rogando aún por sus verdugos. Después de haber sufrido por largo tiempo esta tortura horrible, dijo tranquilamente al juez : « De este lado mi cuerpo está ya bastante asado ; haced que me vuelvan al otro », y algunos momentos después añadió : « Ahora mi carne está en sazón, podéis comer de ella ». Levantando en seguida los ojos al cielo pidió á Dios por la Iglesia y voló á la mansión de los santos... — (*Postel.*)

*
* *

El niño Cirilo. — En Cesarea de Capadocia, un niño llamado Cirilo mostró un valor extraordinario que llenó á los fieles de alegría y admiración. Este santo niño tenía siempre en sus labios el sagrado nombre de Jesús, y cuando lo pronunciaba sentía una fuerza que lo volvía insensible á las promesas y á las amenazas del paganismo. Su padre, que era idólatra, no habiendo podido

obligarle á invocar á los falsos dioses, después de haberlo maltratado lo echó de su casa. El juez de la ciudad, á quien informaron del hecho, sin demora, envió soldados á prender al joven Cirilo, y traido á su presencia, « Hijo mío, le dijo con dulzura, quiero generosamente perdonarte las faltas que has cometido en consideración á tu edad; sólo de tí depende el que vuelvas á gozar del cariño de tu padre: se prudente y renuncia á tu superstición. » El santo niño respondió : « Estoy muy contento de recibir reprensiones por lo que hago. Dios me acogerá con gusto y estaré mejor con Él que con mi padre; me regocijo de haber sido arrojado de la casa paterna; yo habitaré otra que es mucho más grande y hermosa; renuncio á los bienes temporales, para ser rico en el cielo, y no temo la muerte, por que á ella se sigue una vida mejor. » Pronunció con tal valor estas palabras que bien claro se mostraba que Dios hablaba por él. Entonces el juez con tono severo, para intimidarle, le amenazo con la muerte; le hizo atar como si fueran á llevarle al suplicio, y finalmente mandó preparar una hoguera. Pero este niño admirable, lejos de acobardarse, se mostró mas firme y seguro; se dejó conducir sin verter una sola lágrima; le acercaron al fuego, y le amenazaron con echarle en él; pero no perdió su constancia.

El juez había dado orden, en secreto, que se contentasen con infundirle miedo. Cuando vió que la presencia del suplicio no le hacía impresión alguna le dijo : « Y bien ya has visto el fuego y la cuchilla ¿serás ahora juicioso? ¿ Quieres someterte á mi voluntad y volver á tu padre? »

El joven Cirilo respondió : « Me habéis hecho mucho daño en volverme á traer aquí. No temo el fuego ni la espada... Dios es quien debe recibirme y recompen-

sarme; apresuraos, pues, á hacerme morir á fin de que luego vaya á Él. » Los circunstantes lloraban al oírle hablar así; pero Cirilo les dijo : « Vosotros debierais más bien alegraros en vez de llorar... No sabéis cuál es la gloria que me aguarda, ni cuánta es mi esperanza; dejad que acabe pronto mi vida temporal. » — Con este sentimiento fué á la hoguera y recibió la palma del martirio.

*
* *

Martirio de la Legión Tebana. — Nada igualó al coraje y gloria de la Legión Tebana, formada en la Tebaida, en Egipto. Compuesta de más de 6,000 soldados, todos cristianos, tenía por capitán á San Mauricio. Los principales oficiales, después de él, eran Exuperio y Cándido.

El Emperador Maximiano, habiendo ido á las Galias para reprimir una facción, creyó necesario reforzar su ejército é hizo venir de Oriente á dicha legión. Esta pasó por Jerusalén, donde algunos todavía catecúmenos recibieron el bautismo, después por Roma, donde el Papa San Marcelino les dió la bendición y les dijo : « Hijos míos, mostraos en todas partes dignos soldados de Jesucristo, prontos á morir antes que contaminar la pureza de vuestra fe. » Por fin llegaron á Martiñí, en Suiza, atravesaron los Alpes y se fueron á acampar á las orillas del Rin.

Maximiano, que tenía aún mayor empeño en exterminar á los cristianos que á los revoltosos, mandó á la legión Tebana que fuese á perseguir á los fieles, y quiso obligarla á tomar parte en los sacrificios solemnes que se hacían á los dioses paganos. Estos egregios soldados respondieron que ellos habían venido para combatir á los enemigos del Estado, y no para mancharse con la sangre de sus hermanos ni participar de los actos de idolatría

de un culto impío. Tanto se irritó Maximiano con esta respuesta, que al instante hizo diezmar la legión. Aquellos á quienes tocó la suerte, se dejaron degollar sin oponer la menor resistencia. Pero semejante carnicería no desanimó á los demás camaradas; por el contrario, sirvió para estimularlos más y más á desear el martirio, y todos á una voz exclamaron que no reconocían sino al Dios verdadero.

Cuando se dió noticia de tal resolución á Maximiano, este príncipe sanguinario mandó dos veces más diezmar la legión, sin obtener la apostasía de uno solo de aquellos valientes.

Mauricio, Cándido y Exuperio le hicieron entonces la siguiente representación: « Señor, somos vuestros soldados, pero somos también servidores de Dios. A vuestras órdenes están nuestros brazos, pero á Él pertenecen nuestras almas por la práctica de la virtud. De vos recibimos un sueldo, pero de Él recibimos la vida. Estamos, pues, dispuestos á ejecutar vuestra voluntad en todo lo que no se oponga á la ley de Dios; mas si es necesario elegir entre obedecer á Dios ó á un hombre, obedeceremos á Dios, nuestro amo y el vuestro. Le hemos prestado juramento antes que prestároslo á vos: ¿cómo podríais, pues, contar con nuestra fidelidad, si faltásemos á la que á Nuestro Señor debemos? Conducidnos al enemigo; nuestros brazos están prontos; pero no sabremos derramar la sangre de los justos. Si buscáis cristianos para hacerlos morir, aquí nos tenéis; nosotros confesamos á un Dios Creador de todas las cosas, y á su Hijo Jesucristo. Estamos dispuestos á dejarnos degollar como nuestros compañeros, cuya suerte envidiamos. No temáis que la desesperación, que tanta fuerza inspira, nos arme contra vos. Los cristianos saben morir y no sublevarse. Tenemos armas, pero no nos

serviremos de ellas; preferimos mil veces morir inocentes á vivir culpados. »

Tan generosa representación sólo sirvió para aumentar el furor del tirano. Desesperando vencer aquella heróica constancia, tomó la resolución de destruir la legión entera. Hízola rodear por un ejército, y mandó pasarla toda al filo de la espada. Estos valientes guerreros rindieron las armas, quitáronse las corazas, y presentaron el cuello á los perseguidores.

No se oyeron quejas ni gemidos. No hablaban sino para animarse los unos á los otros á morir por Jesucristo. Era el 22 de Setiembre del año 297.

La tierra quedó sembrada de cadáveres y empapada en sangre.

¿Qué espectáculo aquel! Únicamente el espíritu de Dios puede inspirar tanto heroísmo y tan alta sabiduría; ser fiel á Dios y no resistir al príncipe por cruel é injusto que sea. San Avito, al hacer el elogio de aquella legión, dijo : « Ninguno de ellos pereció porque todos murieron por Jesucristo. »

Dispersos y huyendo de la persecución, pero constantes en la fe, algunos llegaron al Piamonte. Á este número pertenecen Solutor, Adventor y Octavio que sufrieron gloriosamente el martirio en Turín, en el mismo sitio donde Don Bosco, por disposición de la Santísima Virgen, erigió la iglesia de María Auxiliadora. — *(Postel, Rivaux, Don Bosco.)*

*
* *

San Víctor. — Era Víctor un militar distinguido por su nobleza, por su valor y más aun por la firmeza de su fe. El Emperador Maximiano se había puesto en marcha para Marsella, en donde la persecución había redoblado á la noticia de su llegada. Allí Víctor se aplicaba á esforzar y animar á los fieles; los

exhortaba á que se mostrasen verdaderos discípulos de Jesucristo, y á que menospreciasen una vida pasajera por la vida que no acaba jamás. Conocido en los ejercicios de su celo, fué llevado al tribunal de los Prefectos quienes, como se trataba de un hombre de importancia, enviaron al Emperador el conocimiento de la causa. Maximiano hizo comparecer á Víctor á su tribunal; empleó sucesivamente la bondad y el terror para obligarle á sacrificar á los dioses; pero el Santo confundió al tirano y á sus oficiales demostrándoles la falsedad de los ídolos y la divinidad de Jesucristo.

Juzgando Maximiano que un guerrero sería mas sensible á la ignominia que al dolor, le hizo arrastrar por las calles con las manos y los pies atados. El Mártir, cubierto de sangre, fué en seguida conducido al tribunal de los Prefectos, donde le atormentaron cruelmente en un caballete. El Santo oraba á Dios pidiéndole paciencia y valor, cuando Jesucristo se le apareció cargado con la cruz, y le dijo : « La paz sea contigo. Yo soy Jesús que padezco en mis santos; anímate y cobra esfuerzo; yo te sostengo durante el combate, y te recompenzaré después de la victoria. » Estas consoladoras palabras reanimaron á Víctor y le quitaron el sentimiento del dolor. Como nada ganaban con atormentarle, le condujeron de nuevo á la prisión. Dios le visitó en ella, y en medio de las tinieblas de la noche se vió el calabozo del Mártir iluminado por una luz celestial. Tres soldados que le custodiaban, advirtiendo este milagroso resplandor, se arrojaron á los pies del Santo y le pidieron el bautismo. Informado de ello Maximiano, mandó dar muerte á los soldados; pues nunca quisieron abjurar la fe. El Emperador mandó levantar un altar y exhortó en seguida á Víctor á que ofreciese incienso á los dioses, prometiéndole todo favor si obedecía. El

Santo se aproximó al altar y lo derribó de un puntapié. Enfurecido el tirano, en el acto le hizo cortar el pie y ordenó le aplastasen bajo la rueda de un molino. Ejecutaron la atroz sentencia; pero el Santo aun respiraba cuando la máquina se rompió. Le cortaron en fin la cabeza y en aquel entonces se oyó una voz del cielo que dijo: *Tú has vencido, Víctor, tú has vencido.*

Esta es la suerte del cristiano. Dios, que le tiene contados hasta los cabellos de la cabeza, le robustece el espíritu, le colma de gracias, inunda de paz su corazón y le acompaña en todos sus pasos. En el combate consiste su gloria y es la muerte su triunfo. En todos los siglos, muchos han sido los fieles que han sufrido cárcel, destierro, calumnias vejámenes y todo género de persecución por Jesucristo, y que, como los primitivos mártires, según doctrina de Santo Tomás, obtienen la aureola, del martirio. ¡Cuán consoladora doctrina!.. ¡Ah! exclama San Alfonso de Ligorio, cuál será en el último día la desesperación de los pecadores al ver á tantos mártires que por no perder á Dios soportaron los tormentos más atroces y la muerte más cruel, en tanto que ellos, por no renunciar un vano punto de honra, mezquinos intereses ó fugaces placeres, despreciada la divina gracia, irán condenados para siempre.. para siempre... al infierno.

— *¿Qué otro signo manifiesta la divinidad de la Iglesia Católica?*

— *El fin funesto de los perseguidores y enemigos de la Iglesia.*

Herodes el Grande, que mandó degollar á los *Santos Inocentes*, esto es, á catorce mil niños de Belén y sus alrededores, á fin de que con ellos muriera el Niño

Jesús, fué roído vivo por los gusanos; lleno de úlceras, su aliento era tan fétido que no era posible acercarse á él. Expiró atormentado con los más agudos dolores. — (*Josefo*)

Judas Iscariotes, que en treinta monedas vendió á su Divino Maestro, se ahorcó con un lazo. — (*S. Mateo.*)

Caifás, sumo sacerdote, que contribuyó á la pasión y muerte del Salvador, se suicidó. — (*S. Clemente.*)

Tiberio, Emperador de Roma, que permitió fuera inicuamente juzgado y sacrificado en sus dominios el Redentor del Mundo, fué ahogado con una almohada por Calígula. — (*M. Carbonero y Sol.*)

Pilatos, Gobernador de Judea, que pronunció la sentencia de Jesús, relegado al destierro, se dió la muerte. — (*Henrión.*)

Herodes Antipas, que hizo decapitar á San Juan Bautista y que escarneció á Jesucristo, desterrado á León, murió consumido de tristeza y como su padre, roído por los gusanos. — (*P. Flores.*)

Calígula, mónstuo de crueldad, que deseaba tuviera el pueblo romano una sola cabeza para cortársela de un golpe, que quiso pasar por Dios, y que nombró colega de su imperio á un caballo, murió asesinado por Casio, capitán de sus guardias y por otros conjurados que le dieron treinta puñaladas. — (*Tácito, Josefo, Salzano.*)

Néron, el Emperador romano, que inició la persecución general contra los cristianos, que hizo crucificar á San Pedro é incendiar á Roma por sus cuatro costados y que dió muerte á su propia madre, concluyó hundiendose un puñal en la garganta. — (*Carbonero y Sol.*)

Domiciano, Emperador de Roma, que publicó el edicto de la segunda persecución contra los cristianos, que se hizo llamar *Dios y Señor*, fué mandado asesinar por su

mujer y demás personas de la corte sabedoras de que estaban por él sentenciadas á morir. — (*Anquetil.*)

Trajano, Emperador de Roma, que decretó la tercera persecución contra los cristianos se cree fué envenenado. — (*Carbonero y Sol.*)

Marco Aurelio, Emperador de Roma, que oprimió con una cuarta persecución á los cristianos, atormentado por los remordimientos y haciéndosele odiosa la vida, murió intencionalmente de hambre. — (*Berault Bercastel.*)

A Séptimo Severo, Emperador romano, que anegó en sangre sus dominios con la quinta persecución contra los cristianos, en una comida le sobrevinieron tan fuertes y atroces dolores que le produjeron la muerte. — (*Carbonero y Sol.*)

Maximino, Emperador romano, que quiso destruir el cristianismo con la sexta persecución, fué degollado por sus mismos soldados y arrojado su cuerpo á las fieras. — (*Id.*)

Decio, Emperador de Roma, que decretó la séptima persecución á los cristianos, y una de las más terribles y sangrientas, en guerra contra los godos y persas, murió ahogado en el fango y sirvió de pasto á las fieras y á las aves de rapiña. — (*Id.*)

Valeriano, Emperador de Roma, que publicó la octava persecución contra los cristianos, fué reducido á prisión, enjaulado y al fin mandado degollar y salar por Sapor, Rey de Persia. — (*Id.*)

Aureliano, Emperador de Roma, que proclamó la novena persecución contra los cristianos, fué asesinado por uno de sus oficiales. — (*Id.*).

Diocleciano, Emperador de Roma, que persiguió con la décima y última persecución general á los cristianos y uno de los príncipes mas crueles é impíos, se dejó

morir de hambre á consecuencia de una enfermedad espantosa que le hacía revolcarse por el suelo y en la que los gusanos le comían la lengua que se le caía á pedazos.

Ejemplar y terrible fué la muerte de mil enemigos de la Iglesia como Manes, Arrio, Juliano el Apóstata, Nestorio, Focio, Zuinglio, Calvino, Lutero, Enrique VIII, Rousseau, Voltaire, y otros como circunstanciadamente se registra en la importante y muy recomendable obra del Dr. Don Manuel Carbonero y Sol, titulada : FIN FUNESTO DE LOS PERSEGUIDORES Y ENEMIGOS DE LA IGLESIA.

— ¿Hay otras pruebas que manifiesten la divinidad de la Iglesia Católica?

— Sí, la santidad de su doctrina y los grandes beneficios obrados por ella.

La divina doctrina. — La Iglesia es depositaria de la doctrina de Jesucristo. Y Jesucristo vino á cambiar la faz del mundo : Amó lo que nadie había amado en la tierra antes que él. Amó como nadie ha amado. Amó á los pobres. Amó á los enfermos. Amó á los niños. Amó sobre todo á los pecadores. Amó, en una palabra, á todos los que sufren en la tierra, es decir, á todos los hombres.

Y no solamente nos amó sino que quiso además que nos amásemos los unos á los otros, que amásemos aún á nuestros enemigos y amásemos á su Padre Celestial, su Padre que tambien es el nuestro. Toda su ley, toda su religión es ley y religión de amor.

Amó á los pobres. Antes de Jesucristo nada semejante se había oído. Divinizado el vicio sólo impera la fuerza. Es protegido el fuerte y oprimido el débil. Tan sólo por dar mayor animación á los espectáculos se quitaba en

ellos la vida á los esclavos. La sangrienta representación de un combate naval en el Circo de Roma manifiesta á que extremo había llegado la barbarie.

Marco Aurelio, Emperador de Roma, declara que « compadecer al desgraciado y llorar con los que lloran es una debilidad. »

Séneca, el moralista más célebre de la antigüedad, dice : « La misericordia es un vicio del corazón. Los hombres honrados la evitaran con cuidado. »

Cicerón agrega : « Los hombres compasivos son los necios y los aturdidos. El hombre verdaderamente hombre no se deja nunca enternecer ni ablandar. Es un crimen escuchar la compasión. »

Jesucristo aparece. Va á principiar su vida evangélica. Al pie de una montaña hace un día su primera predicación. ¿Qué dice? ¿Cómo comienza su enseñanza?

« Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos. »

La clase pobre era antes mirada con desprecio. Aristóteles decía que « la virtud nada tenía que hacer con aquellas muchedumbres; » y escribía Ciceron : « Los artesanos, por su profesión, son todos gentes despreciables, y nada noble puede albergarse en una tienda ó en un taller. » ¡Nada noble puede albergarse en una tienda ó en un taller!

¡Pues bien, por eso Nuestro Señor nació pobre y pasó treinta años en un taller, trabajando con sus manos, ganando su vida con el sudor de su frente, para enseñar á la mundana soberbia la dignidad del pobre y del obrero, y el amor y respeto que les son debidos! Y luego para apóstoles de su doctrina elige no á los sabios ni á los poderosos sino á doce pobres pescadores. Hay más, no sólo promete no dejar sin recompensa ni siquiera un vaso de agua que se dé á un pobre en su nombre,

sino también advierte, que en el día del juicio llamará á los suyos y les dirá: « Venid benditos de mi Padre á poseer el reino que os ha sido preparado desde el principio del mundo; porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber... pues lo que habéis hecho por el último de los míos por mí lo habéis hecho. »

Amó á los enfermos. Entre las miserias humanas hay una que sobre todo reclama compasión: la enfermedad.

¿Cuáles eran las máximas de los antiguos respecto de los enfermos?

Los Romanos « mandaban á la isla del Tíber á los esclavos enfermos para que muriesen, evitándose así, dice Suetonio, el fastidio de curarlos; » y Platón prodiga elogios al famoso médico Esculapio « que no quiso nunca encargarse de prolongar la vida y padecimientos de las personas atacadas de males crónicos é incurables; porque esto, decía, no traía ventajas ni á dichas personas ni al Estado. »

Pero Nuestro Señor Jesucristo se presenta y lo cambia todo. Atiende á los enfermos, los cura, hace por ellos mil milagros. Se le presentaban en muchedumbre rogándole les permitiese tocar siquera el borde de su manto, y todos quedaban sanos. El gran cargo que los fariseos hacían á Jesús es que hacía milagros y sanaba á los enfermos en día sábado.

Amó á los niños. Antes de la venida de Jesús, entre todos los seres despreciados, desheredados absolutamente de piedad y maldecidos desde su nacimiento, ninguno lo fué más que el niño.

« En Esparta, dice Plutarco, luego que nace un niño se delibera acerca de su vida ó muerte: si es de complexión vigorosa, se le conserva la vida; si es débil ó deforme, se le arroja desde la cima del monte Taigeto. »

En Atenas, las leyes de Solón autorizaban formalmente el asesinato de los niños cuyos padres eran dueños de hacer con ellos lo que quisieran.

En Roma, « Si el niño es contrahecho, decía la ley de las Doce Tablas, el padre, sin dilación ni formalidad, por su propia mano déle la muerte. »

Pero ¡hubo un día mejor en la historia de la humanidad! ¿Qué voz se oyó de repente? « Dejad á los niños que se acerquen á mí, porque de ellos es el reino de los cielos, » dijo Jesús. Después añadió : « El que recibe en mi nombre á uno de estos niños á mí me recibe. » « Y al que escandalizare á uno solo de estos pequeñitos, mejor le fuera que colgasen á su cuello una piedra de molino, y le arrojasen con ella en lo profundo del mar. » ¡Qué día tan grande aquél para las madres!

Ellas comprendieron desde entonces á Jesús y le siguieron presurosas.

Amó á los pecadores. Este fué el amor por excelencia de Jesús. Abiertamente se declara amigo de los pecadores. « No vine á salvar á los justos sino á los pecadores, » dijo. — Y los fariseos se escandalizaban. — La ternura que les manifiesta, la compasión que le inspiran, se apoderan de su sér y le penetran hasta el fondo del alma. Es lo único que le pone fuera de sí. Por los pecadores da gritos, vierte lágrimas. Vedlo llorar sobre Jerusalén; leed la historia de Magdalena pecadora, de la mujer adúltera, de la Samaritana, mujer perdida, leed las parábolas del Buen Pastor y del Hijo Pródigo; son una cosa extraordinaria. — (*Dupanloup.*)

La Virginidad. Jesucristo coronó con brillante aureola la virtud de la virginidad. Nada tan bello como un alma pura. La pureza eleva al hombre y le hace semejante á los ángeles.

« El gran resultado de la predicación del Evangelio,

dice Orígenes, es la reforma de las costumbres. Si alguien hubiese curado cien personas del vicio de impureza, apenas hubiera podido creerse que no había en él alguna cosa sobrenatural : ¿qué debe, pues, pensarse de una multitud tan grande de cristianos que se han transformado en otros hombres después que han recibido esta doctrina, abrazando la continencia perfecta en todas las provincias del imperio?... Un cristiano doma las pasiones más violentas con la mira de agradar á Dios, mientras que los paganos se sumergen en las más vergonzosas voluptuosidades sin sonrojarse; y en medio de sus desórdenes, pretenden aún conservar el carácter de hombres honrados y honestos. El cristiano menos intruído es infinitamente más ilustrado, en la excelencia y extención de la castidad, que los filósofos, las vestales y los pontífices de los paganos. »

*
* *

Jesús y los enfermos. — Un día aconteció una cosa maravillosa, un espectáculo sublime, un sermón *en acción* sobre una montaña.

Era en las orillas del lago Tiberíade.

Jesús habiendo ido á este lago se vió rodeado de tan considerable número de gente, que se tuvo que subir á una de las montañas para poder sentarse á descansar; pero allí le siguió la muchedumbre : una muchedumbre numerosísima de enfermos y lisiados. Unos á otros se llamaban. ¡Ahí vá! decían. ¡Venid, venid y os sanará?

Se pusieron á trepar por los senderos y las colinas y al ver á Jesús se colocaron junto á él, como un inmenso hospital. Allí se reunían todas las miserias, todas las languideces y todos los achaques humanos : mujeres, niños, ancianos, ciegos, sordos, mudos, cojos, paralíticos, hidrópicos, calenturientos, leprosos, epilépticos y moribundos.

Y Jesús decía : « Venid todos á mí y yo os aliviaré. » Los veía venir á lo lejos y acercarse unos después de otros para que les impusiese las manos; y á todos sanaba.

Á nadie se negada. Los Apóstoles se enfadaban de los gritos de la muchedumbre. Él los apaciguaba. « Aguardad, les decía, todavía ahí aquí uno. » Y luego que todos estuvieron curados, de tal manera que los mudos hablaban, los cojos andaban, los ciegos gozaban de la luz del día y los lisiados estaban sanos, todos á una voz, con un solo corazón y un alma, entonaron un himno de gloria al Hijo de Dios.

*
* *

Héroes del cristianismo. — El Emperador Valente mandó cerrar las iglesias de los católicos y dar muerte á cuantos se reuniesen para celebrar los divinos oficios. Los fieles se congregaban entonces en las *Catacumbas* de Roma, oscuros subterráneos, de muchas leguas de extención, trabajados por ellos para ocultarse á la ira de los tiranos. Allí tenían sus iglesias y sepulcros donde enterraban los cuerpos de sus hermanos y de los Mártires. Un silencio solemne reinaba en aquella misteriosa ciudad sepulcral. Iluminada por lámparas de barro ó de bronce, en forma de nave, sus calles y galerías parecían los caminos de la muerte. Llamábanse generalmente *cementerios*, palabra dulce y consoladora que quiere decir *dormitorios*, pues, la fe nos enseña que por la muerte nuestros cuerpos esperarán, como en sueño, la resurrección universal; por esto los cristianos han reprobado y mirado siempre con horror el uso inhumano de incinerar los cadáveres de nuestros semejantes y en especial de nuestros hermanos por el bautismo, dice don Bosco.

Con indecible emoción visité, en 1875 la veneranda

catacumba de San Calixto, cuidadosamente restaurada por Su Santidad Pio IX. Ciento setenta mil mártires y cuarenta y seis pontífices han sido sepultados en ella.

¡Cómo impresiona su vista! ¡Cuántos recuerdos en aquella imponente soledad!

Allí, pues, se reunían los cristianos para ofrecer sus santos misterios cuando el Prefecto Modesto les notificó la orden del Emperador. A pesar de esto la reunión del domingo siguiente fué más numerosa que nunca, y al atravesar la ciudad el Prefecto seguido de sus soldados, vió á una pobre mujer que conduciendo á un niño de la mano, salía apresuradamente de su casa, sin cerrar siquiera la puerta; en su precipitación pasó por entre las filas de soldados que llenaban la calle; pero Modesto mandó detenerla. « ¿Adónde vas con tanta prisa? le dijo. — A la reunión de los cristianos. — Acaso no sabes que voy á dar muerte á cuantos concurran á ella? — Sí, y por esto corro, temiendo perder la ocasión de sufrir el martirio. — Y ¿para qué llevas contigo á ese niño? — Para que participe de igual felicidad (1). » Admirado Modesto de tanto valor, se dirigió al palacio imperial é hizo desistir al soberano de su cruel proyecto.

* * *

Un niño heroico. — En los tres primeros siglos de la Iglesia las calles, las plazas y el anfiteatro de Roma eran constantemente regados con la sangre de los Mártires.

Cuando el glorioso San Pancracio y sus compañeros fueron encerrados en una cárcel, los fieles pensaron en proporcionarles el consuelo de recibir la Santa Eucaristía, como lo acostumbraban hacer con todos condenados al martirio. El enviarles este consuelo, burlando

(1) Cesar Cantu, *Hist. univ.*

la vigilancia de los paganos, era una empresa llena de peligros. Los ministros del altar espiados día y noche no podían desempeñarla. Preciso era confiar tan delicada comisión á personas que no despertasen sospechas á los perseguidores.

El día en que se trató de enviar el sagrado viático á San Pancracio y sus compañeros, el sacerdote, en el altar, se volvió á los asistentes para elegir un mensajero.

Antes que nadie hubiese tenido tiempo de ofrecerse, salió de la multitud un joven, casi niño, llamado Tarcicio, y se presentó delante del altar. — Eres demasiado joven, le dijo el sacerdote. — Padre mío, mi juventud será mi mejor protección; no me rehuséis este honor. Las lágrimas brillaban en los ojos de aquel ángel y sus mejillas se encendían en inefable amor.

El sacerdote, profundamente impresionado, tomó entonces el Santo Sacramento, lo envolvió respetuosamente en un lienzo blanco y al ponerlo en manos del piadoso niño le dijo : « Piensa, hijo mío, que es un tesoro celestial el que te confío. Guárdalo con fidelidad. »

— « Antes que abandonarlo daré mi vida, » respondió el intrépido joven, y abrazándolo en su pecho voló á cumplir su misión.

Tarcicio caminaba con los ojos bajos, cuando una señora quiso llevarlo consigo á tomar parte en una fiesta. Siento, le dijo el niño, no poder acceder. Tengo precisión de cumplir un importante encargo. Y á pesar de todas las instancias, continuó su camino.

Al salir de la ciudad, encontró una turba de niños de su edad que jugaban juntos; inútilmente lo llaman y lo invitan á sus juegos; en vano lo rodean y quieren arrastrarlo por fuerza. Tarcicio invencible, se escapa de las manos de sus compañeros, y prosigue su marcha á lo largo de la vía Appia. No tardó en atraer sobre sí la

atención de algunos paganos, enemigos encarnizados de los discípulos de Jesucristo. Desde que lo vieron andando ligero, con las manos sobre el pecho y de aspecto angelical, dijeron entre ellos : « Hé aquí un joven cristiano que sin duda lleva reliquias de algún muerto... »

Detienen al niño, le exigen que diga lo que lleva. No obteniendo ninguna respuesta, le entreabren el vestido y quieren arrancarle del pecho las manos. ¡Inútiles esfuerzos! El niño parece dotado de un vigor sobrehumano para no dejar ver la Santa Hostia. Furiosos con la resistencia de Tarcicio, lo amenazan con la muerte si no les muestra en el momento lo que tiene escondido. Tarcicio dirigiendo al cielo sus miradas, y estrechando sobre su corazón el cuerpo adorable de Jesucristo, ofrece generosamente á Dios el sacrificio de la vida antes que entregar á los ultrajes de los paganos el tesoro que se le ha confiado.

Entonces un terrible golpe es asestado en la cabeza del niño por un puño implacable y después otro y otro, hasta que el pobre niño, indefenso, cae derribado en tierra, bañado en sangre; pero teniendo siempre sus brazos cruzados sobre el pecho.

La multitud se arroja sobre él y veinte brazos se extendían para apoderarse del precioso depósito, cuando los cobardes asaltantes se sintieron repelidos por una mano poderosa : era un oficial cristiano de alta talla y fuerza hercúlea, delante del cual huyó apresuradamente la multitud. El oficial se arrodilló para levantar cariñosamente al pobre niño casi moribundo y consternado le preguntó :

— ¿Sufres mucho, mi querido Tarcicio?

— No te cuides de mí, Cuadrato, le respondió el niño : atiende solamente á los divinos misterios que ocultos llevo conmigo.

Levantóle aquél con un respeto que advertía que lo que cargaba en sus hombros no era solamente la víctima del furor pagano sino también la divina víctima de la Redención. El valiente Cuadrato, sin sentir la doble y santa carga que conducía, llegó, sin que nadie se atreviera á detenerlo, á los pies del venerable sacerdote que había confiado, una hora antes, á Tarcicio, el depósito sagrado. El ministro del Señor, al ver el estado en que llegaba su mensajero, prorrumpió en llanto; y su admiración subió de punto luego que tuvo noticia de cuanto le había ocurrido.

El niño descansó en el Señor, y su muerte pareció ser el dulce sueño de un ángel. Fué enterrado en las Catacumbas, en presencia de los más antiguos en la fe, quienes lloraban de admiración. Sobre su tumba se grabó un epitafio latino escrito por el Papa San Dámaso, que decía:

« *Tarcicio llevaba la Eucaristía á los Mártires, y los paganos intentaron profanarla: pero él prefirió morir despedazado bajo sus golpes antes que entregar el cuerpo venerado de Cristo.* — (Vergara Antúnez, *El Angel de la Primera Comunión.* — Schouppe, *La Primera Comunión.*)

*
* *

Los héroes de Calés. — Eduardo III, Rey de Inglaterra, se hallaba empeñado en tremenda guerra contra los franceses. Irritado por la larga resistencia que había opuesto la ciudad de Calés estaba dispuesto á exterminarla, y no quería oír ninguna proposición de paz, mientras que no se presentasen á él, con las llaves de la ciudad, seis de los más notables habitantes, vestidos de sayal, con los pies desnudos y una cuerda al cuello, para subir en seguida al cadalso. A esta intimación la ciudad se estremeció de espanto. Al mudo silencio suce-

dieron los llantos, lamentos y gemidos. El plazo fatal se acercaba; era necesario resolver.

Eustaquio de San Pierre se presenta en medio de la multitud que con indecible ansiedad quiere escucharle. Y les dice: «Gran desgracia sería la muerte de todo el pueblo... Me alienta la esperanza de que si muero por salvarlo, Dios me reciba. Quiero ser el primero en ofrecerme en holocausto.»

Esta sublime abnegación fué inmediatamente imitada por cinco de sus conciudadanos, prontos á inmolarse por la patria...

Alejados de Calés en medio de los gritos de reconocimiento y de las lamentaciones de la multitud, comparecieron delante del Rey. Eduardo estaba furioso. Los recibió con enojo y los mandó al cadalso.

La cruel sentencia iba á ejecutarse, cuando la Reina, esposa del príncipe se arrója á los pies de éste é implora gracia para Eustaquio y sus compañeros. Eduardo depuso su cólera y concedió el perdón.

Aquellos nobles ciudadanos, aquellos grandes patriotas y cristianos son apellidados por la historia *Los héroes de Calés.*

*
* *

San Vicente de Paul y las Hermanas de la Caridad.—San Vicente de Paul, ejemplo de todas las virtudes, alivio de todas las miserias, después de los apóstoles, es quizás el más insigne bienhechor de la humanidad. Tanto se compadecía del infeliz, que en Túnez consiguió un dia librar de las cadenas á un presidario quedando él en su lugar. Los cautivos y aun los guardias se enternecían hasta derramar lágrimas al considerar la caridad del Santo. Esta caridad incomparable fué la que le movió á recoger en París y otras partes á los niños expósitos y á fundar numerosos asilos y hospitales. Algunas señoras pia-

dosas, admiradas de tanto celo, le ayudaban en su obra.

Muchos niños desamparados en las calles, en las plazas, ó á las puertas de los templos eran arrancados de la muerte en el Asilo de San Vicente. Pero los recursos se agotaron. El Santo, reuniendo entonces á las señoras, les dijo : « Señoras, la compasión y la caridad nos hicieron adoptar por hijos á estas criaturas, cuyas madres habéis sido según la gracia, desde que las renunciaron las que lo eran por naturaleza; considerad, pues, si las abandonaréis ahora y si dejaréis de ser madres suyas para convertiros en sus jueces. Su vida está en vuestras manos ». La respuesta fué generosa. Las monedas y las joyas aseguraron el albergue á tantos niños degraciados.

Todavía, para facilitar á sus párvulos, más tiernos cuidados y á sus enfermos mejor asistencia, fundó la congregación de las *Hermanas de la Caridad*. Y ya no faltaron vírgenes que sacrificando la hermosura juvenil, las riquezas, las comodidades del hogar y dando un adiós eterno al mundo y los placeres se dedicaran á enjugar las lágrimas y curar las miserias de los hospitales.

Hé aquí un rasgo de tal caridad :

« Era en Reischoffen. Una de las hermanas seguía las tropas francesas que se batían en retirada. De repente se detiene. Acaba de caer un soldado y ella ha oído un grito. Un instante después está al lado del paciente, vendándole las heridas.

Terminado este piadoso trabajo comienza á diseñarle en la frente la santa cruz...

En esto una bala de cañón corta á la hermana las dos piernas y cae moribunda junto al herido (1). »

¿Quién dirá su nombre? ¿Quién podrá decirlo? No lo tiene. Es *Hermana de la Caridad*; se ha renunciado á sí

(1) *Le Gaulois.*

misma; ha cambiado los encajes por el vestido de sayal, las joyas por un rosario negro y un crucifijo de cobre. Se encuentra como ángel tutelar á la cabecera del enfermo y acompaña al combatiente en los peligros, pronta á servile, á curarle, á cerrarle los ojos y á morir por consolarle. Su patria es el mundo, su familia la humanidad.

— *¿A quién nombró Nuestro Señor Jesucrito para jefe de los cristianos?*

— *A San Pedro.*

— *¿Qué nombre se le dá á San Pedro como jefe de los cristianos?*

— *Se le dá el nombre de* Papa *ó de* Pontífice.

— *Y ahora ¿quién es el Papa?*

— *El sucesor de San Pedro, representante de Nuestro Señor Jesucristo en la tierra.*

— *Cómo se llaman los sucesores de los Apóstoles?*

— *Se llaman* Obispos.

— *¿Quiénes son los sacerdotes?*

— *Son los auxiliares de los Obispos y ministros de Dios.*

— *¿Cómo se llama á la reunión de todos los cristianos gobernados por los Obispos y el Papa?*

— *Iglesia Católica.*

— *Cuando se obedece al Papa, al Obispo y á los sacerdotes ¿se obedece á los hombres?*

— *No, sino á Dios que los envía.*

Poder dado á San Pedro. — Iba Jesús con sus discípulos visitando las aldeas de los alrededores de Cesarea...

Un día les hizo esta pregunta : « ¿Quién dicen los hombres que soy yo? » Los discípulos le respondieron : « Unos dicen que Juan Bautista, otros que Elías, otros

que Jeremías, otros, en fin, dicen que eres uno de los antiguos profetas resucitado. »

Y vosotros, replicó Jesús, ¿quién decís que soy yo?

Simón Pedro, tomando la palabra, le respondió : « Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo? »

Jesús le dijo : « Bienaventurado eres Simón, hijo de Juan, porque no es la sangre ni la carne la que te lo ha revelado, sino mi Padre que está en el Cielo.

Y yo te digo que tú eres Pedro (que significa piedra) y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.

Y á tí te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que ligares en la tierra, ligado será en los cielos, y todo le que desatares sobre la tierra, será desatado en los cielos. »

Las palabras de Jesús son claras : ha establecido á Pedro como fundamento y base de su Iglesia, lo ha constituído jefe de los apóstoles y de todos los fieles.

*
* *

Protesta de amor. — Jesucristo después de su resurrección se apareció á sus apóstoles y preguntó á Simón Pedro : « Simón, hijo de Juan, me amas más que éstos? »

Pedro le respondió : « Sí, Señor, tú sabes que te amo. «

Jesús le dijo : « Apacienta mis corderos. »

Le preguntó segunda vez : « Simón, hijo de Juan, ¿me amas? »

Pedro le respondió : « Sí, Señor, tú sabes que te amo. »

Jesús le dijo : « Apacienta mis corderos. »

Y le preguntó por tercera vez : « Simón, hijo de Juan, ¿me amas? »

Pedro se entristeció, porque tres veces le había pre-

guntado. ¿Me amas?; y le respondió : « Señor, tú sabes todas las cosas ; tú sabes que te amo. »

Jesús le dijo : « Apacienta mis ovejas. »

Hé ahí á San Pedro establecido pastor de la Iglesia, pastor á quien se encomienda la guarda de todo el rebaño del Señor : desde luego los corderos, esto es, los fieles; en seguida las ovejas, es decir, los demás apóstoles y sus sucesores. — (*Bossuet.*)

— *¿El Papa no puede equivocarse?*

— *No, no puede equivocarse, es infalible*

— *¿Cuándo es infalible?*

— *Cuando como jefe de la Iglesia define que debe creerse una doctrina sobre la fe ó las costumbres.*

— *¿Y en los demás casos puede engañarse?*

— *Sí, como cualquiera otro hombre.*

El Papa. — El Papa es el personaje más augusto que existe en la tierra. Su dignidad es sublime. Es el sucesor de San Pedro, Vicario de Jesucristo, Jefe de toda la Iglesia, Doctor infalible y Padre de todos los fieles.

Millares de católicos se sienten felices al presentarle homenaje de veneración y fidelidad, y de rodillas inclinan la frente, le besan los pies y reciben su bendición. El Sumo Pontífice, ocupado en tantos y tan graves asuntos se dá todo á todos, á nadie rechaza; admite al que implora socorro, al que le pide consejos, aun á aquel que quiere sólo llevar consigo el consuelo de haberle visto. Los recibe con esa inexplicable sonrisa que resplandece habitualmente en la serenidad de su rostro. Sólo una vez le he visto, y jamás podré olvidar aquella expresión de dulzura, de benignidad y de paciencia, aquel carácter de majestad paternal, aquella inefable mirada que penetra los corazones. El espíritu de Dios está en él.

En otro tiempo los monarcas se prosternaban á sus pies y recibían sus consejos como oráculos.

« Yo no conozco día más grande en la historia, dice Bessón, que aquel en que Carlomagno, vencedor de los Sarracenos, de los Sajones y de los Lombardos, de rodillas sobre las gradas de la Basílica de San Pedro, la diadema sobre la cabeza y la mano sobre el Evangelio, á los pies de León III, que lo coronaba y aclamaba como Emperador, pronunciaba este juramento : « En el nombre de Cristo, delante de Dios y del Bienaventurado Pedro, juro y prometo que seré el protector y defensor de la Santa Iglesia Romana y que le prestaré, cuanto pueda, la ayuda de mi brazo. »

Hoy día el Padre Santo, el Vicario de Jesucristo, el Jefe de toda la Iglesia es el *Prisionero del Vaticano* (1).

« ¿Aparece á nuestra vista pobre y sin fortuna? Y es el sostén de los indigentes, y un río de oro corre por sus manos paternales para aliviar á los menesterosos. ¿No tiene ejércitos ni cañones? Y no hay, sin embargo, hoy mismo poder moral, que es el verdadero poder, comparable con el suyo. Reyes, y gentes, sabios é ignorantes, la virtud y el vicio, observan cuidadosos sus más ligeros movimientos y prestan atento oído al sonido de su voz.

Cuando él bendice, el alma se estremece de alegría... ¡Ah! esa debilidad es aparente, ese poder es formidable, esa autoridad es divina. » *(M. Casanova.)*

— *¿La Iglesia Católica existirá siempre?*

— *Sí, existirá hasta el fin del mundo, como lo ha declarado Nuestro Señor Jesucristo.*

(1) Desde San Pedro hasta León XIII, ha habido doscientos cincuenta y siete Papas, de los cuales los treinta y uno primeros fueron mártires, y como ochenta santos canonizados.

La tempestad apaciguada. — Un día que Jesús, al caer la tarde, se encontraba á las orillas del lago Genezaret, viendo una gran muchedumbre á su alrededor dijo á sus discípulos : « Pasemos al otro lado del lago. » Y despedida aquella gente, entró con los suyos en un barco, y otros barcos que allí había le siguieron.

Partieron, pues, y durante la travesía Jesús se durmió.

Y se levantó una gran tempestad de viento que metía las olas en el barco y lo llenaba de agua.

Jesús seguía durmiendo en la popa del barco, apoyada la cabeza en un almohadón.

Asustados sus discípulos se acercaron á él y le despertaron diciéndole : « Señor, ¡ sálvanos, que perecemos ! » — Jesús despertándose les dice : « Hombres de poca fé ¿ por qué teméis? Y luego amenazó al viento y dijo al mar : Calla y enmudece. » Y cesó el viento, y sobrevino una gran bonanza.

Aquella nave representa á la Iglesia. Jesucristo, su jefe invisible, le ha prometido asistirla hasta la consumación de los siglos.

*
* *

Atestación. — Napoleón, desterrado en las rocas de Santa Elena, contemplaba un día el cielo, la tierra y los mares. Absorto en meditación profunda, consideraba los imperios y los reinos, los monarcas y grandes conquistadores; en seguida conmovido exclamó : « Los pueblos pasan, los tronos caen, *sólo la Iglesia permanece.* »

*
* *

Fuera de la Iglesia no hay salvación. — Todos los que conociendo las verdades de la Iglesia rehusan entrar en ella pecan y pierden su alma. Esto no quiere decir que cualquiera que no sea católico se condena;

porque el que se halla de buena fe en el error no es por ello culpado. « Se salvarán, pues, todos los que no han pecado mortalmente, ni han podido conocer la obligación de abrazar la verdadera religión y los que después de pecar se han reconciliado con Dios por medio de la contrición perfecta. Estos se hallan espiritualmente unidos á Dios por la caridad y *pertenecen al alma de la Iglesia.* » — (*Saavedra.*)

*
* *

¿Por qué no hay salvación fuera de la Iglesia? — Porque sólo reciben salario los que trabajan en la viña del Señor.

Todos los que se encontraron fuera del arca de Noé perecieron.

Un miembro separado del cuerpo no puede vivir.

Una rama cortada del tronco no florece ni da frutos.

« No puede tener á Dios por Padre, el que no quiere á la Iglesia por Madre. » — (*San Agustín.*)

*
* *

Cambiar de religión. — « Yo no aplaudo á las personas que cambian de religión, decía un príncipe protestante de Alemania al Conde de Stolberg recientemente convertido. — Ni yo tampoco, contestó el Conde, porque, si mis antepasados no hubieran cambiado, no me hubiera visto yo en la necesidad de volver al catolicismo. »

Madama de Stael, protestante, en una discusión religiosa exclamó : « Quiero morir en la religión de mis padres. » — « Y yo, señora, en la de mis abuelos, » le contestó su interlocutor.

*
* *

Enrique IV. — Siendo rey de Francia, « ¿Puedo yo salvarme en la religión católica? » preguntó á los mi-

nistros protestantes. — « Sí, le respondieron; pero V. M. se salvará más fácilmente en la Iglesia reformada. »

« Y vosotros, dijo el Rey, á los doctores católicos, ¿qué pensáis acerca de esto?» — « Pensamos, R. A. y os declaramos, que conocida la verdadera Iglesia, os halláis en el deber de entrar en ella, y que no hay salvación para vuestra alma en el protestantismo. »

Tomaré, pues, el partido más seguro dijo el Rey; puesto que todos estáis de acuerdo en que siendo católico puedo salvarme, me convierto del calvinismo al catolicismo. »

*
* *

Divinidad del Catolicismo. — « Prueba incontestable de la divinidad de nuestra religión es que jamás ningún católico la ha abandonado para hacerse judío, hereje ó incrédulo con el fin de llevar vida más virtuosa; y por el contrario, muchos doctos y virtuosos infieles han abrazado la fe católica para conseguir la salvación eterna.

Asimismo ningún católico en artículo de la muerte ha renunciado su creencia y confesado otra, en tanto que muchos herejes é incrédulos han entrado en el seno de la Iglesia Católica. » *(Don Bosco.)*

Melanctón, discípulo de Lutero, interrogado por su madre ya anciana y en peligro de muerte, sobre la religión católica y la protestante, le contestó : « La nueva es más cómoda; la antigua es más segura. »

— ¿Tenemos relación los cristianos vivos con los muertos?

— Sí, los que estamos en la tierra podemos ayudar á los que están en el Purgatorio, y ellos pueden ayudarnos á nosotros.

— *¿También tenemos relación con los santos del Cielo?*

— *Sí, los honramos y nos encomendamos á ellos en nuestras oraciones y ellos ruegan á Dios por nosotros.*

— *¿Los cristianos que estamos en la tierra podemos ayudarnos unos á otros?*

— *Sí, podemos ayudarnos con oración y buenas obras?*

— *¿Qué nombre se dá á esta amistad ó comunicación de los cristianos entre sí y con los que están en el Purgatorio y en el Cielo?*

— *Á esta amistad ó comunicación se llama* Comunión de los Santos.

— *¿Por qué?*

— *Porque los cristianos que están en el Cielo son* santos *y los que están en la tierra y en el Purgatorio son llamados á ser* santos.

Comunión de los Santos. – Jesucristo dijo que cuando se reunieran dos ó tres personas en su nombre, Él estaría en medio de ellas; nos manda orar por los que nos persiguen y calumnian. Él mismo ruega por los apóstoles y por los que debían creer en Él; y en la cruz, ruega hasta por sus propios verdugos.

DÉCIMO ARTÌCULO DEL SÍMBOLO

Creo en el perdón de los pecados.

PECADO

El Pecado mortal.

— *¿Qué cosa es el pecado?*

— *Es una ofensa que se hace á Dios.*

— *¿Cómo se ofende á Dios?*

— *Se ofende á Dios desobedeciendo sus mandamientos.*

— *¿Todos los pecados ofenden á Dios igualmente?*

— *No, hay unos que le ofenden más que otros.*

— *¿Cuáles son los pecados que ofenden más á Dios?*

— *Los pecados grandes, que se llaman pecados mortales.*

— *¿Cuándo se comete pecado mortal?*

— *Cuando se sabe que una cosa es gravemente mala y con toda voluntad se hace.*

— *¿Por qué estos pecados se llaman mortales?*

— *Se llaman mortales porque dan muerte al alma.*

— *¿Acaso el alma puede morir?*

— *No, el alma es inmortal.*

— *¿Qué quiere decir entonces que dan muerte al alma?*

— *Quiere decir que el alma se hace enemiga de Dios y si no recobra su amistad se va al infierno.*

Jesús y Barrabás. — Sabiendo Pilatos que Jesús, llevado ante su tribunal, era inocente deseaba salvarlo.

Y como era costumbre dar libertad á un reo, próxima la solemnidad de la Pascua, quiso inclinar á piedad y justicia al pueblo acusador poniendo al lado de Jesús á un malhechor público llamado Barrabás. Hé ahí á dos acusados, les dice : el uno es inocente, el otro un malvado. ¿Cuál de los dos queréis que se salve? Y aquel pueblo impío y criminal responde : ¡Qué se salve Barrabás! ¡Qué muera Jesús!

Esta escena se renueva cada vez que intentamos cometer un pecado mortal. Nuestra conciencia nos dice: eso es malo, con eso ofendes á Dios. No hay conciliación entre Dios y el pecado : ú obedeces á Dios ó pecas. Escoge. El alma pecadora dice : quiero el pecado. ¿Y Jesucristo? ¡Qué muera! no quiero obedecerle; satisfago mi pasión.

*
* *

Horror al pecado. — El Emperador de Constantinopla sumamente irritado contra San Juan Crisóstomo, llamó un día á cinco cortesanos, y les dijo : « Quisiera vengarme del Obispo; decidme, ¿qué castigo podría imponerle?... » Fué cada uno dando su parecer, y dijo el primero : Qué se le destierre y mande á un lugar apartado, donde no vea más á Vuestra Majestad. — Qué se le confisquen los bienes, dijo el segundo. — El tercero : Enciérresele en una cárcel cargado de cadenas. — El cuarto : Qué le quiten la vida. — El quinto más inteligente : En mi concepto, Uds. se engañan, les dijo : Crisóstomo no teme ninguno de esos castigos. Si se le destierra, se consolará diciendo que toda la tierra es su patria; confiscarle los bienes es quitárselos no á él sino á los pobres; si le encerráis en un calabozo, besará las cadenas y se creerá dichoso; si le condenáis á muerte, le abrís el cielo. ¿Quiere Vuestra Majestad vengarse de Crisóstomo? oblíguele á cometer un pecado;

le conozco bien : él no teme el destierro, ni las cárceles, ni el fuego, *no teme más que el pecado.*

La circunstancia siguiente confirma admirablemente la razón que tenía el quinto cortesano.

Un día á nombre de la emperatriz se pidió á San Juan Crisóstomo accediera á una petición que pugnaba con su conciencia. El Santo resistió. Se le hicieron entonces grandes amenazas. Y él respondió : « Id á decir á la emperatriz que Crisóstomo no teme más que una cosa, el pecado. » — *(Vida de San Juan Crisóstomo.)*

Un labrador de Angelmodi acababa de perder enteramente su cosecha á causa de una fuerte granizada. Un amigo suyo le manifestó cuanto sentía su *desgracia.* « No me compadezca, le contestó el campesino, ésta no es una *desgracia*, es un *accidente:* sólo el pecado es una *desgracia.* — (*El conde de Stolberg.*)

La Reina Blanca de Castilla á menudo decía á su hijo Luis : « Hijo mío, mucho te amo ; pero preferiría verte antes muerto que manchado con un pecado mortal. »

Y este buen hijo llegó á corresponder de tal modo á los deseos de su piadosa madre que consiguió ser un gran santo : San Luis, Rey de Francia. — Él, á su vez, recomendaba en testamento á su hijo Felipe : « Hijo mío, guardate de ofender á Dios, aun cuando para evitar el pecado fuese necesario sufrir todos los tormentos de la tierra.

Un religioso encontró un día á San Isidoro ermitaño con los ojos anegados en lágrimas. Preguntóle por qué lloraba. Lloro mis pecados, le contestó y no hallo lágrimas suficientes para llorar tan gran desgracia.

El Rey Lisímaco, en un combate, devorado por la sed, se rindió con todo su ejército al enemigo. Saciada

aquella y arrepentido de su inconsiderado acto, exclamó: ¿Qué es lo que he hecho? ¡por un vaso de agua he vendido mi libertad y mi honor, y soy ahora un miserable esclavo!

Hé ahí lo que dirán un día rechinando los dientes los que, por una vana satisfacción terrestre, hayan perdido el reino de los cielos.

*
* *

Una obra maestra destruída. — Se refiere que el célebre y santo doctor Alberto el Grande, había trabajado treinta años en la ejecución de una obra de arte en extremo notable. Era una estatua que, por medio de un ingenioso artificio, imitaba la voz, el andar y los movimientos del hombre. La imitación era la más perfecta posible. El piadoso sabio que hasta entonces la había tenido oculta, quiso mostrarla. Viendo venir á lo lejos á uno de sus discípulos, arregló el mecanismo de la máquina, le dió cuerda, colocó la estatua frente á frente del que venía y se ocultó para observar la sorpresa que le causara. Llegó el discípulo y experimentó cierto asombro y terror al ver esta figura que se movía y que se adelantaba hacia él pronunciando algunas palabras. Le pareció había en ella algo sospechoso y temible y tomando el primer objeto que encontró á la mano la golpeó sin compasión. « Detente, ¡no la maltrates! » le gritó el artista, saltando de su escondite. Pero aquella primorosa obra estaba ya hecha pedazos. Alberto con vivo pesar exclamó entonces : « ¡Vaya, he trabajado treinta años en ella para que sea destruída en un instante! »

Cada vez que un cristiano comete un pecado mortal rompe la obra maestra de Dios, da muerte al alma, imagen de Dios, y por la cual Él ha trabajado y sufrido treinta y tres años en la tierra. — (*Lefort.*)

El pecado renueva la pasión del Señor. — Se lee en los anales de la Compañía de Jesús, que saliendo un hombre de su casa para cometer un pecado, oyó una voz que le decía : « Detente, desgraciado, ¿adónde vas? » — Volviéndose con asombro vió una imagen de la Virgen de Dolores, que tenía en su pieza, la cual, arrancando una de las espadas que atravesaban su seno, agregó : « Toma esta espada y entiérramela á mí antes que herir á mi Hijo con el pecado que quieres cometer. » Movido aquél á arrepentimiento, se prosternó en tierra y llorando amargamente pidió perdón á Dios y á su Santísima Madre.

Si cada vez que vamos á cometer un pecado, consultáramos nuestra conciencia, oiríamos su voz que nos dice : « ¿Adónde vas, desgraciado? ¿Quieres subir al Calvario á crucificar á Jesús?... »

*
* *

Un cazador de víboras. — Un labriego bastante diestro en cazar víboras, obtenía por ellas buen precio en una botica de París donde las utilizaban para la confección de la triaca (medicina doméstica). El aldeano, halagado con el resultado, se dedicó por completo á ese oficio.

Un día su caza fué abundante. Reunió más de cincuenta víboras. Vuelto á su cabaña las metió en su pieza y las encerró en un tonel. Llegó la noche; hizo oración y se acostó. Mientras dormía, las víboras se agitaron de tal modo que consiguieron mover la tapa del tonel. El calor de la cama las atrajo. Subiéronse á ella, se deslizaron entre las frazadas y envolvieron al pobre hombre sin hacerle mal alguno. Al despertarse éste, alumbraba ya la luz de la aurora. Indecible fué su pavor al verse cubierto de víboras. « Estoy perdido », dijo entre sí; pero tuvo la prudencia de perma-

necer inmóvil. Se encomendó á Dios y sin menearse llamó á una sirviente. Cuando la mujer llegó á la puerta, no entres, le dijo; anda pronto y trae una olla de leche tibia. No pierdas tiempo. Volvió la sirviente y con gran cuidado colocó la leche á la entrada de la alcoba. Las víboras, al olor de la leche, comenzaron á descender. El campesino las veía desprendérsele de los brazos y pasar junto á su cuello en dirección á la olla. Al fin le dejaron libre. ¡Qué grande fué su contento! Cuando estuvieron ya todas en la leche, se levantó y con sus grandes pinzas y aparatos para el objeto las volvió á coger, y tuvo buen cuidado de guardarlas seguras en el tonel. Sólo entonces respiró tranquilo. Arrodillándose dió gracias á Dios de todo corazón por haberle librado de tan gran peligro. Envió después las víboras al farmacéutico de París, y le advirtió al mismo tiempo que renunciaba á su oficio. Desde ese día no volvió más á la montaña, y fué tan grande la aversión que tuvo á las culebras que no podía siquiera oír su nombre sin estremecerse.

Hé ahí la imagen de un alma en pecado mortal: está como rodeada de demonios que no ve. Puede morir y perderse para siempre. — (*P. Buenaventura.*)

*
* *

San Felipe Neri. — Tenía este Santo grande amor á los niños. Atraíalos con afable condescendencia y admirable dulzura, y ellos correspondían su cariño. Un extranjero de distinción le vió un día jugando á la barra con los muchachos y se manifestó muy sorprendido. « No lo extrañe Ud., le dijo el Santo; á fin de que estos niños no ofendan á Dios, estoy pronto á hacer cualquier cosa por ellos, á condescender en todo lo posible, aun cuando para cortar ramas quisiesen subir sobre mis hombros. » — (*Vida de San Felipe Neri*).

La pobre Teresa. — Una niña de tierna edad tenía la costumbre de ir cada día á la iglesia para asistir con su piadosa madre á la misa. A su paso encontraba siempre á una pobre anciana cubierta de harapos, y devorada por llagas que la consumían. Un día la candorosa niña dijo á su director espiritual : Hoy mi libro de meditación ha sido la pobre Teresa. — ¿Habréis pensado sin duda en socorrerla? le preguntó el sacerdote. — Lo hago todos los días, con el permiso de mi madre, contestó la niña; pero no es eso lo que ha ocupado mi pensamiento; imaginábame que Nuestro Señor se me presentaba y me decía : Hija mía, si hubieras de escoger entre las úlceras de Teresa y un pecado mortal ¿qué escogerías? — ¡Ah! Señor, contesté yo, ni lo uno ni lo otro; mas, siendo indispensable escoger alguna de las dos cosas, reflexioné de esta manera : la vejez, la miseria y las llagas son harto sensibles; pero tal vez dentro de ese cuerpo en ruinas se oculte un alma pura, como perla en medio del lodo, lo cual vale más que la fortuna, la hermosura y la salud; así entre manchar mi alma ó ser como Teresa, prefiero ser como Teresa. — (*Sibillat.*)

* * *

Un asesinato. — Un horrible asesinato fué cometido en la persona de un príncipe real. Conducido el asesino á la presencia del difunto, ¿Reconoces este cadáver? le preguntó el juez. — Sí, respondió el asesino, es el del príncipe á quien he dado muerte. — ¿Qué mal te había hecho? — Ninguno, me había colmado de beneficios. — ¿Quién te ha inducido á cometer este crimen? — Mi propia voluntad. — ¿Sabes qué suerte te aguarda? — Sí, la muerte. — ¿Sabes que el príncipe antes de expirar te ha perdonado y ha pedido gracia para tí? — No, nada sabía — Te arrepientes de tu crimen. —

No. — Y si el príncipe todavía viviese..? Volvería á matarle.

Tal es la conducta del pecador con Jesús. Hagámosle, delante de Jesucristo crucificado, el interrogatorio, que el juez hizo al asesino del príncipe. — ¿Ves ese cadáver? — Sí, es el de mi Dios. — ¿Eres tú el asesino? — Sí, yo le dí la muerte. — ¿Qué mal te había hecho? — Ninguno, me había colmado de beneficios. — ¿Sabes qué suerte te aguarda por tu pecado? — El infierno. — ¿Quién te ha inducido al crimen? — El deseo de satisfacer mis pasiones. — ¿Sabes que se te ofrece el perdón? — Sí. — ¿Y tanta bondad no te conmueve? — No. — ¿Estarás al menos dispuesto á no volverle á causar la muerte? — Lo volveré á crucificar cada vez que así lo exijan mis pasiones. — ¡Ingrato!; eres digno de muerte. — *(Sibillat.)*

*
* *

Una santa resolución. — Margarita era una niña de doce años, inocente y pura como un rayo del alba.

En 1863 tuvo la felicidad de ser designada para hacer la primera comunión en el pensionado á que como alumna externa asistía. Se preparó con fervor edificante y Dios le hizo comprender la malicia y fealdad del pecado mortal. Tomó entonces la determinación de morir antes que pecar.

En adelante la niña fué más reflexiva y piadosa; pero había un pensamiento que la dominaba y la seguía á todas partes : el temor de ofender á Dios y de perder la inocencia del alma. — El último día de retiro Margarita se acercó á su madre y conmovida le dijo : « yo he tomado una resolución que, si la cumplo me hará feliz; pero no me pregunte cuál es, porque debo guardarla con inviolable secreto. He pedido á Dios una gracia que creo me la ha de conceder. A fin de que

Dios me oiga le ruego á Ud. que haga cada día una oración con este objeto. — Con mucho gusto, hija mía, le dijo su madre, sin tratar de descubrir el secreto de la niña. Y desde ese día principió á ejecutar su promesa.

Pasados cuatro meses, Margarita comenzó á sentirse mal. Su indisposición pareció ligera en un principio, pero poco á poco la debilidad crecía y las fuerzas de la niña se amenguaban, sin que los médicos acertasen á comprender la causa del mal, ni menos á curarlo.

Pero á medida que la enfermedad se agravaba, más intensa era la alegría de Margarita. Todos comprendieron al fin que la niña marchaba al sepulcro. Su pobre madre, justamente alarmada, quiso saber de su hija el secreto que le había reservado. Un día le dijo : — Hace seis meses que me encomendáste orar á fin de obtenerte de Dios una gracia : es ya tiempo de que me descubras lo que pedías.

— Bien mamá, le respondió la niña con dulce sonrisa, tome Ud. mi cuaderno de primera comunión, ábralo en tal página y ahí encontrará indicada la gracia que con tanta instancia he pedido á Dios.

La madre coge temblando el libro de memorias, busca con ojo inquiéto la página designada, y lee estas palabras : «Dios mío, si viviendo más largo tiempo en la tierra, hubiera de cometer un pecado mortal, os pido la gracia de que me saquéis de este mundo ».

Una palidez mortal se pintó en la frente de la afligida madre: y después de algunos momentos de silenciosa emoción, le dijo : ¿Tú quieres, pues, morir?

— Sí, respondió Margarita, antes que ofender á Dios; porque el cielo será mío y Ud. será madre de un ángel.

En efecto, pocos días después, Margarita volaba al cielo, dejando como recuerdo á sus amantes padres los

apuntes del retiro de 2 de julio de 1863. — (*Le livre des enfants.*)

*
* *

Admirables sentimientos. — María Leckzinska, esposa de Luis XV y Reina de Francia, fué advertida de que ciertos caballeros sin pudor hacían peligrar la inocencia de su hijo mayor, que se encontraba entonces ausente de la ciudad. Al saberlo se arrodilló á los pies de un crucifijo y recomendó á Dios el alma de su hijo primogénito, suplicándole le enviase antes la muerte que permitir perdiese su virtud. En seguida se levantó con la confianza de que su oración había sido escuchada.

Poco después llegó el joven príncipe y su madre trató afectuosamente de averiguar la verdad de lo ocurrido. El peligro había existido. Algunos desgraciados quisieron atentar contra la inocencia del joven; pero á Dios gracias, el buen hijo había resistido enérgicamente. — Más tarde el príncipe cayó enfermo y murió con fervorosos sentimientos.

El mismo día la Reina reunió a sus demás hijos y con lágrimas en los ojos les dijo : « Hijos míos, mis queridos hijos, vuestro hermano mayor ha muerto. Yo misma he pedido á Dios se lo llevara. Un día estuvo expuesta su virtud; advertida yo á tiempo y sin poder acompañarle, pedí al Señor que vuestro hermano antes muriese que llegase á perder la inocencia. El cielo me ha escuchado. Yo lo bendigo. Sin embargo lloro y no puedo dejar de llorar, pues le amaba tanto como una madre puede amar á su primer hijo. »

Sentimientos admirables y heroicos que debieran estar grabados en el corazón de todas las madres.

— (*L'abbé Fliche. Les apprêts d'un beau jour*).

*
* *

Buena resolución. — Un piadoso niño, después de su

primera comunión, formó el propósito de no acostarse nunca en pecado mortal. Una noche, haciendo examen de conciencia al pie de la cama, recordó que había ofendido á Dios gravemente y al punto le vino á la memoria aquel propósito. Pero ¿qué hacer? Es ya tarde. El confesor vive lejos. El camino es solitario; podría ocurrir algún peligro. « Mañana, dijo, procuraré ir de madrugada ». Se acuesta; pero le es imposible dormir. El recuerdo de su propósito le persigue. « Si hoy no lo cumplo, ya está roto; otra vez dejaré también de cumplirlo y entonces ¡oh! Dios mío, sería vuestro enemigo. » ¡Nó, no será así! Se levanta, se viste y sale á la puerta.

La noche es oscura, las calles están desiertas, la soledad espanta. Cierra la puerta, y se acuesta de nuevo y concluye por dormirse. El sueño fué corto. Una pesadilla — el ángel de la guarda quizás — le despierta. La conciencia le atormenta y le insta á confesarse al instante. ¡Pobre niño! ¡Cómo lamenta su caída! ¡Cuántas angustias le causa! Se levanta por segunda vez, toma su rosario, marcha resueltamente y llega á casa de su confesor. Era entrada la noche; pero el confesor le recibe, y edificado con tan santa resolución, le absuelve y le alienta á perseverar en el bien.

Vuelve el niño á su casa con el corazón ligero, feliz, bendiciendo á Dios.

Á la mañana siguiente, como no asistiese al almuerzo con la familia, van á golpear á su puerta. Nadie responde. Abren y encuentran al buen niño con los brazos cruzados sobre el pecho, recostado en cama, con semblante tranquilo, sus ojos mirando al cielo. Le llaman. No responde. Estaba muerto. — (POSTEL, *Bon Ange.*)

*
* *

Bondad de Dios con los pecadores. — San Dionisio de Areopagita refiere que uno de sus discípulos llamado

Carpo, sacerdote muy piadoso, era frecuentemente favorecido por Dios con sobrenaturales visiones. Sucedió un día que habiendo un infiel burlado y pervertido á un cristiano, Carpo hondamente impresionado pidió á Dios les enviara, para escarmiento de todos, un castigo ejemplar. Entregado á la oración, de repente todo desarece á su vista. La casa se le representa partida por mitad, el cielo abierto y Nuestro Señor Jesucristo rodeado de ángeles lanzando sobre los pecadores rayos de fuego. Baja los ojos y vé un abismo profundo de donde salian multitud de serpientes que se enroscaban en las piernas de los culpados y les arrastraban al precipicio. Alzando de nuevo una mirada al cielo, vé á Nuestro Señor descender de su trono y tender la mano á los dos delincuentes para librarlos de las serpientes. Carpo, sumamente conmovido, extrañó sobremanera esta caridad tan contraria á la petición hecha de justicia y rigor; pero se sorprendió mucho más al oir al Señor que le decía : « Carpo, hiéreme si quieres y descarga sobre mí tu cólera; estoy pronto á recibir tus golpes y aun á morir de nuevo por los hombres. Lo que yo pido, es que no sean castigados, sino que se abstengan del pecado y no se expongan á las penas eternas. » Esto fué bastante para que aquel sacerdote se inspirase en sentimientos de mayor bondad y clemencia y para que comprendiese las palabras de Ezequiel : « Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. » — (*Vida de San Dionisio.*)

Cuando Alejandro el Grande sitiaba una ciudad, hacía encender una antorcha y publicar ante el pueblo un edicto en el cual se le advertía que podía obtener gracia mientras la antorcha permaneciese encendida ; pero una vez apagada no era ya tiempo de perdón. El pecador

puede del mismo modo esperar misericordia mientras no se apague la antorcha de su vida; después cae en manos de la justicia inexorable de Dios. — (*Lohn. Bibl.*)

En el momento del pecado el hombre parece tomar en sus manos una balanza. En un lado pone á Dios y en el otro un liviano placer, la satisfacción de una pasión funesta : pesa, y Dios, todo un Dios, es encontrado ligero y opta por el pecado...

Si supierais que cometiendo un pecado mortal se os había de entrar el demonio en el cuerpo, ¿tendríais jamás aliento para consentirlo? Pues, ¿cómo os atrevéis á cometerlo conociendo infaliblemente que al punto el demonio toma absoluta posesión de vuestra alma? Así lo declara la Eterna Verdad : « Os hacéis hijos del demonio por la culpa; os vendéis por sus esclavos y quedáis sujetos á todas sus crueldades. »

El Pecado venial.

— *¿Cuáles son los pecados que ofenden á Dios, sin que sean graves ó mortales?*

— *Los pecados veniales.*

— *¿Por qué se llaman veniales?*

— *Porque disminuyen, pero no rompen la amistad con Dios.*

— *¿Dios perdona los pecados?*

— *Sí, Dios los perdona por grandes, horrorosos é innumerables que sean.*

— *¿Por qué medio perdona Dios los pecados?*

— *Por el bautismo.*

— *¿Y si se peca después del bautismo?*

— *Por la confesión.*

— *¿Y al que no tiene confesor?*

— *Por la contrición perfecta de los pecados, con ánimo de confesarlos tan luego como se pueda.*

— *¿Los pecados veniales se perdonan además por otros medios?*

— *Sí, los pecados veniales se perdonan además por la bendición episcopal, por dar limosna, por rezar el* Padrenuestro *ó la* Confesión, *por darse golpes de pecho, por oír alguna plática ó sermón, por signarse con agua bendita, por comer pan bendito, etc., haciendo cualquiera de estas cosas con verdadero arrepentimiento.*

Como castiga Dios el pecado venial. — Dios con frecuencia castiga severamente los pecados veniales.

David vió perecer á sesenta mil de sus súbditos en castigo de cierta vanidad. — Los betsamitas fueron heridos de muerte por haber tocado con curiosidad el Arca Santa. — Ananías y Safira tuvieron la misma suerte por una mentira.

* * *

Castigo de Moisés y Aarón. — Treinta y nueve años hacía que los israelitas andaban errantes por el desierto cuando llegaron á las fronteras de la tierra prometida. Se acercaba el momento de entrar en ella; pero agotada el agua, el pueblo desfallece, teme morir en el desierto y se levanta tumultuosamente contra Moisés y Aarón, sus jefes. Estos entran en el tabernáculo, y prosternados con el rostro en el suelo, claman al Señor para que no perezca su pueblo. Dios oyó semejante oración y dijo á Moisés: « Convoca al pueblo alrededor de la roca, tócala con tu vara y mándale en nombre mío que te dé agua. La piedra obedecerá y manará agua, la multitud apagará su sed, y podrán abrevarse los ganados. »

Moisés convocó al pueblo en derredor de la roca; más un ligero movimiento de duda y desconfianza se apoderó

de su corazón. Aarón participó de la misma inquietud. Moisés tocó la roca, y la roca no dió agua. Reconoció su falta, y animado entonces de viva fe en la palabra del Señor, la tocó segunda vez. El agua manó al punto en tal abundancia que hombres y animales saciaron la sed.

Mas el Señor ofendido por la falta de Moisés y Aarón, les dijo: No me habéis creído, habéis vacilado, no me habéis honrado en presencia de los hijos de Israel; no introduciréis, pues, á mi pueblo en la tierra que le destino. Y Moisés y Aarón murieron sin entrar en la tierra prometida.

Dios muchas veces castiga con enfermedades y aflicciones temporales faltas solamente veniales. Y también castiga con penas interiores, como disgusto por los ejercicios de piedad, sequedad en la oración, tentaciones contra la fe y la pureza, etc.

En el otro mundo, Dios castiga el pecado venial con el Purgatorio.

El pecado mortal puede compararse á la muerte; el venial á una enfermedad.

El pecado venial predispone al mortal, á la manera que la enfermedad predispone á la muerte.

Basta una chispa para producir un incendio.

« El que desprecia las cosas pequeñas caerá poco á poco en las grandes. » — (*Eccl.* XIX.)

Nadie llega repentinamente á ser un criminal.

Es menester, dice San Cipriano, cerrar no sólo las puertas, sino hasta las más pequeñas aberturas, no sea que el enemigo penetre por una rendija.

Las gotas de agua acaban por llenar los ríos, y por arrastrar las rocas y los árboles arrancados de raíz.

Todos los méritos de los apóstoles, de los mártires, de los santos y de los ángeles, y hasta de la augusta

Madre de Dios, no bastarían á borrar un solo pecado venial y reparar la injuria que se hace á Dios. Para ello son necesarios los méritos infinitos de Jesucristo. — (*C. A Lápide.*)

*
* *

San Luis Gonzaga. — Este angelical santo, á la edad de cinco años cometió dos pequeñas faltas : la primera fué sustraer un poco de pólvora para disparar un cañoncito, y la segunda haber repetido, sin comprenderlas, algunas palabras poco convenientes que oyó á los soldados. Y sin embargo, lloró por esto su vida entera, y su pesar fué tan grande que cayó desmayado á los pies del confesor.

*
* *

Santa Teresa. — Esta seráfica Santa no había caído jamás en pecado grave ; sin embargo, el Señor le mostró el lugar que le estaba reservado en el infierno, no porque lo hubiese merecido, sino porque, permaneciendo en el estado de tibieza en que vivía, habría concluído por perder la gracia y condenarse. — (*San Ligorio.*)

Los mayores bienes, adquiridos al precio de un pecado venial, serían reprobados y desechados por Dios.

San Agustín declara que no sería permitido ni siquiera decir una ligera mentira para salvar á todos los réprobos; porque la mentira es mal contra Dios, mientras que el suplicio de los réprobos es mal del hombre.

Una mentira, una ligera imprecación, dice San Ligorio, son mayor mal que si todos los hombres, todos los ángeles, todos los santos fuesen precipitados en el infierno.

*
* *

Deformidad del pecado venial. — Una dama de honor de la emperatriz Isabel vivía, en la flor de sus años, entregada á la vanidad, á diversiones y festines.

Se encontró un día con el venerable Ávila, apóstol de Andalucía que, animado del espíritu del Señor, le dijo: « Señora, vuestros olores huelen á Infierno; vuestras galas son cadenas que os arrastran el alma. — La gracia de Dios movió el corazón de la dama que con abundantes y tiernas lágrimas lloró sus extravíos y se retiró á un lugar solitario para hacer penitencia de sus pecados. Ocupada allí en oraciones, ayunos y ásperas mortificaciones, rogó al Señor que se dignase darle á conocer el estado de su alma para acabar de purificarse y detestar más el pecado. Una tarde, estando en su albergue, vió de repente pasar un ermitaño de modestísimo aspecto. Quedó asombrada al advertirlo en ese lugar; pero recobrándose y tomando aliento le preguntó qué buscaba en tal soledad. « Levanta un poco este manto y lo veras », contestó el solitario. Obedeció ella y viendo debajo del manto una niña pequeña, muy fea, enfermiza, flaca y con asquerosa cara, preguntóle que quería hacerle presente al traerla. Entonces añadió el ermitaño: « ¿ No te acuerdas de que con viva instancia suplicaste al Señor que te dejase ver tu propia alma? Aquí la ves, mírala en este retrato; así está tu alma tan fea como este niño », y dicho esto desapareció.

Aquella penitente, acongojada y triste pasó la noche combatida de temerosos pensamientos y gimiendo, dirigía al cielo profundos suspiros pidiendo á Dios perdón.

Apenas amaneció fué á dar cuenta de todo lo sucedido á su confesor. Era éste un santo sacerdote que, encomendando á Dios la resolución, le dió después la siguiente respuesta: « Señora, no os aflijáis demasiado, antes bien dad muchas gracias á Dios, porque la flaqueza y fealdad que visteis en el retrato de vuestra alma, son

efectos de culpas veniales que manchan y debilitan el alma, pero no le causan la muerte; pues si fueran pecados mortales, la niña se hubiera visto muerta, pálida y corrompida. » — (*Verdades Eternas.*)

Gracia.

— *¿Podemos ir al Cielo sin la ayuda de Dios?*

— *No, nadie puede ser bueno ni salvarse sin la ayuda de Dios.*

— *¿Dios nos ayuda á todos para irnos al Cielo?*

— *Sí, Dios á todos nos ayuda para ser buenos y salvarnos.*

— *¿Cómo nos ayuda Dios?*

— *Sugiriéndonos santos pensamientos y piadosos afectos que nos incitan al bien.*

— *¿Cómo se llama esta ayuda de Dios?*

— *Se llama* Gracia.

— *¿Dios la concede sólo á los justos?*

— *No, Dios también la concede á los pecadores.*

Nada podéis hacer sin mí, dijo Jesucristo.

Nadie puede atravesar el mar sin un barco. Es igualmente imposible que un alma atraviese el ancho mar del pecado y observe los mandamientos, sin la gracia de Dios. — (*San Macario.*)

La gracia nos es tan necesaria como la tinta á la pluma. No podemos escribir una sola virtud en nuestra alma si nos falta la divina gracia. — (*Santo Tomás de Aquino.*)

Así como el ojo no puede ver en la oscuridad, así nada puede el hombre hacer para su salvación sin la gracia. — (*San Agustín.*)

El cuerpo sin alma es un cadáver bueno para nada; el alma sin la gracia está muerta para el cielo y nada puede hacer. — (*San Agustín.*)

Dios golpea sin cesar á las puertas de nuestro corazón. Siempre está deseoso de entrar; si no penetra, la culpa es nuestra. — (*San Ambrosio.*)

La tierra sin lluvia nada produce y la lluvia sin tierra no puede dar frutos; asimismo la gracia nada puede sin la voluntad y la voluntad nada sin la gracia. — (*San Crisóstomo.*)

Dios, que nos ha creado sin nosotros, no quiere salvarnos sin nosotros. — (*Id.*)

Si vuestra madre os diese una moneda cada hora, y vosotros no la gastaseis ¿no es verdad que en poco tiempo llegaríais á ser ricos? Lo mismo os acontecería con la gracia de Dios si os aprevecharais de todas.

*
* *

Abuso de la gracia. — La poderosa y opulenta Agripina viendo á su hijo gastar sin discreción y á manos llenas el dinero, quiso corregirlo de su prodigalidad. En una ocasión en que había dilapidado un enorme caudal hizo colocar igual suma, en plata, sobre una mesa de la habitación de aquél. Cuando llegó el joven se asombró al ver tan inmensa cantidad de dinero y preguntó su objeto : « Es, le respondió su madre, la misma cantidad que has perdido hoy día. » Y diciendo esto se retiró, dejándolo reflexionar. La meditación fué tan seria y eficaz que aquél se corrigió enteramente.

Si del mismo modo se nos pudiesen presentar ante nuestros ojos las grandes pérdidas que hacemos de la gracia, los méritos y recompenzas eternas que dejamos de adquirir por indolencia, quedaríamos maravillados... Un día lo veremos, pero será tarde. No habrá ya tiempo de enmienda. — (*P. Buenaventura.*)

*
* *

Resistencia á la gracia. — Advertían un día á un

oficial de caballería, sujeto muy apreciado y distinguido: « Señor, nada os falta sino la confesión. » — ¡Oh! respondió el oficial, más tarde, más tarde...; os aseguro que no me falta la fe, y que si enfermara ya mandaría llamar sacerdote... — Pero, ¿y si no tuvierais tiempo? — ¡Ah! una muerte repentina..., respondió, no, por favor no me habléis de ella, porque si yo meditase en tal cosa durante media hora, me volvería loco.

Seis meses después, el desgraciado oficial, murió de repente...

*
* *

No se puede demorar la conversión. — En una ciudad de Francia vivía un rico negociante. Hombre tranquilo y laborioso, buen padre con numerosa familia, era, no obstante, descuidado en el cumplimiento de sus deberes de cristiano. Sucedió que un célebre orador llegó á predicar las conferencias de Adviento. Grande fué el concurso á la iglesia; muchas almas abandonadas se habían reconciliado con Dios; pero el negociante, á pesar de las repetidas instancias de su mujer, no quiso seguir tal ejemplo.

Sentado una vez á la mesa, con toda su familia, advirtió señales de lágrimas en los ojos de su virtuosa esposa. — « Vamos, le dijo en broma, con que hoy ha habido llanto... ya conozco el motivo... Es necesario ser más razonable; bien sabes que no soy un impío, un enemigo de la religión y que un día me confesaré. — Amigo mío, dices que te confesarás; pero ¿si antes llega la muerte? — ¡Bah! siempre la misma cosa; no tienes más que la muerte repentina á los ojos. Queda tranquila. En seguida, golpeándose el pecho agregó: Mira, todavía hay aquí bastante fuerza y vida... Y diciendo esto palideció y calló. Lo recogieron. Estaba muerto. — (*Pensées d'Humbert. — Mullois.*)

La conversión. — ¿Cuándo será tiempo de convertirse? le preguntaron á un caballero. — Un día ántes de la muerte, contestó. — Y ¿cuándo nos visitará la muerte? — Quizás mañana, quizás esta tarde; es necesario convertirse hoy mismo, dijo, porque ¡quién sabe dónde estaremos mañana! — (*Cat. de Rodez.*)

*
* *

Dios muchas veces se sirve de las aflicciones para abrir el corazón á la gracia. — Bien se manifiesta esto en la parábola del Hijo Pródigo, en la conversión del Buen Ladrón, en la de San Pablo y de muchos otros á quienes Dios ha llamado por medio de una enfermedad, ó de una desgracia.

*
* *

Dios se sirve de la voz de la naturaleza para hablarnos al corazón. — Norberto, gentil hombre alemán, poseía cuanto puede halagar en el mundo. Ilustre por su nacimiento como por su vasta y bien cultivada inteligencia, era de hermoso aspecto y dueño de un crecido caudal. Seducido por los falsos encantos del siglo vivía en el placer y la opulencia. Su carácter alegre y jovial contribuía á que fuese como el alma de toda fiesta.

Un vacío insoportable le advertía, á pesar suyo, que sólo la virtud podría darle la paz del corazón; pero amaba sus cadenas y no tenía coraje para romperlas.

Dios quiso despertarlo de su profundo letargo. Un día montó á caballo y fué á una reunión de placer. Atravesaba una hermosa pradera cuando se desencadenó una violenta tempestad acompañada de truenos, rayos y relámpagos. Sin hallar dónde guarecerse, lleno de temor é inquietud, picó espuelas á su caballo; pero en el momento mismo un rayo, con espantoso ruido, cayó á sus pies. El animal se encabritó y le echó por tierra. Allí quedó como muerto. Cuando Norberto vol-

vió en sí, exclamó como Saulo : « Señor, ¿qué queréis que haga? » — « Huye del mal y haz el bien, le respondió una voz interior; busca la paz y emplea todas tus fuerzas en alcanzarla. » Desde ese momento Norberto fué un hombre nuevo. No puso límites en la penitencia y fué un modelo de fervor y austeridad. Ordenado de sacerdote, fundó la Orden de los Premonstratenses.

San Norberto fué elevado, á su pesar, á la sede arzobispal de Magdeburgo, donde murió el año 1134. — (*Lefort.*)

* * *

Las buenas lecturas abren el corazón á la gracia. — Ignacio de Loyola nació en España y fué educado en la corte, entre los pajes del Rey católico.

En su pasión por la gloria abrazó la carrera de las armas. No tardó en distinguirse por su arrojo é intrepidez. Joven todavía, se le confió la custodia de una plaza fuerte. Ignacio veía abrirse delante de sí un brillante porvenir. A la edad de 29 años, en el sitio de Pamplona, defendía la ciudad con heróico valor, cuando una bala le quebró una pierna y la guarnición tuvo que rendirse. Trasportado Ignacio al castillo de Loyola estuvo sujeto á larga curación. En tan insoportable cautiverio, sin compañeros, sin distracciones y cuando el tiempo le parecía interminable, pidió le proporcionaran algunos romances, narraciones de aventuras de caballeros andantes; pero no había de estos libros en Loyola. Le ofrecieron la *Vida de los Santos*. La recibió de mala gana y sólo por matar el tiempo... Allí lo esperaba Dios... Trocado su corazón por la gracia encontró en aquellas páginas un encanto indefinible. A sus ojos sólo los santos eran ya los héroes dignos de este nombre y resolvió darse del todo á Dios. Luego que hubo sanado fué á colgar su espada á los pies de la Virgen de Monse-

rrat, y se retiró á Manresa á ejercitarse en la virtud de la más austera penitencia. Entonces compuso el famoso libro de los *Ejercicios Espirituales*, libro de oro que, como dice San Francisco de Sales, ha salvado tantas almas como letras contiene, y que según afirman muchos sabios le fué dictado por la Santísima Virgen. — (RIVAUX. — *Hist. ecl.)*

PECADOS CAPITALES

— ¿A cuáles pecados se dá el nombre de pecados capitales?

— A aquellos que son como el principio y fuente de muchos otros.

— ¿Cuáles son?

— Soberbia, avaricia, lujuria, ira, gula, envidia y pereza.

— ¿Los pecados capitales son mortales ó veniales?

— Son mortales cuando con ellos se ofende á Dios gravemente, y veniales si se le ofende en materia leve.

Soberbia.

— ¿Qué es soberbia?

— La soberbia consiste en querer ser más que los demás, y en gloriarse de lo bueno que se tiene en sí.

— ¿Por qué no debemos gloriarnos de lo bueno que tenemos?

— Porque todo lo debemos á Dios.

— ¿Qué virtud se opone á la soberbia?

— La humildad.

El que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado. — (*Luc.* XIV. — 11.)

Dios resiste á los soberbios y dá su gracia á los humildes. — (*Jac.* IV.)

Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón. — (*Math.* IX.)

Si me preguntáis, dice San Augustín, cuál es el camino que conduce á la verdad, qué cosa es la más esencial en la religión os responderé : Lo primero es la humildad, lo segundo la humildad y lo tercero la humildad. — (*Epist.* LVI.)

Mirad al gran Dios, quiso nacer en un establo, estuvo en retiro humilde y oscuro durante treinta años, pasó su vida entera en la mayor pobreza, y murió como un malvado, entre dos ladrones.

La Santísima Virgen, elegida para ser Madre de Dios y saludada por el ángel San Gabriel con profundo respeto como llena de gracia, exclama con sublime humildad : « *Hé aquí la esclava del Señor.* »

La humildad es como una balanza; cuanto más baja de un lado, tanto más sube del otro.

Hay almas santas que hacen huír al demonio con sólo decir : ¡Ah, qué yo soy miserable! (*El Cura de Ars.*)

Lucifer quiso ser semejante á Dios y fué por esto precipitado al Infierno con todos sus partidarios.

*
* *

Castigo de Faraón y de su ejército. — Largos y penosos años habían pasado cautivos los israelitas en Egipto, cuando Dios mandó á Moisés y Aaron que se acercaran á Faraón, rey de Egipto, y le dijesen : « Hé aquí lo que ordena el Señor Dios de Israel : Dá libertad á mi pueblo para que vaya á ofrecerme un sacrificio en el desierto. »

El orgulloso Faraón contestó : « Yo no conozco más

Señor que yo, y rehusó con altivez. » — Dios entonces castigó al Egipto con diez grandes plagas : las aguas del Nilo se convirtieron en sangre; los mosquitos llenaron el aire ; la peste desoló la ciudad y mil otras desgracias afligieron al pueblo. Por fin, Dios envió en medio de la noche, y cuando reinaba la calma y silencio, al ángel exterminador que dió muerte á todos los primogénitos de los egipcios, desde el hijo mayor de Faraón hasta el del esclavo aprisionado y aun á los primogénitos de los animales. A la mañana siguiente se oyó un grito de dolor en todo Egipto, pues no había una casa donde no se llorase un muerto. En vista de esta terrible calamidad, Faraón envió en el acto á buscar á Moisés y Aarón, y les dijo : Partid con todos los hijos de Israel y retiraos de mis estados. »

Mientras los egipcios estaban ocupados en enterrar á los muertos, Moisés dió á los israelitas la señal de partir. Eran seiscientos mil sin contar las mujeres y niños. El Señor manifestó sobre ellos visiblemente su protección y les favoreció con grandes prodigios. Con el objeto de indicarles el camino que debían seguir formó una columna de inmensa elevación; durante el día tenía el color de una hermosa nube y durante la noche aparecía como una llama brillante y luminosa. Un ángel estaba encargado de la dirección de la columna destinada á servir de guía á los israelitas.

Después de algunos acampamentos, llegaron á la orilla del Mar Rojo. Los israelitas se encontraron allí encerrados, al frente por el mar y á la espalda por el enemigo. Arrepentido el orgulloso Faraón de haberlos dejado partir, había reunido su ejército y salido contra ellos. Pero Moisés, lleno de confianza en el Señor, tranquilizó á los suyos : « No temáis, les dijo, y esperad en el milagro que por vosotros vá á hacer el Señor. »

Moisés extendió entonces la mano hacia el mar y se abrieron las aguas formando á derecha é izquierda un alto muro. Los israelitas pasaron por medio del mar seco.

Llegan en seguida los Egipcios y marchan por la misma senda con sus carros y caballería; pero en un instante las aguas se cierran y queda allí sepultado Faraón con todo su ejército. Todos los israelitas presenciaron aquel gran prodigio, aquel tremendo castigo, y alabaron á Dios.

*
* *

Soberbia castigada. — Nabuco Donosor, Rey de Babilonia, envanecido con sus conquistas se dejó arrastrar por un orgullo desenfrenado. Dios lo castigó de un modo ejemplar. Arrebatado de locura huyó á las montañas y vivió largo tiempo entre los animales de las selvas.

*
* *

El orgulloso Amán. — El ejército asirio acometió á Israel é hizo muchos prisioneros. Entre los judíos que llevó cautivos á Babilonia se encontraba Mardoqueo, quien tenía una sobrina llamada Ester, la cual había perdido á sus padres desde la más tierna infancia. Adoptada por su tío, la joven huérfana vivía en la inocencia y en la práctica fiel de la ley de Dios.

Asuero, que reinaba entonces en Babilonia, de regreso á la capital, después de haber ganado muchas victorias, dió fiestas dignas del monarca más poderoso de Oriente, convidó á todos los oficiales y á todos los gobernadores de las ciento veintisiete provincias de su imperio, y mandó que le trajesen las vírgenes más perfectas de su reino para elegir una esposa. Una de ellas fué Ester. La humilde joven se presentó al Rey con exterior modesto y sencillo. Prefirióla el Monarca á todas las demás, le ciñó las sienes con brillante diadema y le dió el puesto de Reina en su trono.

Reina ya, y Reina poderosa, Ester nada cambió la sencillez de sus costumbres, y en medio del esplendor de la corte sólo se ocupaba en la oración y meditación de la ley santa. El virtuoso Mardoqueo á quien siguió honrando como á padre, le recordaba que no había subido al trono sino para hacer feliz á su pueblo.

El mismo Mardoqueo, hallándose un día solo en el palacio, oyó á dos jefes que á la puerta hablaban en voz baja del proyecto de asesinar al Rey. Prestó oído con más atención y sorprendió todo el secreto de tal conspiración. Dió entonces aviso á Ester quien informó inmediatamente al Rey, añadiendo lo había sabido por Mardoqueo. Los oficiales fueron presos, confesaron su crimen y fueron condenados á muerte.

El Rey Asuero tenía un ministro llamado Amán. Era este un traidor y el más peligroso del Imperio. Merced á sus artificios, se hizo poco á poco favorito del Monarca; era el ídolo del Soberano y todos le veneraban profundamente.

Un día Amán pretendió que se le rindieran honores como á Dios. Los cortesanos y el pueblo obedecieron; cuando aparecía á las puertas del palacio se inclinaban y doblaban la rodilla; pero Mardoqueo que sólo reconocía al verdadero Dios se opuso á esta idolatría.

Irritado el orgulloso ministro resolvió vengarse. Se quejó al Rey de que los judíos eran turbulentos, enemigos de los dioses y rebeldes á los mandatos del Soberano; añadió que la paz pública estaba en peligro y consiguió firmara el juez sentencia de muerte contra todos ellos.

Grande fué la consternación de los judíos al recibir la noticia de la muerte que les aguardaba y confiando en Dios recurrieron á la oración, al ayuno y á la penitencia.

Mardoqueo, vestido de penitente, hizo comunicar á Ester la publicación del edicto y el vivo interés que el pueblo de Israel tenía en que ella se presentara al Rey para que lo revocase. — Ester, profundamente afligida, contesta á Mardoqueo que nadie puede presentarse en el aposento del Rey, á no ser llamado, so pena de muerte. Mardoqueo insiste y le suplica se presente ante el Rey. ¿Quién sabe, le dice, si Dios os ha coronado para ser instrumento de su misericordia?

Ester, después de recibir esta respuesta, dijo á Mardoqueo :

Haced que se reunan todos los judíos y orad por mí.

Ella se puso también en oración, ayunó tres días, y habiéndose encomendado á Dios con lágrimas, se dispuso á sacrificarse por la salvación de su pueblo.

Tres días después se viste con sus magníficas galas y llama á dos de las damas que le sirven; se apoya en el brazo de la una y la otra, siguiéndole, sostiene su larga vestidura. Al llegar á la sala más próxima á los aposentos del Rey, se para; pronto se abre la puerta y aparece Asuero sentado en su trono con sus insignias reales y resplandeciente de oro y pedrerías. Viendo que Ester se presenta sin su mandato, con encendidos ojos revela toda la cólera de su alma. Ester cae desmayada: el rosado color de su rostro se trueca en mortal palidez, y su cabeza permanece sin movimiento apoyada sobre la mujer que la sostiene.

Dios permitía este accidente á fin de realzarla más, y como dueño del corazón de los reyes, cambió súbitamente el de Asuero. Este príncipe, trémulo de temor, viendo el lastimoso estado de la Reina, se levanta al punto de su trono, corre hacia Ester, la toma en sus brazos y no omite medio alguno para reanimarla. ¿Qué tienes, Ester? le dice; nada temas, soy tu herma-

no. No, no morirás, la ley publicada para los demás no te comprende; acércate y toca mi cetro. Ester no volvía en sí. El Rey le aplica el cetro de oro en el cuello, y le dice : Háblame. La Reina, á estas palabras, recobra un poco los sentidos, besa el cetro de oro, y elevando después sus ojos á Asuero, le dice : Señor, me habéis aparecido como el Angel de Dios y no he podido sostener vuestra mirada. Y al decir estas palabras cae otra vez desmayada en los brazos de sus servidoras.

La turbación del Rey es inexplicable y nada perdona para aliviar á su esposa, que por fin se recobra. Asuero, en el colmo de su anhelo, le dice : ¿Qué deseas de mí, Ester? Aunque me pidas la mitad de mi reino te la concederé. Ella se contentó con responder . Si place al Rey, le suplico que venga hoy con Amán á tomar parte en un festín que he preparado. La invitación fué aceptada y el Rey se presentó con su ministro. Asuero volvió á preguntar á la Reina en la comida, que fué magnífica, si tenía algo más que desear, y Ester le respondió : Suplico al Rey que venga también mañana con Amán á participar de mi festín, y le diré lo que deseo.

Amán, que no tenía la menor sospecha de que la Reina fuese judía y sobrina de Mardoqueo, volvió á su casa embriagado con la honra que acababa de recibir; pero al pasar por la puerta del palacio divisó á Mardoqueo, que como siempre se negaba á adorarle. No estaré satisfecho, dijo entonces, hasta que vea morir á este judío, y mandó levantar una horca para hacerlo colgar.

En la noche Asuero estuvo desvelado. Sin poder conciliar el sueño, se puso á hojear los anales de su reinado, y cuando llegó al pasaje en que se refería que el judío Mardoqueo había descubierto la conspiración fraguada contra la vida del Rey, preguntó qué recompensa había por ello recibido. Señor, le respondieron los

oficiales, fué tan poca cosa lo que recibió, que no se creyó digno de escribirse.

Acababan apenas de hablar los oficiales, cuando el Rey oyendo ruido, preguntó : ¿No hay nadie en la antecámara? Alguien había en efecto, y era Amán que iba á solicitar el permiso de mandar ahorcar á Mardoqueo. Está aquí Amán, respondieron los oficiales. Hacedlo entrar, dijo el Rey. Luego que entró le dijo Asuero : ¿Qué debe hacerse por un hombre á quien el Rey quiere honrar de un modo enteramente particular? Creyendo Amán que era él aquel á quien el Rey quería honrar, respondió : Es preciso, Señor, que el hombre que el Rey quiere honrar vista vuestro traje real, monte el caballo que sirve al Rey, ciña una diadema, y sosteniendo las riendas del caballo el primero de los príncipes, conduzca á vuestro favorito por la ciudad, diciendo en voz alta : Así será honrado aquel á quien el Rey quiera honrar. Pues bien, le dijo Asuero, date prisa, toma mi vestidura real y mi mejor caballo, y haz lo que dices con Mardoqueo; nada omitas de cuanto me has aconsejado.

La muerte hubiera causado á Amán menos pena que este mandato; sin embargo, tuvo que aprobarlo, ocultar su despecho y obedecer sin réplica. Tomó la vestidura real, se la puso á Mardoqueo en medio de la plaza pública, le hizo montar en el caballo del Rey, le colocó en las sienes la diadema, y llevando el caballo de las riendas, exclamaba en alta voz por las calles : « Así será honrado aquel á quien el Rey quiera honrar. » Después de esto, Amán se apresuró á encerrarse en su casa con los ojos bañados en lágrimas y contó á su mujer y á sus amigos lo que acababa de sucederle. Aun no había terminado su relato, cuando los oficiales del Rey se presentaron á suplicarle que fuera al momento al

festín que la Reina había preparado. Llegó al Rey, y entró con él en la habitación de la Reina.

La fiesta fué tan magnífica como la del día anterior. Al terminar la comida, Asuero se dirijió á Ester y le dijo: ¿Qué deseas de mí? aunque sea la mitad de mi reino lo alcanzarás. Ester respondió: Si he encontrado favor delante de vos, ¡oh, Rey! no os pido más que mi propia vida y la de mi pueblo, porque estamos yo y mi pueblo, sentenciados á morir. Si nuestro enemigo se hubiera contentado con vendernos como esclavos, el mal sería soportable y me conformaría con gemir en silencio; pero tanta crueldad de parte de ese enemigo recae sobre el Rey. ¿Quién es ese enemigo? preguntó Asuero lleno de asombro. ¡Tanto es su poder para atreverse á semejantes cosas!

Ester respondió: ¡Ese enemigo tan bárbaro es Amán!... Amán quedó estupefacto al oír estas palabras. Asuero no pudo dominarse, mandó entrar á sus oficiales, mientras Amán postrado en tierra imploraba perdón. Los oficiales arrojaron un velo sobre el rostro de Amán para ocultarlo como objeto odioso á las miradas del soberano. Uno de ellos dijo: En casa de Amán hay una horca de cincuenta codos de altura preparada para Mardoqueo que salvó la vida al Rey. Id á ahorcarle en ella, dijo Asuero. Se ejecutó el mandato, y se apaciguó la cólera del Rey

¡Digna suerte de un impío embriagado con su engrandecimiento hasta creerse una divinidad! (*Gaume.*)

*
* *

Sólo los humildes se encuentran en el camino de salvación. — San Antonio, favorecido con una visión, vió tendidos sobre la tierra multitud de redes y lazos de que el demonio se sirve para hacernos caer. A su vista el Santo exclamó, «Señor, ¿quién podrá pasar por medio

de estas cuerdas sin quedar preso? » Y al punto oyó una voz que decía; « Sólo los humildes. » — *(Rufin. — Vie des Pères.)*

*
* *

Importancia de la humildad. — Entraba un día San Macario en su celda cargado de hojas de palmera, cuando se acercó á él el demonio con una guadaña, sin poder ofenderle. ¡ Oh! Macario, gritó encolerizado, cuánto padezco con no poderte destrozar, bien que yo cumplo mejor que tú las obras que te santifican; porque si tú ayunas algunas veces, à la verdad que yo nunca como, y si á veces velas yo nunca duermo. Sólo una cosa te hace más fuerte que yo, es tu humildad. El Santo al punto se puso de rodillas y el demonio desapareció. — (*Rufin. — Vie des Pères.*)

*
* *

Un inglés convertido por un ejemplo de humildad. — Un diario inglés refiere del modo siguiente la conversión al catolicismo de un caballero protestante. Visitaba éste un convento de la Trapa. El Superior le señaló el modesto claustro y después le presentó sucesivamente á varios monjes que guardan eterno silencio. Al llegar á uno de ellos recientemente ingresado, á consecuencia de un voto hecho en el servicio militar, el Abad dijo al inglés : « Aquí tiene Ud., señor, á un desgraciado soldado que por miedo à las balas, en la batalla de Sebastopol, desertó del ejército y su bandera y vino en seguida á refugiarse en nuestra orden. »

A estas palabras, el monje cambió de color, sus ojos se pusieron brillantes y su fisonomía alterada dejaba adivinar un combate terrible en su alma. Pero tomando su crucifijo lo estrechó entre sus manos, arrodillóse á los pies de su superior y se retiró en seguida tranquilo y silencioso.

El inglés, enternecido, preguntó al Abad porqué había tratado con tanta dureza á este soldado que ya arrepentido expiaba sus faltas en el claustro.

Señor, respondió el Abad, yo lo he hecho para probar á Ud. la influencia de la religión en el hombre de fe. Este hermano fue uno de nuestros más valientes soldados en Crimea. Ud. ha notado la impresión que le causó mi falsa acusación y ha sido testigo de su resignación y humildad.

¡Esto es sublime! exclamó el inglés, que más tarde se convirtió á la verdadera religión.

*
* *

Una hermana cocinera. — Un viagero francés, de vuelta de Siria, pasó por Egipto y se detuvo en Alejandría. Visitó allí una casa de las Hermanas de la Caridad, y cuando conversaba con la superiora oyó el piano que tocado con gran maestría, llenaba el convento con los más armoniosos sonidos.

« Tenéis aquí, dijo el viajero, una verdadera artista. »

Si, señor, contestó la superiora, en efecto, es una buena artista y la voluntad de Dios la trajo acá. Vais á verlo: tenía esta casa necesidad de una cocinera y escribí pidiendo una á la Casa General de Francia. Un mes después llegó la hermana á quien oís tocar. ¡Ah, le dije al recibirla, sois, según me aseguran, una condesa que habla cuatro idiomas, y á quien en el mundo han elogiado por su ingenio y hermosura; pero yo he pedido una hermana cocinera para el pobre convento de Egipto! — Que queréis, Madre mía, me contestó ella inclinándose modestamente, cuando un movimiento de piedad me condujo á la Congregación, no creí ser bastante humilde. Solicité por esto ocuparme en la cocina y he podido conducirme regularmente para venir á serviros...

Un pintor desconocido. — Un día que Rubens, recorriendo los alrededores de Madrid, entró en un convento de aspecto humilde y sencillo con mucha sorpresa notó en el coro del monasterio un cuadro que revelaba el talento más sublime. Representaba la muerte de un monje. Rubens llamó á sus discípulos, les mostró el cuadro y todos participaron de igual admiración.

— ¿Quién puede ser el autor de esta obra? dijo Van-Dick, el alumno favorito de Rubens.

— Había un nombre escrito abajo del cuadro; pero le han borrado cuidadosamente, replicó uno de sus discípulos.

Rúbens habla con el prior y le pregunta el nombre de tal artista.

— El pintor no es ya de este mundo, respondió el monje.

— ¡Muerto! exclamó Rubens, ¡muerto!... y nadie le ha conocido hasta ahora, nadie le ha pagado tributo de admiración; su nombre debía ser inmortal; su nombre tal vez eclipsaría el mío; y no obstante, agregó con noble orgullo, padre mío, soy Pedro Pablo Rubens.

Al oir este nombre, el pálido rostro del prior se animó, sus ojos centellearon y dirigió á Rubens miradas llenas de curiosidad; pero este entusiasmo no duró más que un instante. El monje bajó la vista, cruzó los brazos y repitió : El artista no es ya de este mundo.

— ¡Su nombre, padre mío, su nombre! que yo pueda enseñarlo al universo entero, que pueda darle la gloria que le es debida. Y Rubens, con sus alumnos, rodeaban al prior y le suplicaban con instancias para que nombrase al autor de este cuadro.

El monje se estremecía; un sudor helado corría por su frente y sus labios contraídos convulsivamente iban ya á revelar el misterio cuyo secreto sólo él conocía.

— ¡Su nombre, su nombre! repitió Rubens.

El monje hizo con la mano un ademán solemne.

— Escuchadme, dijo, vosotros me habéis comprendido mal; os he dicho que el autor de este cuadro no es ya de este mundo; pero no he querido significar que ha muerto.

¡Vive! ¡vive! ¡Oh, dádnosle á conocer!

— Ha renunciado á las cosas de la tierra; está en un claustro; es monje.

— ¡Es monje, es monje!... Padre mío, decidnos cuál es su convento; porque es necesario que salga de allí. Cuando Dios marca á un hombre con el sello del genio, fuerza es que ese hombre no se sepulte en la soledad y en el olvido. Dios le ha señalado una misión sublime; debe cumplirla. Enseñadnos el claustro donde se oculta, yo le sacaré y le mostraré la gloria que le espera. Si rehusa mis ofertas, el Papa le hará entrar en el mundo y tomar los pinceles. El Papa me ama y escuchará mi voz.

— Yo no os dire su nombre, ni el claustro donde se ha refugiado, repuso el monje con firmeza.

— ¡El Papa os lo mandará! exclamó Rubens exasperado.

— Escuchadme, dijo el prior, escuchadme. ¿Creéis que este hombre, antes de abandonar el mundo, antes de renunciar á la fortuna y á la gloria no ha luchado fuertemente con una resolución semejante? ¿Creéis que no ha reconocido, dijo golpeándose el pecho, que acá abajo todo es vanidad? Por piedad os suplico que desistáis de vuestro designio, dejadlo en paz en su asilo; si saliera de su claustro moriría; no le inquietéis en la soledad. Vuestro intento sería inútil; es una tentación de la cual saldría victorioso, añadió haciendo la señal de la cruz, porque Dios no le retirará su ayuda; Dios

que en su misericordia se ha dignado llamarlo á sí, no lo arrojará de su presencia.

— Pero, mi padre, ¿cómo puede él renunciar á la inmortalidad?

— La inmortalidad nada es en presencia de la eternidad.

El monje ocultó el rostro en su capucha y cambió conversación para impedir que Rubens siguiera insistiendo.

El célebre artista se retiró del claustro con su distinguido séquito de discípulos, y todos volvieron á Madrid pensativos y silenciosos.

El prior entró en su celda, se puso de rodillas é hizo á Dios ferviente oración. En seguida, reuniendo pinceles y colores, los arrojó al rio que serpeaba bajo las ventanas. Miró con melancolía el agua que arrastraba aquellos objetos, y cuando hubieron desaparecido fué de nuevo á ponerse en oración delante de su crucifijo. — *(Etudes religieuses.)*

Avaricia.

— *¿Qué es avaricia?*
— *Es el amor desordenado de los bienes de la tierra.*
— *¿Qué virtud se opone á la avaricia?*
— *La largueza.*

Un día que Jesús predicaba las Bienaventuranzas, dijo á una gran muchedumbre que le escuchaba :

No amontonéis tesoros en la tierra, donde el moho y la polilla los consumen, y donde los ladrones los desentierran y roban. Mas, atesorad en el cielo, donde no los consumen el moho, ni la polilla y en donde los ladrones no los desentierran ni roban.

Porque en donde está tu tesoro, allí está tu corazón.

Observad á los emigrantes cómo sólo se afanan en atesorar en país extranjero; sin ánimo de radicarse allí suspiran por la patria adonde se prometen volver apenas hagan un caudal.

Cuando un soberano teme ser destronado envía anticipadamente sus bienes al lugar donde quiere disfrutarlos.

Al igual de éstos un buen cristiano sólo se empeña en acaudalar buenas obras para enviarlas á las puertas del Paraíso. (*El Cura de Ars.*)

Cualquiera que desee más de lo que necesita es avaro. — (*S. Agustín.*)

No podéis servir á Dios y al dinero, dice Jesucristo. Y el que no sirve á Dios no puede salvarse.

¡Qué locura! exclama San Crisóstomo, colocar vuestros tesoros en un lugar que debéis abandonar, y no enviarlos allí adonde habéis de ir! Amontonad riquezas en vuestra verdadera patria.

El cofre del avaro está lleno, y su conciencia vacía, dice San Agustín.

El avaro mata su cuerpo, su alma, su reputación; pierde el tiempo y la eternidad.

Las riquezas, dice San Ambrosio, son una terrible ocasión de pecado; hinchan, enorgullecen, y hacen olvidar al Creador.

Después que los Partas vencieron á Craso hallaron el cuerpo de este avaro en el campo de batalla, y por acuerdo general le echaron oro derretido en la boca. « Tú estabas sediento de oro, apaga ahora tu sed, » le dijeron.

El Rey, Nabuco Donosor, dice Daniel, hizo una estatua de oro. El pueblo se hallaba delante de ella, mien-

tras los heraldos gritaban : « Prosternaos, adorad la la estatua de oro. » y el pueblo se proternó y la adoró...

El becerro de oro es el Dios de este siglo.

Cierto avaro, molestado una vez por la súplica de unos indigentes que imploraban limosna calificó de ratones á los pobres. Dios, en castigo, permitió que los ratones le devorasen. — *(A Lápide.)*

Hay otra funesta avaricia, la avaricia espiritual que consiste en no dedicarse bastante á la enseñanza, ó al socorro del prójimo. El que es cobarde y tibio en el servicio de Dios es avaro de los dones celestiales que ha recibido. Dios se irrita contra semejantes avaros ; permite que se pierdan y se abandonen á todos los deseos desarreglados... — *(Id.)*

* * *

Crimen inspirado por la avaricia. — Un soldado de Polonia, después de haber librado, bien que con varias heridas, en numerosos combates, determinó volver á su país natal, al seno de su familia que había abandonado, cuando niño, sin que le diera desde entonces noticia alguna. Reunió todas sus economías y se puso en marcha. Luego que hubo llegado cerca del villaje en que vivían sus padres encontró en el camino una joven á la cual preguntó : ¿Conoce Ud. la vecina aldea? — Sí, contestó ella, soy de allí y hace solamente un año que me he retirado á servir en el castillo que está á la vista — ¿Podría entonces decirme si todavía viven Pedro N. y su mujer? — Sí, son los dueños de la fonda. — ¿Está buena su salud? — Sin novedad. — ¿Está Ud. segura? — ¿Quién podrá saberlo mejor que yo que soy su hija? — A estas palabras, deja caer su saco de viaje y estrecha en sus brazos á la joven que le cree loco. « Mi hermana, mi querida hermana », exclama lleno

de contento. Entonces todo se explica. La joven nacida en la ausencia de este hermano, que creía ya muerto, se alegró sinceramente del regocijo que su vuelta inesperada iba á causar en la familia. — « Por desgracia, le dijo ella, yo no puedo ir esta tarde á casa de mis padres porque mis patrones me esperan; pero mañana tan temprano como pueda estaré en casa. » El soldado con paso alegre siguió su camino, y mil proyectos de felicidad agitaban su mente. Bien pronto llega á las puertas de la fonda de que eran dueños sus padres. Pero queriendo hacer participante á su hermana de la emoción que ellos tuviesen, no dijo quién era. Se presentó como un simple viajero y mandó preparar una buena cena é invitó á los dueños de casa á tomar parte en ella. Llegó la hora de acostarse. El soldado encomienda la guarda de su saco á los mismos dueños y se retira á la alcoba que le estaba preparada. « El saco es pesado. Parece contener mucha plata », dijo el fondista. Su mujer lo tomó con ambas manos y pensó que estaba lleno. « Hay aquí una fortuna para nuestra vejez », dijo lanzando un suspiro. Y maquinalmente desligó las correas del saco. La bolsa se abre y corren, sobre una vieja mesa, hermosas monedas de oro. A vista del oro, les hierve la sangre, se agita en sus venas el fuego de la codicia y pocas palabras les bastan para entenderse. Entran con gran cautela y silencio en la alcoba del viajero, que apaciblemente dormía, y después de asesinarle emplean el resto de la noche en hacer desaparecer todo rastro del crimen.

Al día siguiente el sol se levanta hermoso y radiante...; golpean á la puerta...; tiemblan los culpados. « ¡Soy yo! grita una voz casi infantil y gozosa. La joven entra diciendo : « ¿Dónde está? » y pasa su vista alegre por la fonda. El padre y la madre se miran con asombro y

temor. « ¿Dónde está? repite la joven » « ¿De quién hablas? » le dicen entonces con visible espanto. — Vaya, de mi hermano!, contesta. — ¿Estás loca? replican.

La niña refiere su conversación y sorpresa de la víspera, y aquellas almas, ciegas por la avaricia, todo lo comprenden. Se estremecen de horror, de desesperación, de odio contra sí mismos. Son asesinos de su hijo.

La conciencia parece quisiera arrancarles el corazón. Proclaman su crimen y se apresuran á hacerse á sí propios justicia. El padre se cuelga en un bosque vecino. La madre se arroja en un pozo de la casa. La hija, sumida en el dolor y confusa de vergüenza, se retiró anegada en lágrimas. Pocos días después fué encontrado su cadáver en las represas de un molino. — Así la avaricia, en una sola noche, hizo una matanza y concluyó con una familia. — (*Melher.*)

* * *

El avaro en su lecho de muerte. — San Bernardino refiere lo siguiente : Un rico avaro cayó enfermo de muerte. Hizo llevar á su lecho sus talegos de plata y todos sus tesoros. ¡Oh, escudos míos! exclamó, yo muero; venid á mí; yo no quiero abandonaros; venid en mi ayuda, os lo suplico, ¡tesoro mío!

Y diciendo esto tomaba los talegos y los acariciaba, y sollozando agregaba : Sois míos, tesoro mío, escudos míos. ¿Por qué os he de dejar?... Por fin, tomando una bolsa de plata la mordió con violencia. Este esfuerzo de rabia y desesperación le acabó la vida, y exhaló el último suspiro.

* * *

Terrible muerte de un avaro. — Un avaro usurero, que sólo se empeñaba en aumentar sus riquezas, hizo fabricar un sótano oculto y con puerta de fierro en-

donde escondió su tesoro. Un día fué á visitarlo y á gozarse de él; entró y al cerrar la puerta olvidó tomar la llave, que quedó puesta del lado de afuera. ¡Grande, inmenso fué su terror y aflicción cuando llegó á notarlo! Llama, golpea, llora, grita gime y se desespera. Inútilmente. El sótano estaba tan oculto y bien cerrado que era imposible hacerse oír. Los parientes de este desgraciado y toda la casa estaban llenos de inquietud sin tener noticia de él y sin comprender su repentina desaparición. No sabían qué imaginarse. ¿Habrá emprendido viage con su caudal? ¿Lo habrán muerto? ¿Se habrá ahogado? Nadie podía decirlo. Por fin, el rumor de esta inquietud cundió por toda la ciudad y llegó á oídos de los albañiles y cerrajeros que habían construído el sótano. Van á la casa del avaro, y por entradas que sólo ellos conocen llegan á la bóveda del tesoro. La abren... ¡Horrible espectáculo...! Retroceden por la fetidez y el espanto que aquel cuadro de desolación ocasiona. Hay allí un esqueleto roído por las ratas y los gusanos, algunos trozos del cuerpo esparcidos, todo aquello inmundo. Era la víctima desgraciada de la avaricia. A su vista se consternan, se estremecen, y se quedan penetrados de horror. — *(Manuel Catholique.)*

*
* *

La avaricia con frecuencia en vez de enriquecer empobrese. — San Gregorio de Tours, en su libro titulado *De la Gloria de los Confesores,* refiere el hecho siguiente: Un pobre anciano, cubierto de harapos llegó á un puerto de mar á implorar limosna de los marineros de un navío. Su primera súplica se dirigió al Capitán: « Una caridad, mi señor, por amor de Dios. » — Quitá allá, viejo decrépito, aquí no hay más que piedras que dar contestó colérico el Capitán. — El mendigo replicó: Si llamáis piedras lo que hay en vuestro navío,

que todo se convierta en piedras. Y al punto cuantos comestibles había en la embarcación se cambiaron en piedras... Yo mismo, dice San Gregorio, he visto los dátiles, aceitunas y demás comestibles convertidos en piedras más duras que el mármol, sin perder por eso su forma ni color. El Capitán, á vista del prodigio, se arrepintió amargamente de sus palabras y buscó al pordiosero por todas partes sin poderlo jamás encontrar. Se dice que entonces mandó á muchas partes aquellas frutas petrificadas, para que esto sirviese de ejemplo á todo el mundo y se hiciese caridad á los pobres.

Jesucristo llama espinas á las riquezas. — (*San Matth.* XII, 22.)

Las riquezas son los anzuelos con que nos coge el demonio. — (*San Crisóstomo.*)

*
* *

Una partición desigual. — Cuando en el siglo once, San Bernardo, lumbrera de la Iglesia y ornamento de su siglo, se dirigía al convento del Cister, cuatro de sus hermanos, Guido, Gerardo, Andrés y Bartolomé, siguiendo su ejemplo, se decidieron á acompañarle para ocuparse sólo en ganar el Cielo. Ni sus riquezas, ni las súplicas y lágrimas de su hermana, ni la angustia de sus padres, que en un solo día vieron alejarse á cinco hijos fueron suficientes á hacerles cambiar resolución.

Triunfantes de todas estas pruebas recibieron la bendición paterna y marcharon. Al salir del castillo de la familia encontraron á Nivardo, el más joven de sus hermanos, que jugaba en la plaza con otros niños de su edad. Entonces Guido, el mayor de todos, abrazóle y le dijo : « Adiós, hermano mío, tú solo poseerás nuestros bienes y nuestras tierras. » — ¡Cómo! respondió el niño, con sabiduría superior á sus años, ¡tomáis para

vosotros el cielo y á mí me dejáis la tierra! La partición es muy desigual.

Poco tiempo después Nivardo dejó el mundo y fué á unirse á sus hermanos. La hermana Hombelina, único hijo que quedaba ya en casa de sus padres, terminó á su vez por imitarles y entró en un convento cerca de Dijón. Por fin, Tecelino, el padre de tan felices hijos, entró también en la misma orden que ellos. ¡Dichoso padre que dió el sér á santos hijos! ¡Dichosos hijos que abandonando los bienes despreciables de la tierra merecieron un patrimonio eterno! — (*Postel. — Rivaux.*)

Lujuria.

— *¿Qué es lujuria?*

— *Es todo pecado de pensamiento, palabra ú obra contra la virtud de la pureza.*

La impureza, dice San Ambrosio, es la sentina y el manantial de todos los vicios. — (*Epist.* XXXVI.)

Exceptuando los niños, dice San Remigio, la mayor parte de los réprobos están condenados por este vicio. — (*De Imp.*)

Arrebatar el honor, el pudor, la dicha, la vida y la salvación, todo esto es insignificante para el impúdico. — (*A Lápide.*)

Nada ciega tanto como este vicio abominable. Los que se hallan cogidos en esta red, que es la más fuerte de las redes de Satanás, sólo salen de ella raras veces y muy difícilmente, dice San Jerómino. — (*Epist.*)

La impureza, dice Clemente de Alejandría, es un mal incurable. San Cipriano la llama madre de la impenitencia.

El más espantoso castigo que ha experimentado el

mundo es el diluvio : y ¿qué atrajo el diluvio á la tierra? La impureza de los hombres. Toda carne estaba corrompida y para lavar la tierra del vicio impuro Dios envió el diluvio.

¿Quién hizo caer sobre Sodoma y Gomorra una lluvia de fuego y azufre? La impureza... ¿Quién ha destruído los mas famosos y grandes imperios? El vicio impuro. ¿De dónde salen todas las herejías que devastan la Iglesia de Dios? Del vicio de la impureza. — *(A Lápide.)*

El deleite sensual apaga en el hombre el genio, el juicio, la fuerza física y moral, mata la razón, devora y embrutece. Es la pasión más abominable, embriaga los sentidos, debilita la vista, borra las facciones, altera la hermosura y trae una precoz vejez.

Los deleites abatieron á Sansón, que era tan fuerte, derribaron á David, que era tan santo y sedujeron á Salomón que era tan sabio.

Velad y orad, dice Jesucristo, para que no entréis en tentación. — *(Math.*, XXIV, 41.)

Sin humildad no hay pureza. Adán se rebela contra Dios por orgullo y al punto se le subleva la carne, se vé desnudo, tiene vergüenza, y se siente obligado á ocultarse.

Es preciso no estar ocioso. La ociosidad es la madre de todos los vicios. El agua estancada produce insectos y la tierra inculta abrojos y espinas.

El ayuno, los sacramentos, la presencia de Dios, la devoción á la Santísima Virgen y el pensar en las postrimerías son los mejores remedios y la más poderosa defensa contra todos los vicios.

*
* *

Visión de San Anselmo. — San Anselmo, gran doctor de la Iglesia, favorecido con los dones del Espíritu

Santo, tuvo una manifestación que lo llenó de terror. Dios le hizo ver un caudaloso río de aguas turbias y fétidas que en su impetuosa corriente arrastraba una multitud casi innumerable de hombres, mujeres, niños, jóvenes, ancianos, etc... Las espesas y turbulentas olas del río los movían y removían sin interrupción, los sumergían en el fondo del abismo y los levantaban después para volverlos á hundir sin dejarles un instante de reposo. Pero lo que más sorprendió al Santo fué verlos reír, jugar y divertirse en ese río inmundo y manifestarse alegres y contentos. Mas este gozo no fué de larga duración, porque de repente fueron envueltos en una furiosa tempestad que los arrojó en un abismo sin fondo donde todos perecieron. Afligido San Anselmo por el desastroso fin de tantos desgraciados gimió con grande amargura delante del Señor, y le suplicó humilde y fervorosamente que le dejara comprender el significado de esta visión. Dios oyó su súplica y le dió á conocer que el río representaba al mundo; las aguas turbias simbolizaban los desórdenes de los pecadores; que los partidarios de los placeres, en crecidísimo número, arrastrados por sus pasiones, vivían en tal ceguedad que no pensaban más que en multiplicar sus diversiones en lugar de reformar su vida; que su loco delirio no les permitía reflexionar en las funestas consecuencias y en el castigo de la otra vida; que sofocando los remordimientos de su conciencia querían persuadirse y convencer á los demás de que, á pesar de ser tan culpados, eran felices, que así vivían en la impenitencia hasta que la justicia divina los arrojaba en el fuego eterno. — *(Manuel Catholique.)*

*
* *

Un veterano. — Un ilustre militar, tan distinguido por su rectitud como por su heroico valor, refiere que

su padre, hombre virtuoso, viéndole de joven disipado y entregado á sus ardientes pasiones, y no pudiendo conseguir nada con el ejemplo y consejos, le condujo, sin prevenírselo, á un hospital y le hizo entrar en una sala donde una multitud de desgraciados expiaban con terribles dolores los desórdenes de una disipada vida. Al espectáculo de tan asquerosas llagas, entre un hedor insoportable y escuchando los ayes doloridos, el joven estuvo á punto de desmayarse. Anda, miserable, le dijo entonces su padre con aspereza, sigue la pendiente en que te arrastras; bien pronto tendrás la satisfacción de ser admitido en esta sala donde, víctima de agudos dolores, obligarás á tu padre á dar gracias á Dios por tu muerte. Estas pocas palabras unidas al lamentable espectáculo que estremecía al joven, fué elocuente lección para corregirle por toda su vida. — (*Sibiliat.*)

*
* *

Novelas. — Una señora del mundo preguntó al P. Lacordaire si haría mal en leer romances y en asistir al teatro.

« Señora, Ud. es quien puede decírmelo, » le respondió con finura el célebre dominicano.

Yo no creo, dice San Jerónimo, á los que afirman que salen de los espectáculos tan puros como entraron. El demonio está siempre en ellos.

La importancia que se dá al teatro es el nivel infalible de la degradación de las naciones. Este termómetro no ha engañado jamás, dice De Maistre.

*
* *

Corrupción del corazón. — Un joven entregado al mundo, disipado, amigo de los romances y espectáculos, movido un día por la gracia de Dios, reflexionó en su vida y tuvo vergüenza de sí mismo. « ¡Cuánta mudanza en cortos años! dijo para sí : yo no amaba ya á

nadie en la tierra, ni siquiera á mi madre. » — (*Pensées d'Humbert. — Mullois.*)

*
* *

Semejanza. — La pureza es semejante á un espejo; se empaña y pierde su brillo al menor aliento de una pasión impura, con la diferencia de que en el espejo la mancha es pasajera mientras que en la pureza del alma, si no se usa pronto de remedio, corroe y es casi indestructible.

*
* *

Malas compañías. — Un padre de familia viendo con sentimiento que sus consejos eran ineficaces para que Eugenio, su hijo, abandonara las malas compañías, quiso hacerle comprender por medio de una alegoría el peligro que le amenazaba. Llenó una caja de hermosas naranjas, entre las cuales puso una que estaba dañada; en seguida haciendo venir á Eugenio le dijo: « Hijo mío, quiero hacerte un buen regalo. Conozco tu afición a las naranjas; aquí tienes unas bien hermosas. » El niño, lleno de agradecimiento, se apresura á abrir la caja; ¡qué lindas son! alborozado exclama, y las contempla con viva satisfacción; pero examinándolas encuentra una que no está sana. « Papá, dice, aquí hay una que comienza á echarse á perder; conviene apartarla. » — ¿Por qué? hijo mío, responde el padre, no tiene mas que un poco de moho, que desaparecerá bien pronto. — ¡Ah, papá! esta vá á corromperse y á echar á perder á las otras. No lo creas, ¿no ves que estando las demás buenas tiene que sanar junto á ellas? — Yo no lo espero, papá. Si no se saca van á perderse todas, replicó tristemente el niño. — Vas á verlo, hijo mío; haremos la prueba. Quiero convencerte de que mi suposición es más justa que la tuya. Deja las naranjas en la caja y yo las guardaré por ocho días; después las

veremos y encontrarás que todas están excelentes.. El hijo se sometió respectuosamente á la voluntad de su padre; pero se retiró persuadido de que no debía contar ya con las naranjas.

Los ocho días le parecieron bien largos. Apenas concluidos corrió adonde su padre para que abriese la caja de sus naranjas. ¡Triste espectáculo! Todas estaban podridas. ¡Bien lo dije yo, papá! exclamó sollozando el niño. Si Ud. me hubiera creido no se habrían perdido. — Tienes razon, hijo mío, me he equivocado. Ahora veo que una naranja dañada corrompe á todas las compañeras y que las buenas no mejoran á la que está perdida. Pero reflexiona un poco con esta experiencia. Si una sola naranja corrompida pierde á todas las buenas ¿como puedes, esperar que varios niños malos no corrompan á uno bueno? Y si muchas naranjas sanas no han podido hacer desaparecer el vicio naciente en una sola ¿cómo puedes prometerte que un solo hombre recto convierta á muchos viciosos? Eugenio comprendió la justicia de este razonamiento y se corrigió. — (*Lefort.*)

*
* *

Amor á la santa virtud de la pureza.—San Alejandro era tan notable por la nobleza de su nacimiento como por su singular hermosura. Desde sus tiernos años tuvo gran estima á la virtud de la pureza y temiendo perderla, abandonó la casa paterna y se fué á Comán donde tomó el oficio de carbonero. Cubierto de polvo y sudor, está bien, decía entre sí, todo esto me sirve como de máscara en el mundo corrompido, y contra el peligro de perderme.

San Gregorio Taumaturgo, habiendo conocido más tarde á ese ángel de pureza, tuvo por él tanta estimación que le decidió á abrazar el estado del sacerdocio

y le consagró después obispo de Comán. — (*Vida del Santo.*)

« Yo lo afirmo y lo sostengo, decía el impío Rousseau, y no temo la experiencia, un niño que hasta los veinte años ha conservado su inocencia es á esa edad el más generoso, el mejor, el más amante y el más amable de los hombres. »

Un niño sin inocencia es una flor sin perfume. — (*Dufreine.*)

*
* *

Pureza de San Bernardo. — Era San Bernardo de extraordinaria hermosura y de distinguidos modales. Su palabra era viva, elocuente y sumamente persuasiva. Había en toda su persona tanto de insinuante y atrayente que « era más peligroso para el mundo que el mundo para él. » Bernardo no abusó de estas dotes y venció todos los peligros que hubieran podido acarrearle. Un día habiendo fijado sus miradas con demasiada atención en una mujer, corrió á un estanque de agua fría y allí permaneció sumergido hasta extinguir la llama enardecida por tal imprudencia. — (*Riraux. — Hist. Ecl.*)

*
* *

Las tentaciones. — Los más grandes Santos fueron tentados como nosotros; pero el pecado está no en ser tentado sino en consentir la tentación; y ellos la rechazaron con energía, y su santidad creció en el combate. San Francisco de Sales, el grande y admirable obispo de Ginebra, confesaba á un amigo suyo, que las virtudes que más le había costado adquirir y conservar, eran la castidad y la dulzura.

Santa Catalina de Siena, ángel de santidad y de inocencia, que pasaba una parte de su vida en éxtasis, fué tan reciamente atacada por el demonio, que por espa-

cio de dos meses seguidos no tuvo un instante de reposo; cuando hubo pasado tan terrible tentación, á la que había resistido valerosamente, se le apareció Nuestro Señor Jesucristo. La Santa prosternándose á sus pies le dió humildemente gracias por haberla libertado y le dijo : « ¡Oh, Salvador mío! ¿en dónde estabais durante esa tempestad? — Hija mía, contestó Jesús, yo estaba en tu corazón y nunca estuviste tan cerca de mi. » — (*Segur, Veladas.*)

En cierto modo, es una felicidad tener tentaciones. Es excelente ocasión para obtener un gran tesoro espiritual. El demonio no tienta más que á las *almas que aspiran al cielo*, que quieren salir del pecado ó están en gracia de Dios. A las demás no necesita tentarlas. — Con este pensamiento : Dios me ve, ¿quién se atreverá á ofenderlo. En la tentación ofreced el mérito de ella para obtener la virtud opuesta y pondréis en fuga al demonio. Cuando nos vemos amenazados como por un temporal nos basta exclamar : ¡*Jesús mió, misericordia!* Porque Nuestro Señor está á nuestro lado, nos mira bondadoso, nos sonríe y nos dice : « *Verdaderamente conozco que me amas!* » Sí, es entonces cuando mejor se le prueba el amor. (*El Cura de Ars.*)

* * *

Amor á la castidad. — Había en Tolemaida un convento de religiosas de Santa Clara. Luego que la abadesa supo que los mahometanos se habían apoderado de la ciudad, conociendo el gran peligro á que quedaba expuesta la virginidad de las religiosas con la presencia de aquellas gentes brutales, reunió capítulo y cortándose la nariz con el objeto de desfigurarse, siguieron las demás su ejemplo. Apenas consumado aquel acto heroico, se presentaron los mahometanos á satisfacer

allí sus satánicos instintos. ¡Grande fué su sorpresa en vista de aquel espectáculo! Pero, cambiada su pasión en terrible cólera, pasarón á cuchillo á las virtuosas religiosas que murieron mártires por la virtud de la castidad. — (MESTRES, *Vida de San Francisco de Asís.)*

Ira.

— *¿Qué es ira?*

— *Es una emoción de impaciencia, furor y venganza.*

— *¿Cuáles son sus efectos?*

— *La ira produce las disputas, las blasfemias, las injurias, las maldiciones y multitud de crímenes y desgracias.*

— *¿Qué virtud se opone á la ira?*

— *La paciencia.*

El que se deja dominar de la ira aloja en su interior al demonio, dice San Basilio.

El mismo Santo compara al hombre colérico con la abeja, que para vengarse entierra su lanceta en el cuerpo de los que la persiguen y la pierde con la vida. Como la abeja el hombre dominado por la ira deja oir un murmullo amenazador; para vengarse y herir se hiere á sí mismo y mancha muchas veces su alma con un pecado mortal.

Menos se sufriria, dice San Crisóstomo, viviendo con animales feroces que con un hombre de carácter arrebatado. Puede amansarse al león mas fácilmente que á aquel hombre.

Plutarco invita al hombre enfurecido á que se contemple en un espejo; al ver su rostro y sus acciones semejantes á los de un frenético, tendrá aversión á la cólera y la evitará.

El hombre dulce y paciente es feliz, agrada á Dios y

á los hombres. El hombre colérico es desgraciado. Dios le detesta y le maldice; los hombres le odian, le temen y huyen de él. El hombre colérico se convierte además en suplicio é infierno de sí mismo...

No hay vicio que se trate de excusar tanto como la ira. Como procede principalmente del orgullo, nadie quiere acusarse á sí mismo y todos pretenden tener razones para enfadarse. Así es mi carácter..., dicen; no puedo contenerme... Mi mujer, mis hijos, mis criados tienen la culpa de mis arrebatos. Me han provocado sin razón... Y así, á todos acusan, menos á los culpados, que son ellos mismos.

*
* *

La cólera lleva á los más grandes crímenes. — Encolerizado Esaú quiso dar muerte á su hermano Jacob.

Saúl, en un movimiento de furor, procuró atravesar con su lanza á David.

Absalón, dominado por la ira, mató á su hermano Amón.

*
* *

Consecuencias de la cólera. — Un caballero vivía consagrado á la educación de su hijo único á quien amaba entrañablemente. El niño manifestaba disposiciones extraordinarias : inteligencia despejada, feliz memoria y gran aplicación. Sólo se notaba en él un defecto : era en extremo obstinado y colérico. Un día su pasión llegó á tal grado que su padre creyó necesario usar una enérgica medida para corregirlo. Lo amenaza; aquel niño, de diez años, persiste. Hace llamar dos hombres con varillas en la mano. Nada se obtiene. Ordena tenderlo y azotarlo. El hijo grita y llora; pero siempre inflexible. Principia el castigo : el niño empalidece, cesa de gritar, se acaban sus lágrimas; á los estallidos de cólera sucede un mudo silencio; ni siquiera se mueve. Lo miran con

extrañeza, le interrogan. No responde. Su fisonomía descompuesta no ofrecía sino la expresión de la estupidez. La ira le había hecho perder todas las facultades mentales. No las recobrará jamás. Ha quedado imbécil. (L'ABBÉ CARRÓN, *De l'Education.*)

*
* *

San Francisco de Sales — Un día, un caballero, ciego de cólera, llegó á casa de este santo y le llenó de insultos. El Santo le miró tranquilamente y nada le respondió. Tomando el joven la moderación incomparable del Santo por un verdadero desprecio, creció su rabia y aumentaron sus injurias y ultrajes. El ilustre prelado conservó la mayor paciencia y se mantuvo en estricto silencio.

Un amigo suyo que había presenciado esta vergonzosa escena se admiró de que el Santo no hubiese proferido una palabra, y le preguntó cómo había podido sufrir tantas indignidades sin alterarse.

« Mi lengua y yo, le contestó el Santo, hemos hecho un pacto inviolable, y hemos convenido en que cuando mi corazón esté turbado por la cólera mi lengua no hable ni una palabra. ¿Podría yo enseñar mejor á este hombre cómo debe hablar que callándome? Después se arrepentirá de su exaltación y me pedirá perdón : si no me lo pide se lo iré á ofrecer de todo corazón. » (*Vida del Santo.*)

*
* *

El Emperador Valentiniano. — Los Cuados, vencidos por el Emperador Valentiniano, le enviaron embajadores para implorar clemencia. El Emperador los recibió; pero en la audiencia notó que los emisarios eran gente pobre, sin discurso y mal vestida. Al punto, creyendo se los habían enviado para hacerle una ofensa, se enfureció, y su rabia no tuvo límites. A poco cayó

muerto. En su frenético exceso se le rompió una vena y quedó bañado en su propria sangre. — (*Hist. du Bas-Empire.*)

*
* *

Vanas disculpas. – Nada más común cuando nos enojamos, que echar la culpa á los que viven con nosotros; más el hecho siguiente prueba que sólo debemos acusarnos á nosotros mismos por nuestro genio inmortificado.

Cuenta el historiador Rufino que un solitario, dejándose à menudo llevar de arrebatos en el monasterio, dijo entre sí : *Me iré al desierto, y allí no teniendo quien me mueva cuestión alguna, no se me presentará ocasión de enfadarme.* Marcha en efecto á la soledad, y se alberga dentro de una cueva. Mas cuando ya se felicitaba de haber evitado toda ocasión de molestia, volcósele el cántaro que había llenado de agua, y esto tres veces seguidas, por falta de precaución; dióle entonces tal impaciencia que arrojando el cántaro lo hizo pedazos. Luego, reflexionando con más tranquilidad, dijo para sí : *Ahora veo que el amor propio me engañó; pues aunque me hallo solo, la cólera no deja de vencerme; y puesto que las pasiones nos siguen á todas partes, y que es preciso pelear donde quiera que estemos, me volveré al monasterio.* — (*Vida de los P. P. del desierto.*)

« El camino de la cruz es el camino de salvación. » — (*S. Bernardo.*)

La lana se esponja cuando la golpean, así el hombre se eleva con los golpes de la desgracia.

Jesucristo nos dice : Aprended de mí, no á hacer un mundo, ni á crear cosas invisibles, ni á obrar maravillas y resucitar á los muertos; sino aprended de mí que soy manso y humilde de corozón. — (*San Agustín.*)

Cuando oís el trueno que repercute en la inmensidad

del espacio, y silvar el viento y estallar el rayo en vano procuráis descubrir el sol ó las estrellas porque los han escondido espesas tinieblas. Del mismo modo si la cólera agita una tempestad en vuestro corazón no podréis contemplar en él nada celeste; la ira le oculta la luz divina y turba la razón.

* * *

La réplica y el silencio. — A un caballero de alta posición e ilustre en las letras se le atacó sin fundamento en un periódico. Uno de sus amigos le aconsejó que contestara y entregase al deshonor y vergüenza al calumniador. Por toda respuesta tomó un libro de su biblioteca, y leyó el pasaje siguiente de San Francisco de Sales :

« La réplica es aceite sobre fuego; el silencio es el agua. »

Con esto todos se abstuvieron ya de pedirle que protestase. — (*Lefort.*)

* * *

Ejemplo digno de un Rey. — Una mujer, que creyó se habían desconocido sus derechos en un asunto de justicia, tuvo tal acceso de cólera que se atrevió á llegar á la presencia del Rey San Luis y á decirle no era digno de llevar la corona. « Tiene Ud. razon, señora, le contestó el Rey, yo no soy digno de la corona, y si se me tratara como merezco, se me desterraría de Francia y del mundo entero. » En seguida el Rey le hizo dar una considerable limosna. La pobre mujer s sintió con esto más confundida que si se le hubie dado un severo castigo. — (*Lefort.*)

* * *

San Bernardino — Este Santo conformándose á la regla de su orden acompañado de otro religioso recogía limosna por las calles de Siena. Unos malvados se mo-

faron de él y de su compañero y por la espalda les lanzaron piedras apuntándoles á los piés descalzos. San Bernardino dijo entonces festivo y sonriente á su compañero : « Dejémolos, hermano, que se entretegan; así nos enseñan á merecer el cielo, por la virtud de la paciencia. — (Rivad, *Vie de Saints.*)

*
* *

San Vicente. — Durante los desórdenes de la Fronda, pasaba San Vicente de Paul por una de las calles de París. Un revoltoso so pretexto de que le había empujado le dió una bofetada. Vicente pudo hacerlo prender; pero en vez de eso, arrodillándose, le presentó la otra mejilla, se declaró pecador y pidió perdón. Á la mañana siguiente el malhechor estaba á los pies del hombre de Dios confesando sus culpas. Vicente que le había ganado con su dulzura le encaminó á Dios con su caridad. — (*Lefort.*)

*
* *

Cólera y dulzura. — Hace algunos años que un rico fabricante de alhajas, en Francia, ocupaba como tenedor de libros á un joven de ilustre familia. Había éste recibido la éducación correspondiente á su clase; pero en dos ó tres años de ociosidad y tristes aventuras malgastó todo su patrimonio. Descendiendo al último grado de miseria, por fortuna se le ofreció una colocación en el establecimiento en que vivía. La aceptó gustoso y la desempeñaba con gran inteligencia y destreza.

Un día, en el bufete de su patrón, á solas con él, ocurrió una discusión filosófica. El comerciante no era fuerte en la dialéctica y el joven que sabía de memoria á Voltaire y Rousseau le presentó argumentos que aquél no sabía contestar. Creyendo haberlo reducido al silencio, el indiscreto joven concluyó : « Sólo los hipócritas y los tontos creen en Dios; por lo que á mi toca

hace tiempo que he echado á las espaldas todas las supersticiones. »

Á esta inesperada conclusión, exasperado el comerciante, tanto por la humillación que en la discusión había recibido de su dependiente cuanto por el horror que aquella declaración, le inspiraba, prorrumpió en violentas injurias contra la serpiente, decía él, que había alimentado en su seno y le despidió ásperamente, intimándole se retirara esa misma tarde de su establecimiento.

Á este estado habían llegado las cosas, cuando una persona entra en el almacén.

Era el obispo de la diócesis que iba á comprar un cáliz de plata para una pobre parroquia. El comerciante vivamente impresionado con la escena que acababa de tener lugar, apenas podia balbucear palabra. Interesado el obispo en conocer la causa, éste le refirió todo el altercado y repitió al dependiente la orden de salir al instante.

El obispo lo detuvo.

— Esperad, señor, le dijo con dulce autoridad.

En seguida, dirigiéndose al poderoso comerciante, continuó : « ¿Cómo podéis, amigo mío, tratar de esta suerte á un hombre á quien no tenéis otra cosa que reprocharle que su falta de fe? ¿Que idea queréis que tenga de nuestra religión este pobre extraviado, si se la manifestáis como una religion de odio y de venganza? ¡Como! ¡Vos reconocéis su ceguedad y le arrojáis al laberinto del mundo! ¿Le véis al borde de un abismo y le empujáis sin piedad? — Pero, Il^mo Sr., ¡advertid que se ha gloriado de ser ateo! — ¡Y bien!..., porque niega á Dios un desgraciado, ¿creéis acasó que Dios deje de ser la Providencia universal? Yo seré más indulgente que vos... tengo necesidad de un secretario,

y si este caballero está dispuesto á llenar tales funciones... ¿Qué sueldo le dais? — Dos mil francos, casa y comida, Excelencia. — Yo le ofrezco igual cosa. — ¡Oh, Il^mo Sr.! exclamó el joven tierna y profundamente conmovido, os agradezco tanta bondad. Estoy dispuesto á serviros. — ¿Aceptáis mi propuesta? — Disponed de mí; estoy á vuestras órdenes.

Diez y ocho meses estuvo el joven sirviendo de secretario al Obispo. Jamás se le preguntó cuales eran sus principios. Leía los libros de su agrado, iba adonde quería, tenía completa libertad de acción. Pero gracias al ejemplo de virtud, de caridad y abnegación que tenía á los ojos, el corazón del joven se convirtió á la fe; quiso seguir las huellas de su modelo y entró en un seminario, precisamente á los dos años justos de haber sido despedido por el rico comerciante.

Al presente, el antiguo tenedor de libros, el exsecretario del Obispo es el Vicario del mismo prelado que reconoce la sabiduría del proverbio de los Vicentes de Paul, Franciscos de Sales y Juanes Bosco : « Más moscas se cogen en una onza de miel que en un tonel de vinagre. » — *(Choix de bonnes lectures.)*

*
* *

La virtud cautiva los corozones. — El Padre Fernández era un celoso misionero que acompañaba en sus trabajos á San Francisco Javier, en el Japón. Predicando cierto día en la plaza pública, se le acercó un miserable de la hez del pueblo y le escupió el rostro. El buen Padre, sin decir una palabra ni manifestar la más pequeña emoción, sacó el pañuelo para limpiarse, y siguió tranquilamente su discurso. Todos quedaron pasmados de tan heroica paciencia. Los que al principio habían reido quedaron asombrados, y un doctor de los más sabios de la ciudad, que se hallaba presente, dijo :

Religión que inspira tal valor y grandeza de alma, que hace alcanzar sobre sí mismo tan completa victoria, no puede menos de ser de origen divino; y así que concluyó el sermón, confesó que la virtud del orador le había penetrado, y en consecuencia pidió el baustimo. A esta ilustre conversión siguieron otras muchas. — (*Gaume.*)

LETRILLA

Que acostumbraba llevar en su Breviario Santa Teresa de Jesús.

Nada te turbe,
Nada te espante,
Todo se pasa.
Dios no se muda.
La paciencia
Todo lo alcanza.
Quien á Dios tiene
Nada le falta:
Solo Dios basta.

Gula.

— *¿Qué es gula?*
— *Es el exceso en la comida ó bebida.*
— *¿Qué virtud se opone á este vicio?*
— *La templanza.*

La gula es la pérdida de la salud, del tiempo, de la honra, de la fortuna y de la castidad del cuerpo y del alma. — (*A Lápide.*)

Es difícil, ó más bien imposible, dice San Jerónimo, quel el que goza de los bienes presentes, pueda gozar de los bienes futuros; que llene acá su estómago de manjares exquisitos, y que su alma sea colmada de bienes en la eternidad, pasando así de las delicias carnales á las delicias del cielo.

« Más muertes en el mundo ha hecho la gula que la espada. »

Desde Adán hasta Noé, esto es, durante mil seiscientos años, los hombres no comieron carne ni bebieron vino; se alimentaban de frutos y legumbres y bebían agua. Á pesar de todo, vivían hasta más de novecientos años... La sobriedad es madre de la salud, de la sabiduría y de la santidad. — (*A Lápide.*)

« Mirad la mesa como un altar y no la abandonéis jamás sin haber ofrecido á Dios algún sacrificio. »

*
* *

Adán y Eva. — Nuestros primeros padres nos han legado toda suerte de desgracias, por haber comido del fruto prohibido.

*
* *

El festín del Rey Baltasar. — Baltasar, Rey de Siria, más ocupado en placeres que en el buen gobierno, quiso dar un día un magnífico festín al que convidó á los principales señores de su reino. Entregado á una loca alegría, bebió con exceso, y en medio de su embriaguez mandó á sus palaciegos que trajesen á la sala del festín los vasos de oro y plata robados al templo de Jerusalén, para beber en ellos él y los señores y mujeres que se hallaban en el banquete.

El Rey dió el ejemplo y cada cual hizo alarde de imitarlo, esforzándose á porfía en profanar los vasos sagrados. Bebían en ellos el vino á grandes tragos, cantando himnos en honor de sus falsas divinidades...

De pronto vieron aparecer dedos de una mano, junto á la pared, frente á frente de la araña que iluminaba la sala del festín; y el Rey veía claramente el movimiento de la mano que escribía. Cambia entonces de color, se turba su espíritu, las fuerzas le abandonan, se le doblan temblorosas las rodillas, y sólo le queda aliento para

exclamar : ¡Que se llame al momento á todos los adivinos y magos!

Fué obedecido sin tardanza. Luego que llegaron, les dijo : El que me lea lo que en la pared hay escrito y me explique su sentido será el primer personaje después de mí y de la Reina; le haré vestir de púrpura y le daré un collar de oro.

Todos los esfuerzos de aquellos impostores fueron inútiles. La desesperación del Rey se aumentaba, y su corte no sabía á quien recurrir, cuando informada del suceso, la Reina baja al salón del festín y dice al Rey : « Señor, hay entre nosotros un hombre á quién el Dios que él adora le comunica su espíritu, y se llama Daniel. Haced que venga y os sacará de vuestra inquietud. » El Rey al punto mandó llamar á Daniel y le hizo idénticas promesas.

Daniel conoció el peligro de su situación; pero inspirado por Dios, « Gran Rey, dijo á Baltasar, no aceptaré vuestros presentes; mas voy á leeros lo allí escrito y á daros la explicación. Son tres palabras : *Mane*, *Tecel*. *Fares*. Hé aquí lo que significan : *Mane*, el Señor vá á poner fin á vuestro reino; *Tecel*, nada pesáis en la balanza; *Fares*, vuestro reino ha sido dividido. Grande fué el espanto y turbación que esta explicación produjo al Rey. La ejecución de la sentencia estaba, sin embargo, más cercana de lo que Baltasar creía. Ciro, rey de los Persas y Medos, penetro aquella misma noche en Babilonia y sus tropas entraron hasta el palacio real, donde Baltasar fué muerto en medio de una horrible carnicería. — (*Gaume.*)

*
* *

Odio de un Rey. — Un día preguntaron á Federico IV por qué tenía tanta aversión al vino. « Porque en él se contienen todos los vicios », contestó.

Fuerza de la costumbre. — Los médicos declararon á un hidrópico que si se abstenía de la embriaguez, causa de su enfermedad, podría vivir largos años; mientras que si continuaba en tal vicio apenas podría vivir algunas semanas. « Prefiero beber á mi satisfacción, exclamó el enfermo, aunque sea cortas semanas, antes que ayunar sesenta años. »

*
* *

Muerte de un bebedor. — Un sacerdote fué llamado á asistir á un moribundo. La bebida había postrado á este infeliz y su estado movía á compasión. Se confiesa; pide públicamente perdón á Dios y á los hombres por sus escándalos y promete enmendarse, si recobra la salud. Pero ¡ay! apenas había recibido los sacramentos se rebela su violenta pasión. Con espantosas vociferaciones pide de beber y muere reteniendo convulsivamente un vaso de licor en las manos. — *(Lefort.)*

*
* *

Un glotón castigado. — Un niño muy inclinado á la glotonería espiaba la vigilancia de sus padres para satisfacer sus torpes deseos. Estos, á fin de corregirle de tan vergonzozo vicio, recurrieron á una estratajema. Habían servido á la mesa un pato frío que quedó casi intacto. Mandaron preparar artificiosamente otro en la misma forma y lo hicieron colocar en el repostero en lugar del primero. Afectaron dejar la llave á la puerta como por olvido. A la mañana siguiente, á una de las horas en que el muchacho acostumbraba hacer á hurtadillas sus comilonas, se ocultaron en una pieza vecina para ser testigos de lo que ocurriese. El niño no se hizo esperar. Llegó al repostero, observó que nadie le veía, abrió apresuradamente la puerta, y viendo el pato frío, lleno de contento lo toma, y ya iba á envolverlo para salir á comérselo, cuando nota que es una

masa de afrecho cubierta de cartón engrasado y sobre el cual estaban escritas estas palabras : « *Así se atrapa á los golosos.* » Al verse burlado se sonrojó, palideció y quedó confuso y avergonzado ; pero su confusión aumentó cuando oyendo risas y carcajadas vió aparecer de improviso á su padre, á su madre, á sus hermanos y hermanas y hasta á los sirvientes de la casa. No pudo entonces contener las lágrimas y habría querido tener una cueva para esconderse de vergüenza. Pero reanimado por sus padres les pidió perdón y les prometió solemnemente que no volvería á cometer semejante falta y que desde ese día su glotonería se cambiaría en sobriedad. — (*Lefort.*)

*
* *

Por golosa. — Cierto día el niño José Bosco encontró un nido con una pequeña lechuza. Llevando á casa un cesto de cerezas le dió una. La lechuza se la tragó en el acto, y luego aleteando, alargando el pescuezo y con el pico desmesuradamente abierto daba señales de querer más. El niño le dió otra y otras. La lechuza se iba hinchando; con todo no bien había engullido una cereza cuando ya con majaderos chillidos las pedía, todas. — ¡Toma! decíale riendo José... A poco la lechuza queda con el pico abierto, echa una mirada lastimera en torno suyo, y cae muerta. *¡Eh! ¡se murió!* gritó José á Margarita, su madre. — *Así acaban todos los glotones,* le contestó ella. *Sus destemplanzas les acarrean prematura muerte.* — (D. Lemoyne, *Margherita Bosco.*)

*
* *

Víctima del vicio. — Veíase en el café de Orsay en París, un hombre de vida singular : se levantaba á medio día y su primer cuidado era entrar en el café, hartarse y entretenerse en conversar y en mirar la gente

que pasaba por allí, á no ser que encontrara un compeñero de dominó. Á las cinco pedía absinto, comía con prolijo cuidado, venían después el coñac, y el café y los licores de las islas. Toda la tarle lo pasaba en jugar y en beber. No salía hasta que se cerraba el establecimiento. Jamás he visto más triste víctima del placer. Era el Vizconde d'Arjeau. No tenía treinta y seis años y representaba casi el doble. Andaba encorvado, apoyado sobre un bastón, y deteniéndose aquí y allí para respirar y dar aire á sus pulmones que se deshacían. Esto en cuanto al físico. Por lo que respecta á su moral, había perdido la noción del bien y del mal. Entorpecida su inteligencia, decía él mismo que su cerebro estaba hueco y reconocía que la causa era el abuso de los placeres. ¡Qué ruina! exclamaban los que le habían antes conocido. Arrogante y simpático cuando mozo, el fausto y los vicios lo perdieron. Desengañado, descontento de los hombres y de sí mismo, abandonó su ilustre parentela, la familia de Borgoña. Su padre, egoista, y no pudiendo conseguir que se enmendara, le fijó una pensión de seis mil francos de renta y no pensó más en él. El Vizconde gastaba los seis mil francos en comer y beber. Su estrecho alojamiento no lo habría aceptado un estudiante. Sin cuidarse de su ropa, toda inmunda, parecía un cínico. Inspiraba compasión y lástima. Sus excesos acabaron pronto con él. — (*Lefort.*)

*
* *

San Francisco de Sales y su sirviente. — No hay vicio ni pasión de que no pueda triunfar una voluntad decidida. San Francisco de Sales tenía un doméstico demasiado aficionado al vino. Un día en que había bebido más que de costumbre, descuidó recogerse á tiempo, y no llegó al palacio del Obispo hasta muy entrada la noche, cuando ya todas las puertas estaban

cerradas. Golpeó largo rato, pero en vano. El Santo viendo que nadie respondía, se levanta, va á abrir la puerta a su criado, que con la cabeza cargada de vapores, no sabía lo que hacía ni lo que decía. Apenas podía sostenerse. Compadecido el Santo le tomó de la mano, le llevó á su alcoba y lleno de bondad hasta le ayudó á desnudarse, á meterse en cama y rogó á Dios por él.

A la mañana siguiente, el doméstico se acordó de que el mismo Obispo le había recibído y prestado servicio y no se atrevía á presentarse á él. El Santo, al contrario, buscó ocasión de hablarle á solas y con su dulzura ordinaria le dijo : « Parece que ayer estuviste enfermo, ¿será cierto? » Estas palabras, pronunciadas con caridad inefable, fueron como el estallido de un rayo que aterró al pobre hombre. Se prosternó á los pies de su señor, confesó humildemente su falta y le pidió mil perdones. « Yo te perdono, le dijo el Santo, pero atiende á tu triste estado; pueden ocurrirte mil accidentes; puedes caer, pueden insultarte; arruinas tu salud; pero lo más triste es que pierdes tu alma, ofendes á Dios y escandalizas al prójimo. Si tuvieses la desgracia de morir en ese estado, ¿qué sería de tí? ¿cómo comparecerías delante de Dios?

El doméstico, conmovido, y penetrado de dolor, prometió no volver á beber vino en su vida. « No, le respondió el Santo, Dios no exige tanto de tí; lo que yo te pido es que no bebas el vino sino con la mitad de agua. Y ahora piensa en reconciliarte con Dios; prepárate bien, confiésate, y vive como cristiano. » El criado obedeció; se confesó con el mismo Santo Obispo á quien miró como su padre. Estuvo siempre á su lado, le sirvió con toda fidelidad y cariño y jamás faltó á su promesa. — (*Vida de S. F. de Sales.*)

El general Cambronne. — El célebre Cambronne era cabo de guarnición en Nantes. Tenía apenas veinte años y ya había contraído una deplorable afición à la bebida. Un día en que estaba ebrio, olvidó su deber hasta el punto de pegar á un oficial que le daba órdenes. Fué sometido á consejo de guerra y condenado á muerte. La ley militar es inflexible.

El Coronel de su regimiento apreciaba la energía, la bravura y la inteligencia del joven cabo y se interesó por su suerte. Fué al comisario de Gobierno y le pidió el indulto de Cambronne.

— Imposible, respondió el Comisario. Se necesita un escarmiento. Es indispensable la disciplina en el ejército. El cabo Cambronne morirá...

Sin embargo, el digno Coronel pasó á la cárcel militar, é hizo comparecer á Cambronne.

— Cabo, le dijo, has cometido una grave falta.

— Es verdad, mi Coronel; por eso ya ve donde estoy. La pagaré con mi vida.

— Tal vez, dijo el coronel.

— ¡Cómo! ¿tal vez? Conozco el rigor de la justicia militar. Mi muerte está decretada.

— No, amigo mío. Puedes vivir. Yo te traigo la gracia. La he conseguido á duras penas del Comisario de Gobierno. Te perdona y te devuelve tu grado; pero con una condición.

— ¡Una condición! ¡Háble, mi coronel! ¡Todo lo haré por salvar mi cabeza y mi honor!

— Es con la condición de que jamás volverás á embriagarte.

— ¡Oh! mi coronel, ¡esto es imposible!

— ¡Cómo! ¿imposible, para escapar de la muerte? Oye: mañana vas á ser fusilado; con que, piénsalo bien.

— ¡Ah! mi coronel, para que yo no volviese á em-

borracharme preciso sería que no volviese á beber vino, porque mi afición á la botella es tal que cuando la cosa empieza fuerza es que concluya; me es imposible contenerme.

— Pero, desgraciado, ¿no puedes prometerme que no beberás vino nunca más?

— ¿Nunca más? Es mucho, mi Coronel. ¡No beber más vino!... Y el cabo Cambronne dejó caer la cabeza sobre el pecho... Pero, mi Coronel, si yo prometiese no beber más vino en mi vida, ¿ quién garantizaría mi promesa?

— Tu palabra de honor. No necesito otra cosa. Te conozco. Sé que cuando la das no faltas á ella... Y bien ¿ qué escoges?

— Sois demasiado bueno, mi Coronel, respondió enternecido Cambronne; gracias por vuestra confianza; la aprecio tanto como el perdón... Y levantando la mano, añadió : Dios me oye... Yo, Cambronne, juro que jamás en mi vida probaré una gota de vino. ¿Estáis satisfecho, mi Coronel?

— Sí, amigo mío, respondió éste. Estoy contento de tí. Mañana estarás libre... Sed un soldado valiente y emplea en el servicio de tu patria la vida que hoy la patria te devuelve.

Al día siguiente el cabo Cambronne volvía á su puesto.

Veintidos años pasaron. El *cabo* Cambronne era ahora el *general* Cambronne, célebre en la heroica retirada de Waterloo. Su antiguo Coronel á la sazón general, invitó á Cambronne á su mesa y le ofreció un vaso de champaña.

— ¿Qué me presentas, amigo mío?

— Acepta. Es un excelente vino.

— ¡Vino!... ¡Y mi palabra de honor, général, mi pa-

labra de honor !... exclamó Cambronne. ¡Y Nantes!... ¡y la cárcel!... ¡y el perdón!... ¡y mi juramento!... ¿Lo has olvidado, mi buen general?

— ¡Cómo! ¿todavía?

— Desde aquel día no he probado una gota de vino. Así lo juré y he cumplido mi palabra... — (*Segur.* — *Sibillat.*

*
* *

Mortificación de David. — Marchando David al encuentro de los Filisteos, se detuvo en el fuerte de Odollam á observar el movimiento de las tropas enemigas. Era el tiempo de la siega; época de los grandes calores. Devorado David por la sed, exclamó: «¡Quién me diera un poco de agua de la cisterna de Belén! Belén era su patria y nada más dulce en las penas que el recuerdo del país natal.

El menor deseo de los príncipes equivale á una orden. Tres valientes, ligeros como el rayo, atraviesan el campo enemigo, sacan agua de la cisterna y afrontando mil peligros vuelven triunfantes á ofrecerla á su rey. Pero David, considerando el precio del agua adquirida con tan inmenso riesgo, rehusó tomarla, y dijo: « Líbreme el Señor de beber la sangre de los bravos que me han traído esta agua con peligro de su vida. » Y ofreciéndola á Dios en sacrificio le dió gracias por haber salvado á aquellos tres héroes, y así quiso expiar el primer movimiento de tal sensualidad. — (*Hist. de David.* — *L'abbé Henri.*)

*
* *

El médico de un Califa. — Cierto Rey de Persia pidió á un Califa le enviase un hábil médico. Fué obedecido en el acto. Cuando el médico llegó á la corte, preguntó cuál era el régimen que en ella se observaba.

— « Aquí se come para vivir y no se vive para comer,

se le contestó. Jamás se toma cosa alguna por simple placer. »

— « En tal caso, yo me retiro, dijo el médico; pues así no hay aquí nada que hacer. » — (*Dictionnaire d'éducation.*)

Envidia.

— *¿Qué es envidia?*
— *Es la tristeza por el bien ajeno.*
— *¿Qué vitud se opone á este vicio?*
— *La caridad.*

La envidia es un orgullo pusilánime, un veneno lento que arruina la salud; es la lepra del alma; una víbora que le sirve de verdugo. — (*S. Agustín y S. Bernardo.*)

La envidia se alegra de la desgracia y se aflige de la felicidad del prójimo. Es la raíz de todos los males, el manantial de los pleitos, el arsenal de los crímenes, roe el corazón como un cáncer y origina todos los desórdenes. Es un mal sin fin. — (*S. Crisóstomo.*)

La envidia, dice San Agustín, fué la que arrojó al Angel del Cielo, y al hombre del paraíso terrestre; la que mató á Abel, la que armó á los hermanos de José, arrojó á Daniel en la fosa de los leones y crucificó á Jesucristo.

*
* *

Caín y Abel. — Abel era pastor y Caín labrador. Caín ofreció á Dios frutos de la tierra en sacrificio, y Abel las primicias de su rebaño. El Señor, que lee en los corazones, fijó sus miradas en Abel y aceptó su ofrenda; mas no miró á Caín ni sus presentes. Irritóse por esto Caín y, devorado por la envidia, se puso triste y cabizbajo. El Señor le dijo: « ¿Por qué te has irritado y ha decaído tu semblante? ¿Si haces bien acaso no serás

recompensado? Si haces mal la pena de tu pecado te aguardará á la puerta. La concupiscencia te combatirá, pero tú podrás dominarla. » No se aprovechó Caín de esta amonestación. Un día dijo á su hermano Abel : « Salgamos. » Cuando estuvieron en el campo, Caín se arrojó sobre su hermano y le mató. Entonces el Señor dijo á Caín : « ¿En dónde está tu hermano Abel? — Él respondió : « No lo sé ; ¿soy yo acaso guarda de mi hermano? — Díjole el Señor : « ¿Qué has hecho? La sangre de tu hermano clama á mí desde la tierra. Ahora, pues, maldito serás sobre esta tierra que has manchado con la sangre de tu hermano. Cuando la labrares, no te dará sus frutos; vagabundo y fugitivo andarás errante por la tierra. » — Caín dijo al Señor : « Mi pecado es muy grande para que pueda merecer perdón. »

*
* *

Envidiosos castigados. — Una rica y piadosa señora ejercía gran caridad en los arrabales de París. Sus limosnas eran abundantes y cada uno de los que de ella la recibían hubiera querido ser dueño de todas para salir de la indigencia. Como la envidia casi siempre aconseja la mentira, la caritativa señora era molestada con mil denuncios. En una choza le decían : « ¡Ah! señora, es Ud. demasiado buena, está asistiendo al vecino que no lo merece : es un perezoso que se embriaga y vende lo que Ud. le da. » En otra le advertían : « Señora, ¡si Ud. conociese á la mujer de esa casa en que ha estado! Con lástima lo digo. Es una mujer mala. No hace más que dar tristes ejemplos á sus hijos. » Más allá le manifestaban : « ¿Cree Ud., señora, que el hombre allí tendido está enfermo? Está tan sano como yo. Cuando vé venir á Ud. se cubre de harapos y se acuesta; pero apenas Ud. se retira se pone á bailar. » Y así en todas partes. Desagradada la señora

al escuchar tanta maledicencia, reunió un día á sus protegidos y les dijo : « Amigos míos, según se desprende de vuestros propios testimonios, todos vosotros, sin exceptuar uno solo, sois unos malvados... ; ninguno merece caridad ; así yo os abandono... adiós... Y se fué. — Quedaron ellos asombrados y confundidos... Bien pronto les afligió el hambre... Nada tenían... Escribieron entonces á la señora una carta, y después otra y otra. Mientras tanto la indigencia de aquellos infelices era cada día más penosa. Tornó al fin la generosa bienhechora á repartir limosna ; pero ya no volvió nunca á oír murmuración alguna y sus pobres se corrigieron del pecado de envidia. — *(Mullois.)*

*
* *

Una acción ejemplar. — Enrique de Mesme era, en el colegio, el alumno más aventajado. Uno solo de sus condiscípulos, Bartolomé, no podía conformarse con tal superioridad y se daba á estudiar aún mientras dormían sus compañeros, á fin de eclipsarlo. Por una parte las fatigas de estas vigilias y por otra el pesar y despecho contribuyeron á dañarle la salud. Enrique lo notó. Su buen corazón se hermanaba con su singular aprovechamiento. No dijo una palabra á nadie; pero en el primer certamen incurrió, de propósito, en una falta considerable. El premio lo obtuvo Bartolomé. Contento éste de su triunfo, junto con mejorar de animo vió restablecerse su salud.

Entretanto los profesores que no se explicaban la equivocación de Enrique le preguntaron la razón. La ocultó largo tiempo ; pero al fin llegó á descubrirla. El premio de Bartolomé era debido á la generosidad de Enrique... — *(Dict. d'éducation.)*

Pereza.

— *¿Qué es pereza?*

— *Es la ociosidad y negligencia en el cumplimiento de nuestros deberes.*

— *¿Cuál virtud se opone á este vicio?*

— *La diligencia; esto es, el trabajo.*

La ociosidad es madre de todos los vicios, dice la Sagrada Escritura.

Así como el agua estancada se corrompe y se cubre de insectos, así también el perezoso paraliza las fuerzas del alma y del cuerpo, se corrompe y es esclavo de los vicios.

Ved lo que pasa en una casa descuidada, en un jardín ó en una tierra sin cultivo, todo se daña y se pierde. Del mismo modo en el hombre, la ociosidad es ruina y muerte; pues que vive como sepultado.

Así como los gusanos se multiplican en las maderas blandas y débiles todas las impiedades nacen en la almas afeminadas. — *(S. Basilio.)*

El hombre que trabaja no es atacado más que por un demonio, dice Casiano; pero el perezoso es acometido por legiones.

La pereza es madre de todas las tentaciones, según San Bernardo.

Un breve trabajo y una gloria inmensa; un fugaz placer y un castigo eterno. — *(S. F. de Asís.)*

Un trabajo constante lo vence todo. — *(Virgilio.)*

La ociosidad es semejante á la polilla; destruye más que el trabajo. La llave que está en servicio, siempre está limpia. — (*Franklin.*)

San Antonio Abad oyó una voz que le decía : « Antonio, ¿quieres agradar á Dios? Ora, y cuando no pue-

das orar trabaja y ocúpate siempre en algo. » — (*Vit. Patr.*)

*
* *

Árbol sin fruto. — Nuestro Señor Jesucristo viendo una higuera á la orilla de un camino, se acercó y como en ella no encontrara más que hojas, dijo : ¡No nazca nunca ningún fruto de tí! Y al instante la higuera se secó. — (*Matth.*, XXI, 19.)

El perezoso es aquella higuera estéril, y tendrá la misma suerte.

Así el dueño de la viña de que habla el Evangelio, dijo : hace ya tres años que vengo á ver si este árbol tiene fruto y nunca lo da; cortadlo, pues, y echadlo al fuego. ¿Para qué ocupa inútilmente la tierra?

*
* *

Los talentos. — Dios, dice Jesucristo, es como un hombre que, al emprender largo viaje llamó á sus servidores y les confió todos sus bienes. Dió cinco talentos á uno, dos á otro y uno á otro, á cada cual según su capacidad; y luego marchó. El que había recibido los cinco talentos, se fué á negociar con ellos y ganó otros cinco. Asimismo el que había recibido dos ganó otros dos. Mas el que había recibido uno hizo un hoyo y allí escondió el dinero de su señor. Después de largo tiempo, volvió el señor de aquellos servidores y los llamó á cuentas. El que había recibido cinco talentos, presentóle otros cinco, y le dijo : Señor, cinco talentos me entregaste, y hé aquí otros cinco que he ganado. — Su señor le contestó : Muy bien, servidor bueno y fiel; porque has sido fiel en las cosas pequeñas, te las confiaré mayores : entra en el gozo de tu señor. — El que había recibido dos talentos le dijo : Señor, dos talentos me confiaste, y aquí tienes otros dos que he ganado. — Su señor le respondió : Bien está, siervo bueno y fiel;

porque has sido fiel en las cosas pequeñas, te las confiaré mayores: entra en la alegría de tu señor. — Por último llegó el que había recibido un talento y dijo á su amo: Señor se que eres de carácter severo, que siegas donde no has sembrado, y recoges donde nada has esparcido, y temiéndote escondí tu talento en la tierra; aquí lo tienes; te devuelvo lo que es tuyo. — Su señor le respondió: Siervo malo y perezoso, sabías que siego donde no he sembrado y recojo donde nada he esparcido; debías haber puesto mi dinero en manos productivas y á mi regreso yo hubiera recibido con creces lo que es mío.

Tomadle, pues, el talento — dijo á sus ministros — arrojad á este siervo inútil á las tinieblas exteriores: allí será el llanto y el crujir de dientes. — (*Matth.*, xxv, 14, 30.)

*
* *

Las vírgenes prudentes y las necias. — Diez vírgenes, dice Jesucristo, tomando sus lámparas, salieron á recibir al Esposo y la Esposa. Cinco de ellas eran fatuas y las otras cinco prudentes. Habiendo las cinco fatuas cogido las lámparas no se proveyeron de aceite; mas las prudentes tomaron aceite en sus vasijas y juntamente sus lámparas. Como el Esposo tardase en llegar, les vino sueño y se durmieron. Pero á media noche se oyó gritar: Mirad que viene el Esposo, salid á recibirle. Entonces se levantaron todas aquellas vírgenes y dispusieron sus lámparas. Y dijeron las fatuas á las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan. Las prudentes les respondieron: No sea que no haya bastante para nosotras y para vosotras, mejor es que vayáis á los que venden y lo compréis. Y mientras que ellas fueron á comprarlo vino el Esposo y las que estaban dispuestas entraron

con él á las bodas y fué cerrada la puerta. Al fin llegan las otras vírgenes y dijeron : Señor, ábrenos. Mas él les repondió : En verdad os digo que no os conozco. — (*Matth.*, XXV, 1-12.)

Las vírgenes prudentes son los hombres vigilantes y laboriosos. Las necias representan á los perezosos que no tienen el aceite de la fe y de las buenas obras. Estos encontrarán cerrado el cielo, y cuando griten : Señor, Señor, ábrenos. El Soberano Juez les dirá : En verdad, no os conozco.

*
* *

Un servicio hecho á Buffón por su sirviente. — Yo era muy dormilón en mi juventud, dice el sabio Buffón. Un día, avergonzado de ver los perjuicios que por esto sufría, ordené terminantemente á mi criado que me despertase antes de las seis y le prometí una moneda por cada vez que cumpliera mi mandato. Llegó José, mi sirviente, á despertarme á la hora convenida, y le recibí con injurias. Al día siguiente volvió, y me fastidió hasta conseguir que me levantase. Por mucho tiempo hizo lo mismo. Las monedas le resarcían mis enojos. Un día me resistí á levantarme. Me echó entónces en la cabeza un jarro de agua y escapó. Después lo llamé y le dije : « Has cumplido con tu deber; toma tres francos. »

De este modo y con el trabajo de la mañana yo debo á José tres ó cuatro volúmenes de mi *Historia Natural*. — (*Lefort.*)

*
* *

No hay que dejarse vencer por las dificultades. — Tamerlán en una hora de abatimiento profundo, encerrado en su estancia, pensaba en sus contratiempos.

Vió á la sazón una hormiga que subía una pared, y cuantas veces la echaba abajo la volvía á subir. En este

pueril entretenimiento tuvo la curiosidad de observar hasta qué punto llegaba la obstinación de la hormiga y la hizo caer ochenta veces sin rendirla. Dejóla entonces, y admirado exclamó : « Imitémosla y venceremos con la perseverancia. » — (*L. Lavedán.*)

*
* *

Aplicación al estudio. — San Jerónimo, ya de edad avanzada, á fin de combatir las tentaciones que le atormentaban, se propuso estudiar el hebreo, que á la vez le serviría para explicar mejor los Libros Santos. Este estudio le costó sacrificios increibles. Se hizo discípulo de un judío convertido y monje. Tantas eran las dificultades, que llegó á abandonar varias veces ese aprendizaje, volviendo después á recomenzarlo. Con la constancia consiguió saber el hebreo á la perfección. « Doy gracias á Dios, decía el Santo, de los frutos que ahora recojo, frutos tanto más dulces cuanto más amarga ha sido la semilla. »

*
* *

El Gran Bossuet. — Era este obispo de una ciencia profunda. Dormía poco, era sobrio y hasta en la comida dictaba obras en defensa de la religión. Su carruaje era un gabinete de estudio. Su actividad era sólo comparable á su genio. — (*Lefort.*)

*
* *

San Pascual Bailón. — Hijo de padres pobres, ganaba su vida cultivando la tierra. No siéndole posible entrar en la escuela, á fin de ilustrarse, se ingenió del modo siguiente : Obtuvo una cartilla, y cuando salía á guardar el rebaño, suplicaba á los transeuntes tuvieran la caridad de enseñarle las letras. Tan vivo fué su deseo de instruírse y tan grande su atención que así aprendió á leer y escribir. El Santo no se sirvió de estos conocimientos sino para perfeccionarse en la ciencia de la religión. — (*Id.*)

El trabajo es necesario para extirpar los vicios. — Preguntado un anciano anacoreta de Oriente sobre el medio de combatir las pasiones y de extirpar los vicios contestó con esta figura. Se encontraba con sus discípulos entre los árboles y mandó á uno de ellos que arrancase una tierna planta que le mostró. El discípulo la echó fuera con gran facilidad. El solitario le mandó arrancar otra mayor y el discípulo consiguió su intento; pero con gran dificultad. Para arrancar una tercera fué necesario que le ayudase uno de sus compañeros. Por fin, el solitario les mostró una cuarta; era mucho mas gruesa y todos unidos no pudieron sacarla. Queridos amigos, les dijo el anciano solitario, lo mismo sucede con nuestras pasiones : al principio, cuando no han echado hondas raíces, es fácil extirparlas; pero cuando se las deja crecer y robustecerse es muy difícil vencerlas. Trabajad, pues, desde temprano, trabajad en todo tiempo, porque las pasiones nacen y renacen y nunca se acaban.

UNDÉCIMO ARTÍCULO DEL SÍMBOLO

Creo en la Resurrección de la carne.

LA MUERTE

— *¿ Qué es la muerte?*
— *Es la separación del alma del cuerpo.*
— *¿ Cuándo hemos de morir?*
— *Sólo Dios lo sabe, que ha dicho vendrá la muerte como un ladrón cuando menos se piense.*
— *¿ En qué se convierte el cuerpo después de la muerte?*
— *En gusanos, polvo y ceniza.*
— *¿ Y qué se hace el alma?*
— *El alma se vá á la eternidad.*

La muerte es un instante del cual depende la eternidad. — (*S. Augustín.*)

La vida no es más que una muerte lenta; cada día morimos; cada día la muerte nos quita parte de nuestra vida. » — (*Id.*)

La muerte os espera en todas partes; pero si sois prudentes en todas partes la esperáis vosotros. — (*S. Bernardo*).

Pensad en que cada día puede ser el último de vuestra vida.

Casimiro II, Rey de Polonia, murió en un festín, y Ladislao, Rey du Hungría, durante los preparativos de

su boda con Magdalena, hija de Carlos, Rey de Francia (1). Una espina de un pez quitó la vida á Tarquino Romano. Un cabello, bebido en la leche y atravesado en la garganta, ahogó al senador Fabio. Un granillo de pasa mató al poeta Anacreonte. Por un mosquito, bebido en el agua, perdió la vida el Pontífice Adriano IV(2). El Papa Esteban II ocupó la Sede sólo tres días; Urbano VII, trece días; Bonifacio VI, quince días; Celestino IV, diez y siete días; Sisinio, veinte días. Cuarenta y dos Papas han vivido menos de un año en el trono. — *(Don Bosco.)*

El Papa León XI decía al morir: « ¡Oh! cuánto más feliz sería, si en vez de las llaves del cielo, hubiese tenido la de una celda en el claustro! Ayer mandaba al Universo y hoy me enterrarán en seis palmos de tierra. »

*
* *

Incertidumbre de la muerte. — Un hombre concibió el proyecto de asaltar un nido de águilas colocado en el fondo una quebrada cortada á pico, á ciento cincuenta pies de profundidad. Atado con una cuerda y armado de sable, se deja descender á aquel barranco. Llega al nido, en ausencia de las águilas, coge los polluelos, y ya comenzaba el ascenso cuando las águilas asoman. Se traba entonces una lucha feroz; el hombre hiere á diestro y siniestro; en su temeraria audacia, da un tajo á la cuerda que lo sostiene, y casi del todo cortada, queda sujeto sólo por algunas hebras. Si cayera se haría pedazos en las rocas salientes de aquel abismo. El terror le hiela la sangre y casi le paraliza la respiración... Por fin un esfuerzo supremo le deja triunfante. Desesperado clama á los de arriba que recojan suavemente la cuerda, llega á la cima y es rescatado

(1) TESOROS, *Cornelio A Lápide.*
(2) VERDADES ETERNAS, *P. Rosignoli.*

de la muerte. Pero su espanto había sido tan grande que en el trayecto cambiaron de color sus cabellos. Había bajado joven, y unos cuantos segundos bastaron para dejar blanca la cabeza.

Hé aquí una imagen perfecta de la vida. Está pendiente de un hilo sobre el abismo de la eternidad en cuyo fondo arden las llamas inextinguibles. La mano que ese hilo sostiene, es la mano justiciera de Dios... ¡Tiembla, pecador!

* * *

Vana confianza. — Los cazadores, para coger las panteras, les ponen cebo envenenado, por donde han de pasar; pero ellas astutas y de agudísimo olfato no se atreven á tocarlo, si corriendo primero por el campo no sienten el olor de la hierba díctamo, antídoto que las cura al instante. Más astutos que ellas los cazadores, cuelgan de un árbol un hacecillo de la misma hierba, para que ellas, percibido el olor, coman el venenoso manjar; y después hallando el remedio tan alto, sin poderlo alcanzar, se ven forzadas á morir. Así hacen los demonios, astutos cazadores de almas; pónenles delante los placeres envenenados y las convidan con la esperanza de tener siempre á la mano el remedio de la confesión para curarse. ¡Cuántos infelices pecadores, de esta suerte engañados, se ven obligados á perecer! Así lo experimentó un gentilhombre inglés. De agudo ingenio y docto en las ciencias se apartó de la herejía y se decidió á abrazar la religión católica; pero por ser muy rico y temer que, si contra los edictos de la impía Reina Isabel se declaraba católico, le despojaran de sus riquezas, tomó un artificioso partido. Este fué portarse en lo exterior como protestante, por conservar sus bienes, y en lo interior ser católico por adquirir los del cielo. No se le ocultó que esta herejía ex-

terior era un pecado mortal y discurrió entonces un remedio que le pareció infalible. Para salvarse, dijo entre sí, no es menester una vida santa, sino una buena muerte; luego lo que yo debo asegurarme es morir bien, lo cual conseguiré fácilmente teniendo en mi casa un confesor, que en mi última enfermedad me absuelva de toda culpa. ¿No bastará una señal de arrepentimiento y algunos golpes de pecho para conseguir la absolución? Así se lo ideaba él. Y porque dueño era de dos casas, en que á diversos tiempos habitaba : una de corte en Londres y otra en el campo y no lejos de la ciudad, en ambas tenía un sacerdote católico, con firme persuasión de que tenía en su mano la salvación. De esta suerte pensaba engañar á Dios y robarle el cielo, como hizo el Buen Ladrón en la cruz, reservando para lo último el « Señor, acordaos de mí. » No dejó el Padre Weston de advertirle que era vana aquella confianza, representándole los peligros de una muerte repentina é improvisa. ¡No es prudencia poner leyes á Dios! le decía. No se puede confiar en vivir mal y morir bien... El caballero cerró los oídos á esta verdad y siguió en su necia confianza. Pero un día caminando de la una á la otra casa bien robusto y sano, en medio del camino, fué asaltado de un fuerte ataque mortal que le arrojó agonizante á tierra. Corrieron á rienda suelta los criados á traerle el más cercano de los dos sacerdotes; pero Dios había medido la fuerza del mal que le quitase la vida, de suerte que, aun cuando á todo correr vino el confesor, ya el infeliz había expirado. — *(*Rosignoli, *Verdades Eternas).*

*
* *

Elocuencia de la muerte. — Francisco de Borja era duque de Gandia y uno de los más ilustres grandes de España. Muerta la Emperatriz Isabel, Carlos V, Empe-

rador de Alemania y Rey de España, encargó á Francisco la conducción del cuerpo de la Emperatriz á Granada donde estaban las tumbas de los reyes.

La misión era bien honrosa. Francisco, en la fúnebre y solemne ceremonia, iba á representar al Rey. Trasladado el cuerpo á Granada, en medio de un suntuoso cortejo y en presencia de innumerable gentío, llegó el momento de cumplir una real disposición que consistía en abrir el ataúd y jurar que eran los mismos restos mortales de su Alteza los encerrados en él.

Grande fué la admiración de Francisco al ver aquel cadáver en decomposición. *¡Qué!* exclamó, *¿esto es todo lo que queda de mi soberana? ¿Dónde están su hermosura, sus frescas mejillas, sus labios sonrientes y sus ojos insinuantes?* Conmovióse de tal modo su alma que resolvió desde entonces consagrarse á Dios sin reserva y entró en la Compañía de Jesús donde fué un gran Santo. — (*Vida de S. F. de Borja.*)

* * *

Abdicación de un soberano. — Carlos V siguió el ejemplo de San Francisco de Borja. Cedido el gobierno de sus Estados, abandonó el fausto de la corte, el manto y la corona real y fué á encerrarse en un convento jeronimiano, con doce de sus más fieles servidores. Allí concretó su pensamiento en Dios y se preparó para la muerte. No permitió que le llamasen de otro modo que Carlos. La disciplina, el ayuno, la oración y la más austera penitencia dábanle la paz que no había encontrado en los antiguos honores. Queriendo hacer profunda reflexión sobre la muerte, hizo celebrar sus exequias en vida y se encerró en un ataúd miéntras los monjes, sus hermanos, cantaban las preces de difuntos. Poco después una fiebre le llevó á la tumba.

Conversión obrada por el pensamiento en la muerte. — Un joven profesor de filosofía, nacido de una noble familia de Navarra, de alma grande y genorosa, no deseaba otra cosa en el mundo que conquistar el nombre de sabio para agregarlo á la célebre genealogía de sus abuelos, ilustres y valientes guerreros. Un día un amigo suyo y compañero en la universidad de París le habló de este modo: ¿Qué esperas? ¿qué ambición tienes en la tierra? — Quiero alcanzar honores y dignidades. — ¿Y después? — Después vivir estimado y feliz. — ¿Y después? — Después, como el atleta de Cortona, descansar á la sombra de mis laureles. — ¿Y después? — Después, será necesario resignarse á morir. — ¿Y después? — El joven balbuceó algunas palabras y quedó pensativo... Entonces el hombre de Dios, lleno de fe, le dijo: ¡Bien! ¿quieres que te diga lo que ha de sucederte después? Tu alma comparecerá delante de Dios y serás juzgado. ¿Qué provecho conseguirás entonces de toda tu ciencia, riquezas, honores y gloria? *¿De qué sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?...* A estas palabras el joven se echa en brazos de su amigo y le suplica le ayude á salvarse. Se hace sacerdote, un apóstol, un gran Santo... San Francisco Javier. — *(Lefort y Sibillat.)*

San Jerónimo, de gran doctrina y conocimiento del mundo, estando para morir, dijo: Esto temo, esto juzgo ser verdad, esto me ha enseñado una larga experiencia: que no tiene buena muerte, quien siempre tuvo mala vida.

*
* *

El pensamiento en la muerte. — Un caballero de alta categoría, pero gran pecador, resolvió convertirse. Para esto se fué á Roma queriendo tener el consuelo de confesarse con el mismo Papa. En efecto le confesó el Papa,

que quedó muy edificado con la viveza de su dolor y generosidad de sus resoluciones. Mas, cuando fué menester darle la penitencia, el penitente encontraba dificultad para complirla; la oración y mortificación eran prácticas que parecían difíciles á aquel hombre de negocios. ¿Qué hacer con una persona de tal condición? Le dió el Papa un anillo de oro en que había escritas dos palabras: MEMENTO MORI: *acuérdate que has de morir*. Le impuso como penitencia que llevara siempre este anillo al dedo y que leyera las palabras en él escritas, á lo menos una vez cada día. El caballero se retiró muy contento, felicitándose de tan ligera penitencia. Mas el pensamiento sobre la muerte hízole tal impresión, que pronto comenzó á decir para sí: ya que he de morir, ¿qué cosa puedo hacer mejor en este mundo, que prepararme á bien morir? ¿á qué mirar tanto por una salud que la muerte destruirá pronto? Y, como San Bernardo, se preguntaba á menudo: ¿Harías esto, si hoy hubieses de morir? Si concluída esta acción tuvieses que morir, ¿cómo la harías? — Hechas estas reflexiones no hubo penitencia que no le pareciera ligera; todas las abrazó perseverando en ellas hasta la muerte, que fué preciosa delante de Dios, muy edificante á los hombres y llena de consuelo para él mismo. — (*P. Buenaventura.*)

* * *

San Juan el Limosnero. — San Juan, patriarca de Alejandría, llamado el Limosnero, por su gran caridad, se preparaba con santo temor á comparecer al tribunal divino; y para tener presente de continuo el pensamiento en la muerte, hacía que cavasen todos los días su sepultura, y había encargado á uno de sus pajes que fuera á decirle en medio de las fiestas y ceremonias: « Excelentísimo Señor, el sepulcro de Vuestra Excelencia Ilus-

trísima aun no está concluído ; dígnese órdenar que lo terminen, pues ignora la hora de la muerte... » — (*Cat. de Mans.*)

*
* *

En la coronación del Papa. — Cuando con extraordinaria pompa se proclama la elección de un Papa, apenas coronado, reviste ornamentos pontificios y acompañado de numeroso cortejo, se dirige al altar de la confesión de San Pedro erigido sobre el sepulcro del Príncipe de los Apóstoles, y exclusivamente reservado al Saberano Pontífice. Allí un maestro de ceremonias, teniendo en la mano una vara de plata, á cuya extremidad está una porción de estopa y algodón, arrodíllase delante del Papa, y entretanto un clérigo enciende la estopa. Se levanta entonces el maestro de ceremonias y canta : *Pater sancte, sic transit gloria mundi : Padre Santo, así pasa la gloria del mundo.* Repítese tres veces la misma ceremonia, cantando *Pater sancte*, etc., palabras que recuerdan al Pontífice, en medio de la pompa que le rodea, cuán rápidamente pasa la gloria de este mundo, semejante á la llama instantánea de la estopa que apenas encendida se consume. — (*Mach.*)

*
* *

Hermosa muerte. — Sir Leopoldo refiere lo siguiente : « La última noche de Noviembre volvíamos de las escursiones que hacíamos en Gard, cuando el tañido de una campana fúnebre nos anunció un suceso extraordinario. Como sabíamos que entre los religiosos trapenses tocaba al último período la enfermedad de uno de ellos, entramos en el convento á toda prisa á fin de acompañarlo en su agonía, pues la muerte de un verdadero cristiano es el espectáculo más sublime que pueda el cielo ofrecer á la tierra. Hallamos á toda la comunidad reunida al rededor del religioso moribundo

tendido sobre la ceniza. Iban á administrar al paciente el Viático y la Extremaunción; parecía débil y abatido por la proximidad de la muerte; mas cuando hubo recibido el *Pan de los fuertes*, se incorporó é hizo confesión pública de toda su vida... Sostenido por una fuerza sobrenatural, habló de la muerte, del juicio, de la dicha inefable de que disfrutan en la eternidad los que jamás pusieron su afecto en las cosas perecederas de esta vida. Era aquel moribundo un desterrado pronto á ir á la patria, sin más pena que la de dejar á los compañeros de su infortunio, expuestos aún á los dolores que él iba á abandonar para siempre. Apenas hubo concluído de hablar, el abad le aplicó una indulgencia plenaria, y rezó las letanías de los agonizantes. Á poco expiró y la comunidad entonó el *Te Deum*, como para celebrar el triunfo de la virtud que aun se reflejaba en el semblante del cadáver. — (*Carta de sir Leopoldo.*)

*
* *

Muerte de un justo. — Después de larga enfermedad, los médicos anunciaron á San Luis Gonzaga que sólo le quedarían unos ocho días de vida. Luis, lleno de contento, dijo á uno de sus hermanos que entraba en la celda. « ¿Sabéis que se me ha dado una gran noticia? Me quedan sólo unos ocho días de vida. Os ruego entonéis el *Te Deum* para dar gracias á Dios por este beneficio. »

*
* *

San Francisco de Regis. — Este Santo, en el lecho de muerte, tenía en las manos un crucifijo que besaba contínuamente y del cual no retiraba la vista. En su amor y confianza exclamaba : « ¡Ah! ¡muero contento! Veo á Jesús y María que se dignan venir á mí para conducirme á la mansión de los Santos. » Luego, elevándo las manos al cielo, pronunció estas palabras : « Jesús,

Salvador mío, en tus manos encomiendo mi alma, » y expiró.

*
* *

Nadie sabe el día ni la hora. — Hace algunos años, encontrándose varias personas sentadas á la mesa, comían y bebían alegremente. Cierto incidente hizo recaer la conversación sobre la muerte : « Sin duda, dijo uno de los asistentes, hombre vigoroso y de vida poco cristiana, nadie sabe la hora de la muerte; pero al menos yo puedo afirmar que hoy no moriré. Gocemos del sol mientras dura. » Alguien le respondió que ni siquiera podía hacerse esa afirmación, porque un accidente podía causar repentinamente la muerte. Aquel vividor insistió : « No tengáis cuidado, yo os aseguro que no moriré. » — Cambió la conversación; todos rieron y charlaron como grandes amigos. El que había hablado con tanto atrevimiento se levantó para retirarse á su casa. Dió á todos las buenas noches y hasta mañana. Dos minutos después se oyó un gran ruido. Corrieron á ver, y encontraron al desgraciado, muerto al pie de la escalera... Pisó mal en las primeras gradas, cayó y se quebró el cráneo.

Todos los espectadores se retiraron pensativos y silenciosos... — (*Cat. en exemples.*)

*
* *

El justo muere cantando. — La muerte es para los justos el principio de la vida; « su muerte es preciosa ante el Señor. » El Venerable Beda repetía al morir : Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo.

San Pedro de Alcántara, dijo : Me alegro de lo que acaban de anunciarme; iré á la casa de Dios.

San Bernardo oyó una voz que le decía : Ven que te esperan.

San Juan Crisóstomo dejó sus vestidos, tomó otros

blancos, como para prepararse á las nupcias celestiales del Cordero, comulgó y dijo: Glorificado sea Dios. Amen.

San Lorenzo Justiniano exclamaba : Ya viene el Esposo; vamos á recibirle. Señor, Jesús, voy á Vos.

Santa Teresa daba gracias á Dios de este modo : Ha llegado Señor el día que con tanto ardor deseaba. Se acerca el momento de mi libertad. Hágase, Señor, lo que dispongáis. Se acerca por fin la hora de salir de mi destierro, hora en que mi alma hallará en vuestra presencia la dicha tanto tiempo anhelada.

A San Estanislao se apareció la Santísima Virgen con un coro de ángeles; tuvo el Santo un éxtasis y expiró tranquilamente.

El Bienaventurado Nicolás de Longobardo exclamo con santa alegría : ¡Al Paraíso! ¡Al Paraíso! y expiró. — (*C. A Lápide.*)

*
* *

La muerte de los pecadores es terrible. — Bien conocido es el funesto fin de los perseguidores y enemigos de la Iglesia. « La muerte del pecador es pésima » dice el Real Profeta.

Al impío Manes le arrancaron las entrañas por orden del Rey de los Persas.

El hereje Montano se ahorcó.

En el mismo momento en que Arrio iba á una iglesia católica para apoderarse de ella y entregarla á sus sectarios, le acometieron intolerables dolores, y expiró desgarrandóse las entrañas.

Los gusanos devoraron la lengua del blasfemo Nestorio.

El Emperador Anastasio, hereje é impío, pereció herido del rayo.

Zuinglio fué muerto, y quemado su cadáver.

Calvino devorado por los gusanos, murió blasfemando.

Enrique VIII, Rey de Inglaterra, murió desesperado exclamando : « Todo perdido : el Reino, la celebridad, la conciencia y el cielo. »

El apóstata Lutero vivía cruelmente atormentado. Una noche serena conversaba con Catalina de Bora, religiosa á quien sedujo y pervirtió. Fijando ésta su vista en el cielo le dijo : « Ved como brillan las estrellas. — Lutero levantó los ojos, y exclamó : ¡Oh! la luz viva no brilla para nosotros. — ¿Y por qué, preguntó Catalina; estamos acaso privados del reino de los cielos? — Lutero, suspirando, contestó : Es posible, en castigo de haber abandonado nuestro estado. — ¿Será preciso volver á él? — Es demasiado tarde. »

Después de abundante cena, murió ahogado en su cama. Un historiador contemporáneo refiere que una multitud de demonios en figura de cuervos volaron alrededor de aquel cadáver y dando horribles graznidos le acompañaron hasta la tumba.

El cínico y perverso Rousseau, atormentado por el grito de la conciencia, creía encontrar en todos los hombres enemigos conjurados contra él, que le perseguían sin tregua, y concluyó por suicidarse.

Voltaire, uno de los hombres más abominables é impíos de cuantos han existido en el mundo, que decía á sus amigos : « Mi triunfo en París ha de ser más glorioso que el de *el Galileo* en Jerusalén. » Voltaire, del cual dice Cretineau Joly, que fué sobre la tierra la encarnación menos imperfecta del demonio, escribía al Conde de Argental : « El sueño de mi vida es una pesadilla perpetua. Las desgracias que se representan en el teatro son inferiores á todo lo que padezco. Si tuviese un hijo que hubiera de sufrir lo que yo, por ternura paternal, le retorcería el pescuezo. »

Murió como un energúmeno. Un fuego interior le de-

voraba; se revolcaba en la inmundicia, retorciéndose con dolores atroces. Los que le veían en ese estado le llamaban *el endiablado* y huían de él. En sus últimos momentos exclamó : « *Muero abandonado de Dios y de los hombres.* — (*C. Sol y Merás.*)

Bien vale la pena de vivir sin placer, el placer de morir sin pena. — (*Inscripción encontrada en una celda.*)

RESURRECCIÓN

¿Qué és la resurrección universal?
— La resurrección de todos los muertos al fin del mundo.

La muerte, según San Pablo, no es más que un sueño. — Los cementerios son como un vasto dormitorio, nuestros huesos se reanimarán como la hierba, dice Isaías. Los que duermen en el polvo de la tierra despertarán, dice el profeta Daniel, unos para la vida eterna y otros para el oprobio.

Jesucristo resucitó al tercer día para enseñarnos que los padecimientos y la muerte no serán de larga duración comparados con la bienaventuranza eterna.

Nuestro Señor resucitó á tres muertos. Cuando murió varios cuerpos de santos resucitaron, y en el trascurso de los siglos han resucitado muchos otros en el nombre de Jesucristo.

Los cuerpos de los réprobos aparecerán horrendos, mientras los de los justos brillarán gloriosos.

Cuando murió San Martín su cuerpo quedó resplandeciente y todos exclamaban : « Es un ángel. »

A la muerte de San Francisco de Asís se transformó su cuerpo; todos los defectos, y hasta las arrugas de la vejez desaparecieron y la juventud se mostró en su semblante. Sus ojos brillaban de un modo tan natural,

que nadie podía figurarse estubiese muerto. Era la imagen perfecta de un cuerpo glorioso. Jamás se ha visto nada más admirable — (LEFORT, *Cat. en Exemples du F. Philippe.*)

Los ojos de San Luis, obispo de Tolosa, que nunca se empañaron con una pasión, quedaron incorruptos y resplandecientes en el sepulcro. La mano de San Esteban, Rey de Hungría que distribuyó larguísimas limosnas á los pobres, se conservó siempre entera, fresca y olorosa. La lengua de San Antonio de Padua, que con tantas alabanzas supo bendecir á Dios y predicar el Evangelio, no estuvo sujeta á corrupción, antes bien se mantuvo como viva, y de color hermoso entre las cenizas. La cabeza de Santa Catalina de Siena, que estuvo coronada de espinas, después de su muerte, se vió resplandecer con tantos rayos cuantas heridas había padecido. — (*Verdades Eternas.*)

JUICIO PARTICULAR

— *¿Cuándo será el juicio particular?*
— *Luego después de nuestra muerte.*

Terrible cosa es la muerte, pero aun más formidable es el juicio.

Pondrán nuestro cadáver en un féretro, con un pequeño crucifijo en las manos. ¿De qué servirá este símbolo de redención al alma que no supo hacerle el objeto de su amor? El tañido de la campana anunciará con su clamor nuestra muerte y una oscura tumba nos guardará en el polvo. Cuando todos nos abandonan, Jesucristo nos saldrá al encuentro; quizá no ya como Padre de misericordias; sino como Dios de justas venganzas.

El Santo Job, espantado de la terrible vista del So-

berano Juez, exclamaba : ¿Quién me hiciera tanto favor, que me escondiera, Señor, en el infierno, hasta que pase tu furor?

San Cipriano, grande obispo y mártir, al entregar la cabeza á la espada del verdugo, decía suspirando :

¡Ay de mí, cuando viniere el juicio!

* * *

Historia de eficaz llanto y dolor. — Admirables y prodigiosas eran las penitencias de los monjes del Sinaí. Algunos estaban toda la noche al sereno en pie ó de rodillas orando y pidiendo á Dios misericordia. Otros no contentos con vestir punzantes silicios, se cargaban de pesadas cadenas. Otros se arrojaban á los hielos ó se revolcaban sobre la nieve. Eran incesantes sus ayunos á pan y agua; su sueño brevísimo, sobre la desnuda tierra y el cuidado de sus cuerpos ninguno.

Esteban, monje de conocida santidad, después de haberse ejercitado muchos años en áspera vida, alcanzó de Dios singulares privilegios de virtud. De ahí, deseando vida más solitaria, se retiró á la cumbre de un monte, donde antes tuvo Elías admirable visión. Pero aun no contento con esto, por padecer mayores inclemencias, penetró en el seno de un desierto apartado de todo comercio humano. Aquí cuántas asechanzas del demonio venció, cuántas incomodidades toleró, cuán duramente trató su cuerpo sólo lo sabe Aquel que lee en los antros del corazón y tiene numerados hasta los cabellos de las cabezas. Bien nos asegura la historia que llegó á tan alta perfección, y consiguió del cielo tanta gracia, que venían mansos á sus pies leopardos, á quienes por su mano daba de comer y recibía de ellos mil caricias. Anhelando nuevas virtudes y con el deseo de ayudar á la salvación de sus prójimos se volvió á la celda del monasterio del Sinaí. Allí en una vida llena

de fervor y ya cargado de años le asaltó la última y mortal enfermedad. Y hé aquí un formidable suceso.

En la extrema lucha de la muerte, repentinamente queda atónito por la extraña aparición de un juicio criminal. Teniendo los ojos espantosamente abiertos, ya miraba á una parte, ya á otra de la cama; y como si estuviera citado á un tribunal donde hubieran acusadores que le hacían cargos, respondía con voz temerosa, de suerte que le oían todos los que allí estaban: « Es verdad, pero por ese pecado ayuné tantos días. » Otra vez decía : « No es así, mentís, no he hecho tal cosa. » Poco después confesaba : « Es cierto que lo cometí muchas veces; mas por eso derramé tantas lágrimas, usé con los prójimos tantas obras de caridad. » Y presto respondía como temeroso : « Es así, que en eso he pecado, y no tengo que responder á semejantes acusaciones, sino acogerme á la Divina Misericordia. » — Era, á la verdad, espectáculo terrible y rigurosísimo juicio.

¡Qué horror corrió por las venas de aquellos santos monjes al ver al penitente Esteban, protestar á la hora de la muerte que no sabía qué responder á algunas acusaciones del enemigo! Esteban, que desde diez y seis hasta cien años, vivió una vida más admirable que imitable, más del cielo que de la tierra! — ¿Qué espanto no debemos concebir nosotros pecadores? — (Rosignoli, *Verdades Eternas.*)

*
* *

San Bruno. — Hay en Francia un monasterio apartado y desierto llamado *la Cartuja.* Está en un hondo y sombrío valle rodeado de peñas áridas, escarpadas y casi todo el año cubiertas de nieves.

El claustro, las celdas y hasta la iglesia, todo allí es pobre como el humilde sayal de los monjes. La vida de

estos solitarios es admirable : á la oración y meditación, unen la mortificación del ayuno casi diario y del silicio permanente. También se ocupan en el trabajo manual, que consiste en labrar la tierra y ahondar la propia sepultura. Se levantan á media noche para cantar el oficio divino y guardan extricto y perpétuo silencio, sin poder entenderse en lo indispensable sino por señas.

Cuando un hermano fallece, lo afeitan, lo lavan y le visten el mejor hábito, le ponen un pequeño crucifijo entre las manos, cruzadas sobre el pecho, le trasladan al coro de la iglesia, le colocan en su asiento de costumbre, como si aun viviera, y al hacer sus exequias, todos los demás religiosos le van saludando á manera de despedida. Después, le llevan en brazos procesionalmente al lugar del entierro ; al descenderle á la fosa le echan la caperuza sobre el rostro, y luego, empezando el abad y siguiendo los demás le arrojan cada cual una palada de tierra y en seguida un ramillete de flores, como emblema tierno de las virtudes del finado.

¿Cuál es el origen de este monasterio? Lo recordaremos : Un día se celebraban unas honras solemnes en París. Había muerto Raimundo Diverès muy estimado por sus virtudes. Se entonaban los salmos y lecciones de la vigilia de los difuntos; á las palabras : *Responde mihi*, el cadáver de Raimundo, levantando la cabeza, con voz poderosa exclama : « Por justo juicio de Dios soy acusado. » — Con esto el entierro fué diferido para el día siguiente, y entonces al entonarse las mismas palabras, Raimundo repitió con voz más fuerte todavía : « Por justo juicio de Dios soy juzgado. » — Se retardaron un día más los funerales, y en presencia de la numerosa muchedumbre que había traído aquel acontecimiento, dijo : « Por justo juicio de Dios soy condenado. » — Bruno estaba presente á las exequias y oyó

aquella terrible voz. Quedó tan profundamente conmovido que con seis amigos suyos fué á echarse á los pies de Hugo, obispo de Grenoble, para pedirle un rincón en su diócesis donde poder servir á Dios y permanecer lejos del mundo. Viendo el prelado á aquellos siete viajeros desconocidos al momento recordó una visión que había tenido en la noche anterior, en la cual el Señor se le representó construyendo por sus manos un templo en el desierto de *la Cartuja*, rodeado de siete estrellas que se elevaban del suelo y le precedían como abriéndole camino. — Hugo los abrazó tiernamente y los condujo al desierto de *la Cartuja*, donde se edificó un monasterio. — (*Gerson Lefort, Gaume.*)

DUODÉCIMO ARTICULO DEL SÍMBOLO

Creo en la Vida perdurable.

— *¿Qué es la vida perdurable?*
— *La vida perdurable es la eternidad.*
— *¿Qué es la eternidad?*
— *La eternidad es el* CIELO *para los buenos y el* INFIERNO *para los malos.*

CIELO

— *¿Qué es el Cielo?*
— *El Cielo, que también se llama* PARAÍSO *ó* GLORIA, *es un lugar de delicias donde los ángeles y santos gozan de perpétua felicidad.*
— *¿Quiénes van al Cielo?*
— *Todos los que en el instante de morir están en amistad de Dios.*
— *¿Las almas bienaventuradas nos ven desde el Cielo?*
— *Sí, ven todo lo que les interesa y les es agradable.*

Nadie puede imaginarse la felicidad del Cielo. — Rogado San Agustín por su amigo Severo, quiso componer un tratado sobre las delicias del Cielo. Se retiró á su celda y tomó la pluma para escribir á San Jerónimo á quien según su costumbre quería consultar. De repente, dice el mismo San Augustín, una luz indefinible ilu-

minó su aposento donde á la vez se esparció un perfume de exquisita suavidad. Asombrado, y como fuera de sí, oyó una voz clara y armoniosa que le dijo: « Agustín, ¿qué pretendes hacer? ¿Crees poder encerrar en un vaso las aguas del mar? ¿Podrías contener la tierra en el puño de tu mano? ¿Quieres ver lo que el ojo no ha visto y comprender lo que para el hombre es incomprensible? ¿Quieres alcanzar lo inaccesible é infinito? ¿Cómo podrás medir la inmensidad? » Era la voz de San Jerónimo que precisamente ese mismo día había muerto en Belen y que al subir al Cielo quiso dar á conocer á Agustín que tal felicidad es indescriptible. — *(Lefort.)*

La tierra, dice San Agustín, no es más que una cárcel; sin embargo, esta cárcel es bella y agradable; ¿qué será, pues, la casa de Dios, la verdadera patria?

¡Cuán vil me parece la tierra cuando miro el Cielo! exclamaba San Ignacio de Loyola.

Los justos, dice Nuestro Señor Jesucristo, resplandecerán como el sol en el reino del Eterno Padre. — ¿Quién podrá darnos idea de tan glorioso reino? ¿San Pablo? Grande y bienaventurado Apóstol, vos que elevado al tercer cielo, habéis visto, oído y concebido tantas maravillas; vos que habéis visto la misma esencia de Dios, ¿qué nos decís? — He visto, oído y concebido maravillas que un hombre no puede expresar. — (*II Cor.*)

« El cielo es el abismo de las alegrías, es una fiesta sin fin, es el colmo de la felicidad, es la posesión de Dios ». — Y desde allí los santos ven los honores que se les tributan en la tierra; los padres ven á sus hijos, los hijos á sus padres... y todos ruegan á Dios por nosotros. — « Cada uno de los justos participa de aquella eterna felicidad según sus méritos, cada uno

según la medida de su capacidad; todas estas medidas aunque desiguales estan llenas y todos los corazones plenamente satisfechos. — (*Schouppe.*)

El reino de los cielos se vende, dice San Agustín. ¿Lo queréis comprar? Compradlo. ¡Cómo! ¿de qué manera Dios se hace pagar? Con trabajo. ¿Con qué trabajo? Un eterno reposo debiera comprarse con un eterno trabajo; pero ¡cuán grande es la misericordia de Dios! No nos dice: trabajad durante un millón de años; no nos dice: trabajad mil años; ni siquiera: trabajad durante cincuenta años; sino: trabajad durante el poco tiempo que vivís en la tierra, y así alcanzaréis el reposo que no tendrá fin.

El cielo vale lo que valéis vosotros. Daos vosotros mismos y lo tendréis. Diréis que sois malos y tal vez Dios no os querrá. Dándoos á él seréis buenos; y cuando lo seáis seréis el precio del cielo.

*
* *

Pensamiento en el Cielo. — Un verdugo se compadecía de Santa Cecilia delante del suplicio. La Santa le dijo: « Morir por Jesucristo es como cambiar el barro por el oro, una cabaña por un palacio, el polvo por el trono. »

*
* *

La conquista del Cielo. — Refiere la historia que Aníbal, general Cartaginés, juro al pie del altar combatir por su patria hasta el último suspiro. Y fué fiel á su juramento. Después de repetidos triunfos llegó á la cumbre de los Alpes. Los soldados, desfallecidos por el cansancio y el hambre, rehusaron seguirle. Aníbal, para encender el corage en ellos, les mostró las praderas de Italia esmaltadas de flores, los campos sembrados y cubiertos de frutos, un cielo puro, el sol radiante, hermosas ciudades y sobretodo les hizo entrever á

Roma, la capital, donde encontrarían la paz, la abundancia y el reposo. El ejército, entonces, lleno de entusiasmo se puso en pie y marchó al combate. Aníbal alcanzó espléndida victoria; pero en lugar de dirigirse á la capital del mundo para conquistarla, se detuvo en Capua, voluptuosa ciudad, que fué la tumba de su gloria. Su armada se entregó á la ociosidad, á la molicie y los placeres y Aníbal perdió sus conquistas.

También nosotros tenemos enemigos que combatir: el mundo, el demonio y las pasiones. Cuando estemos desalentados miremos al cielo, pensemos en la gloria y felicidad que nos aguardan. No nos detengamos en los placeres, en los bienes de la tierra, en las delicias de Capua, conquistemos el reino eterno, la Jerusalén celestial. — (*Sibillat.*)

*
* *

A la patria. — Recuerdo, dice Bernardino de Saint-Pierre, que al llegar á Francia, en un navío que venía de las Indias, apenas los marineros hubieron avistado la patria cayeron en una especie de delirio quedando incapaces de ejecutar la más ligera maniobra. Unos clavaban los ojos en la tierra querida sin poder apartar de ella su mirada, otros hablaban solos, y muchos lloraban de contento. Ausentes por algunos años de su país se sentían felices al aspirar el aire de la patria, al divisar la verdura de las colinas, el follaje de los árboles y hasta las rocas de las riberas. Y cuando el bajel hubo entrado en el puerto y salieron los parientes y amigos á recibirlos, algunos, impacientes, se echaron al mar para llegar más pronto á estrechar en sus brazos á sus esposas y á sus hijos. ¡Ah! si el aspecto del suelo natal y la vista de las criaturas nos trasporta de alegría ¡qué dulces emociones no nos producirá la patria celestial y la vista de Dios! — (*Id.*)

INFIERNO

— *¿Qué es el Infierno?*

— *Es un lugar de los más horribles suplicios donde los pecadores padecerán* PARA SIEMPRE *en compañía de los demonios.*

— *¿Quiénes van al Infierno?*

— *Todos los que en el instante de morir están en pecado mortal.*

— *¿No pueden arrepentirse en el Infierno?*

— *No, en el Infierno no hay arrepentimiento.*

— *¿No ofrece Dios á todos el cielo?*

— *Sí, Dios ofrece á todos el cielo y quiere que todos se salven.*

— *¿Y por qué se van tantos al Infierno?*

— *Porque no quieren cumplir las condiciones que Dios exige para irse al cielo, y se condenan por su propia culpa.*

— *¿No se opone á la justicia de Dios el castigo eterno para los malos?*

— *No, así como no se opone el premio eterno para los buenos.*

Todos los padecimientos, todos los suplicios y todo el fuego de este mundo, comparados con el inextinguible fuego y los tormentos del Infierno, apenas son débil imagen; son como una sombra ó un cuadro al lado de la realidad. El fuego de la tierra ha sido hecho para beneficio del hombre y el del Infierno para castigo. « Se llama *inextinguible* no sólo porque no se apaga nunca, sino también porque no mata ni destruye á los que atormenta. Ninguna lengua, ninguna palabra puede hacer comprender, ni puede explicar el poder de aquella pena y de aquel fuego. » — (*S. Agustín.*)

Una cárcel. — Dionisio de Siracusa, con bárbara invención, hizo construír una cárcel, con una ventana en forma de oreja para que se pudiesen oír de fuera los lamentos, gritos y estruendo de las encarcelados. ¡Oh! si se hubiese hecho de este modo la cárcel del Infierno, qué tieros ruidos, qué lamentaciones, qué blasfemias se oirían resonar de aquellos calabozos! — (*Verdades Eternas.*)

*
* *

No hay compasión para con los condenados. — Nos refiere la historia de la conquista de Granada que Boabdil, su rey, tuvo miedo en la pelea y escapó. El monarca deshonrado y fugitivo se sentó á la distancia, y contemplando por última vez la capital se puso á llorar. Su madre, altiva y varonil, habiéndole seguido, le contempló largo rato con frío silencio; en seguida con desdeñosa lástima le dijo : « ¡Llora, cobarde, llora como una mujer, pues que no has sabido combatir como un hombre! »

¡Infeliz condenado, llora, cobarde, que no quisiste combatir las pasiones y servir á Dios! ¡Llora y desespérate en el Infierno! — (*Sibillat.*)

El demonio se apareció una vez á Santa Catalina de Siena. La Santa le preguntó quién era. Y le respondió : « *Yo soy aquel que no ama.* » — (*Lefort.*)

*
* *

Lázaro y el rico avariento. — Un día dijo Jesús á sus discípulos : « Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino finísimo; y cada día tenía suntuosos convites. Á la puerta del rico estaba un mendigo llamado Lázaro que yacía lleno de llagas; deseaba hartarse de las migajas que caían de la mesa del rico y ninguno se las daba; mas venían los perros y le lamían las llagas.

Pero aconteció que cuando murió aquel pobre, lo llevaron los ángeles al Seno de Abraham. Murió tambien Epulón, el rico, y fué sepultado en el Infierno. Alzando éste los ojos, cuando estaba en los tormentos, vió de lejos á Abraham y á Lázaro con él. Clamando entonces dijo : Padre Abraham, compadécete de mí, y envía á Lázaro, que moje la extremidad de su dedo en agua, para refrescar mi lengua, porque soy atormentado en esta llama. — Abraham le contestó : Acuérdate que recibiste tus bienes en vida y Lázaro no tuvo más que males; por lo cual él es ahora el consolado y tú el atormentado; fuera de que hay un abismo entre nosotros y vosotros, de manera que los que quisieran salvarlo no podrían. — El rico dijo : Pues te ruego, Padre Abraham, que envíes á Lázaro á casa de mi padre, donde tengo todavía cinco hermanos, para que advertidos no vengan también á este lugar de tormentos. — Abraham le respondió : Tienen á Moisés y á los profetas; que los oigan. — Mas él dijo : No, Padre Abraham, si alguno de los muertos fuere á ellos, harán penitencia. — Abraham replicó : Si no oyen á Moisés y á los profetas, tampoco creerán, aún cuando alguno de los muertos resucitase. »

Descendamos con el pensamiento al Infierno durante nuestra vida, para que no nos veamos obligados á bajar después de la muerte. — (*S. Crisóstomo.*)

*
* *

No nos burlemos del infierno. — ¿Quién se burlará del Infierno? Yo no creo en el Infierno, decía uno; nadie ha venido á hablarnos de allá. — Tened cuidado, le respondieron; eso puede probaros que de allí no se sale. — *(L'abbé Grange.)*

El descreido que niega la existencia del Infierno se asemeja á la garsa de África, que perseguida de los

cazadores cree evitar el peligro con esconder la cabeza. Sólo á la muerte le viene el desengaño. Así el pecador en el bullicio del mundo procura persuadirse de que no hay Infierno : Llegará día, pero ya demasiado tarde, en que comprenda su engaño.

*
* *

Collot d'Erbois. — Este impío famoso y sanguinario principal autor de la matanza de León en 1793, desterrado á Cayena, con ira satánica renegaba de cuanto hay más santo. Como viera á un soldado hacer la señal de la cruz, *Imbécil*, le dice, *¿todavía crees en supersticiones? ¿Acaso no sabes que Dios, Virgen, Cielo, Infierno son solamente invenciones de la maldita raza clerical?*

Á poco cae enfermo. En un acceso de fiebre se bebe de un golpe una botella de licor. Auméntase el mal; el infeliz se siente como arder en el fuego; sus dolores son espantosos. Invoca á Dios, á la Santísima Virgen y llama un sacerdote. *¿Cómo?*, le dice aquel mismo soldado, *queréis un sacerdote, tenéis miedo del Infierno ¿no me decíais que es una invención clerical y... — ¡Ah!* le interrumpió d'Erbois, *quería con los labios engañar al corazón;* y después de breves instantes, vomitando sangre, expiró desesperado.

*
* *

La existencia del Infierno no la han negado ni los mismos herejes. — Es una verdad aterradora, pero clara y manifiesta; por lo cual solicitada una señora católica, por dos ministros protestantes, á aceptar la falsa reforma, les contestó : *En verdad, vosotros habéis hecho una singular reforma en la cual quedan suprimidos el ayuno, la confesión, el purgatorio; pero por desgracia conserváis el* Infierno; *si lográis anularlo, entonces sí contad conmigo, me entrego á vosotros.* — (*Schouppe.*)

Hay infierno. — Dos jóvenes que habían vivido en estrecha intimidad en el colegio, salieron al mundo llevando ambos en el alma el tesoro de los sentimientos religiosos. Pero uno de ellos, al cabo de algún tiempo, arrastrado por el torbellino de las pasiones y de las malas compañías, perdió la fe y llegó á ser impío y libertino, mientras el otro creció en piedad y fervor. A pesar de esto no se cortaron los lazos de amistad y se veían con frecuencia.

Un domingo se paseaban juntos y conversaban alegremente en un paseo público. Pero, llegada cierta hora, el que era cristiano, joven de veintiún años, dijo á su amigo :

— Me es forzoso retirarme, pues ha llegado la hora de una cita.

— Déjate de citas, le dijo el mal compañero, continuemos nuestro paseo y vámonos en seguida al teatro.

— No, me aguardan en una asociación de caridad; y no sería justo que fuese yo á buscar entretenimientos cuando hay quienes, llorando de hambre y de frío, esperan les lleve un recurso en la miseria.

— ¡Siempre ocupado en esas cosas! ¡qué extravagancia!

— Son obras que pueden asegurar mi salvación; al paso que si vivimos descuidados podemos condenarnos.

— ¿Entonces tú, en la flor de los años, tienes miedo al Infierno? Déjate de ridiculeces y supercherías. Eso era bueno solamente para hacernos guardar orden en el colegio. — Oye : yo te afirmo que, *si es cierto que hay Infierno, quiero morir hoy mismo.*

El joven cristiano se separó de su amigo sin poder dejar de compadecerlo; se dirigió á la asociación de caridad, y después de llenar sus piadosas tareas, vol-

vió contento y satisfecho á su casa, para entregarse con la conciencia tranquila al reposo.

Poco antes de media noche siente fuertes golpes á la puerta. Era un doméstico que con acento entrecortado le dice : Señor, la señora tal (era la madre de su amigo) ruega á usted que vaya al punto, porque su hijo, al llegar del teatro, ha sido acometido de un mal extraño.

El joven se levanta á toda prisa, corre á casa de su amigo y lo encuentra tirado en cama, arrojando espumarajos por la boca y con los ojos que parecían sartársele. Apenas entra en la estancia aquel le dice : ¡Ah! mi amigo, ¡hay Infierno y yo estoy condenado!...

— No, no, amigo mío, responde el piadoso joven, aun es tiempo de obtener perdón; ya viene un sacerdote.

— Te digo que hay Infierno, y que yo estoy condenado, exclamó el infeliz. Y al pronunciar estas palabras desgárrase los brazos con los dientes y arroja al rostro de su amigo, de su madre y hermano esputos de sangre y pedazos de su propia carne. Y así antes que llegue el sacerdote expira desesperado.

Tal fué la impresión del joven amigo al presenciar esta terrible escena que, á los pocos días, abandonó el mundo y fué á tocar á las puertas de un convento, después de haber distribuído en santas obras sus bienes patrimoniales, que alcanzaban á cien mil francos de renta. — *(Mullois.)*

*
* *

Eternidad de las penas. — Si resonase en el Infierno una voz que dijese á los condenados, que un pajarillo, viniendo cada año sólo una vez á beber una gota de agua en la tierra, cuando hubiera secado todo el mar; que un gusanillo, viniendo cada siglo á tomar un bocado, cuando hubiera consumido todos los árboles y bosques, entonces morirían con cruel muerte, cada uno

de ellos, dice San Antonio, recibiría con mayor goso esta nueva que un condenado á la horca, si le diesen noticia de que le hacían monarca del mundo.

Santa Teresa de Jesús tenía fijas en su pensamiento estas tres palabras: *Eternidad... Siempre... Jamás...*

*
* *

Existencia del Infierno. — En el proceso de la canonización de San Francisco Jerónimo se refiere el hecho siguiente, declarado bajo juramento por muchos testigos oculares. Predicaba dicho Santo en la ciudad de Nápoles sobre la conversión de los pecadores y castigos del *Infierno;* molestado á menudo por las burlas y algazara producidas cerca de la iglesia, en la casa de una mujer de mala vida, fué un día á ésta y le dijo: *¡Ay de tí! si resistes á la gracia. No pasarán ocho días sin que Dios te castigue.* Desdeñó Catalina — este era su nombre — tal amonestación é hizo alarde de su mal vivir. Y hé aquí que á los ocho días van á toda prisa á avisar al Santo que Catalina acaba de morir repentinamente. San Jerónimo con inspirado acento exclamó: *¡Ha muerto!* vamos, pues, á interrogarla si convenga burlarse del *Infierno.* El tono con que pronunció estas palabras dejó comprender á cuantos le oían que se iba á realizar un milagro, y un concurso le acompañó á casa de la difunta. Llegados allí, después de una breve oración, *Catalina*, en voz alta dijo el Santo, *¿dónde estas?* A estas palabras el cadáver de aquella levanta la cabeza, abre desmesuradamente los ojos y con voz lúgubre y horripilante responde: *¡En el Infierno; estoy en el Infierno!* Cayó al punto la cabeza y volvió á su anterior estado el espantoso cadáver.

Yo no puedo dejar de recordar aquellas palabras, sin estremecerme, dice uno de los testigos. Me parece todavía oírlas: *¡En el Infierno; estoy en el Infierno!*

Una prueba más reciente. — El Ilustrísimo Señor Segur cuenta este hecho ocurrido en Rusia, en Moscou, poco antes de la campaña de 1812, y sucedido casi en familia. Mi abuelo materno, dice, el Conde Rostopchine, gobernador militar de Moscou, era íntimo amigo del general Conde Orloff no menos impío que valiente. Un día el General Orloff acompañado del General V..., volteriano como él, de sobremesa, con risa y sarcasmo hacía burla de la religión y especialmente del Infierno.

¿Y si algo hubiera más allá de la tumba? dice Orloff. *Si algo hubiera,* le responde el general V..., *el que muera primero de los dos lo avisará al sobreviviente. ¿Estamos de acuerdo? — Perfectamente.* Y ambos empeñaron palabra de cumplir la promesa.

Poco después suscitada una guerra por Napoleón I, pónese en armas el ejército ruso, y el General V... recibe orden de partir sin demora á hacerse cargo de un importante puesto.

Dos ó tres semanas hacía que el General V... había salido de Moscou cuando un día, de gran mañana, mientras mi abuelo se vestía ve abrir de improviso la puerta de su estancia y entrar, al Conde Orloff, pálido como cera, erizados los cabellos y con vestido de dormir; *¡Orloff! vos aquí á esta hora y en este traje. ¿Qué es lo que ocurre. — Amigo mío, temo volverme loco: he visto al General V... — ¿Al General V...? ¿Ha llegado acaso? — ¡Oh no!* Orloff se echa en un sofá, lleva las manos á la cabeza y añade: *no, no ha llegado y esto es precisamente lo que me espanta.*

Mi abuelo nada comprendía aún, y procuraba calmarlo. *Contadme lo que os ha sucedido y que significa todo esto*, le dice.

El Conde Orloff procura dominar su emoción y luego le refiere lo siguiente:

« Amigo mío Rostopchine, no hace mucho que con el » General V... convinimos en que el primero que mu- » riese de los dos vendría á advertir al otro lo que hay » más allá de la tumba. Y bien, esta mañana, estando » yo tranquilamente en cama, bien que desde algún » rato despierto, sin pensar en él, repentinamente se » abren las cortinas del lecho y me veo á distancia de » dos pasos delante del General V... recto como una » estatua, desencajado, con la mano derecha sobre el » pecho: *Hay Infierno y yo estoy dentro*, me dice y desa- » parece. En el acto he venido acá; yo pierdo la ca- » beza! ¡cosa extraña! ¡no sé qué pensar!

Mi abuelo se empeñó en tranquilizarlo; le habló de alucinaciones y fantasmas... que quizás dormía... que ocurren casos extraordinarios no fáciles de explicar, y así otros medios términos que nada valen y que forman el caudal de los *espíritus fuertes*...

Diez ó doce días después de esto llegaban cartas á mi abuelo en que le anunciaban la muerte del General V... El mismo día y á la hora justa en que se había aparecido á Orloff, explorando las posiciones del enemigo, herido de muerte por una bala había caido en tierra. — (Scuouppe, *Il Domma dell'Inferno.*)

PURGATORIO

— *¿Qué es el Purgatorio?*

— *Es un lugar de expiación para los que mueren en gracia sin haber enteramente satisfecho la pena temporal por sus pecados.*

— *¿De qué modo podemos ayudar á las almas del Purgatorio?*

— *Rogando á Dios que las lleve al cielo.*

— *¿Y ellas ruegan por nosotros?*

— Sí, también ruegan á Dios por nosotros.

— ¿Cuánto tiempo se permanece en el Purgatorio?

— Se permanece allí hasta que se satisface la pena temporal debida por los pecados.

— ¿Por qué siendo Dios tan bueno no lleva luego á las almas del Purgatorio al cielo?

— Porque en el cielo no entra nada manchado y esas almas que no se purificaron bien en la tierra se purifican en el Purgatorio.

— ¿Cómo se purifica un alma en la tierra?

— Haciendo buenas obras para merecer el cielo.

— ¿Y en el Purgatorio no se puede merecer?

— No, porque el mérito se obtiene sólo mientras vivimos en la tierra.

— ¿Mucho padecen las almas del Purgatorio?

— Sí, padecen penas muy grandes y terribles.

— ¿Cuáles son los mejores medios que podemos emplear para aliviar sus penas y conseguir que Dios las lleve al cielo?

— La oración, la limosna, el ayuno, las indulgencias, cualquiera obra buena y principalmente la Santa Misa.

— ¿Y si conseguimos vayan al cielo, serán allí nuestros intercesores y amigos?

— Sí, nunca se olvidarán de nosotros y rogarán á Dios para que nos vayamos al cielo.

*
* *

Tormentos imponderables del purgatorio. — Vosotros preguntáis, dice Bourdaloue, qué es lo que un alma sufre en el Purgatorio, y yo os respondo que sería más oportuno preguntar qué es lo que no sufre, tantos y tan grandes son sus padecimientos... A la verdad, todos los males de este mundo nada son en comparación de los que ellas padecen. San Agustín y San Gregorio lo aseguran, siendo así quo los mártires sufrieron que los

metiesen lentamente en aceite y pez hirviendo, que los descoyuntasen, que los recostasen en parrillas hechas ascuas, que los revolcasen sobre piedras agudas y cortantes, que los arrojasen entre escorpiones y los devorasen las bestias.

*
* *

Las obras de misericordia. — « Lo que hicisteis por el menor de los míos por mí lo habéis hecho », nos dice el Señor, quien mira al último de los hombres como á uno de sus hermanos. Cada alma vale más que un mundo, y por consiguiente librar á una de ellas de las llamas del Purgatorio es causar á Jesucristo un placer tan vivo como si se le libertase á Él mismo y se le abriese el cielo.

« Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia », nos dijo Jesús, en el admirable sermón del monte. ¿Y con quiénes podremos ejercitar mejor nuestra caridad que con las almas del Purgatorio?

Oigamos los lamentos de esas almas : « *Apiadaos de mí, á lo menos vosotros, amigos míos* », nos dicen. Apiadaos de mí, porque soy más miserable que el mendigo andrajoso que golpea á vuestras puertas, que el enfermo que reclama un remedio, que el huérfano que os pide amparo, que el encarcelado que suspira por la libertad; pues todas esas miserias son fáciles de remediar y son sólo miserias del cuerpo; pero yo ¡ay, dolor! soy una pobre alma cargada de deudas que no tengo como pagar, y que soy atormentada con imponderable y rigurosa justicia.

En el último día, Jesús, nuestro Juez, nos dirá :

Bienaventurados vosotros, porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, estaba desnudo y me vestisteis, enfermo y me socorrísteis en-

carcelado y me visitasteis; porque lo que habéis hecho con el último de los míos conmigo lo hicisteis.»

*
* *

Nuestro propio interés nos aconseja rogar por las almas del purgatorio. — ¡Qué consuelo poder decir: Hay un alma en el cielo que me debe en parte su felicidad! ¡qué está obligada á rogar por mí!...

¡Ah! si Dios por expresa revelación me hiciera ver un alma en la gloria que hubiera yo sacado del Purgatorio, ¿con qué fe la invocaría? Pero aunque yo no la conozca, ella me conoce, y en el cielo no hay ingratitud. ¿Permitiréis, Señor, que se pierda mi libertador? clamará ella. ¿Dejaréis de usar de misericordia con quien fué tan misericordioso conmigo?

*
* *

Cuanto se sufre en el purgatorio. — Un prisionero sufría desde muchos años en un tenebroso presidio. Cansado de sufrir, se le ocurrió una idea para libertarse. Vivía en ese tiempo una célebre mujer cuya influencia era bastante poderosa para abrirle los fierros de la prisión y poner término al encarcelamiento. — A ella dirigió esta breve y elocuente carta:

«Señora, el veinticinco de este mes habré sufrido ya cien mil horas de presidio. Me quedarán todavía doscientas mil horas de condena»... Bien se comprende el éxito de esta manifestación. No hay corazón tan duro que pueda resistir á la abrumadora significación de estas cortas palabras: «He sufrido cien mil horas de presidio y me quedan doscientas mil de condena.» ¿Acaso las había contado? Sí, como pueden contarse uno á uno los toques de un reloj en una noche en que el dolor ó la tristeza nos desvelan. Y si esto ocurre á los prisioneros de la tierra, ¿qué podremos imaginar de los prisioneros de ese mundo invisible, el

Purgatorio? ¿Quién podrá medir el valor del tiempo en esa cárcel donde tan intenso es el dolor? — *(P. Félix.)*

*
* *

No retardemos los sufragios. — Refiere la historia que Alejandro el Grande, próximo á expirar, entregó el imperio á sus generales para que se lo dividiesen entre sí. Muerto ya, los herederos, ocupados únicamente en repartirse la herencia, dejaron tres días insepulto el cuerpo del monarca. El cadáver, semejante al de un animal, en vano esperaba la pompa de los funerales. ¡Cuántos ingratos herederos son igualmente inhumanos con las almas que expían sus faltas en el Purgatorio! Ellas aguardan los sufragios de sus parientes, y éstos se afanan tan sólo en recoger la herencia. — *(Sibillat.)*

*
* *

¡Ay, desgraciado de mí, cuánto se prolonga mi destierro! — Este es el sentido lamento de las almas del Purgatorio. Refiérese que en otro tiempo una nave, llamada *La Redención*, de las costas de España se hácia á la vela para las playas de África llevando las sumas destinadas al rescate de los cautivos cristianos. A vista del barco libertador, los prisioneros, cargados de grillos, se esforzaban en darse prisa para acercarse á la rivera, esperando ver con tal arribo el fin de su cautiverio. Y luego, con mirada inquieta y temblorosa voz, preguntaban al Capitán: ¡Capitán! ¿Me traéis la libertad? ¿Mis hijos, mi esposa, mi madre, mis hermanos os han entregado el precio de mi rescate? Representaos su aflicción cuando se les respondía: No, no; aun tenéis que esperar. — ¡Ah! exclamaban en su desesperación: Hijos desnaturalizados, esposas ingratas, crueles padres que no vendéis vuestros bienes, que no realizáis vuestras alhajas, que no os desprendéis de vuestro lujo

para volver á su país, para tener con vosotros á los pobres desterrados que lloran vuestra separación. Mas, con qué trasportes de entusiasmo y alegría bendecían otros las manos bienhechoras que les enviaban el precio de su libertad.

Ved, de un modo semejante, al ángel del Señor que desciende á las bóvedas ardientes del Purgatorio. Mirad cuántas almas le rodean. Celestial mensajero, le dicen: ¿venís á romper nuestras cadenas? — Sí, tocó el fin de vuestros tormentos; las oraciones, las limosnas, las buenas obras de vuestras madres, esposas, é hijos han llegado hasta Dios y satisfecho su justicia. ¡Almas dichosas, subid al cielo! — (*Sibillat.*)

*
* *

Para aliviar á las almas del purgatorio es necesario hallarse uno mismo en estado de gracia. — Un joven, halagado con los funestos placeres del mundo, había llevado una vida disipada. Su buena madre vivía con el corazón desolado; como Santa Mónica, por su hijo Agustín, no cesaba de llorar.

El hijo la amaba y comprendía la causa de tales padecimientos. No obstante, las pasiones y las malas compañías le arrastraban al mal. La infortunada madre cayó enferma, y murió sin tener el consuelo de ver convertido á su hijo. El jóven estaba allí, junto al lecho de agonía. La familia entera se había reunido, y de rodillas, á la oración mezclaba el llanto y los sollozos. Él, conmovido y triste, quiso también orar; mas sin ser un ignorante, no supo cómo dirigirse á Dios. Tomó entonces un libro de oraciones; pero lleno de confusión por sus maldades, la conciencia le decía que, siendo enemigo de Dios por el pecado, no podían llegar al cielo sus oraciones sin purificarse antes de todos ellos. Indignado de sí mismo, exclamó: ¡Desgraciado! ¿no pue-

des siquiera rogar por tu madre? ¡Cuánta desdicha la suya, en haber tenido tal hijo!... No, no será así: yo quiero practicar mi religión. Me confesaré y comulgaré por mi madre. — Fiel á su resolución, fué un excelente cristiano. No olvidemos su ejemplo. — (*Mullois.*)

*
* *

No debemos confiar en la santidad de una persona difunta para dejar de rogar á Dios por ella. — En el convento de franciscanos, en París, murió un religioso que por su eminente piedad era llamado el angélico. Era verdaderamente un ángel de perfección en carne frágil y mortal. — Había entre sus hermanos un sabio doctor en teología, el cual no ignoraba la obligación que tenía de celebrar tres misas por el alma de cada uno de los monjes que morían en el convento. Omitió, sin embargo, su deber en estas circunstancias. Le pareció inútil interceder por un alma tan virtuosa que se imaginaba estuviese en el más alto grado de gloria.

Pasan algunos días, y el difunto se le presenta súbitamente á la vista. Lleno de estupor se persuade de la realidad y escucha de su boca las siguientes palabras: Hermano mío, os conjuro que tengáis compasión de mí. — El monje extraña la súplica, y dominando su impresión le responde: Alma santa, ¿acaso tenéis necesidad de mis sufragios? — Sí, contestó el difunto. Estoy detenido en el fuego del Purgatorio esperando tres misas que debéis celebrar por mí. Si cumplís esta obligación pronto volaré á la gloria. — ¡Ah! perdonad, le replicó el religioso, yo las hubiera ya celebrado con placer; pero la santa vida con que nos ejemplarizasteis en el claustro me hizo creer habríais sido coronado al partir de este mundo. — En verdad, dijo el difunto, nadie comprende la severidad del juicio de Dios. Su santidad infinita descubre faltas aun en las buenas acciones, y

exige cuenta estrecha hasta del útimo cuadrante. Si vos con vuestra ciencia lo hubieseis comprendido, no me hubierais tratado tan cruelmente. — El sabio doctor sin demora celebró las misas, con gran devoción. Al cabo de tres días el alma ya purificada se le apareció nuevamente para darle las gracias y anunciarle que iba á comenzar su recompensa en el cielo. — (*Lefort.*)

*
* *

Un niño en el purgatorio. – Los niños cometen con frecuencia faltas que consideran ligeras y á las cuales no dan importancia. Mas, por tiernos que sean, si no las reparan en la tierra, serán obligados á expiarlas en el Purgatorio. Así sucedió á Dinocrato, nacido en Cartago el año 195. A la edad de siete años, un horrible cáncer que le roía una pierna le llevó á la tumba. Su hermana Perpetua, mayor que él, fué arrestada y reducida á prisión para que consintiese en adorar lós ídolos. Orando á Dios en la triste cárcel rogaba por el alma de su hermano, sin saber si necesitaba oraciones. Era una oscura noche. De repente esta santa niña, que pocos días después había de sufrir el martirio, fué favorecida con una visión celeste. « Yo ví, dice ella, á mi hermano Dinocrato que pálida la cara, inflamados los ojos y todavía con las úlceras abiertas en una pierna, salía de un lugar tenebroso. Advertí que lo agobiaba un cruel sufrimiento y que era atormentado con espantosa sed. Redoblé el fervor en mis oraciones. Poco después le ví con su cuerpo sano, vestido de blanco ropaje, y radiante de hermosura y felicidad. Tenía en las manos una redoma de oro llena de un licor que bebía sin que el licor disminuyera. » Comprendió entónces Perpetua que Dicrato había sido librado de sus sufrimientos y había salido del Purgatorio para ir á gozar eternamente en el cielo. — (Ruinat. — *Actas de los mártires.*)

El perdón de una ofensa. — San Francisco de Sales refiere que en su tiempo los estudiantes de la universidad de París acostumbraban recorrer de noche las calles y, con el arma al brazo, preguntar al transeunte: ¿Quién vá? El arma era descargada si no se respondía á esta consigna. Muerto un estudiante por no haber contestado al ¿quién vá? el asesino se refugió en la casa de una piadosa viuda, cuyo hijo era condiscípulo y amigo suyo, y descubriéndole la desgracia que acababa de ocurrirle le rogó que le ocultase. Pocos instantes después, traen á esta infortunada madre el cadáver de su propio hijo; reconoce al punto al homicida asilado en su misma casa. ¡Ah! desgraciado, exclama entre sollozos, ¿qué mal os había hecho mi hijo para que le matás is? El asesino, comprendiendo que había muerto á su amigo, prorrumpe en gritos y gemidos desgarradores. Cae de rodillas á los pies de aquella desolada madre y la conjura que lo entregue á la justicia á fin de expiar tan horrible crímen en un calabozo. La madre, eminentemente cristiana, conmovida, en extremo dolor, le ofrece dejarle ir libre á condición de que pida á Dios perdón y sea en adelante un hombre de bien.

Pronto se le apareció su hijo, y le aseguró que por aquella generosa clemencia era libertado del Purgatorio donde debía haber pasado largos años. ¡Cuánto pueden las buenas obras en favor de las benditas almas! — *(Espíritu de San Francisco de Sales.)*

*
* *

Acto heróico de caridad en favor de las almas del purgatorio. — Santa Gertrudis había hecho á las almas del Purgatorio el don de todas las acciones de su vida. Recostada en el lecho de muerte, fué asaltada por las tentaciones del demonio que trataba de persuadirla de que había librado muchas almas del Purgatorio, y

justamente por eso debía ocupar el lugar de aquellas y sufrir las penas de todas las que había favorecido. Le representaba los horribles suplicios que allí se padecen, y la justicia de Dios por las faltas cometidas y por no haber reservado nada para ella, cediéndolo todo á almas extrañas y desconocidas. Atormentada y entristecida por esta tentación se le apareció Nuestro Señor y le dijo: « Hija mía, no temas; grande ha sido tu caridad con las almas y grande será tu recompensa. Yo te perdono desde este momento todas las penas que hayas merecido. Yo, que he prometido el ciento por uno, aumentaré los grados de tu gloria, y todas las almas libertadas por tí saldrán á recibirte en el cielo. » — Pocos momentos después la Santa expiró llena de confianza y alegría. — *(Lefort.)*

*
* *

Caridad para con las almas del purgatorio. — Una pobre sirvienta había adoptado la santa práctica de hacer celebrar, cada mes, con el fruto de sus ahorros, una misa por las almas del Purgatorio y en especial por aquella que estuviese más próxima á entrar en el cielo.

Dios le probó la paciencia con una larga enfermedad en la que consumió todas sus economías, de manera que cuando pudo salir en busca de ocupación no le quedaba más que una moneda con que hacer frente á sus necesidades.

Un día, en que recorría la ciudad en demanda de servicio, pasó por una iglesia y entró en ella en el momento en que se iba á celebrar el santo sacrificio. Advirtió entonces que en ese mes no había mandado celebrar la misa de su devoción, siendo ese precisamente el día en que le correspondía hacerlo. Pero ¿cómo? No tenía más que una moneda, y si se desprendía de ella no tendría con qué comer. La piedad y la pru-

dencia humana entraron en lucha; pero al fin venció la primera. Pasa á la sacristía, pone su ofrenda en manos de un sacerdote y asiste á la misa con gran fervor.

Terminado el Santo Sacrificio, sale de la iglesia para continuar sus diligencias, no sin inquietud, pues, en aquel día le faltaba el pan para saciar su hambre. Así caminaba, absorta en estos pensamientos, cuando un joven pálido, de alta talla y distinguido continente, se dirige á ella y le dice: — ¿Busca Ud. una casa donde colocarse? — Sí, señor, responde la pobre mujer. — Bien, vaya Ud. á la calle tal, número cual, casa de la señora N. N., y hallará una colocación que le conviene. Y diciendo esto, el joven desapareció entre la multitud, sin esperar ni *las gracias* de la mujer.

Ésta se dirigió sin dilación á la casa indicada, y, al llegar al vestíbulo, se encuentra con una doméstica que salía murmurando palabras de queja y de cólera. Golpea la puerta con mano tímida, y del interior de una sala una voz dulce la invita á avanzar. Se halla en presencia de una señora anciana, de aspecto venerable, que la interroga con afabilidad acerca de su demanda.

— Señora, le dijo la mujer, he sabido esta mañana que Ud. necesita una sirvienta, y vengo á ofrecerle mis servicios.

— Pero, hija, replicó la señora, lo que me dices es muy extraño. Esta mañana no tenía necesidad de nadie, porque sólo hace media hora que he despedido á una criada insolente y no hay todavía persona que pueda saberlo. Díme, pues, ¿quién te envía?

— Un caballero joven que me detuvo al salir de una iglesia, adonde fuí á hacer aplicar una misa por el alma del Purgatorio que estuviese más próxima á ver á Dios.

La señora, perdida en conjeturas, no podía acertar con la persona que pudiese estar tan pronto informada

de lo que había pasado en su casa, cuando la sirvienta, fijando los ojos en un retrato que estaba colgado en la pared, exclama :

— Señora, ese caballero, es el joven que me ha enviado á esta casa.

Al oír estas palabras, la señora lanza un grito, y apenas puede contener su emoción. Era el retrato de su hijo único que había muerto dos años antes. Abraza á la criada y le dice :

— Tú no serás mi sirvienta, sino mi hija y compañera, pues que eres la salvadora de mi hijo; lo has libertado con tu generosidad y él ha querido que yo te recompense. Dispón de todo lo que tengo, y si por tu caridad con las almas del Purgatorio te desprendiste de tu última moneda, exponiéndote á no tener que comer, en adelante vivirás sin que que tengas que ganar el pan con tu trabajo. Así Dios aun en la tierra recompensa la caridad con los difuntos. — (POSTEL, *Le Bon Ange.)*

*
* *

Devoción de un Santo á las almas del purgatorio. — El venerable Juan Masías, hermano de la orden de Santo Domingo, tenía gran devoción á las almas del Purgatorio. Frecuentemente, pasaba noches enteras en oración á los pies de una imagen de la Santísima Virgen. Las benditas almas se le aparecían en gran número para suplicarle tuviese compasión de ellas. ¿Qué puedo hacer por vosotras, les decía el Santo, yo que soy un miserable pecador? Le recomendaban entonces que para aliviarlas ofreciese oraciones, ayunos, y penitencias en rescate de las deudas que pagaban. El venerable Juan redoblaba con este motivo sus austeridades; les aplicaba la santa comunión y muchas indulgencias. Se le veía hacer largas horas de recogida

oración y mortificar su cuerpo con atroces suplicios por ahorrar la expiación de aquellas almas. Su corazón estaba dispuesto á los más heroicos sacrificios. Tanta era su caridad que se hubiera hecho quemar á fuego lento por librarlas de las llamas que padecen...

Las almas del Purgatorio le manifestaban su reconocimiento. Luego que obtenían libertad, antes de entrar en la gloria, venían á él para agradecerle su mediación y asegurárle su amistad en el cielo... El Santo en tales casos, lleno de contento, multiplicaba por las demás almas sus oraciones y buenas obras... Un día le preguntó su confesor cuántas almas había sacado del Purgatorio. Por lo pronto no contestó; mas, instado por la obediencia, confesó antes de morir que el número de almas á quienes, atendidas sus súplicas, Dios había concedido el perdón, se elevaba á ciento cuatro mil. — ¡Qué hermoso cortejo para su entrada en los cielos! — (DARRAS, *Vida de los Santos.)*

*
* *

Extraordinaria aparición. — El año de 1859, grande fué el ruido que produjo un milagroso suceso de que hablaron casi todos los diarios religiosos. Hé aquí como lo refiere el R. Padre Wimmer, fundador del monasterio en que tuvo lugar: En nuestra abadía de San Vicente, cerca de Latrobe, en América, un monje benedictino se apareció en traje de coro á un novicio. Era día 18 de Setiembre. El hermano quedó estupefacto y sin proferir palabra... La aparición continuó renovándose, unas veces de once á doce del día y otras de doce de la noche á dos de la madrugada, durante dos meses. El 19 de Noviembre solamente, el novicio, delante de otro religioso, interrogó al espíritu acerca de lo que pedía. Éste respondió entonces que hacía setenta y siete años que sufría en el Purgatorio por no

haber celebrado siete misas de obligación; que en diversas ocasiones se había aparecido á siete benedictinos sin haber sido escuchado, y que debería aparecerse once años después si en esta circunstancia no se le favorecía. Agregó el alma del monje difunto que debían celebrarse siete misas por él, que el novicio debía guardar profundo silencio, siete días de retiro, y por fin, durante treinta y tres días, debía recitar tres veces al día el salmo *Miserere* con los pies descalzos y con los brazos levantados al cielo... Todas esas condiciones fueron cumplidas. El último día, 25 de Diciembre, después de celebrarse la última misa, el espíritu no volvió ya á presentarse. Durante el período en que eran realizados sus deseos, se apareció varias veces al novicio, para que rogase por las almas del Purgatorio, y expresarle que sufrían en extremo y quedaban profundamente reconocidas á los cristianos que concurrían á su rescate. — (*Lefort.*)

*
* *

Atestaciones de las ánimas. — El obispo San Bristán tenía la piadosa costumbre de celebrar misa por los difuntos siempre que le era permitido. Un día, al terminar el Santo Sacrifico con el *Requiescant in pace*, « Descansen en paz », se oyó en toda la iglesia un concierto de voces, que, saliendo de la tumba que allí había, respondió : ¡Amén! ¡Amén! atestiguando así el alivio que Dios les había concedido.

— Santa Brígida afirma haber oído á un alma del Purgatorio que le decía : « Gracias sean dadas á los que alivian nuestros padecimientos, » y otra voz, con más fuerza, á su vez exclamar : « Dios y Señor Nuestro, por vuestro poder infinito, recompensad largamente á los vivos que nos socorren con sufragios y nos llevan á la luz de vuestra divinidad. » — (*Lefort.*)

LA ORACIÓN

DE LO QUE EL CRISTIANO DEBE PEDIR

— ¿Qué es oración?

— Es una petición que se hace á Dios.

— ¿Tenemos obligación de hacer oración?

— Sí, la tenemos: 1° para manifestar á Dios nuestra dependencia; 2° para obedecer el expreso mandato de Jesucristo, y 3° para alcanzar nuestra salvación.

— ¿Qué cosa podemos pedir en la oración?

— La vida eterna y lo que nos conduce á conseguirla.

— ¿A quién debemos dirigir nuestras oraciones?

— A Dios, como autor de todo bien; á María Santísima, á los ángeles y Santos, como nuestros intercesores con Dios.

— ¿Qué condiciones debe tener la oración?

— Estas seis: 1ª atención; 2ª piedad; 3ª humildad; 4ª confianza; 5ª perseverancia, y 6ª que se pida en nombre de Jesucristo.

— ¿Qué es orar con atención?

— Pensar en lo que se pide cuando se ora.

— ¿Qué es orar con piedad?

— Es dirigir nuestras oraciones á gloria de Dios y bien de nuestras almas.

— ¿Qué es orar con humildad?

— Es pedir reconociendo nuestras miserias y la grandeza del Señor á quien pedimos.

— *¿Qué es orar con confianza?*

— *Pedir con la firme esperanza de que Dios nos concederá lo que le pedimos, si nos conviene.*

— *¿Qué es orar con perseverancia?*

— *Es orar frecuentemente y dirigir á Dios todas nuestras acciones.*

— *¿Qué es orar en nombre de Jesucristo?*

— *Es unir nuestras oraciones á su mediación, y apoyar nuestras súplicas en sus méritos.*

— *¿Qué es oración mental?*

— *Es pedir á Dios interiormente sin valernos de palabras.*

— *¿Qué es oración vocal?*

— *Es expresar á Dios con palabras nuestra petición.*

La oración es tan necesaria al alma como la respiración al cuerpo. — (*Faber.*)

Sabe bien vivir el que sabe bien orar, dice San Agustín.

Un alma sin oración es semejante á un pájaro, que privado de sus alas, no puede emprender vuelo ni gozar de libertad; es un árbol medio desarraigado que poco á poco pierde el vigor y se seca; es un navío sin velas ni piloto expuesto á merced de las olas y tempestades; es un soldado indefenso en el campo de batalla.

El que omite la oración no necesita que el demonio lo incite al mal, corre por sí mismo; en tanto que un alma que ora está ya salvada. (*Santa Teresa.*)

Si es incontestable la ventaja que se obtiene en conversar con un hombre virtuoso ¿cuánto mayor no se obtendrá conversando con Dios? — (*S. J. Crisóstomo.*)

Orad, orad, orad, decía San Ligorio, no ceséis jamás de orar; con la oración es cierto que os salvaréis; sin ella es cierto que os condenaréis.

Desde que el hombre cesa de conversar con el cielo, el infierno comienza á dirigirle la palabra. — (*Faber.*)

*
* *

Poder de la oración. — « Pedid y recibiréis, dijo Jesús; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide recibe; y el que busca halla, y al que llama á la puerta se le abre. Quién de vosotros es el hombre á quien si su hijo pidiere pan, le dará una piedra? ó si le pidiere un pez le dará una serpiente? ó si le pide un huevo, le presentará un escorpión?

Pues si vosotros, siendo malos, sabéis hacer buenas dádivas á vuestros hijos ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos, dará verdaderos bienes y buen espíritu á los que se lo pidan? »

*
* *

Pensamientos del Cura de Ars. — Dos clamores se escuchan en el hombre : el del ángel y el de la bestia. El clamor del ángel es la oración; el de la bestia el pecado.

Los que no oran, están inclinados hacia la tierra; son como el topo que procura hacer un agujero para ocultarse en él.

Para orar es necesario abrir el corazón á Dios, como el pez abre sus agallas entre las olas.

Nuestro corazón, por desgracia, no está ni bastante libre ni bastante purificado de todo afecto terrestre. Tomad una esponja bien seca y perfectamente limpia, echadla en un líquido, y se empapará colmadamente hasta rebosar; pero si la esponja no está seca y limpia no absorberá. Así pasa con el corazón cuando ora : si no está libre y desprendido de las cosas de la tierra, por mucho que ore, no percibirá las efusiones de la gracia en la medida que nos conviene.

Así como San Pedro, San Juan y Santiago, sobre el Tabor, sólo veían á Jesús, del mismo modo las almas interiores no ven más que á Jesús sobre el Tabor de sus corazones; son dos amigos que jamás se cansan el uno del otro.

Debiéramos imitar á los pastores, que están en el campo durante el invierno. — La vida es, en verdad, un largo invierno. — Ellos hacen fuego; mas, de cuando en cuando, salen á recoger leña donde pueden, para alimentarlo y sostenerlo. Si como los pastores, supiésemos con oraciones y buenas obras, mantener siempre el fuego del amor de Dios en nuestro corazón, nunca se apagaría.

La humilde oración disipa las penas como el sol derrite la nieve; hace la verdadera felicidad del hombre sobre la tierra.

El alma que poco se encomienda á Dios se parece al ave doméstica que tiene grandes alas y no sabe servirse de ellas; mientras que el alma que ora con fervor es como la golondrina que se encumbra hasta gran altura, como el pez en el océano, que mientras más se sumerge en el agua más contento está.

Buena es la oración privada y particular; pero es mucho mejor la oración pública y en común: la paja esparcida en el campo poco arde; pero reunida forma una inmensa hoguera, cuya llama sube hasta el cielo.

Rogad por la conversión de los pecadores. Á veces su suerte está como en suspenso: un *Padrenuestro* y un *Avemaría* bastan á inclinar en su favor la balanza. — Un día que San Francisco de Asís rogaba por ellos Nuestro Señor se le apareció y le dijo: *Francisco tu voluntad es conforme á la mía. Pronto estoy á concederte cuanto me pides.*

Digno de notarse. — « Lo que hay de más admirable para mí en la vida de los Santos, es cierta circunstancia que creo no ha sido debidamente apreciada. El hombre habituado á conversar con Dios, en igualdad de circunstancias, excede á los demás por la fuerza de la razón y sobre todo por ese sentido práctico que se llama *buen sentido*. Entre las personas que conozco, las únicas en quienes he hallado un buen sentido imperturbable, una verdadera sagacidad, una maravillosa aptitud para dar solución práctica y prudente á los más escabrosos problemas, y para encontrar siempre salida en los negocios más arduos, son los que han llevado vida contemplativa y retirada (1). »

Un párroco de la diócesis de Autún empeñado en resolver cierto caso de justicia y restitución muy complicado, en vano había trabajado para hallar la solución; había leído, reflexionado y consultado; la duda continuaba. Llegó á Ars, consultó al santo párroco Juan Bautista Vianney, y la cuestión difícil fué resuelta en el acto. El siervo de Dios no le dijo más que una palabra; pero esa palabra tan sencilla y perentoria nadie la había dicho antes, ni la había hallado en ningún tratado, y sin embargo, esa palabra respondía á todo. Derramó una luz tan clara é instantánea sobre el punto más oscuro de la cuestión, que el interlocutor no pudo menos de decir entre sí : « Este hombre está inspirado. » Y añadió en alta voz : « Señor párroco, ¿donde habéis cursado teología? » Y el siervo de Dios le mostró silenciosamente el reclinatorio donde hacía oración. — *(Vida del Cura de Ars.)*

*
* *

Eficacia de la oración. — La oración de Josué,

(1) Donoso Cortés.

detuvo el sol en medio de su carrera. — La oración del pueblo de Israel dividió las aguas del Mar Rojo y del río Jordán. — Daniel, en la cueva de los leones invocó al Señor y las fieras se volvieron como corderos. — Tres niños cantaron las alabanzas de Dios en el horno de Babilonia y las llamas los respetaron. — Con la oración salvó Susana su virtud y su vida. — Con la oración David venció á Goliat; y con la oración el Buen Ladrón voló de la cruz al Paraíso. Los israelitas oraron en el desierto y el maná bajó del cielo para alimentarlos; tuvieron sed y las aguas brotaron de las rocas. — Si en Sodoma se hubiesen encontrado siquiera diez justos que orasen, Sodoma no hubiera perecido.

Recordemos la vida de Santa Mónica. Su hijo Agustín era un gran pecador; pero ella oró, oró mucho tiempo, oró á menudo, y consiguió al fin hacer de su hijo un gran santo y el más eminente doctor de la Iglesia.

Santa Teresa obtuvo con sus oraciones la conversión de tantos pecadores como el apóstol de las Indias, San Francisco Javier, con sus predicaciones y milagros. — (*En su vida.*)

La oración del justo, dice San Agustín, es la llave del cielo; la oración sube y la misericordia de Dios baja.

* * *

Necesidad de la oración. — En verano sopla á veces en los campos un viento mortal para las plantas. Amortiguadas se inclinan hacia la tierra y parece acabaran su vida. Pero, si el rocío de la tarde las refresca, pronto recobran lozanía, y hermosas se yerguen sobre sus tallos. Siempre hay vientos abrasadores que pasan sobre el alma del hombre y la marchitan : las pasiones, los remordimientos, las penas, las decepciones; pero la oración es el dulce rocío que la entona y la eleva hacia el cielo en alas de la confianza. (*Sibillat.*)

Se lee en la vida de Santa Rosa de Lima que esta seráfica santa invitaba á los arroyos y plantas para que la acompañasen en sus oraciones, diciéndoles : « ¡Qué todas las criaturas bendigan al Señor! » y las ramas de los árboles se agitaban con suave armonía, las hojas se estremecían produciendo en el bosque un concierto universal y hasta las pequeñas flores celebraban á su modo las obras del Criador. — De una manera semejante acompañaban las aves del cielo á San José de Cupertino. Cuando, en un jardín, junto á la capilla en que celebraba la Santa Misa, se entregaba á la oración, las avecillas, en gran número, volaban en torno suyo y gorjeaban alegremente. El les decía : « Cantad, cantad bien alto la gloria de Dios. » Trinaban entonces redoblando su ardor y otras muchas venían á acompañarlas. — (Postel, *Le bon ange de la première communion.*)

* * *

Escala de Jacob. — Fatigado Jacob, por un largo camino en el desierto, se recostó sobre la arena, y tomando una piedra por cabecera se quedó dormido. Fué consolado entonces con una visión extraordinaria. Vió en sueños una escala fija en la tierra que tocaba al cielo y á los ángeles del Señor que subían y bajaban por ella... Esa escala misteriosa y significativa es la oración. Los ángeles que majestuosamente la suben son las plegarias que como incienso puro van hacia Dios para implorar misericordia. Los ángeles que plácidos bajan son las bendiciones y favores que el Señor nos concede. De nosotros depende que esa inefable comunicación no sea jamás interrumpida. Que nunca cesen de elevarse nuestras oraciones á Dios, para buscar en su infinita bondad el manantial de todo bien y en su infinita misericordia el remedio

de nuestros males, y jamás cesará tampoco de descender el celestial rocío de inagotables gracias sobre nosotros.

*
* *

Plegaria de Moisés. — Josué, á la cabeza del pueblo de Israel, combatía, en Rafidín, contra un grande ejército amalecita. Moisés, conocido el peligro, pone su confianza en Dios. Desde la cima del monte Horeb eleva los ojos al cielo y con los brazos abiertos ruega por la suerte de su pueblo. ¡Cosa admirable! Los brazos de Moisés son como balanza de la victoria. Mientras en actitud suplicante los tiene suspendidos, los israelitas consiguen ventaja sobre el campamento enemigo; pero cuando los baja, pierden la superioridad obtenida. Fué entonces necesario, para alcanzar el triunfo definitivo, que Aarón y Hur sostuvieran los brazos debilitados de Moisés hasta el fin del combate. La oración fué, pues, el arma formidable que derrotó al poderoso ejército amalecita.

*
* *

Agar en el desierto. — Despedida Agar de la casa de Abraham tomó de la mano á su hijo Ismael y se internó en un desierto.

Allí, errante y desamparada, la naturaleza misma contribuye á la desolación de su alma y al colmo de su desgracia. El sol arde sobre su cabeza; la arena le quema los pies; su hijo único, devorado por la sed, gime y va á morir á su vista. Ella se aterra y busca con ansiedad algún socorro. El horizonte es de fuego; en ninguna parte encuentra siquiera una gota de agua que estaría dispuesta á pagar con su vida. En suprema angustia, viendo aproximarse la muerte, coloca al niño á la sombra de una palma y se retira diciendo : Al menos, yo no veré morir á mi hijo. » Pero luego, sin resignarse

á abandonarlo, cuando aquella desdichada madre nota que los suspiros de su hijo se van debilitando, que casi es imperceptible su aliento, loca de dolor, cae de rodillas, y eleva al cielo la más triste plegaria, un grito desgarrador que llega hasta el corazón de Dios. Y en el mismo instante un ángel se aparece á ella, le muestra una fuente cristalina que brota á sus pies, y, en el nombre del Señor, le anuncía que su hijo llegará á ser el jefe de una gran nación.

¿Quién ha invocado á Dios que haya sido abandonado? dice el Eclesiástico.

* * *

Un ángel bendice á Jacob. — Cuando Jacob se dirigía á Canaán encontró en el camino un ángel en figura humana, que representaba á Dios. Como prenda de la protección del cielo, que el santo patriarca deseaba para sí y su familia, le dijo : « *Non dimittam te nisi benedixeris mihi.* » « No te dejaré si no me bendijeres. » Y su petición fué escuchada, siendo él y los suyos colmados de bendiciones.

* * *

Roma librada de la peste. — A fines del siglo sexto, grandes inundaciones y pestes desolaron á Roma. El luto, la soledad y el espanto afligían los hogares. La Iglesia misma se vió privada de su Pontífice, el Papa Pelagio. El clero, el senado y el pueblo aclamaron por jefe al diácono Gregorio quien en vano se opuso á su propia elección, y le sucedió.

Entretanto, la peste aumentaba y sembraba la población de cadáveres. La cólera de Dios parecía querer barrer la ciudad de Roma. San Gregorio exhortó á los fieles á la penitencia y á reconocer que este castigo venía del cielo á causa de los pecados. Ordenó rogativas públicas, y organizó una procesión general durante

tres días en la que, por primera vez, aparecían todos los abades y monjes de los monasterios de Roma, y todas las abadesas con sus religiosas. Fué paseada solemnemente la imagen de la Santísima Virgen, pintada por San Lucas, y se refiere que el aire corrompido desaparecía por donde quiera que pasaba la bendita imagen San Gregorio, al mismo tiempo, vió sobre el gigantesco mausoleo del emperador Adriano, un ángel que envainaba la espada. El Santo reconoció entonces que la ira de Dios se había apaciguado y que la misericordia sucedía á la justicia. En efecto, la peste cesó, y para imperecedero recuerdo se colocó la estatua de un ángel sobre el soberbio monumento de Adriano, por lo que ahora se llama *Castillo del Santo Angel*. — (*Petits Bollandistes.*)

* * *

Hemos de orar con fervor. – Una oración corta, pero ferviente, vale inmensamente más que largas oraciones pronunciadas con tibieza y descuido. « No son las grandes voces las que tienen poder ante Dios, dice San Crisóstomo, sino un amor grande. »

* * *

Orar con atención. — La oración es una elevación del alma á Dios, y por consiguiente, si mientras oramos la imaginación divaga en la tierra, la familia, los negocios, el trabajo, etc. ¿se levanta acaso el alma á Dios? Tal acto no es oración.

« Seguramente no se verá que un hombre, cuando suplica á los pies del trono de un monarca de la tierra que le perdone sus yerros, remedie sus males, ó le conceda mercedes, no conserve la atención más respetuosa, viva y constante. ¿Pues cuál deberá ser la nuestra, cuando pedimos estas mismas cosas al Monarca de los cielos? »

¿Cómo queremos que Dios nos oiga cuando nosotros mismos no nos oimos? » — (*Mazo.*)

Hay más, no faltan quienes vayan al templo sólo para ofender á Dios; parecen emisarios del demonio sin otro propósito que el de escandalizar y servir de tentación á los demás; y muchos son los que llegan tan distraídos y de prisa que parece expusieran á Dios : « Vengo á deciros sólo dos palabras para desembarazarme pronto de Vos »... *(El Cura de Ars).*

*
* *

Orar con fe. — Un día dos ciegos salieron al encuentro de Jesús diciéndole y gritando : « Hijo de David, tened misericordia de nosotros. » — Jesús les dijo : « ¿Creéis que puedo hacer lo que me pedís? » — Y le respondieron : « Sí, Señor, lo creemos. » — Entonces les tocó los ojos, diciendo : « *Que os sea hecho según vuestra fe.* » — Y les fueron abiertos los ojos.

*
* *

El ciego de Jericó. — Yendo de viaje Jesús á Jerusalén y cuando llegaba cerca de Jericó, seguido de una alborozada muchedumbre, un ciego llamado Bartimeo, que sentado junto al camino pedía limosna, como oyese el ruido que promovía aquel tropel de gente, preguntó cuál era la causa; y habiéndosele respondido que era Jesús de Nazaret que pasaba por allí, en el acto se puso á gritar : « Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí. » Y los que iban delante le reprendían y le mandaban callar; pero él con más fuerza gritaba : « Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí. »

Entonces Jesús se detuvo, y mandó que lo levantasen y se lo trajesen. Algunos, pues, llamaron al ciego, diciéndole : « Ten buena esperanza, levántate que te llama. »

Al punto el ciego tiró sus andrajos, y levantándose

vino á Jesús. Y cuando estuvo cerca de él, Jesús le preguntó : « ¿Qué quieres de mí? »

El ciego respondió : « Señor, haz que yo vea. »

Jesús le dijo : « Ve y anda, que *tu fe te ha salvado.* » — Y en aquel mismo instante vió, y siguió á Jesús por el camino alabando á Dios. Y todo el pueblo, testigo de este milagro, glorificaba al Señor.

*
* *

Orar con confianza. — Un alma que pide sin confianza, dice el apóstol Santiago, es semejante á una ola del mar que agitada por el viento, es traída acá y allá.

¿Qué podremos alegar para orar sin confianza? ¿qué no merecemos la gracia que pedimos? ¡Ah! eso es tan cierto que los mayores santos han confesado lo mismo. ¿Qué el Señor no puede concedernos los bienes que deseamos? Eso sería negar su omnipotencia. ¿Qué no quiere? ¿Dios está demasiado lejos de la tierra para oír á las miserables criaturas que la habitan? — Ha sido bastante bondadoso para concederles cuanto tienen. ¿Creéis que su propósito fuera abandonarlas ahora y arrojarlas de sí? — ¡No insultéis su bondad! — Pero, Dios sabe mejor que nosotros lo que necesitamos... Es verdad. También un padre conoce las necesidades de su hijo; ¿acaso por esto no debe el hijo dirigirse jamás á su padre, ni siquiera para agradecerle?

*
* *

Debemos orar con humildad. — Dos hombres subieron al templo á orar, dice Jesucristo; el uno fariseo y el otro publicano.

El fariseo, estando en pie, oraba en su interior de esta manera : ¡Oh, Dios! gracias te doy porque no soy como los demás hombres, ladrones, injustos, adúlteros, así como aquel publicano. Ayuno dos veces en la semana, y doy diezmos de todo lo que poseo.

El publicano, por el contrario, lejos del altar, ni siquiera se atrevía á levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo : ¡Oh, Dios! ¡tened piedad de mí, que soy un pobre pecador!

Os aseguro, concluye Jesucristo, que éste y no aquél volvió justificado á su casa; porque todo el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado.

* *
*

Fe y humildad del Centurión. — Caminaba Jesús á Cafarnaún en momentos en que el criado de un Centurión, muy estimado de su amo, estaba á la muerte.

Cuando el Centurión oyó hablar de Jesús, envió á él unos ancianos de los judíos, rogándole que viniese á sanar á su criado, y diciéndole de su parte : « Señor, mi servidor está en casa muy enfermo de parálisis y sufre mucho. » Y ellos, luego que llegaron á Jesús, le hicieron grandes instancias, diciéndole : « Es un hombre que bien merece que le otorguéis esta gracia, porque ama á nuestra nación y nos ha hecho una sinagoga. » Jesús les respondió : « Yo iré y lo sanaré. » Y se fué con ellos. Y cuando estaba cerca, le envió el Centurión á uno de sus amigos á decirle : « Señor, no te tomes este trabajo, que no soy digno de que entres en mi casa. Por lo cual ni aun yo mismo me he creído digno de salir á buscarte: dí tan sólo una palabra y sanará mi criado. Pues también yo soy hombre sujeto á otros hombres, y á la vez tengo súbditos á mis órdenes, y digo á éste, anda, y va; y al otro, ven, y viene; y á mi criado, haz esto, y lo hace. » — Cuando lo oyó Jesús, quedó maravillado; y vuelto hacia el pueblo que le seguía dijo : « En verdad os digo, que ni en Israel he hallado una fe tan grande... » Y dijo Jesús al Centurión : « Vé, y como creíste, así te sea hecho. » Y el servidor sanó en aquella misma hora

Dios oye á los humildes. — La humildad da alas á la oración... En nuestra oración hemos de imitar al mendigo. Vedle, se sostiene con un bastón, descubre su cabeza, y aguarda á la puerta. Si tiene una llaga la enseña, y, en nombre de Dios, pide humildemente un pedazo de pan. Todo esto, sus harapos, sus miserias y aquella piadosa actitud conmueven el corazón del rico, quien le tiende compasiva mano para aliviarle... Todos somos, dice San Agustín, los mendigos del gran Padre de familia; nos hallamos tendidos en el umbral de su puerta para pedirle el pan de cada día. Hemos sido arrojados del paraíso terrenal, despojados del vestido de la inocencia, y expropiados á causa del demonio y el pecado. Hemos de pedir, pues, con profunda humildad.

* * *

El compositor Hayden. — El célebre músico Hayden, en la apacible residencia de su protector, el príncipe Estherazy, no tenía otra distracción que el trabajo. Trabajaba diez y seis y diez y ocho horas diarias. Se levantaba muy temprano, se vestía cuidadosamente y colocaba al dedo la sortija que le había regalado Federico el Grande. Sentábase delante de una mesa, al lado del piano, principiaba su labor y muchas veces á la hora de comer, se le encontraba en la misma postura de la mañana. Dotado de piedad sincera y ferviente empezaba todas sus obras con estas palabras: *In nomine Domini;* y concluía con estas otras: *¡Laus Deo!* ¡gloria á Dios! — Cuando, en medio de su composición, se sentía detenido por dificultad del asunto, fatiga de imaginación ó desfallecimiento de espíritu, se levantaba, se paseaba por su cuarto, rezaba el Rosario, y después de haber hecho oración con profunda fé, volvía á tomar la pluma y se sentía animado por un poder desconocido y por una inspiración casi divina. Las ideas le aparecían en-

tonces claras, vivas, brillantes con un resplandor sobrenatural. En los últimos años de su vida refería, con ternura que le hacía derramar lágrimas, que nunca le había faltado la protección del cielo, cuando *humildemente* la había invocado. Sobretodo, cuando escribía *la Creación*, rogaba á Dios con toda su alma le concediese el talento necesario para alabarle dignamente. — (El Monitor *de París.)*

*
* *

La oración humilde llega al corazón de Dios. — Una persona piadosa rogó á Gersón que le indicara el mejor medio de orar. Éste le respondió : « Hace ya cuarenta años que me consagro á la oración con todo el interés posible, y no he encontrado medio alguno más eficaz para hacerla bien, que el de prosternarme en presencia de Dios como un niño abandonado, ó como un miserable mendigo privado de la vista y despojado de todo, ó como el más vil criminal de la tierra. — (*Lohner.)*

*
* *

La oración debe ser perseverante. — La Cananea. — Era ésta una mujer pagana de la raza de Canaán. Mucho había oído hablar de los prodigios de Jesucristo, y como supiese que se acercaba á los términos de Tiro y Sidón, donde ella moraba, corrió á su encuentro, y apenas alcanzó á verle, principió á clamar : « Señor, hijo de David, tened misericordia de mí; mi hija es cruelmente atormentada por el demonio. » Pero Él continuaba su camino sin contestarle, sin dar á entender siquiera que le oía. Mas no por esto la Cananea cayó de ánimo. Constante en su petición seguía á Jesucristo, clamando : « Señor, hijo de David, tened misericordia de mí. »

Cansados los discípulos de oír tantos clamores, le rogaron á Jesús, diciendo : Concededle lo que pide, para

que se vaya, porque viene gritando tras de nosotros. — Jesús les respondió : Yo no he sido enviado sino á las ovejas que perecieron de la casa de Israel. — Semejante respuesta fué para la suplicante mucho más dolorosa que lo que había sido el anterior silencio, pues nada le dejaba que esperar, desde que ella era cananea y no pertenecía á la casa de Israel; pero esta mujer admirable, en vez de desanimarse, redobla su fervor, se abre camino entre la multitud, se presenta delante de Jesucristo, se postra á sus pies y adorándole exclama : « Señor, socorredme. » — Rasgo tan tierno, fe tan viva, actitud tan humilde y súplica tan fervorosa y reverente, aun no hicieron impresión, al parecer, en el ánimo de Jesucristo. No es bueno, le respondió, tomar el pan de los hijos y echarlo á los perros. — Esta segunda respuesta era capaz de intimidar y desesperar á la misma esperanza. Sin embargo, á la cananea, modelo de perseverancia, le sirve de motivo para insistir. Sin dejar su humilde postura, toma, por decirlo así, la palabra á Jesucristo, y replica con viveza : « Es verdad, Señor, que el pan de los hijos no se debe echar á los perros; pero también los cachorrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus dueños. » — ¡Oh, mujer! le dijo entonces Jesucrito, grande es tu fe; hágase como lo pides. Y desde aquella hora quedó sana la hija. — Tal es el modelo que nos presentó Jesucristo para que conociésemos la necesidad de orar con perseverancia.

« Es menester orar siempre y no cansarse de orar. » — Y ¿quién es el que así ora? — El que hace todas las acciones según Dios, dice San Basilio.

* * *

Oraciones de la mañana y de la noche. — « Dad á Dios las primicias del día, decía San Juan Clímaco, porque

el día entero pertenecerá á aquel que primero tome posesión de él. » Un buen hijo da los días á sus padres luego que se levanta y ¿será ingrato con su Padre que está en los cielos dejando de saludarde y de pedirle su bendición al despertar?

Ved aquí un caso práctico de la saludable influencia ejercida por las oraciones de la mañana y de la noche:

Era en 1851. Yo vivía á la sazón en París. Cierto día, volvía á casa deteniéndome de vez en cuando delante de los ricos almacenes donde el lujo de la capital tienta á los transeuntes á todas horas y en mil variadas formas.

Me detuve á revolver algunos libros que estaban expuestos en el mostrador de un anticuario, y sin saber cómo ni por qué compré un pequeño *Eucologio* que se hallaba como perdido entre una porción de malos libros. Jamás había entrado en mi casa una obra de aquel género. Hasta entonces su contenido me había parecido ser un conjunto de fruslerías indignas de ocupar la atención de un hombre formal. Sin embargo, lo compré, repito, sin darme cuenta de lo que hacía. Llegado á mi casa me acosté, y antes de dormirme cogí mi nuevo libro y abrí al azar sus páginas. Y no ya por azar, porque el azar no existe, sino por efecto de la infinita misericordia de Dios, mis ojos se hallaron con la *Plegaria de la noche*. Empezaba así:

« En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Yo os adoro, ¡oh, Dios mío! con la humildad que me inspira la presencia de vuestra soberana grandeza. Creo en vos, porque sois la misma verdad. Espero en vos, porque sois infinitamente bueno. Os amo de todo corazón, porque sois infinitamente amable, y amo al prójimo como á mí mismo, por amor vuestro — ¿Qué acciones de gracias os daré yo, ¡oh, Dios mío! por todos

los beneficios que de vos he recibido? Vos os habéis acordado de mí desde la eternidad; me habéis sacado de la nada; habéis dado vuestra vida para rescatarme, y me llenáis todos los días de una infinidad de favores. ¡Ah, Señor! ¿qué puedo yo hacer en recompensa de tantos beneficios? etc... »

La lectura de estas palabras tan sencillas, tan profundas, tan consoladoras y á la vez tan graves, me hizo una impresión increible; sentí asomar las lágrimas á mis ojos, y una paz hasta entonces desconocida vino á llenar mi corazón. Era la vez primera, después de muchos años, que probaba lo que todo el mundo busca: *verdadera felicidad.*

A la mañana siguiente abrí de nuevo mi libro.

La *plegaria de la mañana* me conmovió tanto como en la víspera la de la noche, y sentí que una fuerza secreta me atraía hacia la iglesia. Fuí á ella, me arrodillé en un rincón, y allí me puse á orar. No sé verdaderamente lo que en mí pasaba; no tenía pensamiento alguno determinado; pero Dios trocaba mi alma... empezaba á ser cristiano; entreveía una vida nueva y como un mundo hasta entonces desconocido. Muchas semanas permanecí en aquel estado de transición; oraba en secreto, no atreviéndome todavía á manifestar mi cambio á mis amigos, ni aun á mi mujer ni á mis hijos. Comprendía que era una debilidad; pero el respeto humano me detenía. En tanto, de día en día iba aumentando el dolor de mis faltas. Por otro lado la idea de la confesión me asustaba... Esta confesión, tan bienhechora, pero al mismo tiempo tan penosa, cuando se trata de largos años pasados lejos de Dios, se me presentaba desde un punto de vista austero y humillante. Por dicha Dios fué el más fuerte, y una tarde, revistiéndome de todo mi valor, entré en la iglesia y supliqué á un sacer-

dote que se disponía á salir de ella, que me hiciera el obsequio de escucharme un instante. Me acogió con tal bondad que me conmovió, y poco después estaba yo arrodillado á sus pies, violentamente impresionado por la vergüenza de lo que iba á decir, y por la felicidad que iba á resultarme de aquella confesión. Yo quería y no quería; y aun queriendo no sabía por dónde comenzar. El buen sacerdote me ayudó, me interrogó, me arrancó, por decirlo así, la confesión de todas mis faltas, suavizando la humillación con una misericordia completamente paternal y llenándome de cristiana esperanza. Hacía treinta y dos años que yo no había cumplido con deber alguno de religión. Mi arrepentimiento era sincero y profundo. Con indecible consuelo recibí aquel perdón misericordioso que Nuestro Señor otorga á todos sus hijos pródigos por el ministerio de los sacerdotes y que nos devuelve la perdida gloria de nuestra inocencia.

« Los pecados serán perdonados, ha dicho el Hijo de Dios, á aquellos á quienes vosotros se los perdonareis », y yo oí á uno de los depositarios del divino poder pronunciar sobre mi frente ese fallo de vida y resurrección : — « Yo te perdono en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. »

Jamás olvidaré aquel solemne momento, ni al caritativo ministro que fué para conmigo el instrumento de la infinita misericordia de Dios.

— Id en paz, me dijo con efusión, cuando hubo pronunciado la feliz sentencia; pero sed fiel á vuestro Salvador.

Desde entonces soy cristiano, y me glorío de una fe y de una vida que me guardan del mal, que me elevan sobre mis pasiones y que me hacen cumplir con felicidad y gozo todos mis deberes. Creo, espero y amo ; oro, me

confieso y comulgo. ¡Haga otro tanto el que no sea feliz y quiera serlo! Qué abra su libro de oraciones, tal vez por largo tiempo desdeñado; qué lea como yo las plegarias de la mañana y de la noche, y ellas le conducirán á donde á mí me condujeron. — (SEGUR, *Relación de un oficial retirado.)*

EL PADRE NUESTRO

— *¿Cuál de las oraciones de la Iglesia es la mejor?*

— *El Padre nuestro.*

— *¿Por qué?*

— *Porque la compuso Jesucristo á petición de los apóstoles.*

— *¿Qué es el* PADRE NUESTRO?

— *Es una oración que contiene cuanto necesita el cristiano, en siete peticiones precedidas de una amorosa introducción.*

— *¿Cuál es la introducción?*

— PADRE NUESTRO QUE ESTÁS EN LOS CIELOS.

— *¿Por qué llamamos á Dios* PADRE NUESTRO?

— *Porque siendo nuestro Creador nos ha adoptado por hijos.*

— *¿Por qué, estando Dios en todas partes, le decimos :* QUE ESTÁS EN LOS CIELOS?

— *Porque nos conviene elevar el alma hacia aquel lugar donde Dios ostenta particularmente su gloria.*

— *¿Cuál es la* PRIMERA PETICIÓN *del Padre nuestro?*

— SANTIFICADO SEA TU NOMBRE.

— *¿Qué pedimos en ella?*

— *Que todos los hombres del mundo conozcan, honren y glorifiquen el nombre de Dios.*

— *¿Cuál es la* SEGUNDA?

— VENGA Á NOS TU REINO.

— *¿Qué pedimos en ella?*

— *Que Dios venga á reinar en nosotros por medio de su gracia, para que reinemos después con Él en su gloria.*

— *¿Cuál es la* TERCERA?

— HÁGASE TU VOLUNTAD ASÍ EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO.

— *¿Qué pedimos en ella?*

— *Que la voluntad de Dios se cumpla aquí en la tierra como se cumple por los ángeles y bienaventurados en el cielo.*

— *¿Cuál es la* CUARTA?

— EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA DÁNOSLE HOY.

— *¿Qué pedimos en ella?*

— *Para el* ALMA, *pedimos la gracia, y para el* CUERPO, *el alimento y el vestido.*

— *¿Cuál es la* QUINTA?

— PERDÓNA NUESTRAS DEUDAS, ASÍ COMO NOSOTROS PERDONAMOS Á NUESTROS DEUDORES.

— *¿Qué pedimos en ella?*

— *Que Dios perdone nuestros pecados del mismo modo que nosotros perdonamos á los que nos hubieren ofendido.*

— *¿Cuál es la* SEXTA?

— Y NO NOS DEJES CAER EN TENTACIÓN.

— *¿Qué pedimos en ella?*

— *Que Dios por su gracia nos libre de consentir en malos pensamientos y de toda ocasión de pecado.*

— *¿Para qué permite Dios que seamos tentados?*

— *Para que conozcamos nuestra miseria, para que le pidamos su gracia, para probar nuestra fidelidad, y para premiar al que triunfare en las tentaciones.*

— *¿Cuál es la* SÉPTIMA?

— MAS LÍBRANOS DE MAL.

— *¿Qué pedimos en ella?*

— *Que Dios nos preserve de males espirituales y corporales.*

Jesús enseña á sus discípulos á orar. — Nuestro Señor Jesucristo se levantaba muy temprano y se iba á un lugar desierto ó á un monte á orar. Á veces pasaba toda la noche en oración. Un día uno de sus discípulos le dijo : Señor, enséñanos á orar así como Juan (el Bautista) enseñó á los que le oían. Entonces Jesús les dijo : « Cuando oréis, decid : *Padre nuestro, etc.* »

La oración del Padre nuestro fué, pues, dictada por Jesucristo mismo. Es la más perfecta, la más excelente y el modelo más acabado de las peticiones. Estudiad y meditad todas las oraciones, á mi juicio, no encontraréis ninguna, dice San Agustín, que no esté contenida en la oración del Señor.

La Oración Dominical es para nosotros como una carta de recomendación que el Salvador Divino nos concede para su Padre Celestial. ¿Podrá acaso no ser atendida? — *(Lohner.)*

*
* *

Una oración que no se olvida. — El Ilustrísimo Señor Dupanloup, en una alocución á los zuavos pontificios en Roma, refirió el recuerdo siguiente : Era el año de 1832. Yo pertenecía al clero de San Roque en París ; por largo tiempo me había dedicado á enseñar el catecismo á los niños, y no sólo el catecismo rudimental sino el de perseverancia al que asisten los jóvenes, hombres y mujeres hasta el día de su matrimonio. Un día fuí llamado para bendecir el matrimonio de uno de mis oyentes, una piadosa niña que con toda regularidad asistía al catecismo. Se desposaba con un joven muy cristiano; de suerte que era de esos matrimonios que pueden bendecirse con placer y esperanza. Es costumbre pronunciar en tales actos un breve discurso, y todavía me acuerdo de que cuando cumplía este deber tuve una distracción. El que la motivaba era un hombre muy

alto — no tendría menos de dos varas — que me escuchaba de pie, cuando todos estaban sentados; me miraba con fijeza y sólo á tres pasos de distancia, como que servía de testigo. Su proximidad, su estatura, su original aspecto, su insistente mirada, bien comprenderéis que bastaban á llamar mi atención. Concluída la ceremonia, luego que los esposos con su comitiva se hubieron retirado, salí de la iglesia y pensé que todo estaba terminado. Pero no. Al día siguiente, á las cinco de la mañana, llamaban á mi puerta : era el mismo recién casado que á toda prisa venía á buscarme para que auxiliase á un enfermo que estaba á la muerte. El enfermo era su tío, aquel hombre alto que me había distraído en la solemnidad de la víspera. De edad de setenta y cuatro años, transido de frío, de la ceremonia había ido á la cama. Llamados inmediatamente los médicos habían declarado que no había recurso.

Salí al punto y mientras me dirigía á su casa creí oportuno preguntar al joven que me acompañaba : Señor, ¿es el tío de Ud. un buen cristiano? — Es un buen hombre; pero parece ha descuidado un poco sus deberes religiosos. — ¿Comprende la gravedad de su estado? — Sí, no es posible que se alucine. — ¿Es él quien me ha mandado llamar? — Sí, cuando advertimos su peligro, le hemos preguntado si quería le visitase un sacerdote. No puso dificultad. Pero ¿cuál? No conocía á ninguno. Entonces con su franqueza habitual, « El que oí ayer, dijo, me ha parecido bien; con él me entenderé. »

Llegué á la calle *Cruz de los pequeños campos* y entré en la fonda en que — habiendo venido de provincia — se encontraba alojado. (Jamás paso ahora por aquella calle sin sentir emoción á la vista del hostal.)

Me introdujeron en la pieza del pobre anciano, en-

fermo. Aquel gigante tendido en el lecho tenía el aspecto de un moribundo. Nos dejaron solos... Me aproximé á él y al punto me tendió la mano, y sin titubear me dijo : « Voy á morir y quiero hacer lo que conviene en este caso. Tengo setenta y cuatro años... y hace sesenta y dos que no me confieso... soy un viejo militar ¿qué queréis? Alistado á los catorce años, me encontré en todas las guerras de la Revolución y del Imperio ; nunca he pensado en mi alma, ni en su Creador ; mas no sé por qué siento la necesidad de no salir de este mundo sin reconciliarme antes con Dios, como si le hubiera conocido. »

Impresionado con su ingenuidad y con su acento extraordinariamente sincero, « Y bien, le dije, yo os ayudaré y Dios nos ayudará; las cosas son bien fáciles con hombres francos como vos. »

Después de examinarlo y adoctrinarlo lo mejor que pude, concluída la confesión, le dije : Ahora voy á daros una penitencia. — ¡Una penitencia! exclamó mirándome fijamente, ¿qué significa eso? No tengo idea. — Así, pues, ningún conocimiento tenía de la religión ni del sacramento de la penitencia... Adivinaréis cuál sería mi embarazo... Veía á aquel hombre moribundo, pobre anciano que no sabía una sola palabra del cristianismo... Un instinto, un movimiento interior solamente lo determinaba á reconciliarse con Dios antes de morir... Le expliqué lo que es la penitencia y le dije : « Vuestros padecimientos son grandes ; ofrecedlo todo á Dios y esto me permitirá daros fácil penitencia : rezaréis solamente un *Padre nuestro* y un *Ave María.* » Volvió á mirarme con extrañeza, desde el fondo de su lecho; porque aun cuando estaba tan postrado conservaba todavía energía extraordinaria en la vista; y me dijo : *Padre nuestro*, *Ave María*, ¿qué quiere decir? Yo no he oído hablar de eso. — Ya lo veis... ¡qué triste

condición! Aquel desgraciado había llegado á los sententa y cuatro años, y todo lo había olvidado... ¡aun esas oraciones que desde muy niños se nos enseña á balbucear! Su alma, en religión, era como tabla rasa. No quedaba nada, absolutamente nada. Alcé los ojos al cielo y cobrando valor, comprendí que era necesario un milagro para instruírlo en un instante. « Debéis haber conocido estas oraciones, le dije, son las más bellas de nuestra religión. Voy á recordároslas; yo las diré y vos me acompañaréis. » Poniéndome de rodillas, junto al lecho, y tomandole la mano, comencé : *Padre nuestro...* Me dejó recitar las primeras invocaciones; mas cuando llegamos á estas palabras : *Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores*...de pronto, estrechándome la mano y como si despertara de un largo sueño : ¡Oh! me dijo, ya me acuerdo... Sí, creo que cuando niño mi madre me enseñó algo parecido... ¿Queréis recomenzar? — Principié de nuevo y entonces, en el acto, del fondo de su alma, de lo íntimo de su corazón, á través de setenta y cuatro años, á través de tantas guerras y combates de diverso género, reaparecen vivos los recuerdos de su madre y de las oraciones que en su infancia le enseñaba. El mismo procura encontrar las palabras una á una. Yo las ví salir de su alma, como si hubiesen estado escondidas, para gozar ahora de la luz. Interrumpiéndose á cada paso, ¡oh! sí, decía, ya me acuerdo : *Padre nuestro, que estás en los cielos*... así es... *santificado sea tu nombre*... sí, así es... ya me acuerdo... *venga á nos tu reino*... eso es... yo me acuerdo de haber recitado todo esto : ¡oh! ¡qué hermosa es esta oración!... Y cuando llegó á estas palabras : *Perdona nuestras deudas*, de esto sobretodo, me acuerdo muy bien, es lo que me ha hecho recordar lo demás; mi madre me hacía decirlo cuando yo cometía

alguna falta... » De este modo acabó la oración. Y en seguida me pidió la rezáramos juntos, y no se cansaba de repetirla... Luego me dijo : « Pero, ¡hay otra! yo creo que mi madre me hablaba de una Santa Virgen... Esperad... voy á encontrar esta oración... Decídmela y la reconoceré... » Y desde las primeras palabras : ¡Oh! sí, eso es, exclamó : *Dios te salve, María*... ¿qué más?... *llena eres de gracia*... y solo continuaba : *el Señor es contigo*... todas las palabras iban apareciendo y renacían como por milagro en su alma. Al fin, al llegar á las últimas, prorrumpió en llanto, y sin poder contener sus lágrimas, decía : « *Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.* »

Ved lo que para ese anciano habían sido tales plegarias. Enseñadas por su madre en la infancia eran gérmenes preciosos depositados en su alma. Y aunque ocultas por mucho tiempo, aparecían al fin, en el momento supremo, asomando como un rayo de luz la gracia de Dios, para lucir en la última hora, en la hora de su eternidad! Las decía sin cesar y se gozaba en repetirlas. Mas, como se sintiese fatigado, me despedí prometiéndole volver muy pronto. En efecto, no demoré en llegar, pues tenía vivo interés en darle la santa comunión. Comulgó con los sentimientos de piedad más edificantes. Todo le había sido revelado por aquellas dos oraciones... no tuve más que enseñarle... Aun recuerdo cierta circunstancia que como otras muchas en el desempeño del ministerio sacerdotal, son para mí, por sí solas, pruebas concluyentes, imprevistas, pero admirables de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo. Es la siguiente : le había dejado yo un pequeño crucifijo, advirtiéndole que quizás no habría otro en su alojamiento. — A lo que me respon-

dió sonriendo que en efecto generalmente no los hay en las fondas; lo estrechó en sus manos desfallecientes, lo llevó á sus labios y luego al corazón.

Volví á las cinco de la mañana del día siguiente. Pregunté por él; su sobrino y su sobrina me contestaron que había sufrido en extremo toda la noche. Me acerqué á él; sus sobrinos quedaron á algunos pasos de distancia. Le pregunté cómo estaba. « Muy bien », me dijo. — « Pero me han dicho que habéis padecido mucho durante la noche. » — « Os han dicho eso, porque no saben que me habéis dejado *un consolador*. » — Y sacando de debajo de la frazada su mano descarnada, y mostrándome el pequeño crucifijo que yo le había dado : « Ved aquí el que me consolaba, me dijo. Toda la noche he estado repitiendo el *Padre nuestro* y el *Ave María* y por eso no he sufrido. » ¡Cosa admirable! Ved ahí un hombre que todo lo había olvidado y que de una vez franqueaba toda dificultad para alcanzar la la salvación; mas aun, se elevaba del primer paso á la más alta perfección de la fe y confianza cristianas. Esas dos oraciones todo se lo habían revelado. Nunca he visto una entrada más preciosa en la eternidad. — (*Dupanloup.*)

* * *

Padre nuestro, que estás en los cielos. — Estas palabras nos recuerdan que Dios nos ha aceptado por hijos, que todos somos hermanos y que los cielos son nuestra patria y nuestra herencia. « Sobre la tierra sólo estamos de paso, decía el santo cura de Ars. Parece que no caminamos, marchamos al vapor hacia las playas de la eternidad. »

La princesa Galitzin refiere en sus memorias que en cierta ocasión en que pasaba un puente, en San Petersburgo, encontró un pobre que le pedía limosna

y al cual le dió una moneda de plata. El pobre (un anciano cojo é inválido) tan pronto como hubo recibido la limosna, apoyado en sus muletas, se apresuró á acercarse á un ciego, que á poca distancia se hallaba sentado en un banco, y compartió la limosna que acababan de darle. Conmovida con esto, la princesa llamó al inválido y le preguntó : ¿Ese ciego es hermano vuestro? — No lo es según la sangre, respondió el anciano, pero es mi hermano en Jesucristo. Hemos sido compañeros de armas en nuestra juventud, y ahora somos compañeros de enfermedad y de miserias. Más desgraciado que yo, no puede casi mendigar porque no vé; justo es por consiguiente que yo implore la caridad para él y para mí. — Jamás, dice la princesa, he sentido una satisfacción más pura que la que experimenté dando entonces á ese buen pobre una moneda de oro.

Si nosotros, con nuestra naturaleza manchada y corrompida nos sentimos conmovidos en vista de la fidelidad y del amor recíproco con que se unen abnegados corazones, Dios que es la bondad misma ¿no se complacerá acaso en ver á los hombres que entre sí se aman, se sostienen y fraternalmente se asisten?

* * *

Santificado sea tu nombre. — Del mismo modo que un buen hijo se interesa por el honor de su padre, un fiel servidor por el de su amo, un súbdito sumiso por el de su príncipe, así también un buen cristiano debe tener verdadero interés en que jamás se ultraje á su Dios y en que sea conocido, amado, adorado y glorificado en todo el mundo.

* * *

Venga á nos tu reino. — Con estas palabras pedimos á Dios que reine siempre en nuestras almas para que reinemos después en su gloria. « Vivid cristianamente,

dice Bossuet, y haréis un descubrimiento : jamás habréis respirado aire más suave, ni se habrá saciado vuestra hambre con maná más delicioso, ni aplacado vuestra sed con refresco más saludable. Nada más armonioso que la verdad sustancial, ninguna melodía más dulce, ningún concierto mejor ordenado, ninguna belleza más perfecta y arrebatadora. » Bien lo manifiesta el hecho siguiente : El Illmo. Sr. Daniel, obispo de Coutances, haciendo un día en su diócesis la visita de un convento, cuya regla era de las más austeras y penosas, se aventuró á preguntar á una de las religiosas si era feliz. — « ¿Si soy feliz? Usía Illma, lo soy en tal extremo, le respondió aquella amante de Jesucristo, que hasta tengo miedo, porque me ocurre á veces la idea de cómo podré serlo en la otra vida, después de haberlo sido tanto en ésta. »

Las cosas están en reposo cuando se hallan en su sitio, y el sitio del corazón del hombre es el corazón de Dios. Cuando estamos en su mano y nuestra voluntad se halla sometida á la suya, cesan nuestras inquietudes.

¡Cosa admirable! exclamaba Montesquieu. La religión cristiana que parece no tener otro objeto que la felicidad de la otra vida, produce también nuestra felicidad en ésta. — *(Augusto Nicolás.)*

*
* *

Hágase la voluntad de Dios. — Si se confía en otro que en Dios, el mal viene de donde se esperaba el bien.

Muchas veces se ve que, con la ayuda de Dios, los débiles sostienen á los poderosos.

Cuando el alma se oscurece y parece que una tormenta la amenaza, un rayo de luz divina basta para traer la serenidad. Tened paciencia, y ese rayo consolador no demorará en llegar.

Un día de tempestad puede concluir con la calma, y

el cielo frecuentemente se serena al llegar la noche.

Los carbones que ayer quedaron encendidos hoy se han transformado en ceniza.

Dios todo lo permite para nuestro bien; y en su omnipotencia, le es muy fácil aquello que para nosotros es imposible.

« ¡Sufrir! ¿Qué importa? Es sólo por un momento; si pudiésemos pasar ocho días en el cielo, comprenderíamos lo que vale ese instante de sufrimiento. No encontraríamos cruz que fuese bastante pesada; ninguna prueba nos sería amarga.

Para aquellos que Dios ama, las pruebas no son castigos, son gracias.

¡Qué dulce es morir cuando se ha vivido sobre la cruz!

Nosotros deberíamos correr en busca de las cruces, como el avaro corre tras el dinero.

En el camino de la cruz sólo el primer paso es costoso; nuestra mayor cruz es el temor á las cruces.

El peso de la cruz es sensible para aquel que la arrastra, pero no para aquel que la abraza, decía Santa Teresa.

No se ha de considerar el trabajo sino la recompensa; un negociante no piensa en las molestias que le causan sus negocios, sino en la utilidad que han de reportarle.

Las cruces ayudan á pasar la vida, como un puente ayuda á pasar un río.

Sólo las cruces pueden inspirarnos confianza para el día del juicio. Cuando llegue ese día nos complaceremos en nuestras desgracias; estaremos ufanos de nuestras humillaciones y nos encontraremos ricos con nuestros sacrificios. » — (*El Cura de Ars.*)

*
* *

Conformidad con la voluntad de Dios. — Los paga-

nos, envidiosos de las virtudes de los cristianos, acusábanlos de todas las públicas desgracias, y se valían de todo pretexto para desacreditarlos.

El emperador Nerón, verdadero monstruo de crueldad, asesino de su propia madre, queriendo desembarazarse de aquellos importunos discípulos de Jesucristo, concibió y llevó á efecto el plan más odioso y cruel que pudiera imaginarse, haciendo pegar fuego cierta noche á Roma por los cuatro costados. Con feroz alegría contempló desde las azoteas de su palacio, aquel terrible espectáculo cuyas ruinas se ven todavía en el monte Palatino. Separado del incendio por medio de espaciosos jardines, veía extenderse á sus piés las llamas que él mismo había encendido, y saboreaba con placer los gemidos de los desgraciados á quienes sorprendía la catástrofe... Al dia siguiente acusó de su propio crímen á los cristianos, y mandó prenderlos á todos y entregarlos á la venganza de las leyes y al furor del pueblo. Inventáronse, para hacerlos perecer, los más horrendos suplicios; unos fueron arrojados á los tigres y á los leones, otros fueron ahogados en aceite hirviendo, otros desgarrados con garfios de hierro, otros, en fin, revestidos de pez derretida y encendidos como antorchas en los jardines de Nerón.

A las primeras noticias de esta persecución, San Pedro pensó en huír é ir á predicar á otra parte la palabra de Dios. Se encaminaba ya á una de las puertas de Roma, cuando de pronto se le apareció Jesucristo, que venía á su encuentro y entraba en la ciudad.

— Señor, ¿adónde vais? exclamó el apóstol al ver á su divino Maestro.

— Voy á hacerme sacrificar segunda vez, respondió Jesús.

Y dichas estas palabras, desapareció, dejando sola-

mente como vestigio de su aparición la señal de sus pies impresa en una piedra del camino.

San Pedro comprendió que Jesucristo iba á sufrir en sus miembros, es decir, en su Iglesia perseguida; comprendió que había llegado el momento de reparar la debilidad mostrada cuando la Pasión del Salvador, y que tendría tal vez la dicha de lavar con su sangre aquella falta que sin cesar amargamente lloraba; pero cuyo recuerdo no podían borrar todas sus lágrimas. Retrocedió por tanto, y pocos días después era detenido y reducido á prisión. Alborozado exclamó entonces. *fiat voluntas tua... hágase, Señor, tu voluntad.* — *(Segur.)*

*
* *

Resignación. — Hace pocos años que predicando un misionero en una de las grandes iglesias de París, se expresaba en estos términos: He conocido á un hombre cuyo recuerdo ha quedado indeleble en mi alma; lo coloco en una categoría superior que á los religiosos y religiosas, lo venero como á un santo... y este hombre, este santo, es un presidario...

Un día en que me encontraba dando una misión en la cárcel en que se hallaba detenido, fué á verme al confesonario. Terminada la confesión le hice algunas preguntas, como tenía allí costumbre de hacerlo. Sin embargo, esta vez, un motivo particular me inducía á ello. Me había llamado la atención la serenidad que se pintaba en la fisonomía de aquel encarcelado. Al principio esto no me admiró, pues ya muchas veces había tenido ocasión de notar igual cosa en muchos desgraciados; mas la precisión con que se explicaba y la exactitud rigurosa y lacónica de sus respuestas despertaron mi curiosidad. Al interesarme por su suerte, sus contestaciones, como antes, fueron sin afectación, sin agregar una palabra inútil y sin ir más allá de lo

que yo le preguntaba. Así, pues, sólo á fuerza de la instancia y repetición de mis preguntas, llegué á conocer en breves palabras su interesante historia.

— ¿Qué edad tenéis?

— Cuarenta y cinco años, mi Padre.

— ¿Cuánto tiempo hace que os encontráis en esta casa?

— Cerca de diez años.

— ¿Debéis permanecer todavía mucho tiempo?

— Perpetuamente.

— ¿Por qué os han condenado?

— Por incendiario.

— Sin duda, amigo mío, os pesará muy de veras esa falta.

— He ofendido mucho á Dios, Padre mío; pero no he cometido ese crimen. Expío mis pecados en esta casa y Dios lo ha querido así.

Esta respuesta avivó mi curiosidad y proseguí:

— ¿Qué queréis decir, amigo mío? explicaos con franqueza.

— Yo he sido un gran pecador, mi Padre; mis maldades han sido muchas; pero no contra la sociedad. Hallándome muy extraviado, Dios movió mi corazón. Resolví convertirme y enmendar mi vida. Mas, después de mi conversión, me atormentaba una inquietud y llevaba un peso enorme en mi corazón. Habiendo ofendido tantas veces á Dios, ¿cómo podría creer que Él lo hubiese olvidado todo? A más de esto nada me parecía suficiente para borrar las iniquidades de mi juventud y sentía indecible deseo de repararlas. En estas circunstancias, se produjo un incendio junto á la casa en que vivía; todas las sospechas recayeron sobre mí, me prendieron, me juzgaron, y ¡cosa singular! durante el proceso me sentí mucho más tranquilo que antes. Pre-

veía que iba á ser condenado y me hallaba completamente resignado. Llegó el día de mi sentencia. El jurado dejó la sala para deliberar sobre mi suerte y en esos momentos me parecía escuchar una voz interior que decía: Si yo te condeno, también me encargo de hacerte feliz y de devolverte la paz. Y sentí á la vez un delicioso consuelo. Bien pronto se pronunció el veredicto en que se me declaraba incendiario, con circunstancias atenuantes, y se me condenaba á trabajos forzados á perpetuidad. Tuve que contenerme para no prorrumpir en llanto, que se habría atribuído á cualquiera otro motivo antes que al sentimiento de satisfacción que se apoderaba de todo mi sér. Me condujeron al calabozo; y allí, recostado en la paja que me servía de lecho, los ojos se me anegaron en un torrente de lágrimas, tan dulces, que no sé definir, ni nada hay en la tierra que pueda proporcionar tanta felicidad. Una paz inefable llenaba mi alma. Esa paz no me abandonó cuando fuí trasladado al presidio ni la he perdido todavía. Desde entonces procuro cumplir todos mis deberes, y obedecer en todo á todos. No veo en los que me mandan, ni comisarios, ni alguaciles, ni carceleros; no veo más que á Dios. Ruego por todos; en los trabajos, en galeras, siempre tengo presente á Dios. El tiempo se me pasa así tan ligero, que apenas puedo advertirlo. Las horas son como minutos, los días como horas, los meses como días. Nadie me conoce. Todos me creen justamente condenado y esto en cierto sentido es la verdad. Tampoco vos me conoceréis, Padre mío, yo no os diré mi nombre, ni mi número. Sólo os suplico que roguéis por mí, á fin de que cumpla hasta el fin la voluntad de Dios.

Esas fueron las palabras de aquel penitente. Yo sólo pude verle en tal ocasión. En vano procuré después

encontrarle. Siempre supo ocultarse. Mis investigaciones quedaron sin efecto. No tuvieron mejor éxito las del capellán á quien referí tan importante historia. Dos veces volví al presidio. Puse todo empeño en ver de nuevo á aquel hombre. Inútilmente. No obstante, siempre me siento unido á él y jamás podré olvidarle. — (POSTEL, *Le bon ange de la première communion.*)

* * *

Fiat. — Cuando Santa Gertrudis recitaba el Padre Nuestro, al llegar á la tercera petición, tenía la costumbre de repetir muchas veces estas palabras: « Hágase, Señor, tu voluntad. » Un día que oraba de este modo, se le apareció el Divino Salvador, y presentándole la salud en una mano y la enfermedad en la otra le dijo: « Hija mía, escoge. » — ¿Qué elegiría la servidora de Dios? ¿La salud? No. ¿La enfermedad? Tampoco. Sin conocer los designios de Dios, se limita á repetir: « ¡Hágase, Señor, tu voluntad y no la mía! » — Ese es precisamente el sentimiento profundamente cristiano.

* * *

El pan nuestro de cada día dánosle hoy. — Lo que absolutamente debemos pedir en nuestras oraciones es la felicidad eterna y los medios para conseguirla, esto es, la gracia y las virtudes. También podemos pedir cosas temporales, condicionalmente, si nos convienen, pero no para fijarnos en ellas, sino para que nos sirvan como de escalones para subir al cielo.

« Os recomiendo, dijo Nuestro Señor Jesucristo, que no os inquietéis por la comida ni el vestido para vuestro cuerpo... Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan ni amontonan en graneros; y vuestro Padre Celestial las alimenta. Pues, ¿no sois vosotros mucho más que ellas?... Y ¿por qué andáis afanosos

por el vestido? Considerad cómo crecen los lirios del campo; ellos no trabajan, ni hilan. Pues yo os digo, que ni Salomón en toda su gloria estuvo jamás vestido como uno de ellos. Si Dios se complace en vestir de esta suerte á la hierba de los campos que hoy existe, y mañana será arrojada al fuego, ¿cuánto mayor cuidado tendrá de vosotros, hombres de poca fe?

No os acongojéis diciendo: ¿Qué comeremos, ó qué beberemos, ó con qué nos cubriremos? Por estas cosas se afanan los paganos; y vuestro Padre sabe que tenéis necesidad de todas ellas. Buscad, pues, primeramente el reino de Dios y su justicia, y el resto se os dará por añadidura. »

San Pablo, ermitaño, durantes más de cuarenta años, fué milagrosamente alimentado por un cuervo, que cada día le llevaba un pan que bastaba á su sustento. — *(Vida del Santo.)*

*
* *

Marta y María. — Lo único necesario. — Aconteció que yendo de camino Jesús con sus discípulos, estando ya cerca de Jerusalén, entró en una aldea, y una mujer llamada Marta le recibió en su casa. Marta tenía una hermana, María, la cual también sentada á los pies del Señor, oía su palabra. Pero Marta estaba afanada continuamente en las atenciones de la casa, y presentándose á Jesús, le dijo: Señor, ¿no ves como mi hermana me ha dejado sola para servir? — Y el Señor le respondió: *Marta, Marta, muy cuidadosa estás, y en muchas cosas te fatigas; pero en verdad,* UNA SOLA ES NECESARIA. *María ha escogido la mejor parte, que no le será quitada.*

*
* *

Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores. — Ejemplo de Jesús. — Yendo Jesús á Jerusalén á celebrar la festividad de

Pascua pasó por una ciudad de Samaria donde pidió alojamiento. Mas los habitantes no le quisieron recibir; por lo que Santiago y Juan, discípulos de Jésus, le dijeron: « Señor, ¿queréis que el fuego del cielo descienda sobre esa gente y la devore? » Pero Nuestro Señor, volviéndose á ellos les respondió severamente, diciéndoles: « Vosotros no sabéis de qué espíritu sois. El Hijo del hombre no ha venido para perder á los hombres, sino para salvarlos. » Y continuando su camino fueron á albergarse aquella noche en una aldea.

*
* *

Volver gracias por agravios. — Durante la revolución francesa los habitantes de Fegreac se conservaban tan puros y buenos, que su cura, el señor Orén, pudo permanecer entre ellos y hablarles de Dios, como en tiempo de paz. Cuando iba á celebrar, los niños que guardaban el ganado, se situaban en las alturas, y si veían soldados, tocaban una bocina de cuerno con que en ciertos lugares llaman á los trabajadores á la labranza. A esta señal, cerrábanse las puertas de la iglesia, volvían los paisanos al trabajo, y los soldados atravesaban el pueblo sin saber siquiera cómo se honraba allí á Jesucristo.

Un día de fiesta muy solemne, estando la iglesia llena de gente, cuando el párroco acababa de consagrar, oyen la señal de alarma...; espántanse los fieles, y todos se levantan. Sólo el sacerdote permanece tranquilo; el Santo Sacrificio, dice, está comenzado; es preciso concluírlo; Dios está con nosotros; imploremos su gracia. — É inclinado dice el *Domine non sum dignus,* y sume el Sacramento. Entretanto aumenta el ruido; los paisanos salen de la iglesia, y un niño se precipita en ella gritando: *¡escápese, señor cura; los revolucionarios están en el pueblo y ya vienen muy cerca!* El sacer-

dote acaba de quitarse los ornamentos sagrados. Dos dragones de la República llegan á la puerta de la iglesia; los vé el cura, y bajando rápidamente las gradas del altar se escapa por la sacristía. Se encuentra en el cementerio con otros dos soldados que quieren cogerle; mas él saltando las paredes, gana la campiña. Los republicanos le persiguen; pero él, ágil y vigoroso, atravesando campos, llega á un pequeño río; sin vacilar se precipita en él y pasa nadando. Á la orilla opuesta se vuelve, ve á los dos soldados siempre encarnizados en perseguirle. Uno de ellos se echa á nadar. Echa también á correr el cura y á subir la cuesta hasta ponerse fuera del alcance de sus perseguidores. Ya estaba en salvo; cuando oye que piden socorro; vuelve atrás. Desde lo alto de la cuesta vé á uno de los soldados que lucha con las aguas y que fatigado está á punto de perecer... El sacerdote que había enseñado la caridad, predicado el perdón y recomendado que volvieran *bien* por *mal*, no se hace sordo á las voces del enemigo en peligro. Baja de la montaña para librar de la muerte á su perseguidor y llegando al borde del río se echa en él de nuevo, se sumerge una y otra vez para coger al desgraciado que se ahoga y finalmente conduce hasta la orilla el cuerpo helado del dragón; lo calienta y lo vuelve á la vida... Cuando el soldado de la revolución hubo recobrado el uso de los sentidos: ¿es usted, señor cura, exclama como fuera de sí, es Ud. quien me ha salvado? ¿Ud. á quien yo perseguía terriblemente y á quien había jurado matar? — Aquí me tiene Ud., le contesta el sacerdote, soy su prisionero; ya no tengo fuerzas para escaparme. ¿Me matará Ud.? — Muera yo, replicó el dragón frances, antes que ofender á Ud.; nos engañan, diciéndonos sin cesar que los sacerdotes son nuestros peores enemigos... — Amigo mío, vea Ud. si

respiramos venganza, replicó el párroco; salvando á Ud. no he hecho más que cumplir con mi deber. He sido feliz y doy gracias al cielo; hágalo Ud. también, y no persiga jamás á los que sirven á Dios y creen en Él. — Señor cura, jamás le olvidaré. Adiós, adiós. Escóndase Ud. antes que lleguen mis camaradas. — Se separaron. El cura, extenuado de fatiga, se ocultó y salvó la vida.

¡Cuán dulce sería para él recordar la máxima del Evangelio : *¡ Con la vara que mides serás medido !* — (*Cartas vandeanas.*)

*
* *

No nos dejes caer en tentación. — La lucha cuesta, dice San Bernardo, pero es ventajosa; porque si se tiene el trabajo se tendrá también la corona.

Aunque se siente la tentación, no daña; no hay mal donde no hay consentimiento; la resistencia en la lucha viene á ser una corona en la victoria.

Así como un hombre que ve una fiera, huye ó sube á un árbol, cuando el demonio os tiente, huíd hacia Dios con la oración, subid hacia Él, y os salvaréis; porque de la misma manera que el agua extingue el fuego la oración acaba con la tentación y el tentador.

*
* *

Mas líbranos de mal. — En esta petición rogamos á Dios que nos libre del pecado y de las penas debidas por ellos. También, como antes se ha dicho, podemos pedir la salud y los bienes temporales con tal que sea con sumisión á la voluntad de Dios.

Un ciego se hizo conducir á la tumba de Santo Tomás de Cantorbery. Rogó allí al Santo que le restituyese la vista, y fué grande su gozo al ver escuchada su petición. Mas calmados los primeros trasportes de alegría, recordó que había olvidado pedir á Dios la restitución

de la vista tan sólo si este favor hubiera de contribuír á facilitarle la salvación. Fué, pues, de nuevo á la tumba del Santo para suplicarle que si más le convenía quedar privado de la vista volviese á dejarle ciego. Sucedió esto en efecto, y resignado consagró su vida al servicio de Dios y tuvo la muerte de los predestinados. — (*Lefort.*)

*
* *

Paráfrasis del Padre nuestro. — Omnipotente Dios, trino y uno, que nos has criado á tu imagen y semejanza y adoptado por hijos en virtud de la redención alcanzada por Jesucristo, invocando sus méritos, á tí clamamos llenos de confianza como á bondadoso y tierno *Padre nuestro.*

Tu das el ser, el movimiento y la vida á todas las cosas; en tí vivimos, nos movemos y somos; todo está sujeto á tu imperio; nada se oculta á tu vista; presente estás en todas partes, y especialmente reconocemos *que estás en los cielos.*

¡Ah! los cielos son nuestra patria y nuestra herencia, y en los cielos estás como en tu corte soberana, ostentando tu gloria y comunicándola á los bienaventurados.

Santificado sea tu nombre. — Sea conocido, adorado y bendecido en todo el mundo. Alábente todos los pueblos, y seas honrado, en especial, con una vida pura y santa, por nosotros los que tenemos la dicha de ser tus hijos. Y pues quieres que todos los cristianos seamos hermanos, haz que estrechamente nos una el vínculo de la caridad; que él mueva todas nuestras acciones; que nuestras manos se abran generosas para el bien y nos hagamos así de un tesoro en el cielo donde nos prometes eterno galardón.

Venga á nos tu reino. — Tú solo seas el soberano de nuestras almas iluminándonos con la fe, fortaleciéndonos con la esperanza y encendiéndonos en la caridad.

Reina perpetuamente en nosotros con tu gracia para que reinemos después en tu gloria.

Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. — El sol y los astros, los montes y los mares, las plantas y hasta el último de los insectos, todos cumplen fielmente las leyes que les has impuesto; mas el hombre, corrompido por el pecado, es el único entre todos los séres que resiste á tus mandatos. Auxílianos, Señor, para respetar humildemente las disposiciones de tu sabia Providencia, para hacer no nuestra voluntad sino la tuya, con tal prontitud y perfección que se acerque lo más posible al modo con que la obedecen los ángeles y bienaventurados en el Paraíso.

El pan nuestro de cada día dánosle hoy. — Remedia, Padre amantísimo, nuestras miserias y necesidades; regálanos el alimento y el vestido; y pues nos enseñas á buscar ante todo el reino de Dios y su justicia, te suplicamos nos concedas el alimento espiritual de la gracia, los sacramentos que son su fuente y en particular el Santísimo Sacramento del altar en que te nos dás tu mismo, que eres el verdadero sustento y vida del alma.

Y perdona nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores. — Todo lo que tenemos, de tu mano lo hemos recibido: el sér y la vida que nos anima, la tierra que pisamos, el cielo y la luz que nos alumbra, la gracia, los sacramentos, los dones y virtudes, de todo te somos deudores; mas otras deudas mayores nos agobian y éstas son las contraídas por nuestros pecados. Polvo somos, y nada tenemos con que pagar y desagraviarte. Merecemos que nos castigues con rigor; pero arrepentidos imploramos perdón. Haz que sea tan sincero y profundo el pesar de haberte ofendido que mil veces prefiramos la muerte antes que pecar. Aun-

que envilecidos con mil pasiones, perdonamos de todo corazón á los que nos han injuriado, sin conservarles rencor, ni odio, ni deseo alguno de venganza; confiamos, pues, en que tú, que eres nuestro Padre, rico en bondades y en clemencia, perdones todas nuestras ofensas, y bien que muchas y muy grandes son como una gota de agua al lado del océano infinito de tu misericordia.

Y no nos dejes caer en tentación. — Nuestra vida es una lucha continua contra el mundo, el demonio y la carne; las tentaciones con que nos acometen y procuran nuestra ruina son formidables y terribles. Necesitamos estar siempre vigilando, y á tí recurrimos para que nos defiendas y sostengas. Nada somos; pero todo lo podemos con tu ayuda.

Mas líbranos de mal. — Líbranos de los pecados y de todas las penas debidas por los pecados; líbranos de los peligros y de todas las ocasiones de caer en ellos; y si conviene para nuestra salvación líbranos de los males temporales, de enfermedades y dolores, de pobreza y desamparo, de penas y tristezas. No retardes el triunfo de la Iglesia; oye benigno á vuestro Vicario en la tierra, el Santo Pontífice prisionero; protege á nuestra patria; haz de ella un relicario de fe y de piedad; bendice á nuestras familias; acrecienta y llena de vuestro espíritu al clero; guía á los gobernantes; defiende á la juventud; dános á todos la paz; concédenos la perseverancia final, y libra pronto de sus penas á las almas del Purgatorio. AMÉN.

DEVOCIÓN Á LA SANTÍSIMA VIRGEN

— ¿ Debemos honrar con devoción especial á la Santísima Virgen?

— Sí, porque es Madre de Dios y Madre nuestra y la más perfecta de todas las criaturas.

— ¿ En qué debe consistir nuestra devoción á la Santísima Virgen?

— 1° En honrarla, amarla é invocarla: 2° en meditar sobre sus virtudes para imitarla.

— ¿Qué ventajas obtenemos con su devoción?

— 1° Constantes auxilios de su parte durante la vida, 2° su singular asistencia en la hora de la muerte.

— ¿Cuáles prácticas de piedad hacia la Santísima Virgen son las más recomendadas por la Iglesia?

— Celebrar sus fiestas recibiendo los sacramentos, recitar sus letanías, rezar el ANGELUS *y el Rosario, llevar su escupulario, inscribirse en alguna de sus cofradías y sobretodo glorificar á su Divino Hijo en el Santísimo Sacramento.*

Alegoría. — « El arca de Noé nos representa á María; porque así como el arca recibió á los animales que debían volver á poblar la tierra, así el manto de María se abre para cobijar á todos los pecadores cuyos vicios los asemejan á los irracionales. Mas hay esta diferencia, que los animales que entraron en el arca no cambiaron de naturaleza, mientras que bajo el manto de María, el

lobo se cambia en cordero, y el tigre en paloma. » — (*San Ligorio.*)

« Tan tierno es para nosotros el corazón de María, que los de todas las madres juntos y comparados con él, son como un pedazo de hielo. »

« Creo que al fin de los tiempos la Santísima Virgen quedará en paz y sosiego; pero mientras dure el mundo será invocada, y se le tirará del manto en todas direcciones. Es como una madre que tiene muchos hijos, está continuamente ocupada en ir del uno al otro. Es tan buena que nos trata siempre con amor y jamás nos castiga. El Hijo es movido á veces por la justicia, pero la Madre no tiene más que misericordia. La espada de la divina justicia va á caer ya sobre un pecador; mas ese pecador es devoto de María, y ella se interpone y pide gracia. *Madre mía,* le dice entonces el Señor; yo *nada puedo reusaros. Si al Infierno le fuera dado arrepentirse, vos le abriríais el cielo.* — (*El Cura de Ars*).

*
* *

María es Madre de Dios. — Con esto se ha dicho todo. Es el mayor de los elogios que puede hacerse á la Reina del cielo.

Un célebre orador hacía el panegírico de Filipo de Macedonia. Después de haber ponderado la nobleza de su origen, la abundancia de sus riquezas, la extensión de su poder, la grandeza de su coraje, el número de sus victorias, creyó poner el colmo á sus elogios con estas palabras : « Yo desdeño todo lo que he dicho hasta aquí, y creo ¡oh Filipo! hacer suficientemente vuestro panegírico con recordar que sois padre del grande Alejandro, que coronado de gloria en toda la tierra, es al propio tiempo vuestra corona. » Esto es lo que con entera verdad se puede decir á María. Yo recogeré y resumiré todos los elogios que se os pueden

dirigir diciendo : « María, vos sois la Madre de Dios, la Madre del Salvador del mundo; vuestro Hijo está coronado de toda la gloria del cielo y de la tierra, y todos sus atributos constituyen vuestra grandeza, pues que Él mismo es vuestra gloria y corona. » — (*Sibillat.*)

*
* *

Romanos y Sabinos. — Un día, en Italia, dos pueblos que se odiaban de muerte se encontraban el uno al frente del otro. La sangre había corrido en abundancia. El combate iba á empeñarse. Enfurecidos los soldados envenenaban ya las saetas. De repente se oye un grito poderoso, indefinible; ¿qué ha sucedido? Los combatientes observan el campo y ven aparecer á las mugeres de la ciudad, pálidos sus rostros, trémulas de terror, con sus niños en brazos, implorando piedad para sus hijos : en un bando están los padres de éstos, en otro los esposos de áquellas, cuyos clamores dominan el ruido de las armas : « Deteneos, exclaman; suspended el combate; no podéis cometer un crimen con estos niños; si queréis venganza hénos aquí; más vale morir que vivir en la viudez ó en la orfandad. A estas voces se sigue un silencio solemne; las lágrimas humedecen los ojos, y el odio desaparece de todos los corazones. Los guerreros deponen las armas; las madres han vencido. No es de extrañarlo; su corazón era el vínculo de unión entre los dos pueblos rivales; eran verdaderas mediadoras y debían triunfar. Y María ¿no es acaso la mediadora entre Dios y los hombres, entre su Hijo celestial irritado y sus hijos de la tierra culpados? ¿Podrá entonces dejar de triunfar del corazón de su Hijo siendo tan buena y poderosa? — (*P. Félix.*)

*
* *

Tengamos confianza en María. — En 1843 tuve la dicha de trabar relaciones en Roma con un santo y ad-

mirable sacerdote llamado *Don Biaggio*. Acababa de suceder, en calidad de superior de la congregación de los Misioneros de la preciosa Sangre, al venerable fundador de la misma, Gaspar del Búfalo, muerto en 1839 tras una vida, no solamente apostólica y santa, sino también brillante por los milagros.

Entre otros muchos admirables prodigios que *Don Biaggio* me refirió, y de los cuales había sido testigo ocular, y á veces actor y dichoso instrumento, me contó el siguiente que excitará, sin duda, el interés de los piadosos lectores. Dejo hablar á *Don Biaggio* y traslado, casi sin añadir ni quitar nada, sus propias palabras :

« Tenía veintitrés años, me dijo ; era en 1814. Pío VII acababa de volver del destierro y de hacer su entrada triunfal en Roma. Desde mi niñez había deseado ser sacerdote; pero la aplicación y el trabajo habían alterado insensiblemente mi salud. Sin embargo, había podido dar los primeros pasos en el santuario; estaba ordenado de diácono. El pecho, que era donde tenía radicada mi enfermedad, acabó por afectarse completamente; la fiebre no me abandonaba ya, y los médicos manifestaban serios temores...

Yo no me alucinaba sobre el estado cada día peor de mi salud, y en la probabilidad de un fin prematuro, pedí y obtuve la gracia de ser ordenado de presbítero un año antes de la edad canónica. Las fatigas del examen y de los ejercicios preparatorios de la ordenación agotaron las pocas fuerzas que aun me quedaban; caí enfermo de gravedad; y los médicos, á quienes se llamó en consulta, declararon, después de atento y concienzudo examen, que había llegado al tercer grado de tisis pulmonar, que, por consiguiente, tenía que arreglar sin demora mis asuntos del alma y del cuerpo.

Resolví ir á acabar mis días en Loreto, á la vista de

la Santísima Virgen, á la sombra de la *Santa Casa*. El viaje fué penoso; pero para un hombre que se estaba muriendo importaba poco sufrir un poco más, ó un poco menos... Al llegar á Loreto, me arrastré como pude á la *Santa Casa*, y rogué con fervor á María que no me desamparase en aquel terrible trance.

Pocos días hacía que estaba allí; mi mal iba en aumento. Una mañana que me sentí con más fuerzas que de ordinario, fuí temprano al bendito santuario de María Santísima. Según acostumbraba, me arrodillé un instante apoyándome en la pared. ...Entonces vino á arrodillarse á mi lado un joven sacerdote, al cual no conocía ni había visto en mi vida. Estábamos solos, ó casi solos. Aquel sacerdote empezó á decir, mirando á la milagrosa Señora y como designándome a mí : « *Conviene que también éste haga la misión.* » Le miré; era evidente que mi vecino hablaba de mí. Como aun estuviese arrodillado, le respondí : « De buena gana la haría si pudiese... pero no he venido aquí para predicar; soy tísico; he venido sólo para morir. ¡Bah! replicó el sacerdote con dulce sonrisa; *¡tengamos confianza en María!* y añadió : *diga Ud. conmigo un* Ave María. » Recé con él la salutación angélica sin poder darme cuenta de lo que quería significar todo aquello... Cuando hubimos concluído, Gaspar del Búfalo, (pues él era) se levantó, me hizo seña de que le siguiera, y salimos juntos de la *Santa Casa*. Atravesamos en silencio la gran basílica, en medio de la cual está engastada, como una reliquia, la *Santa Casa* de Nazaret; y así que hubimos llegado al atrio, del Búfalo se volvió hacia mí con semblante grave y lleno de cierta expresión celeste... Me dijo que el Santo Padre acababa de confiarle el encargo de predicar sin descanso misiones en las Marcas, á fin de procurar se borrasen las funestas

huellas que allí habían dejado la revolución, el volterianismo y la ocupación extranjera; que había querido empezar por Loreto para que la Santísima Virgen se interesara en su empresa; pero que estaba solo y le faltaban compañeros. « Ud. vendrá conmigo, añadió, con un tono singular de autoridad; mañana daremos principio á la misión; Ud. predicará á tal hora, yo á tal otra », y sobre la marcha organizó el orden de los ejercicios. Me parecía que estaba soñando. No había experimentado ningún dolor en el cuerpo ni durante el *Ave María,* ni después.

Subyugado por una fuerza secreta y teniendo absoluta confianza en María, que puede alcanzarlo todo de su divino Hijo, no hice ninguna objeción, y al día siguiente por la mañana, con la ayuda de Dios y de la Santísima Virgen, empecé con aquel siervo de Jesucristo una serie de misiones que duraron casi sin interrupción veintitrés ó veinticuatro años, hasta su dichosa muerte. Desde aquel día no he estado nunca enfermo; nunca más me ha dolido el pecho. »

Á su vez Don Biaggio murió pocos años después, en 1845, en olor de santidad. Oí de su misma boca la relación que precede. El venerable Gaspar del Búfalo, decía Don Biaggio, obraba los más grandes milagros con estas sencillas palabras : « *Tengamos confianza en María.* » — (Segur, *Veladas.)*

* * *

Nuestra Señora de Lurdes. — Era el 11 de Febrero de 1858. Una niña de catorce años, Bernardita Soubirous, recogía leña en las orillas del Gave, acompañada de una de sus hermanas — María — de once años, y de otra jovencita de trece — Juana Abadie. — Había llegado Bernardita frente á la gruta llamada de Massavielle cuando, en medio del silencio de la naturaleza,

oye un ruido semejante al que causa en los árboles un ventarrón. Mira á la ribera derecha del río, poblada de álamos y los ve inmóviles. Oye de nuevo el mismo ruido y se vuelve hacia la gruta. Sobre el borde de la roca, en cierta especie de nicho, al lado de un rosal silvestre que se agita, divisa á una señora y ve que por señas la llama. Era su rostro radiante de belleza: el vestido y el velo eran blancos, y azul el cinturón; tenía en la mano el rosario y una rosa sobre cada uno de los pies. Túrbase al verla Bernardita y se frota los ojos, creyéndose víctima de una ilusión; pero cada vez la distingue con mayor claridad. Entonces cae instintivamente de rodillas, coge su rosario y lo recita; cuando la niña ha terminado el rezo, la visión desaparece. Ora por secreta inspiración, ora á instancias de sus compañeras, á las cuales había referido cuanto vió, vuelve Bernardita á la gruta el domingo y el jueves siguientes, y cada vez se renueva ante sus ojos el mismo fenómeno. El domingo, á fin de conocer si el sér misterioso viene de parte de Dios, échale tres veces agua bendita y recibe, en cambio, una dulcísima mirada llena de ternura. El jueves, habla la aparición á Bernardita: le dice que vuelva diariamente por una quincena á beber y á lavarse en la fuente y á comer de la hierba que en ella hallará. No viendo agua en la gruta, encaminábase la niña al riachuelo cuando la vuelve á llamar la aparición y le dice que vaya al fondo de la gruta, al lugar que con el dedo le designa. Obedece Bernardita; pero no descubre más que una tierra húmeda; hace con las manos una pequeña excavación, que se llena de agua fangosa; bebe y se lava y después come cierto musgo que había en ese lugar.

Apenas concluído este acto de obediencia, la aparición habla de nuevo á Bernardita; encárgale decir á

los sacerdotes que debe edificarse una capilla en el lugar donde se ha mostrado, y la niña se apresura á cumplir esta comisión yendo al cura de la parroquia.

Bernardita había sido invitada á volver á la gruta, durante quince días. Lo hace exactamente y todos los días, con excepción de dos, contempla el mismo espectáculo, ante innumerable gentío que se oprime en frente de la gruta, pero que nada ve ni oye. En esta quincena la aparición manda muchas veces á Bernardita que vaya á beber y lavarse en el lugar ya indicado; le recomienda rogar por los pecadores, y renueva la petición de érigir una capilla. Por su parte la niña le pregunta quién es: pero en respuesta recibe sólo una dulce sonrisa.

Había terminado la quincena, y posteriormente se realizaron todavía dos apariciones, el 25 de marzo, día de la Anunciación de la Santísima Virgen y el 5 de abril. El día de la Anunciación preguntó tres veces Bernardita al sér misterioso su nombre; la aparición elevó las manos, las juntó á la altura del pecho, levantó al cielo los ojos y exclamó sonriente : « *Soy la Inmaculada Concepción.* » — (*Pastoral del Illmo Sr. Obispo de Tarbes.*)

La noticia de las apariciones se esparció con la rapidez del rayo. Algunos enfermos probaron el agua de la gruta y pronto se vió el maravilloso resultado : recobraron súbitamente la salud muchos cuyas enfermedades habían resistido á los medios más enérgicos de curación... Lejos de disminuírse el entusiasmo de los pueblos por Nuestra Señora de Lurdes, aumenta con el tiempo, como aumenta diariamente el incalculable número de prodigios que se obran en aquel santuario bendito de la Virgen Inmaculada.

*
* *

Un episodio de la Historia de Lurdes. — El Señor Enrique Lasserre en su obra titulada *Nuestra Señora de*

Lurdes, que es uno de los más preciosos monumentos á gloria de María, refiere, entre otros sucesos admirables, el siguiente : « Tuve, hace dos años, el honor de visitar en su casa, calle del *Chai des Farines* N° 6, en Burdeos, al Señor Rogerio Lacassagne, empleado de las aduanas de esa ciudad. Su severo aspecto y maneras reservadas llamaron desde luego mi atención. Me preguntó el objeto de mi visita, con el modo algo brusco de los hombres de su condición.

— He sabido, señor, le dije, la historia de vuestro viaje á la Gruta de Lurdes, y, en interés de estudios que hago en este momento, he venido para oír el relato de vuestros mismos labios.

A las palabras *Gruta de Lurdes*, se dulcificó el semblante severo, y la emoción de recuerdo poderoso vino á enternecer de repente sus austeras facciones.

— Sentaos, me dijo, y perdonadme os reciba en esta pieza en desorden. Parte hoy mi familia para Arcachón, y nos veis en todo el embarazo de los preparativos.

— Nada importa. Contadme los acontecimientos de que me han hablado y de los cuales solo tengo un conocimiento confuso.

— Yo, dijo, con voz enternecida, en toda mi vida no olvidaré el más mínimo detalle... Señor, continuó después de un momento de silencio, tengo sólo dos hijos. El menor, del cual voy á hablaros se llama Julio. Pronto vendrá y veréis cuan dulce, puro, y bueno es.

Lacassagne no me dijo cuan grande era su afección al hijo menor; pero el acento de su voz, que se endulzaba en cierto modo y se hacía cariñosa al hablar de él, me revelaba la intensidad de su paternal amor.

— Su salud, continuó, fué excelente hasta la edad de doce años. En esa época le sobrevino inopinadamente y sin causa física conocida una enfermedad, cuya grave-

dad no comprendí al principio. El 25 de enero de 1865, al sentarnos á la mesa, se quejó Julio de un entorpecimiento que sentía en la garganta y le impedía tragar cualquier alimento sólido. Hubo de limitarse á tomar un poco de sopa. Habiendo continuado lo mismo el día siguiente, hice llamar á uno de los médicos más distinguidos de Tolosa, el doctor Nogues.

— Es nervioso, dijo; y me dió esperanza de pronta curación.

En efecto, á los pocos días el niño pudo comer, y ya lo creía enteramente sano, cuando volvió de nuevo la enfermedad y se mantuvo con intermitencias más ó menos regulares hasta fines del mes de abril. Desde esa época el mal se estacionó, y él pobre niño quedó reducido á alimentarse exclusivamente de líquidos, leche, jugo de carne y caldo. El pobre niñito se enflaquecía á ojos vistas, reducido á tan miserable alimentación.

Los médicos procuraban en vano conocer claramente la enfermedad para aplicarle el remedio.

Un día, era el 10 de mayo — tanto he sufrido, señor, y he pensado tanto en esta desgraciada enfermedad, que recuerdo todas las fechas — un día ví correr á Julio en el jardín con desacostumbrada precipitación y como á saltos. Yo temía, señor, para él la menor agitación.

— ¡Julio, párate! exclamé yendo á él y cogiéndole de la mano.

Se me escapó en el acto.

— Papá, me dijo, es imposible. Tengo que correr y no puedo resistir.

Lo tomé en brazos, y sus piernas se agitaban convulsivamente. Poco después los movimientos y contorciones se apoderaron de la cara y de la cabeza.

Declarábase por fin el verdadero carácter de la enfermedad. Mi desgraciado hijo estaba atacado de corea.

Sin duda sabéis, señor, cuáles son las horribles crisis de ese mal extraordinario. Pero si el médico lo conoció, fué impotente para vencerlo. Fueron sucesiva é inútilmente aplicados por espacio de dos años toda clase de remedios. Estuvo en el campo y en los baños de Luchón. Sólo se consiguió con esos ensayos aumentar el mal.

Nuestra última experiencia fué una temporada de baños de mar. Mi mujer llevó al enfermo á San Juan de Luz. No necesito deciros que, en vista de su estado, sólo atendíamos á los cuidados físicos. Ante todo queríamos que viviera, y desde el principio suspendimos sus estudios y le prohibimos cualquier trabajo; lo tratábamos como á vegetal. Ahora bien: su inteligencia es activa, seria, y le fastidiaba en extremo la absoluta privación del ejercicio intelectual. El pobrecito se avergonzaba también de su enfermedad; veía á los otros niños robustos y se consideraba desgraciado, casi maldito: por lo mismo se aislaba.

Conmovido el padre con sus recuerdos, se detuvo un momento para ahogar un gemido.

— Se aislaba, repitió, y se entristecía. Cuando encontraba algún libro, lo leía para distraerse. En San Juan de Luz vió un día, sobre la mesa, en casa de una señora de la vecindad, una pequeña relación de las apariciones de Lurdes. La leyó y, según parece, le hizo mucha impresión, pues dijo en la tarde á su madre que bien podría curarlo la Santa Virgen; pero mi esposa consideró sus palabras cosas de niño y no hizo caso.

De vuelta á Burdeos — poco antes había recibido yo mi traslación y ya vivíamos aquí — el niño continuó en el mismo estado.

Era el mes de agosto del año pasado. Tantos esfuerzos inútiles, tantos ilustres médicos consultados en vano, tantos cuidados con pura pérdida concluyeron,

como bien comprenderéis por sumirnos en el más profundo abatimiento. Descorazonados por la inutilidad de esas diversas tentativas, suspendimos toda clase de remedios, dejando obrar á la naturaleza y resignándonos al mal inevitable que había querido enviarnos el Criador. Tanto sufrimiento había en cierto modo aumentado nuestro amor por ese niño, y el pobre Julio fué cuidado por su madre y por mí con igual ternura y con solicitud de todos los instantes. A ella y á mí nos han envejecido las penas : tal como me veis, señor, tengo sólo cuarenta y seis años.

Las fuerzas del niño, continuó, disminuían visiblemente. Su flacura llegó á ser terrible, extrema su palidez. Ya no tenía sangre bajo la piel y se le habría tomado por una estatua de cera. Visiblemente, la muerte avanzaba á largos pasos. No sólo era cierta, era inminente. A fe mía, señor, por muy claro que viera la impotencia de la medicina, no pude, en mi dolor abstenerme de golpear aún á su puerta.

Yo no conocía otra en este mundo. Me dirigí al médico más eminente de Burdeos, el doctor Gintrac padre.

Gintrac examinó la garganta del niño, la sondó y descubrió, á más del recogimiento extremo que obstruía casi del todo el conducto alimenticio, rugosidades de la peor especie. Movió la cabeza y me dió poca esperanza. Después, viendo mi terrible ansiedad, añadió. — No digo que no puede sanar, *pero está muy enfermo.*

Esas fueron sus palabras. ¿Qué podíamos hacer todavía? Nos habíamos dirigido á los primeros médicos de Tolosa y Burdeos, y todo era inútil. Presentábase á mis ojos la fatal evidencia : nuestro pobre hijo estaba condenado y condenado sin apelación.

Tan cruel convicción entra, señor, con mucha dificultad en el corazón de un padre. Aun procuré engañarme

y, después de pensarlo con mi mujer, me determiné á tentar la hidroterapia.

Nos encontrábamos en esta desesperada y desesperante situación, cuando Julio dijo á su madre, con un acento de confianza y certidumbre que la admiró, las palabras siguientes : Mamá, bien lo ves : ni Gintrac ni médico alguno puede nada contra mi enfermedad. La Santa Virgen me sanará. Envíame á la Gruta de Lurdes y verás si no sano. Yo estoy seguro.

Mi mujer me repitió esas palabras.

— No debemos dudar, exclamé; es necesario llevarlo á Lurdes, y lo más pronto.

No era, señor, la fe lo que me movía. Ni creía en los milagros, ni consideraba posible esas intervenciones extraordinarias de la Divinidad. Pero era padre y ninguna probabilidad, por mínima que fuese, me parecía despreciable. Esperaba produjera esto en mi hijo siquiera algún saludable efecto moral.

Estábamos en invierno, á principios de febrero. La estación era mala y temía para Julio el peligro de la intemperie. Resolví, pues, aguardar un buen día.

Desde que mi pobre hijo hubo leído, ocho meses antes, en San Juan de Luz, la pequeña relación de las apariciones no había abandonado la esperanza que acababa de expresarnos. No se le hizo caso cuando habló de ella por primera vez, y se calló; pero guardaba la idea y la acariciaba al sufrir — y era necesario ver su paciencia, señor — al padecer las curaciones de los médicos.

Esta fe tan firme, tan viva, era tanto más extraordinaria, cuanto no habíamos educado á nuestro hijo en gran devoción. Mi esposa cumplía sus deberes religiosos y nada más; yo tenía, como acabo de deciros, ideas filosóficas muy diferentes.

El 12 de febrero amaneció con bellísimo tiempo, y

tomamos el tren de Tarbes. En el camino, el niño iba alegre y lleno de fe absoluta en su sanidad, de una fe... trastornadora. Yo, señor, alimentaba, sin compartirla, esa confianza tan grande, esa confianza que calificaría de aturdidora si no temiera faltar al respeto de Dios que la inspiraba.

En Tarbes, en la fonda Dupont, donde bajamos, llamó la atención ese pobre niño tan pálido, tan enclenque y á la par de un aspecto tan dulce y encantador. Lo amaron sólo con verlo. Yo había dicho el objeto de nuestro viaje, y en los deseos expresados por esas buenas gentes se descubría como un feliz presentimiento. Cuando partimos, bien conocí se aguardaría con impaciencia nuestro regreso. Á todo evento, y á pesar de mis dudas, llevé una caja de bizcochos.

Al llegar á la Cripta que está sobre la Gruta se celebraba el Santo Sacrificio. Julió oró con una fe que se traslucía en sus facciones, con ardor verdaderamente celestial. ¡Estaba transfigurado el angelito!... El sacerdote notó su fervor, y concluída la misa, salió casi en el acto de la sacristía y fué à nosotros. Le había venido como una inspiración á la vista del niño y después de comunicármela, volviéndose á Julio, que permanecía arrodillado, le dijo : — Hijo mío, ¿queréis que os consagre á la Santísima Virgen?

— ¡Oh! sí, respondió Julio.

Luego comenzó el sacerdote esa sencillísima ceremonia y recitó sobre mi hijo las fórmulas sagradas.

— Ahora, exclamó el niño en un tono, cuya perfecta confianza me admiró, ahora, papá, voy á sanar.

Bajamos á la Gruta. Julio se arrodilló ante la estatua de la Virgen y oró. Yo lo miraba y hoy todavía veo la expresión de su rostro, su actitud y sus manos puestas. Se levantó y nos acercamos á la fuente.

El momento era terrible.

Lavó su cuello y pecho; después cogió un vaso y bebió algunos tragos del agua milagrosa. Estaba sereno, feliz, alegre y resplandeciente de confianza.

Yo temía y temblaba hasta desfallecer ante esa prueba suprema; pero contenía, aunque con trabajo, mi emoción y no quería dejar ver mi duda.

— Haz ahora la prueba de comer, le dije, pasándole un bizcocho.

Lo recibió. Volví la cabeza, no sintiéndome con fuerzas para mirarlo. Iba á decidirse de la vida ó muerte de mi hijo, y en esa alternativa, formidable para el corazón de un padre, cifraba mi última esperanza. Desvanecida, mi muy querido Julio era muerto. La prueba era decisiva y no pude afrontar su aspecto.

La voz de Julio, su voz alegre y dulce, me sacó pronto de esa cruel perplejidad.

— Papá, ya trago; ya puedo comer; yo estaba seguro, tenía fe!

— ¡Qué golpe, señor! ¡Mi hijo, presa ya de la tumba, era salvo, y repentinamente!

Y yo, yo su padre, yo asistía á esta prodigiosa resurrección.

¡Y bien! señor, para no turbar la fe de mi hijo, tuve la fuerza de ocultar mi admiración.

— Sí, Julio mío, era seguro y no podía ser de otro modo, le dije con una voz que toda la energía de mi alma pudo apenas serenar. Os lo aseguro, señor; yo era agitado por espantosa tempestad.

Si se hubiera abierto mi pecho, lo habrían encontrado ardiendo, cual si estuviera lleno de fuego.

Renovamos la experiencia. De nuevo comió algunos bizcochos, no sólo sin dificultad, sino con creciente apetito. Me fué menester moderarlo.

Necesitaba proclamar mi felicidad, dar gracias á Dios.

— Aguárdame, dije á Julio, y habla á la Santa Virgen. Voy á la capilla. Y dejándolo un momento arrodillado ante la Gruta, corrí á anunciar al sacerdote la buena nueva. Me sentía casi delirante. Á más de mi felicidad, tan inesperada y repentina, á más del trastorno de mi corazón, sentía en mi alma, en mi inteligencia inexplicable turbación. Verdadera revolución se realizaba en mis pensamientos, confusos, agitados, tumultuarios; todas mis preocupaciones filosóficas vacilaban ó caían por sí mismas.

El sacerdote desciende en el acto, y divisa á Julio, comiendo su último bizcocho. El Obispo de Tarbes se encontraba ese día en la Gruta y quiso ver á mi hijo; le conté la cruel enfermedad que acababa de concluír tan milagrosamente. Todos acariciaban al niño y compartían mi alegría.

No olvidaba yo á la madre, y pensaba en la felicidad que iba á tener. Antes de volver á la fonda, corrí al telégrafo. El parte fué una sola palabra : *¡Sano!*

Apenas lo envié, hubiera querido retirarlo.

« Me he apresurado quizá; tal vez habrá recaída, » pensaba. No me atrevía á creer en mi felicidad, y cuando creía, me parecía que iba á concluírse.

Pero el niño era feliz, feliz sin mezcla alguna de inquietud; brillaba su semblante de alegría y de plena seguridad.

— Bien lo ves, papá, me repetía á cada instante, sólo la Santísima Virgen podía curarme. Yo estaba muy seguro cuando te lo decía.

Comió en la fonda con excelente apetito. No me cansaba de mirarlo comer.

Quiso volver á la gruta, y fué á pie á dar gracias á su libertadora.

— ¿Serás muy agradecido á la Santísima Virgen? le dijo un sacerdote.

Mostrándole el niño la imagen de Nuestra Señora y después el cielo, exclamó : — ¡Ah! ¡no la olvidaré jamás!

En Tarbes volvimos á la fonda donde habíamos estado la víspera : nos aguardaban. Tenían (creo haberlo dicho) como un feliz presentimiento, y hubo extraordinaria alegría. Se agrupaban en torno de Julio para verlo comer con tanto placer de cuanto se servía en la mesa, cuando la víspera podía apenas tragar unas cucharadas de líquido. Ese día de ayer me parecía ya muy distante.

Dos años y diez y nueve días había durado esta enfermedad, ante la cual fué ineficaz la ciencia de los más hábiles médicos y que acababa de ser tan milagrosamente curada.

Deseábamos vivamente ver á mi esposa, y tomamos el tren expreso de Burdeos. El niño estaba extenuado; lo estaba por el viaje, no por las emociones, pues siempre conservó gran serenidad ante esa repentina curación, que lo llenaba de alegría, sin causarle sorpresa. Apenas llegó, quiso acostarse; tenía mucho sueño y no cenó. Cuando lo vió tan maltratado, molido y sin querer cenar, su madre, que se moría de contento antes de nuestra llegada, pasó à una duda terrible. Quedó desolada. Me decía que yo la había engañado y no podía convercerla de lo contrario. ¡Cuál no fué su felicidad cuando el día siguiente nuestro Julio, sentado á la mesa, almorzó con nosotros y con mayor apetito que nosotros! Sólo entonces se sintió tranquila y segura.

— Y después, le pregunté, ¿ha tenido Julio alguna recaída, algún accidente?

— No, señor, absolutamente ninguno. No puedo decir que la curación hizo progresos ó se consolidó; fué tan completa como instantánea. La transición de enfermedad tan antigua y rebelde á sanidad tan entera y completa se efectuó sin la menor graduación y sin ninguna conmoción aparente.

Pero la salud general se mejoró á ojos vistas, á influencia de un régimen reparador, cuyos saludables efectos eran ya de todo punto necesarios á mi pobre hijo.

Desde entonces, me dijo, es de una piedad angelical. Vais á verlo. En su rostro se lee la nobleza de sus sentimientos. Es bien nacido, de naturaleza recta y elevada, incapaz de una mentira, de una bajeza. La piedad ha desenvuelto en el más alto grado esas prendas naturales. El pobrecito ha recuperado pronto el tiempo perdido; es muy estudioso, tiene el primer lugar en su clase y en la última distribución de premios obtuvo el de *excelencia*. Pero, ante todo, es el de mejor conducta y el más sumiso. Maestros y compañeros le aman á la par, y nosotros ciframos en él nuestra alegría, nuestro consuelo.

En ese momento se abrió la puerta. Julio y su madre entraron á la pieza donde nos encontrábamos. Lo atraje á mí y lo abracé enternecido. Brilla en su rostro la salud : su espaciosa frente es bellísima; su actitud respira una modestia y dulce firmeza, que infunden secreto respeto; sus ojos grandes y vivos, reflejan inteligencia singular, absoluta pureza, una alma bella.

— Sois un padre feliz, dije á Lacassagne.

— Sí, señor, muy feliz; pero mi pobre mujer y yo hemos sufrido mucho.

— No os quejéis, repuse, alejándome un poco de Julio. El camino de los sufrimientos os condujo de las

tinieblas á la luz, de la muerte á la vida, de vos mismo á Dios. La Santa Virgen se mostró dos veces en Lurdes la madre de los vivos : dió á vuestro hijo la vida temporal, para daros á vos la vida verdadera, la vida que no debe concluír.

Me separé de esa familia bendecida de Dios; y con el corazón conmovido por cuanto había oído y visto, escribí lo que acabáis de leer. — *(Enrique Lasserre.)*

* * *

María Auxiliadora. — Hay en Turín, consagrado á María Auxiliadora, un templo venerando y eminentemente popular. Cuando en 1863, el San Vincente de Italia, Don Bosco, fundador de la Pía Sociedad de San Francisco de Sales, echó los cimientos de esa iglesia apenas tenía cuarenta céntimos en caja. Concluidos los trabajos en 1868 el valor alcanzaba á más de un millón de liras. Y tamaña empresa se había realizado sin correr una sola suscripción. ¿Quién proporcionó los recursos? — María; sí, porque los fieles que incesantemente llegaban á Don Bosco con una piadosa ofrenda significábanle al mismo tiempo era sólo el pago de una deuda contraída con la Madre de Dios de quien habían alcanzado un señalado favor. Cada piedra de ese santuario, cada uno de los exvotos sin número que relucen en sus muros atestigua una gracia de María Auxiliadora. Sin que sea posible mencionar tantos hechos extraordinarios baste la relación del siguiente :

Vivía en Vinovo, aldea cercana á Turín, una joven llamada María Stardero la cual tuvo la desgracia de perder totalmente la vista. Anciosa de recobrarla concibió el pensamiento de hacer una peregrinación á la iglesia de María Auxiliadora, y un sábado del mes que le está consagrado, acompañada de su tía se presentó en el templo. Después de breve oración ante la imagen

de Nuestra Señora, fué conducida á la presencia de Don Bosco, en la sacristía y allí tuvo con él esta conversación :

— ¿Cuánto tiempo hace que estáis enferma?

— Ya mucho tiempo, pero hace como un año que nada veo.

— ¿Habéis consultado á los médicos? ¿Qué dicen? ¿No os han medicinado?

— Hemos usado toda clase de remedios sin resultado alguno, respondió la tía. Los médicos no dan la menor esperanza... — y se echo á llorar.

— ¿Distinguís los objetos grandes de los pequeños?

— No, señor; no distingo nada absolutamente.

— ¿Veis la luz de esa ventana?

— No, señor; nada veo.

— ¿Queréis ver?

— Señor, soy pobre, necesito la vista para buscar la subsistencia; ¿no he de quererlo?

— ¿Os serviréis de los ojos para bien de vuestra alma y no para ofender á Dios?

— Lo prometo con todo mi corazón.

— Confiad en la Santísima Virgen ; ella os sanará.

— Lo espero, mas entretanto estoy ciega.

— Veréis.

— ¡Ver yo !

Entonces Don Bosco con tono y ademán solemnes exclamó :

— Á gloria de Dios y de la bienaventurada Virgen María, decid ¿qué tengo en la mano?

La joven abrió los ojos, los fijó en el objeto que Don Bosco le presentaba, y gritó :

— Veo... una medalla... y de la Santísima Virgen.

— Y en este otro lado de la medalla, pregunta Don Bosco, mostrándoselo, ¿qué hay?

— Un anciano con una vara florida : es San José.

Renunciamos á describir lo que entonces pasó; sólo añadiremos que habiendo María extendido la mano para coger la medalla, cayó ésta al suelo, yendo á parar á un rincón de la sacristía, y la misma María, por orden de Don Bosco, la buscó y la encontró, con lo que dejó á todos perfectamente convencidos de la realidad de la curación, la cual fué tan completa como prodigiosa, porque María Stardero no ha vuelto á padecer de los ojos. — (*Don Bosco y su obra*, por el Obispo de Milo. — *Don Bosco* par le Dr Charles D'Espiney.)

— *¿Cuál es la gloria de María en el cielo?*

— *La mayor después de la de Dios.*

— *¿Cuál es su poder?*

— *Igual á su gloria.*

— *¿Cuál es su bondad para con nosotros?*

— *Sobrepuja á la de todas las madres para con sus hijos.*

— *¿Cuál es su ocupación?*

— *Interceder por nosotros y distribuir generosamente las gracias de Dios.*

— *¿Por qué María es madre nuestra?*

— *Porque nos adoptó por hijos al pie de la cruz.*

— « *¿Qué es necesario hacer para merecer la protección de María?* »

— « *Tributarle cada día aunque sea el más pequeño homenaje* (1). »

¡Dichosos los que invocan á María! — En Nant, pequeña villa del departemento de Aveyrón, donde me hallaba hace algún tiempo, tuve ocasión de conocer á una obrera ya anciana, cuya tristeza me había llamado

(1) *Don Bosco.*

la atención. Supe que había perdido su hijo único, y queriendo mostrarlé mis simpatías, me puse á hablarle de sus desgracias. Hé aquí, palabra por palabra, lo que poco después oí de sus labios:

« Yo tenía sólo un hijo, y le amaba cuanto podéis imaginar. El sabía corresponderme; era listo, y en la escuela siempre mereció los primeros premios. Esto me tenía tal vez demasiado orgullosa.

Á los diez y seis años, se opuso á un empleo, y fué propuesto en primer lugar. Me resistí á su marcha. Pero se me prometía para él un brillante porvenir; se me decía que convenía mucho le dejara partir; así que consentí y cedí á sus empeños.

En el momento de separarnos, le dije abrazándole: « Hijo mío, eres devoto de la Santísima Virgen; acuérdate de que jamás abandona á quien acude á ella: ¿me prometes no olvidarla? — Sí, madre, contestó Carlos estrechándome en sus brazos. »

Llegó á Marsella. Al principio me escribía con frecuencia; sus cartas eran muy afectuosas; pero poco á poco fueron escaseando. Después... lloré, supliqué, esperé, y ni una noticia suya me llegaba.

Un día, mucho tiempo después, recibí un telegrama en el que se me decía: « Poneos inmediatamente en camino; vuestro hijo necesita de vos. » Veinticuatro horas más tarde estaba yo en Marsella. Corrí á casa de Carlos. El portero no me dejaba subir. — Soy su madre, le dije: y, desatentada como una loca, entré en la alcoba de mi hijo á pesar de que dos caballeros intentaron estorbármelo. — ¡Pobre Carlos! querido hijo mío!...

Estaba muy malo y abrazándome me dijo: — « Madre, he implorado á la Virgen y ella me ha escuchado. Búsqueme un sacerdote. — Le calmé y me contó lo que

le había sucedido. Había frecuentado perversas compañías, hombres sin fe y sin ley; se había hecho francmasón y había renegado de Dios. Cuando le vino la enfermedad y notó que la muerte se acercaba á largos pasos, se acordó de que era cristiano. Pidió un sacerdote, y se lo negaron. Dos de sus amigos se apostaron como centinelas del demonio para impedir la entrada á cualquier eclesiástico, y su misma sirvienta se negaba á obedecerle en este punto. Carlos se moría. Tuvo entonces presente mi última recomendación y se puso á rezar y repetir muchas veces en voz alta el *Memorare*. Una señorita, ó mejor, un ángel que pasaba por la calle, le oyó y entró cuando estaban ausentes aquellos malvados amigos. Compadecida de mi hijo me envió el telegrama que me hizo venir á salvar á Carlos, ahuyentando con mí presencia á los que impedían llamar un sacerdote : « Figuraos, madre, me decía, que ellos queriendo mi cuerpo para enterrarlo á su manera, me hacían fuerza para que firmase un escrito que me entregara completamente á su perversidad... ¡Oh! pero eso no, madre ; ¡porque vos al saberlo hubierais muerto de pena!... (1) ».

Un sacerdote, á quien yo había suplicado me siguiera, llegó muy pronto : recibió la confesión de mi hijo, y le dió fuerza y valor. Yo permanecí todavía dos días á su lado. Al fin del segundo me llamó y me dijo al oído : « Madre, la Virgen Santísima es quien os ha enviado. » Un momento después mi pobre hijo había muerto. (*Mensajero del Pueblo*, *t. XIII*, *pág. 329*.)

(1) Muchos Pontífices han condenado la Masonería y manifestado los criminales propósitos y terribles resultados de tan perversa sociedad. Su Santidad Leon XIII, en la encíclica *Humanum genus*, la reprueba enérgicamente y exhorta con poderosísimos argumentos á evitarla y libertarse de su influencia.

Nuestra Señora de las Victorias. — Existe en París una parroquia que, hace algún tiempo, era casi desconocida de sus mismos pobladores. Hállase situada entre el Palacio Real y la Bolsa, en el centro de la ciudad; en su alrededor abundan los teatros y lugares de placer. Es el barrio en donde se encuentra el foco de la voluptuosidad y anidan las pasiones más criminales. Su iglesia dedicada á Nuestra Señora de las Victorias permanecía desierta; ni un hombre, ni uno solo cumplía el precepto pascual. Nadie iba á la misa mayor, y en esa parroquia que contaba diez y siete mil almas, á duras penas se acercaban á los sacramentos quince ó veinte mujeres. Cuatro años hacía en 1836, que había sido confiada al señor Desgenette, anciano octogenario y dignísimo sacerdote. Viendo éste que eran inútiles todos sus esfuerzos para convertir las almas que le había encomendado la Providencia, y atribuyendo en su profunda humildad los escasos ó nulos resultados que daba su ministerio á la indignidad del ministro, traía del algún tiempo á aquella parte, la idea de presentar su dimisión al Arzobispo de París.

Un día del mes de Diciembre empezó la misa bajo la impresión de tal idea. Apoderóse de su alma una turbación tan extraordinaria que, al llegar al *Sanctus*, se vió obligado á detenerse para sustraerse á aquella preocupación y recogerse como conviene. Mientras así se esforzaba en recobrar la paz del corazón, he aquí que de repente, sin que hubiese cerca de él persona alguna, oye una voz clara y distinta que le dirige estas palabras: « *¡Consagra tu iglesia y parroquia al Santísimo é Inmaculado Corazón de María!* » Lleno de admiración el afligido sacerdote, tomó aquella voz por una ilusión de sus turbados sentidos. « Así, pues, no tan sólo soy un mal párroco, dijo para sí, sino que también pierdo

el juicio y me vuelvo loco. No debo titubear : es necesario que sin dilación presente mi renuncia. »

Y animado con esta determinación, acabó el santo sacrificio con bastante calma y tranquilidad.

Empleó más tiempo de lo acostumbrado en dar gracias. Otra vez se habían apoderado de él sus preocupaciones y angustias, y se afirmaba más y más en la resolución de dimitir un cargo de que se creía evidentemente indigno. Estaba solo en el coro, arrodillado en un reclinatorio. Iba á levantarse para volverse á su casa y escribir al Arzobispo, cuando resonó á su lado la misma voz misteriosa, que le decía con acento de majestad y de mando : « *Consagra tu iglesia y tu parroquia al Santísimo é Inmaculado Corazón de María.* »

El santo sacerdote, conmovido hasta el fondo de su corazón, no puede dudar ya de la realidad de lo que le acontece. Se postra humildemente y pide á Dios le diga lo que debe hacer. Vuelto á su estancia se pone á redactar los estatutos de una cofradía de Nuestra Señora de las Victorias en honor del Santísimo é Inmaculado Corazón de María : « Al fin y al cabo, díjo entre sí, no hay inconveniente alguno en que haga una tentativa. » Admirado en extremo de la rara facilidad con que había llevado á cabo aquel trabajo, lo presenta á Monseñor Quelen, de piadosa y santa memoria, Arzobispo de París, el cual, leídos los estatutos, no solamente le autoriza para erigir la nueva cofradía, sino que también se lo manda de la manera más terminante : « Ud. empezará el próximo domingo, » añadió. Y se lo decía el viernes.

Llegado el domingo, al anunciarla por la mañana en la misa á las pocas mujeres que componían su auditorio, el piadoso pastor esperaba que en la tarde acudirían, á lo sumo, cincuenta ó sesenta fieles. ¡Cuál no se-

ría su sorpresa cuando, al entrar en la iglesia encuentra reunidas de cuatrocientas á quinientas personas! ¿Quién las había conducido? La mayor parte ni siquiera sabían de qué se trataba. Hace la instrucción ó plática, la cual es seguida del canto de las letanías de la Virgen. Al llegar á aquella invocación tan cara á nuestros corazones: *Refugium peccatorum, ora pro nobis.* « Refugio de los pecadores, ruega por nosotros, » una emoción involuntaria y sobrenatural se apodera de toda la concurrencia, que con voz unánime repite tres veces seguidas, como un gran grito de confianza y arrepentimiento: *¡Refugium peccatorum, ora pro nobis!*

Extraordinarias gracias y favores vinieron á aumentar la confianza del señor Desgenette; gran número de pecadores cambiaron de vida; los indiferentes se reanimaron, la iglesia comenzó á verse invadida, y la parroquia pronto llegó á ser una de las más piadosas de París.

Más de tres millones de fieles, entre los cuales figura el inmortal Pío IX, se han inscrito en esa admirable cofradía. Todos, en señal de reconocimiento y amor, llevan sobre el pecho la medalla, á la que se ha dado el calificativo de *medalla milagrosa*, á causa de las gracias insignes de que ha sido como instrumento. — (Segur, *Veladas.* — Marchant Pereira, *La Medalla milagrosa.*)

*
* *

Origen de la Medalla milagrosa. — Catalina Labouré, era hermana de la caridad en París. Arrastrada de su ardiente amor á la Santísima Virgen, no cesaba de pedirle que le concediera el dulce consuelo de verla. Para obtener esta gracia, que solicitaba con la más candorosa sencillez, recurría sin cesar á su patrono San Vicente de Paul y á su ángel de guarda, á quienes profesaba singular devoción.

El 18 de Julio de 1830, víspera de la fiesta de San Vicente, la superiora hizo una instrucción sobre la devoción á los Santos y á la Santísima Virgen, instrucción que mucho avivó en la hermana aquel deseo.

« Así impresionada, escribe ella, me acosté con la firme persuasión de que mis votos iban á ser atendidos. Como á las once y media, oí que una voz me llamaba tres veces *hermana Labouré:* desperté sobresaltada y entreabrí mi cortina : un niño hermosísimo, de cuatro á cinco años, vestido de blanco y circundado de resplandores, estaba allí á algunos pasos de mi cama. « Venid, me dijo, con voz melodiosa, venid, á la capilla : la Santísima Virgen os espera. »

Me vestí sin tardanza y seguí al niño, que caminaba á la izquierda. En los claustros todas las lámparas se hallaban encendidas, como también en la capilla, que estaba toda iluminada y cuya puerta se abrió apenas la hubo tocado el niño.

Aquello me hizo recordar la misa de Navidad, que se celebra á media noche. Mi guía me condujo hasta la reja del comulgatorio ; allí me arrodillé, en tanto que el niño entraba en el presbiterio. Los momentos se me hacían muy largos. En fin, dieron las doce, y el niño exclamó : « Hé aquí á la Santísima Virgen : héla aquí !.. » Al mismo instante, oí distintamente hacia la capilla un leve ruido semejante al roce de un vestido de seda. Luego una señora de gran belleza vino á sentarse á la izquierda del santuario, en el mismo sitio ocupado ordinariamente por el director... No escuchando sino los impulsos de mi corazón, fuí á postrarme á los pies de la Virgen, y coloqué mis manos sobre sus rodillas, como lo hubiera hecho con mi madre.

En ese instante sentí la emoción más dulce de mi vida, y me sería imposible expresarla. La Santísima

Virgen me explicó de qué manera debía conducirme en mis penas, y señalándome con la mano izquierda el altar, me dijo que era *allí* adonde debia ir á abrir mi corazón y que *allí* recibiría todos los consuelos que hubiera menester... Después añadió: «Hija mía, quiero confiarte una misión; mucho tendrás que sufrir; mas todo lo sobrellevarás cuando pienses, que es para la gloria de Dios. No temas, que la gracia no te ha de faltar... » No sabría decir cuanto tiempo estuve al lado de la Virgen; todo lo que sé, es que después de haberme hablado detenidamente, desapareció como una sombra que se desvanece.

El niño estaba siempre allí, y me dijo : « *¡Ya partió!* Y colocándose á mi izquierda, volvió á conducirme, esparciendo en torno un resplandor celestial.

Creo que este niño era mi ángel de guarda; porque le había pedido mucho me alcanzase el favor de poder ver á la Santísima Virgen... Vuelta á mi lecho, el reloj tocó las dos, y ya no pude dormir.

El sábado 27 de Noviembre de 1830, estando á las cinco y media de la tarde en meditación, vi aparecer á la Santísima Virgen al lado derecho del altar; su talla era mediana, y su fisonomía tan hermosa, que no se puede describir. Hallábase de pie sobre una media esfera, con un traje blanco aurora, cubierta la cabeza con un velo blanco que le caía en derredor; de sus manos que, extendidas hacia la tierra, aparecían como cuajadas de diamantes, se escapaban haces de rayos luminosos que caían sobre la esfera.

Entonces, me pareció oír, en el interior de mi corazón, una voz que me decía : « *Estos rayos son el símbolo de las gracias que yo derramo sobre todos los que me las piden.* » Formóse al mismo tiempo en torno de la Santísima Virgen un cuadro un tanto ovalado, á cuyo rededor, en

letras de oro, se leía : « *¡Oh María concebida sin pecado, rogad por nosotros que recurrimos á vos!* » Esta plegaria, trazada en semicírculo, comenzaba á la altura de la mano derecha, y pasando por encima de la cabeza de la Santísima Virgen iba á terminar á la altura de la mano izquierda.

De repente el cuadro pareció girar sobre sí mismo, apareciendo en el reverso la letra M coronada por una cruz, con una barra en la base, y debajo los corazones de Jesús y María, el primero rodeado de una corona de espinas y el otro traspasado por una espada. Luego oí una voz que decía : « *Es preciso hacer sellar una medalla conforme á este modelo : los que la llevaren consigo, recibirán grandes favores: estos favores serán muy especiales para los que tuvieren confianza.* » En este instante cesó la visión. »

Las medallas fueron grabadas, con autorización de Monseñor Quelen y conforme al modelo de la aparición. Inmediatamente comenzó á esparcirse con asombrosa rapidez. Entre el sinnúmero de gracias obtenidas por su medio una de las más extraordinarias es la conversión del señor Alfonso de Ratisbonne(1). —(Marcuant Pereira, *La Medalla Milagrosa.*)

*
* *

Ella os protegerá. — Un general francés cuyas virtudes privadas no lo distinguen menos que sus cualidades militares, acababa de recibir el mando en jefe cuando la guerra de Crimea. Su nombre es Canrobert. Antes de partir va á ofrecer sus homenajes á la emperatriz Eugenia. Su Majestad, al despedirse, le obsequia una medalla de la Santísima Virgen, diciéndole : « General, llevad con confianza esta medalla; ella os prote-

(1) Veáse la pag. 136.

gerá. » Estas palabras unidas á gran espiritu de piedad tuvieron su cumplimiento. Un día el general, hallándose en el campo de batalla, siente un golpe en el pecho. Era el proyectil de una granada. Mas, sobre ese pecho valiente llevaba la *medalla milagrosa* de la Santísima Virgen, y el pedazo de hierro que acarreaba la muerte se estrello con la bendita insignia. El general escribio à su Majestad dándole las gracias.

*
* *

Una conversión. — En Estrasburgo, vivía un hombre que afectaba cierta criminal incredulidad, por desgracia muy común en nuestros días. Es inútil decir que no practicaba absolutamente la religión. El año 1833, cayó enfermo de gravedad. Su familia afligida, conociendo el extremo peligro que corría el enfermo, se interesaba en hacer llamar pronto un confesor; pero nadie sabía como ingeniarse no sólo para hablar al paciente sobre la salvación de su alma, sino también para hacer llegar hasta su cabecera un sacerdote, dado caso que consintiese en recibirlo.

En efecto, el incrédulo había tomado con anticipación sus precauciones contra lo que él llamaba *la debilidad de los moribundos*. Había dicho á uno de sus amigos: « Espero os encontraréis á mi lado durante mi última enfermedad; pues bien, no lo olvidéis, yo prohibo terminantemente que me visite un sacerdote; mi prohibición es absoluta; confío en vos y espero sabréis hacer cumplir mi voluntad. » No obstante alguien que había leído la *Noticia sobre la medalla milagrosa* propuso que se le pusiese una al enfermo mientras dormía. Esta feliz idea fué acogida y aceptada al punto. El triunfo de María no se hizo esperar. En el mismo instante el incrédulo se sintió enteramente cambiado, y su amigo, movido también por la gracia,

no puso el menor obstáculo para que se llamase á un respetable eclesiástico. El enfermo lo recibió con singular enternecimiento. Se confesó con manifestaciones de fé y de contrición que conmovieron profundamente al confesor; recibió los sacramentos y entregó el alma á Dios con tanto fervor, que hizo derramar lágrimas á los asistentes. — (*Noticia sobre la medalla milagrosa.*)

*
* *

Origen del escapulario de Nuestra Señor del Carmen. — A mediados del siglo XIII, un humilde religioso, nacido de ilustre familia en Inglaterra, el beato Simón Stok, distinguíase por su piedad y devoción hacia la Santísima Virgen. Desde la edad de doce años se había retirado á un bosque secular de lejana comarca, y allí vivía con la misma austeridad que los antiguos solitarios del desierto. La cavidad del tronco de una corpulenta encina era su morada, convertida en santuario, sin más adorno que un crucifijo y una imagen de María Santísima. El agua de las fuentes era su bebida, hierbas y raíces su alimento, y orar su única ocupación.

Veinte años hacía que oraba en su apartado retiro, cuando acertaron á pasar por allí unos religiosos del Carmen. Admirado de sus virtudes, los acompañó á Tierra Santa y se incorporó en la orden venerable de los Carmelitas, mereciendo al cabo de poco tiempo ser nombrado *general* de toda la Congregación.

La persecución que la impiedad siempre ha hecho al cristianismo no respetó aquella morada de paz y bendición.

Amarga pena oprimía el corazón de los humildes monjes.

Su instituto estaba próximo á sucumbir.

Un día (1) en que el beato Simón con filial ternura exponía á su divina Madre tantas aflicciones y pesares y le suplicaba con las lágrimas en los ojos no abandonase á esa religiosa familia, que ella había adoptado, la augusta Virgen se le apareció circundada de suaves resplandores y le dijo: « Hijo mío, recibe este escapulario, signo del privilegio que he obtenido para tí y para los hijos del Carmelo. El que muera llevando este escapulario será preservado del fuego eterno. Te le entrego para que lo des á conocer á todo el mundo. Es un arma de salvación, una defensa en los peligros y prenda de paz y de protección especial hasta la consumación de los siglos. »

El Santo, enajenado de alegría, mostró el don precioso que había recibido, no sólo para él, sino para todo el pueblo cristiano.

Bien pronto entraron en esta institución los personajes mas distinguidos: San Luis, rey de Francia, la reina Blanca de Castilla, la familia real y los Sumos Pontífices, quienes la autorizaron y recomendaron encarecidamente á los fieles.

Medio siglo más tarde, la Santísima Virgen, para demostrar cuán agradable le era la devoción del Carmen, se dignó aparecer al Papa Juan XXII, y no sólo le confirmó las gracias y favores que había antes acordado, sino que añadió una promesa solemne diciéndole: « Si entre los religiosos ó cofrades que muriesen, hubiera alguno que por sus pecados mereciera ir al purgatorio, yo descenderé allí el sábado después de su muerte y lo conduciré á la mansión de gloria. »

« ¿Quiere decir esto, dice Gaume, que en cualquier estado que muera un cofrade del Escapulario, aunque

(1) El 16 de Julio de 1251.

sea en pecado mortal, no dejará de salvarse si lleva puesto dicho escapulario? Semejante interpretación sería absurda. El sentido de esta promesa es que la Virgen Santísima obtendrá para los cofrades agonizantes la gracia de que no les sorprenda la muerte en estado de pecado mortal, aunque en algunos sea menester evitar, por medio de una protección milagrosa, funestos accidentes para librarlos de la muerte, y prolongar la vida de los enfermos á fin de proporcionarles ocasión propicia para convertirse y salvarse. »

*
* *

Protección de María. — Un día el Rey Luis XIII combatía como un héroe en el sitio de Montpellier. El valiente militar Beauregard, que le acompañaba á corta distancia, recibió en el pecho dos golpes de mosquete que le sacudieron fuertemente, á punto de hacerle caer. Sus camaradas se apresuran á soltarle las vestiduras para buscar los mortíferos proyectiles, y con gran asombro encuentran dos balas aplastadas sobre el escapulario que el general colgaba del cuello.

*
* *

Precioso talismán. — Naciente todavía el catolicismo, Lucina, esposa de un ilustre mártir, decía con acento solemne á su hijo : « Hijo mío, has heredado de tu padre glorioso nombre, condición distinguida, inmensos bienes y todos los atractivos que pueden halagar en este mundo; pero yo he reservado un tesoro para entregártelo el día en que te hubieras hecho digno de él: hélo aquí... »

Y con temblorosa mano la esposa de Quintio desata una cadena de oro que llevaba siempre al cuello. Á esta cadena encontrábase unida una caja ricamente adornada con piedras preciosas. La abre conmovida y saca de ella una esponja seca, penetrada de un líquido

que el tiempo había coagulado. « Hé aquí, le dijo entonces, con voz trémula, hé aquí la sangre de tu padre. Yo misma la recogí el día en que le vi morir por Cristo. » Acércala á sus labios, la besa respetuosamente, y anegados los ojos en lágrimas la suspende del cuello de su hijo.

Poco tiempo después el hijo de Quintio es condenado á morir entre las fieras del Coliseo. Al presentarse en el anfiteatro, el pueblo pagano contemplaba atónito á los tigres y leones que, rabiosos de hambre, se paseaban en torno del joven Pancracio, dando ahullidos terribles, sin atreverse á tocarle. Parecía estar defendido por un muro invisible, por un círculo mágico que los leones y panteras eran impotentes para salvar. Lo provoca la muchedumbre y lo lanza hacia los animales; pero éstos retroceden espantados. Una voz grita en ese momento diciendo : — Mirad que lleva un talismán al rededor del cuello. — ¡Qué se lo arranquen! ordena enfurecido el Emperador.

Obedecen, y al punto las bestias feroces se precipitan sobre el noble joven, lo destrozan y el sueño del martirio le cierra gloriosamente los ojos. —*(Wiseman.)*

El mundo es semejante á un anfiteatro. Las ocasiones, las compañías, las pasiones son como las fieras que nos asechan para devorarnos. Mientras ceñimos piadosamente nuestro cuello con el escapulario, talismán divino, los tigres y leones del infierno son impotentes para causar nuestra ruina; pero privados de tal auxilio se arrojan sobre nosotros y devoran nuestra inocencia.

*
* *

En todo peligro invoquemos á María. — Pocos años hace que un joven marino, dejando las costas de San Malo, partía para América. Tenía gran devoción á María

y llevaba su escapulario con verdadera confianza y amor. Cuando llegó al término del viaje, después de varios días de descanso, fué á bañarse al mar. Algunos quisieron disuadirle haciéndole presente que las olas estaban muy agitadas; mas él persistió, y como buen nadador se alejó de la playa. De repente ve frente á sí un tiburón pronto á tragárselo: era uno de esos instantes que abrazan toda la vida. El primer movimiento del joven marino fué de espanto; pero luego su pensamiento se dirigió al cielo. Con la mano izquierda se arrancó el escapulario que no se había quitado del cuello y lo presentó al tiburón, mientras con la mano derecha seguía nadando. El monstruo como herido de ceguera ó de parálisis, se detuvo, y el protegido de la Santísima Virgen, con su arma milagrosa en la mano, llega sin la menor novedad hasta la playa, donde se arrodilla para dar gracias á su salvadora, rezando el *Ave María*. Desde aquel día, cada vez que se embarca se provee de escapularios, no sólo para él, sino también para todos los marineros. —(*Magasin Catholique.*)

*
* *

Conversión de un pecador sacrílego. — En una carta del abate Bernard, cura de La Boissiere se refiere el hecho siguiente que manifiesta como jamás debe perderse la confianza en María.

« Un hombre de mi parroquia que, á causa de su honradez, gozaba de la consideración pública, durante cierto tiempo había sido objeto de escándalo; mas hacía ya nueve años que obedeciendo á los consejos de su pastor, llevaba una vida ordenada y bastante regular. El mes de noviembre de 1844 había asistido á los ejercicios de una misión y recibido los sacramentos; pero se sintió desde entónces atormentado con crueles remordimientos, y el 29 de abril de 1841, antevíspera de

la Ascensión dé Nuestro Señor, formó el infernal proyecto de darse la muerte. En momentos en que se hacía la procesión de Rogaciones y cuando celebraba yo el Santo sacrificio, el desgraciado, atándose al cuello una cuerda, la ató en una viga y se colgó. Dos meses antes se había agregado á la Archicofradía del Inmaculado Corazón de María; llevaba aún sobre el pecho la *medalla milagrosa,* y la Madre de Misericordia velaba sobre él. Uno de sus vecinos iba á sentarse á la mesa para tomar desayuno; había ya recitado la oración preparatoria, cuando movido por una mano providencial, dijo entre sí: « Voy primero á hablar con G... » Fué á verle para ponerse de acuerdo sobre un trabajo que debían hacer en compañía. ¡ Cuál no sería su terror al encontrarlo colgando del techo y próximo á expirar! Subió apresuradamente á desatar la cuerda, y tuvo la suerte de salvarle.

La noticía se esparció en el acto por toda la ciudad. Luego que llegó á mis oidos fuí á visitarle. El desgraciado no podía articular palabra; comprendía, sin embargo, todo lo que se le decía; y cuatro horas después ya podía hablar.

El domingo siguiente á la Ascensión vino á confesarse; aun no se sentía bastanse tranquilo. Las personas que le rodeaban temían un segundo atentado; y en efecto tales presunciones se vieron realizadas el viernes que precede al día de Pentecostés. Provisto de dos navajas de afeitar las había escondido en su cama, de modo que si una le fallara con la otra lograra su intento. Á las cuatro de la mañana, mientras su esposa dormía, tomó una de las navajas y se dió un tajo tan profundo en la garganta que el aire le salia como por la boca. Su esposa siente el ruido de los borbotones de sangre; se levanta, y pide socorro. Acudí de nuevo, y a pesar de

que la muchedumbre protestaba de que todo recurso era inútil envié en busca de un médico para que le cosiera la herida. Pasaron cerca de tres horas ántes que llegase. En un momento en que el enfermo se creyó solo tomó la otra navaja para darse un segundo tajo. Felizmente no faltó quien le fuera á la mano en el acto y se lo impidiese.

El médico, después de examinar la herida, declaró que aquel hombre no podría vivir más de tres ó cuatro días. No obstante hizo la costura.

Pasé casi todo el día junto al desdichado inspirándole sentimientos cristianos y procurando apaciguarle. Al día siguiente, víspera de Pentecostés, los que le acompañaban, sabiendo que en el confesonario me aguardaba gran número de penitentes, me dijeron no tuviese cuidado, pues el enfermo estaba tranquilo. Mas después de la media noche del día de Pentecostés, volvió á desesperarse de tal modo que gritaba como un animal feroz. Á las cuatro de la mañana me llamaron con gran prisa diciéndome que los ademanes de aquel infeliz infundían pavor á los enfermeros que estaban á su lado. Durante dos horas le hablé de la bondad de Dios, de la infinita misericordia, citándole los rasgos más notables de la Santa Escritura y de la tradición de que hacía memoria. Le exité á tener confianza en María, á quien no en vano se la llama Refugio de los pecadores, y le referí varios sucesos prodigiosos debidos á su mediación. Me escuchó con interés, aunque interrumpiéndome á cada instante para decirme: « ¡Ah! Señor, yo convengo en todo lo que decís; pero ninguno de esos pecadores ha sido tan malo como yo; estoy perdido, estoy condenado; es imposible que me salve... » No pude jamás hacerle besar un crucifijo. Cuando se lo presentaba: « No, no, decía, yo soy un Judas. »

Me retiré con el corazón oprimido. Mas, me vino el pensamiento de un último recurso. El mes de María se celebraba á la sazón en las cinco aldeas que componen mi parroquia. Hombres y mujeres, todos asistían á tan simpática fiesta, casi con la misma exactitud que á la misa. El estado de este infeliz pecador era público y notorio; en una de las instrucciones lo recomendé encarecidamente á las oraciones de los fieles; el pueblo estaba consternado. Durante mi exhortación pude observar el terrible efecto que le había producido aquella deplorable catástrofe, é insté á todos los asistentes para que pidiesen á la Santísima Virgen que alcanzase de Dios no sucumbiera aquella alma en manos del demonio. Invité además á las personas que debían comulgar á aplicar la comunión con tal intención, ofreciéndome á hacer por mi parte otro tanto.

¡Inefable misterio de la gracia! Concluída la misa, el enfermo ha cambiado enteramente, está tranquilo, habla de Dios y fervorosamente lo invoca.

Á la mañana siguiente me llama con vivo interés para que le confiese, y el mismo que ántes no quería que le acercasen á los labios un crucifijo lo estrecha ahora en los brazos y lo riega deshecho en lágrimas.

Es fácil comprender en tal circunstancia su arrepentimiento. Oí su confesión. La muerte se alejó. Cinco ó seis semanas demoró en sanar, y durante casi todo el tiempo lo pasaba en oración, recitando varias veces al día el santo rosario.

El enfermo se ha restablecido enteramente; asiste con regularidad á los oficios divinos; se confiesa cada dos meses, y su conducta es edificante. Me ha autorizado para dar á conocer el origen de su desgracia, á fin de que se manifieste la gloria de Dios y la protección de María. La causa principal de su extravío fué la falta de

sinceridad en el sacramento de la penitencia. » — (HUGUET, *Importance de la première communion.*)

— *¿Con qué oración invocamos principalmente á María Santísima?*

— *Con el Ave María.*

— *¿De cuántas partes consta el Ave María?*

— *De tres.*

— *¿Cuál es la primera?*

— *Las palabras con que el Arcángel San Gabriel saludó á la Santísima Virgen al anunciarle que el Hijo de Dios encarnaría en sus purísimas entrañas, diciéndole* : DIOS TE SALVE (*la palabra* MARÍA *la añadió la Iglesia*), LLENA DE GRACIA, EL SEÑOR ES CONTIGO, BENDITA ERES ENTRE TODAS LAS MUJERES.

— *¿Qué le quiso decir el Arcángel con esas palabras:* DIOS TE SALVE, LLENA DE GRACIA?

— *Que la saludaba como á una criatura exenta de todo pecado, adornada de todos los dones, gracias y virtudes.*

— *¿Por qué le dijo :* EL SEÑOR ES CONTIGO ?

— *Para indicarle que el Señor estaba actualmente con ella, eligiéndola para hacer resplandecer su omnipotencia.*

— *¿Qué le quiso significar cuando le dijo :* BENDITA ERES ENTRE TODAS LAS MUJERES?

— *Que entre todas las hijas de Adán era la escogida para ser Madre de Dios, sin dejar de ser virgen.*

— *¿Cuál es la segunda parte del Ave María?*

— *Las palabras :* BENDITO ES EL FRUTO DE TU VIENTRE (JESÚS, *añadió la Iglesia*) *con que la saludó su prima Santa Isabel, madre de San Juan Bautista.*

— *¿Qué quiso Santa Isabel significar con esta salutación?*

— *Que por revelación de Dios conocía el misterio obrado en el sacratísimo seno de María.*

— *¿Cuál es la tercera parte del Ave María?*

— SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS, RUEGA POR NOSOTROS, *etc., que añadió la Iglesia.*

— *¿Qué le significamos á María con estas palabras?*

— *La reconocemos como Madre de Dios y le suplicamos nos alcance de su divino Hijo los auxilios y gracias para vivir y morir santamente.*

El « Ave María. » — El sabio Suarez decía que lo daría todo por el mérito de una sola *Ave María.* — El Beato Alfonso Rodriguez llegó al más alto grado de virtud rezando esta oración cada vez que el reloj daba las horas. — Tomás de Kempis, fervoroso servidor de la Santísima Virgen, la saludaba repitiendo el *Ave María* cada vez que entraba en su pieza ó salía de ella. — San Ligorio la recitaba constantemente, y decía que el *Ave María* es la palabra deliciosa de los santos. Un día que San Bernardo invocaba á Nuestra Señora diciéndole: *Dios te salve María, ella le* contestó: *Dios te salve, hijo mío Bernardo.*

*
* *

Una ofrenda á María. — M. Lucas, diputado en el congreso de Francia, encontrándose en Berlín, en 15 de Mayo de 1868, escribía: « Permitidme comunicaros un hecho que me ha impresionado profundamente... Ayer, á eso de las diez de la mañana, en una jabonería de esta capital, á consecuencia de un escape de gas, se produjo una terrible explosión. Tres personas murieron en el acto y diez y siete quedaron heridas. En toda la ciudad no se hablaba después sino de este triste suceso... Encontrándonos en el mes de Mayo, los católicos de Berlín no dejan de celebrar con todo brillo la devoción del *Mes de María.* En la tarde, asistía yo á esa simpática fiesta cuando ví entrar en la iglesia una tierna

niña, pobre sirvienta, con un preciosísimo ramo de flores en la mano, y que avanzando hasta el altar de María lo colocó á los pies de la imagen sin poder contener las lágrimas. Quise conocer la causa, y la misma niña me dió esta respuesta : « Ayer por la mañana, mi señora me envió con un encargo á una jabonería que acaba de convertirse en un montón de ruinas. Al pasar junto á una iglesia me acordé de que en la tarde no podría asistir al Mes de María, y me vino el pensamiento de rezar allí un *Ave María*. Entré, y luego que dije el *Ave María* seguí mi camino á la jabonería. Me hallaba ya á las puertas de la casa cuando sentí una espantosa detonación. Si no hubiese rezado el *Ave María*, hubiera llegado momentos antes para ser víctima de la explosión. Me encontraría ahora en el cementerio. » Y diciendo esto la pobre niña sollozando y riendo agregaba : « ¡Ah! ¿qué hubiera dicho mi mamá, si yo me hubiera muerto? »

Bien veis que en Berlín mismo se experimentan harto piadosos y edificantes consuelos. Es éste el más dulce que haya gustado desde que salí de Francia. — (*Gazette de Postes d'Augsbourg.*)

*
* *

Horrible atentado. — Una niña de siete años asistía á la escuela de las hermanas de San José en Jerusalén. Su madre, según costumbre de la gente de aquel lugar, la había engalanado con varios adornos compuestos de monedas que alcanzaban á un valor como de cien francos. Este dinero excitó la codicia de una musulmana. Ofreciéndole dulces y brazaletes consiguió que la niña la siguiese hasta fuera de los muros de la ciudad. Luego que se encontró á solas con ella la ató de piés y manos y le apretó fuertemente la garganta para ahogarla. Cuando la creyó muerta se apoderó del dinero

que ambicionaba y la arrojó en una cisterna, al lado del camino de Belén. La niña estaba sólo aturdida, y el agua que en pequeña cantidad manaba de la fuente, contribuyó á que recobrase los sentidos. Haciendo grandes esfuerzos consiguió desatarse los pies, y temblando de terror se sentó sobre una piedra. No cesaba de repetir el *Ave María* y la *Salve Regina*... Tres días y tres noches pasó en esa horrible situación, llorando y clamando socorro sin lograr que la oyesen.

Al fin unos carboneros que pasaban por el camino oyeron gritos, se aproximaron á la cisterna, y con una cuerda consiguieron salvar á la niña de aquella tumba. Aun se le notaban los moretones impresos en el cuello cuando se la quiso extrangular. Conducida inmediatamente á la presencia del Patriarca, Monseñor Vicente Bracco y después á la del Bajá, refirió todo lo ocurrido. La musulmana fué encontrada y hecha prisionera.

Los doctores que examinaron á la niña declararon que su preservación era incontestablemente extraordinaria y milagrosa. (*Anales de la Misión de Nuestra Señora de Sión en Tierra Santa, 1885.*)

*
* *

La devoción á María es una señal de predestinación. — Me acuerdo, dice Monseñor Dupanloup, de haber reconocido la eficacia del Ave María en una circunstancia que no olvidaré jamás. Tuve entonces una revelación del grandísimo poder del *Ave María:* la tuve junto á un lecho de muerte, recibiendo y bendiciendo el último suspiro de una niña que me era muy querida, de una joven á quien había preparado á la primera comunión. Acostumbraba no dejar hacer jamás la primera comunión sin recomendar á mis niños al menos la fidelidad á esta sencilla y poderosa oración, el *Ave María.* Esta joven apenas contaba veinte años, y hacía sólo uno que

yo había bendecido su matrimonio. Desde la primera comunión había sido fiel á mis consejos y — era éste otro de mis encargos — recitaba todos los días algunas decenas del rosario, y desde cuatro años atrás rezaba cinco dieces. Hija de un viejo mariscal del imperio y de los más justamente célebres, era adorada de su padre, de su madre y de su marido, rica, joven, brillante, feliz por haber dado á luz un hijo; pues bien, en medio de toda esta felicidad presente y de los ensueños de lo porvenir, de repente, á los veinte años ¡es preciso morir! Apenas madre, atacada de una de esas enfermedades que no perdonan... ¡es preciso morir! Y fuí yo el escogido para darle esta horrible noticia... Entré. Su madre estaba desolada, su marido desesperado, su anciano padre abatido más aun que la madre, lo que no es raro. — Más de una vez he notado que las mujeres cristianas, en los grandes dolores, á pesar de su profunda sensibilidad, sobrellevan las penas con mayor fortaleza que los más valientes guerreros. — Pasé, pues, por entre todos estos dolores, y no sabía cómo hablar á la enferma. Quedé estupefacto cuando al acercarme la ví con la sonrisa en los labios. Sí, esta joven que iba á ser arrebatada por un accidente repentino á las más brillantes esperanzas, á los más legítimos goces, á las más tiernas, vivas y puras afecciones, me sonreía! La muerte avanzaba á largos pasos, la sentía, había sobre su frente un resplandor que anunciaba su llegada, y la joven madre se sonreía con cierta dulce tristeza : la alegría superabundaba.

No pude contenerme : « ¡Oh, hija mía qué golpe! » exclamé. Y ella con indecible acento — me siento aún conmovido al recordarlo, — « ¿No creéis acaso, que iré al cielo? me dijo. — Hija mía, respondí, tengo grande esperanza. — Y yo, replicó ella, estoy segura. » — ¿Y

qué es lo que os da esa certidumbre? — Es un consejo que vos me disteis en otro tiempo — ¿Cuál es ese consejo? — Cuando hice mi primera comunión, me encargasteis que rezase todos los días el *Ave María* y que la rezase bien. Lo he hecho así, y además hace cuatro años que ni un solo día he dejado de rezar el rosario entero, y por eso estoy segura de ir al cielo. — Y ¿cómo? le dije. — « No puedo creer, me añadió con gravedad, — y este es un pensamiento que no me deja un instante desde que la enfermedad me ha sorprendido, — no puedo creer que habiendo dicho durante cuatro años, cincuenta veces al día, á la Santísima Virgen : « Santa María, Madre de Dios, ruega por mí pecadora ahora y en la hora de mi muerte, » que en este momento en que voy á morir ella no esté á mi lado. Sí, lo está; estoy segura; intercede por mí y va á llevarme al cielo. »

Esto me dijo la joven, y vi entonces un espectáculo que nada podría reproducir : una muerte verdaderamente celestial. Vi á esa tierna y débil criatura arrebatada en la flor de la edad á todas las felicidades de aquí abajo, á todo lo que hace amar la vida, dejando á un padre, á una madre, á un marido que le adoraban, y que ella adoraba, á un pobre y tierno niño, prenda deseada y tan querida; dejando todo eso, no sin lágrimas, pero con una serenidad radiante, consolando á sus ancianos padres, bendiciendo á su pequeño hijo, alentando á su pobre marido, y en medio de todos estos lazos que se rompían, de esos brazos que en vano querían detenerla, no mirando más que el cielo, no hablando más que del cielo y siendo su ultimo suspiro una sonrisa á la gracia y á la gloria eterna. — (*Dupanloup.*)

*
* *

Batalla de Lepanto. — La jornada de Lepanto es

una brillante prueba de la protección de la Madre de Dios en favor de los que confiadamente la invocan. Hacía cerca de un siglo que los Turcos tenían sumida en la consternación á toda la cristiandad por una serie de victorias que permitía Dios para castigar los pecados de los cristianos, y despertar la fe medio extinguida. Selim, hijo y sucesor de Solimán, emperador de Constantinopla, habiéndose apoderado de la isla de Chipre, iba á caer sobre los venecianos con un poderoso ejército, aspirando nada menos que á la conquista del universo. El Santo Papa Pío V, alarmado ante el peligro que amenazaba á la cristiandad, hizo liga con los venecianos y los españoles para rechazar las huestes del enemigo común; y aunque las fuerzas no eran iguales los Cristianos no dudaron del buen éxito de la empresa apoyándose en la protección de la Virgen Santísima.

El Papa prescribió desde el principio de la expedición ayunos y rogativas públicas para aplacar la justicia divina : toda la Europa estaba en oración, y los fieles corrían en tropel á Nuestra Señora de Loreto para implorar el auxilio del cielo por intercesión de la Madre de Dios. El Santo Pontífice envió su bendición al general Don Juan de Austria, asegurándole la victoria de un modo positivo, y le mandó al mismo tiempo que despidiese á todos los soldados que parecieran animados sólo por la esperanza del saqueo, así como á todas las personas cuyas costumbres fueran relajadas, temiendo que sus pecados atrajesen sobre el ejército la cólera divina. Se ejecutó religiosamente el mandato del Pontífice; todas las tripulaciones, sin exceptuar un solo hombre, se confesaron y comulgaron con fe viva; se prohibieron los juegos de naipes, y se impuso pena de muerte contra los blasfemos. El Nuncio del Santo Padre bendijo solemnemente la escuadra, y aquellos millares de va-

lientes, seguros de la protección del cielo, se dan á la vela para Oriente. El Soberano Pontífice, cual otro Moisés, no cesa en tanto de alzar las manos al cielo y de dirigir á Dios fervientes oraciones para atraer las bendiciones sobre las armas de los Cristianos. Finalmente, los dos ejércitos traban pelea en el golfo de Lepanto el día 7 de octubre de 1571. Los Turcos acometen al ejército cristiano con furor, y al parecer alcanzan alguna ventaja en un principio; pero Aquel que tiene en sus manos la victoria no tarda en declararse en favor de los Cristianos; los infieles son completamente derrotados, pierden más de treinta mil hombres y casi todo el material del ejército, y los cristianos hacen un inmenso botín y ponen en libertad á quince mil cautivos que encontraron en las naves de los Mahometanos.

El Santo Padre tuvo revelación de la victoria en el mismo instante de alcanzada. Estaba ocupado en trabajar con los Cardenales; de pronto los deja, abre una ventana, y después de haber mirado al cielo algunos momentos les dice : « No hablemos más de negocios, pues sólo debemos pensar ya en dar gracias á Dios por la victoria que acaba de conceder al ejército cristiano (1). » Este hecho, por extraordinario que parezca, fué atestiguado del modo más auténtico, y es citado como incontestable en el proceso de la canonización del Santo Papa. Pío V estaba tan persuadido de que la victoria de Lepanto había sido efecto de la protección particular de la Virgen Santísima, que instituyó con este motivo la fiesta de Nuestra Señora de la Victoria, que trasladó luego al primer domingo de Octubre su sucesor Gregorio XIII, bajo el título de fiesta del Santo Rosario; — pues que al empezarse la batalla de Le-

(1) *Vida de san Pío V*, por M. Falloux.

panto, se hacían en la iglesia de la Minerva, en Roma, públicas preces con una solemne procesión del Rosario. — Con igual motivo añadió también Pío V en la letanía de la Virgen Santísima estas palabras : *Auxilium Christianorum, ora pro nobis;* « Auxilio de los Cristianos, ruega por nosotros. » (GAUME. — *Cat. de Perseverancia.)*

* * *

Un exvoto. — Desde algunos años la parroquia de Roiffieux, cerca de Annonay, se alistaba casi entera en el número de los asociados del Rosario perpetuo. Aquel fervor primitivo, lejos de entibiarse, aumentaba cada día, gracias á la piedad y al celo de su directorio y principalmente al del venerable cura de la parroquia.

María reina del Santísimo Rosario, no había de dejar sin recompensa tan grande amor á su devoción predilecta; pronto conoció aquel pueblo cuanto puede la bendición de la divina madre.

Comienza la terrible guerra de 1870-71; invadida por innumerables enemigos, hace la Francia un llamamiento al denuedo y patriotismo de sus hijos; la pequeña parroquia de Roiffieux suministra setenta y dos jóvenes, que parten á defender la patria, unos en el ejército de línea, otros en las guardias movibles, otros en las movilizadas. Inútil es recordar el dolor de la separación, el luto y la tristeza acasionados por tantos lugares vacíos en el seno de las familias : tales escenas las hemos presenciado por doquiera. Pero en Roiffieux vino pronto á reanimar los corazones un pensamiento consolador.

Hacía *su hora de guardia* una asociada del Rosario, cuando de repente exclama :

¿No somos acaso soldados de María? ¿No hemos recibido su Rosario? Hace ya mucho tiempo que comba-

timos y velamos por ella ¿y no hará nada en favor nuestro? No es posible. María la Reina del Rosario, debe proteger á los hijos de Roiffieux; prometamos levantarle una hermosa estatua en el centro del pueblo si nos devuelve á todos nuestros soldados.

Recibióse esta idea como venida del cielo; el voto fué aceptado y desde ese instante renació en todas las familias la esperanza. Ciertamente, no era poco pedir la vuelta de setenta jóvenes diseminados en un inmenso campo de batalla, que no comprendía menos de veinte departamentos, cuando por todas partes corría á torrentes la sangre francesa. Muchos de los hijos de Roiffieux hubieron de soportar fatigas inauditas y de verse expuestos á los mayores peligros; tomaron parte en los combates más sangrientos; en los de Gravelotte, de Metz, de Sedán, en el de Reischoffen, entre los famosos coraceros que abrieron paso al ejército francés y cubrieron su retirada.

Más tarde, hacia la parroquia de Roiffieux un nuevo sacrificio y volvía á enviar otro número considerable de sus hijos, ora al ejército del Loira, ora á los móviles de Ardeche que se labraron en el Euro tan claro renombre de valientes y que tuvieron la honra de alcanzar uno de los pocos triunfos de la Francia en aquella desgraciada guerra. En medio de tantos y de tan grandes peligros, todos se vieron siempre maravillosamente protegidos : diríase que una mano invisible velaba por su conservación. Concluída la guerra ¡ni uno solo dejó de volver á sus hogares!

Con protección tan manifiesta se comprende que fuese recibida con entusiasmo universal la suscripción para levantar, en cumplimiento del voto, una estatua de la Santísima Virgen. Cada cual presentaba su ofrenda; quien tenía mucho, mucho daba; quien tenía poco,

daba cuanto podía. Hubo familias pobres que llorando daban las gracias á las colectoras porque tenían á bien recibir el óbolo de su indigencia. Merced al entusiasmo y á la generosidad de toda la parroquia fué fácil levantar á María un monumento digno de beneficio tan señalado. (Fray Raimundo Errázuriz. — *Mes del Rosario.*)

* * *

El rosario de Recamier. — El Conde Malet, antiguo soldado de Napoleón I, que después había recibido el sacerdocio, se hallaba enfermo y el doctor Massé había ido á verlo con su padre, amigo íntimo del Conde, que acostumbraba pasar diariamente algunas horas en su compañía. Llevaba al joven Massé la esperanza de encontrarse con el doctor Recamier, cuya fama llenaba entonces toda la Francia y que, según lo esperaba, había de ir á ver á su amigo enfermo.

En efecto, mientras hablaban de cosas indiferentes, un servidor anunció al célebre Recamier.

Después de un cortés saludo á las visitas, se acercó al enfermo, le preguntó por su salud, le prescribió nuevos remedios é iba ya á retirarse cuando tuvo lugar un episodio, cuya relación dejaremos hacer al doctor Massé :

« Recamier se levantaba ya para despedirse; pero recordando algo que se le olvidaba, volvió á poner el sombrero sobre la mesa, dejó su bastón á un lado y metiendo la mano en uno de los bolsillos del pantalón, exclamó : » — ¡Qué cabeza la mía! iba á olvidar un negocio muy serio.

— ¿Qué cosa? preguntó el sacerdote.

— ¡Me ha sucedido una desgracia, señor abate!

— ¡Veamos!

— Trátase de una fractura que sabréis remediar per-

fectamente, de una operacioncita que os ruego practiquéis.

Y, mientras así hablaba el ilustre profesor, sacaba la mano del bolsillo y mostraba triunfalmente... un Rosario!

Confieso que mi asombro fué grande. ¡El sabio Recamier, el ilustre profesor, encargado de enseñar no sólo en la Escuela de Medicina sino también en el Colegio de Francia, el médico de los grandes, de los señores, de los príncipes y aun de los reyes, él cuya reputación era europea, recitaba el Rosario como un niño de primera comunión, como un seminarista, como una mujer! Y no había en aquel digno personaje ni sombra de ostentación : practicaba devota y santamente y, si de ello hablaba, lo hacía con encantadora franqueza y exquisita sencillez.

— Sin duda, rezo el Rosario, dijo volviéndose á nosotros sonriente... Cuando un enfermo me inquieta, cuando he agotado mis recursos, cuando encuentro la medicina impotente é ineficaz la terapéutica, yo me dirijo al que sabe curarlo todo. Y uso con él de diplomacia : no teniendo tiempo por mis ocupaciones de interceder mucho, tomo á la Santa Virgen de intermediaria y al ir á casa de mis enfermos le digo una ó dos decenas del Rosario. Nada más fácil. ¿No es cierto? Voy tranquilamente sentado en mi carruaje, meto la mano en el bolsillo y... entro en conversación. El Rosario es mi intérprete y, pues á menudo recurro á él, se halla fatigado, enfermo : por eso ruego al señor abate que lo examine y le haga una operación, si es necesario; en una palabra, que me lo cure.

Mi padre manifestó su aprobación con dos ó tres palabras, yo con sólo un saludo; el conde de Malet tomó

el Rosario, prometió componerle muy prontó, y M. Recamier se retiró.

En la noche, al acostarme, no pensaba sino en esta visita y no podía dejar de recordar las necias burlas de tantos que encuentran bueno el Rosario sólo para los devotos y que creen rebajarse si recitan muchas veces seguidas el *Ave María*.

— Amigo mío, decíame después Recamier en su lenguaje lleno de imágenes y pintoresco, el Rosario es una *campanilla* y cada *Ave María* es una *llamada* ó, si lo preferís, una petición muy bien recomendada. Diariamente veis llegar á París multitud de solicitantes que vienen á interceder con las autoridades, á implorar á los poderosos y á los ricos. Y para ser admitidos en las Tullerías han menester protecciones, pedir audiencias, tener poderosos amigos... Para hablar á la Santísima Virgen, todo es facilidad : se tira la campanilla, es decir, se toma el Rosario; en el acto, la puerta se abre : presentáis vuestra súplica y es tan buena la Santa Virgen que, si no hay razones particulares, inmediatamente os concede cuanto deseáis. (*Id.*)

*
* *

Eficacia del Rosario. — Á próposito de su Rosario, me refirió Recamier la siguiente piadosa historia, que renuncio á escribir como él me la contó; porque es impotente la pluma para reproducir el encanto y el colorido del narrador...

Visitaba aquel distinguido médico, en la calle del Bac, muy cerca de la conocida iglesia de los Misioneros Extranjeros, á unos jóvenes esposos y los atendía con particular esmero, tanto, por el antiguo y cariñoso aprecio que profesaba á la familia de la esposa, cuanto por la gravedad en que se hallaba el marido. Durante tres meses luchó contra el mal con todos los recursos

del arte; pero era impotente para vencerlo y llegaba la derrota con su cortejo de llantos y de desesperación. Era una condenación á muerte, irrevocable y ante la cual el médico no tuvo más que inclinarse: á una hipertrofia muy avanzada se unió la tisis galopante.

Mas cuando no le es posible curar, él consuela y, no obstante el pesar de su derrota, Recamier unía diariamente á remedios destinados á disminuír los dolores, palabras de aliento.

Una mañana, asustado por el aspecto y el pulso del enfermo, procede á auscultarle los pulmones y el corazón y necesita de toda su energía para no manifestar en el semblante la proximidad del fin. Sale con el íntimo convencimiento de que no volverá á ver á Federico y, suponiendo ya administrados los sacramentos, pues la familia era piadosísima, se contenta con decir á la madre y á la esposa anegadas en lágrimas: — ¡Valor! encomendadlo á Dios, ó más bien, encomendémoslo todos.

Y al bajar la escalera advierte al sirviente que le avise en caso de muerte.

No habiendo recibido noticia alguna, vuelve á la tarde y se admira de encontrar con vida al enfermo. Su admiración aumenta al día siguiente y llega á su colmo el tercero.

— Vamos, dice el ilustre sabio, los pulmones no funcionan; la hipertrofia obstruye el pecho; fisiológica, mecánicamente, la respiración me parece imposible y la vida de este mozo se me figura un milagro continuado. He visto en su cuello una medalla y un escapulario: ¿por ventura querría sanarlo la Santa Virgen?... Sube veloz la escalera el doctor y, encontrando providencialmente abierta la puerta, entra sin ser anunciado

por la campanilla. Lo aguardaba en la cámara del moribundo una escena extraña :

— Te lo ruego, amigo mío, decía bañada en lágrimas la joven esposa. Y abrazaba á su marido para dar ternura y fuerza á la súplica; la madre, de rodillas junto al lecho, temblorosa de emoción, estrechaba entre las suyas la mano fría de Federico y añadía con maternal insistencia : — Lo verás, hijo mío : eso nos hará felices á todos. Diariamente se observa que atrae las bendiciones del cielo, la convalecencia y la salud.

— Y bien, y bien ¿qué sucede? dijo admirado el doctor.

— El señor doctor va á decírtelo, exclamó la madre, pues debe de haberlo observado á menudo. ¿No es verdad, señor, que los últimos sacramentos han sanado muchas veces á los enfermos de peligro?

— Ciertamente, respondió con energía Recamier, para quien tal pregunta había sido una revelación.

— Por desgracia, el enfermo, fastidiado ya con las instancias de la familia, se irritó de ver á un extraño en estas interioridades y murmuró con voz sorda : — ¡Dejadme, dejadme todos; me atormentáis inútilmente, me torturáis con crueldad, me asesináis!...

Temiendo que la excitación produjese una muerte instantánea, Recamier pidió por señas á la madre y á la esposa que guardaran silencio y acercándose al enfermo le dijo suavemente :

— Vamos, vamos, querido señor, dadme la mano y quedemos amigos. Recordad que vuestra madre, vuestra querida madre, vuestra esposa y yo, sólo una cosa procuramos : la terminación ó, á lo menos, la disminución de vuestros padecimientos físicos y vuestra tranquilidad... No, no pronunciéis una palabra; serenaos... Volveré muy pronto : dadme otro apretón de manos.

En seguida salió y, fuera del aposento, dijo á las señoras: — ¡Prudencia y confianza! He visto un escapulario en el pecho de Federico: ¡dirigíos á la Virgen con *Ave Marías!*

Era muy tarde; pero Recamier se encaminó al Sagrado Corazón, donde visitaba algunas enfermas, y á cuantas religiosas encontraba les pedía *Ave Marías* para el moribundo.

Fué después á casa del abate Malet, le refirió el suceso y le pidió, no ya unas cuantas *Ave Marías*, sino un Rosario completo con los quince misterios.

Acostumbraba Recamier rezar con la familia las oraciones de la noche y aquella vez, después de terminadas, pidió tres *Ave Marías* por la conversión de un enfermo. Apenas las dijo, al apoyarse en el brazo de un sillon para ponerse de pie, dió en él un pequeño golpe al bolsillo de reloj. Ora á consecuencia del golpe, ora por simple coincidencia, se cortó la cuerda del reloj y al desenvolverse ocasionaron las ruedas un agudo ruido, que hizo á todos exclamar:

— ¿Qué es eso?

— El diablo que se va, contestó riendo el médico.

Al día siguiente, á las seis de la mañana, se levanta Recamier y á pie se dirige veloz á saber de su enfermo.

Todos están contentísimos en la casa. La madre le da las gracias con efusión; la esposa le estrecha la mano en señal de gratitud; el moribundo, apenas lo ve le dice: — Venid, doctor, venid. Ahora soy feliz. Me he reconciliado con el que tanto amáis. Abrazadme.

Abrazólo Recamier y se sienta junto al enfermo para escuchar los pormenores. El mismo Federico había pedido un sacerdote sin que nadie le volviera á decir una palabra, se había confesado y había hecho administrarse la Extrema Unción.

Cinco minutos después del relato, el recién convertido plácidamente, lanzó un profundo suspiro : era el último. Federico había muerto.

La madre y la esposa pasaron entonces de la alegría á las lágrimas y tocó á Recamier alentarlas como á cristianas. Después de exhortarlas á la resignación, les preguntó, para distraerlas del dolor, á qué horas había pedido Federico la noche antes un sacerdote.

— A las nueve y media.

Saca Recamier su reloj y exclama vivamente :

— ¡A las nueve y media! Precisamente concluíamos á las nueve y media nuestras *Ave Marías* por Federico. Lo sé, porque en ese instante se cortó la cuerda de mi reloj, y ¡vedlo! señala las nueve y veintiocho minutos. ¡Ah! rogad á la Santísima Virgen, queridas señoras ; estad seguras de que ella os dará la fuerza que habéis menester en estos crueles momentos. (*Id.*)

* * *

Nuestra Señora del Rosario en Flocco. — En el pequeño pueblo de Flocco, diócesis de Nola, en Italia, se verificó un acontecimiento extraordinario.

Nuestra Señora del Rosario, patrona de aquella comarca, era también la titular de la pequeña y pobre iglesia de Flocco, y su estatua de madera y muy antigua, se encontraba expuesta, con ocasión del Mes de María, á la veneración de los fieles el 10 de Mayo de 1875. Celebrábase la misa y cuando el sacerdote llegó á la consagración todos los circunstantes vieron que la estatua temblaba. Santo temor se apoderó de la concurrencia, temor que fué aumentando á medida que continuaba el prodigio.

Concluída la misa, corren á ver al párroco para que vaya á presenciar el extraño acontecimiento... Ante la efectividad del prodigio se asombra, pero sin turbarse.

Ordena que se cierren las puertas, á fin de evitar que el viento pueda influir en el inexplicable movimiento de la estatua y manda después que la gente se aparte de la balaustrada de mármol del presbiterio, por si la aglomeración de pueblo ocasionaba el fenómeno.

Ejecútase cuanto ordena el párroco y la estatua continúa temblando y moviéndose, mientras permanece inmóvil la inmediata efigie de San Francisco.

Dominado el párroco por el sentimiento que conmovía á los demás expectadores, entona las Letanías Lauretanas y el pueblo lo acompaña con indecible fervor.

Verifícase entonces un nuevo y más estupendo prodigio : de la cabeza y del rostro de Nuestra Señora del Rosario comienza á correr copioso sudor.

La iglesia estaba ya llena de gente, que había acudido presurosa á la noticia del acontecimiento, y todos á una voz prorrumpen en exclamaciones de religioso entusiasmo; y de todos los pechos nacen ardientes afectos de gratitud á Dios, que les permite presenciar los efectos de su omnipotencia.

Como el sudor corriese cada vez más abundante, el cura, cogiendo uno de los paños del altar, acércase con profundo y afectuoso temor á enjugar el rostro de la estatua. Pero ¡nuevo prodigio! el paño permanece del todo enjuto; ni la más pequeña humedad se le comunica.

— ¡Será ilusión! ¡dice admirado el cura volviendose al pueblo!

Pero nadie duda un instante, con tanto mayor razón cuanto que, mientras decía eso el párroco, el sudor de la estatua aumentaba hasta el punto de bañarle no sólo la cabeza y el rostro sino también el pecho. Por lo mismo, á una voz contestan todos :

— ¡Milagro!

Pronto piensa lo mismo el párrocco y, para ver si otros eran más felices, llama, una por una, á diversas personas á fin de que tienten la prueba que tan extraño resultado le acaba de dar á él. Pero todos los esfuerzos son igualmente inútiles : el paño permanece enjuto y el rostro cubierto de sudor.

Entre los asistentes se hallaba una jovencita de catorce años y medio, Brígida Giuliani, hija de pobres labradores, muy conocida por su extrema devoción al Santo Rosario. Cuando le llegó su turno, va como los demás á enjugar el rostro de la Virgen y apenas lo toca con el paño, este, en medio de la estupefacción general, se empapa en el milagroso sudor.

A la admiración sucede luego el deseo de hacer cada uno nuevos esfuerzos. El párroco y los demás tientan otra vez la prueba; pero otra vez quedan burladas las esperanzas de todos. La humedad no se comunica en sus manos al lienzo. Evidentemente, sólo Brígida era honrada por la Virgen con aquel favor.

Acuden entonces todos á ella y cada cual le va pasando su pañuelo ú otro lienzo. La jovencita enjuga una y otra vez el rostro de Nuestra Señora del Rosario y entrega á los circunstantes sendos pañuelos humedecidos en aquel prodigioso sudor, y los fieles los llevan á sus casas, como apreciadísima reliquia y recuerdo de tan singular milagro.

Al día siguiente, la noticia del suceso, que había corrido veloz por las vecinas comarcas, lleva á la iglesia de Flocco innumerable gentío. Se ven representadas todas las clases sociales, y todos aguardan ansiosos la dicha de presenciar el prodigio. Pues la advocación de la milagrosa efigie es el santísimo Rosario y pues el cielo había manifestado especial predilección á la jovencita que más se distinguía por su devoción á esta ben-

dita práctica, los asistentes comienzan á recitar el Rosario en honra de María.

No les había equivocado su piadoso instinto. Reaparece el misterioso sudor. Como la víspera sólo Brígida tiene el privilegio de enjugarlo, y, á fin de satisfacer los deseos de los fieles, pasa en esta ocupación largo tiempo.

Lo que el segundo día, acontece también el tercero, ante un concurso cada vez mayor y más lleno de fervor y de piedad.

En la noche del tercero día, Brígida creyó recibir otro favor de Nuestra Señora del Rosario. Según decía, se le apareció en sueño la Virgen Santísima y le manifestó que el copioso sudor de su efigie indicaba los esfuerzos que, madre nuestra amantísima, hacía para detener el curso de la justicia divina, irritada por la impiedad y las iniquidades de los hombres y concluyó recomendándole vivamente la recitación del Rosario, como el medio más eficaz de aplacar á Dios.

¿Qué había de efectivo en tal aparición? Iba á ser muy fácil saberlo; porque, según refería Brígida, la Virgen le había asegurado que el prodigioso sudor de la estatua duraría todo el mes de Mayo y sólo ese mes.

Ante el extraordinario movimiento ocasionado en el pueblo y en los lugares vecinos por los estupendos prodigios de la parroquia de Flocco, las autoridades civiles, siempre dispuestas en la desgraciada Italia á hollar los derechos de la Iglesia, no podrían desperdiciar la oportunidad de hacer pesar su mano sobre los católicos.

Muy pronto se supo, en efecto, que un delegado del Gobernador de Castellamare y varios oficiales de policía se habían presentado al cura, en calidad de encargados de averiguar si no se ocultaba alguna superchería en los prodigios que la voz pública refería por todas par-

tes. ¿Con qué derecho se mezclaba la autoridad civil en asuntos claramente extraños á su competencia, en cosas meramente espirituales? ¿No es el Obispo el encargado de velar por la pureza de la fe y de condenar cuanto pueda ser nocivo á la piedad del pueblo? ¿Temía, por ventura, el Gobierno que peligrase la pública tranquilidad por la reunión de fieles en la iglesia de Flocco? No, ciertamente. Habría sido absurdo temer revueltas de esa multitud que, llena de la más profunda piedad, movida sólo por sentimientos religiosos, iba al templo á entonar cánticos de amor y gratitud á Nuestra Señora del Rosario. Las autoridades civiles, erigiéndose por sí y ante sí guardianes de la religión, se proponían enseñar al pueblo lo que debía creer acerca del famoso milagro y, por lo tanto, resolver si permitirían ó no que continuase expuesta la efigie de la Santísima Virgen. Entraban de lleno en el terreno privativo de la autoridad eclesiástica.

Tal es la lógica de los gobiernos perseguidores de la Iglesia. Proclaman que intentan dejarla libre en la órbita espiritual y meten la mano hasta en lo más íntimo de la conciencia católica...

Toda protesta era ineficaz ante la fuerza, y el pobre párroco de Flocco no tuvo medio alguno para hacer respetar su derecho. Confiado en Nuestra Señora del Rosario, que tan especial muestra de amor estaba dando á la parroquia, dejó que los acontecimientos siguieran su curso. Saben los católicos que Dios acostumbra burlarse de los planes de la impiedad, sirviéndose de las mismas armas de ésta para manifestar más claramente á los hombres los prodigios obrados por la sabiduría infinita.

Y así sucedió.

Ya no eran católicos fervientes los que iban á exami-

nar la realidad del prodigio, eran hombres llenos de preocupaciones y de ideas contrarias á los católicos... Los hechos estaban por demás patentes y claros, y la policía no pudo ni siquiera encontrar pretexto para suponer un falso manejo ó un engaño. Y mientras más examinaba la estatua de Nuestra Señora del Rosario el químico enviado por el Gobernador de Castellamare, más vergonzosa aparecía la derrota de los enemigos de lo sobrenatural. No hubo remedio : químico y policía se vieron en la necesidad de confesar que allí no se divisaba superchería. Y, temiendo la indignación popular, no se atrevieron á impedir que se continuase la exposición de la estatua : sin ese miedo, el derecho de los católicos y los más obvios principios no habrían sido obstáculo al despotismo.

A la autoridad eclesiástica y no á la civil correspondía el examen de los prodigios de Flocco. Ella era la más interesada en impedir que una superchería extraviase la fe del pueblo confiado á su desvelo paternal. Apenas el obispo de Nola conoció los sucesos, por la comunicación que inmediatamente le envió el párroco de Flocco, mandó á este pueblo á su propio Vicario General, que llegó allá el 19 de Mayo, con encargo de proceder á una investigación severísima; pues la creencia en falsos milagros, error funestísimo y fatal superstición, no puede sino redundar en descrédito de la religión. — Comenzó el Vicario por levantar información de lo sucedido. Oyó á no menos de cien testigos oculares, después de tomarles juramento de decir verdad, y estampó sus declaraciones acerca del movimiento y del sudor de la estatua de Nuestra Señora del Rosario : todas fueron contestes.

Pasó en seguida á los experimentos. Comenzó á rezar el Rosario con el pueblo y luego, con indecible emoción,

vió que se renovaba el prodigio. Tentó como los demás, enjugar el sudor del rostro de la estatua, y como el de los demás, su empeño fué vano. Llamó entonces à Brígida, se convenció de que no tenía humedad alguna en las manos, le dió un pañuelo y le hizo secar el sudor de la estatua...

El pueblo aguardaba con suma ansiedad el resultado de la prueba : de todos los labios se elevaron fervorosas acciones de gracias á María cuando Brígida volvió al Vicario el pañuelo impregnado en el maravilloso sudor. El Vicario profundamente conmovido, subió al púlpito y dirigió á los circunstantes una tierna y fervorosísima exhortación.

Antes de decidir el obispo de Nola, y después de oír á su Vicario y al Promotor Fiscal, nombró especial comisión para que entendiera en el asunto. La comision hizo ir á Nola á Brígida, á su padre y á otras personas y no evacuó el informe hasta haber practicado un examen prolijo y detenido.

Mientras tanto el cielo se encargaba de probar la verdad de las palabras de Brígida haciendo durar el prodigio, como ella lo había anunciado, todo el mes de Mayo.

Llegó el 1° de Junio y el pueblo se reunió, quizás más numeroso en la parroquia. Como en los días precedentes se rezó el Rosario y se dirigieron á la Virgen otras preces : todo signo milagroso había desaparecido. ¡El prodigio había durado todo y sólo el mes de Mayo, tal cual se lo había anunciado la Santísima Virgen á Brígida en el misterioso sueño! (*Id.*)

FIN.

ÍNDICE

PRÓLOGO VII
INTRODUCCIÓN. — Objeto e importancia del Catecismo . . . 1

VERDADES QUE ES NECESARIO CREER.

PRIMER ARTÍCULO DEL SÍMBOLO. — Creo en Dios Padre, Todopoderoso, Creador del Cielo y de la Tierra 13
Dios. 13
Misterio de la Santísima Trinidad 30
Angeles y demonios 33
El hombre 41
El pecado original. 45
SEGUNDO ARTÍCULO DEL SÍMBOLO. — Creo en Jesucristo su único Hijo, Nuestro Señor 50
TERCER ARTÍCULO DEL SÍMBOLO. — Creo que fué concebido por obra y gracia del Espíritu Santo y nació de Santa María Virgen 52
CUARTO ARTÍCULO DEL SÍMBOLO. — Creo que padeció bajo el poder de Poncio Pilatos, fué crucificado, muerto y sepultado. 83
QUINTO ARTÍCULO DEL SÍMBOLO. — Creo que descendió á los Infiernos y al tercero día resucitó de entre los muertos . . 104
SEXTO ARTÍCULO DEL SÍMBOLO. — Creo que subió á los cielos y está sentado á la diestra de Dios Padre Todopoderoso . . 112
SÉPTIMO ARTÍCULO DEL SÍMBOLO. — Creo que desde allí ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos. 115
OCTAVO ARTÍCULO DEL SÍMBOLO. — Creo en el Espíritu Santo. 119
NOVENO ARTÍCULO DEL SÍMBOLO. — Creo en la Santa Iglesia Católica y en la comunión de los Santos 125
DÉCIMO ARTÍCULO DEL SÍMBOLO. — Creo en el perdón de los pecados. 187
Pecado. El pecado mortal 187

El pecado venial 199
Gracia 204
Pecados capitales 209
Soberbia 209
Avaricia 222
Lujuria. 229
Ira 237
Gula. 245
Envidia. 255
Pereza 258
Undécimo artículo del Símbolo. — Creo en la resurrección de la carne. — La muerte 264
Resurrección. 276
Juicio particular 277
Duodécimo artículo del Símbolo. — Creo en la vida perdurable. — Cielo 282
Infierno 286
Purgatorio 294

LA ORACIÓN.

De lo que el cristiano debe pedir 308
El Padre nuestro 328
Devoción á María Santísima 351

FIN DEL ÍNDICE.

BESANÇON. — IMPR. ET STÉRÉOT. DE PAUL JACQUIN.